

Marcel  
**PAGNOL**



LA GLORIA DE MI PADRE  
EL CASTILLO DE MI MADRE

Siruela

Marcel Pagnol

LA GLORIA DE MI PADRE  
EL CASTILLO DE MI MADRE  
Recuerdos de infancia

Traducción del francés de  
Susana Prieto Mori

 Siruela

Libros del Tiempo

Edición en formato digital: octubre de 2023  
Títulos originales: *La Gloire de mon père. Souvenirs d'enfance*  
y *Le château de ma mère. Souvenirs d'enfance*  
En cubierta: Ilustración procedente de *The Naturalist's Miscellany*,  
de George Shaw © Rawpixel  
Diseño gráfico: Gloria Gauger  
© Marcel Pagnol  
L'eau des collines – Éditions de la Treille  
Éditions Grasset & Fasquelle  
© De la traducción, Susana Prieto Mori  
© Ediciones Siruela, S. A., 2023

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.  
c/ Almagro 25, ppal. dcha.  
[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-19942-08-1

Conversión a formato digital: María Belloso

## Índice

[La gloria de mi padre](#)

[El castillo de mi madre](#)

[\*Vida de Marcel Pagnol\*](#)

[\*Bibliografía\*](#)

[\*Filmografía\*](#)



*En memoria de los míos*

## LA GLORIA DE MI PADRE

## Prefacio

Esta es la primera vez —sin contar unos modestos ensayos— que escribo en prosa.

Y es que me parece que hay tres géneros literarios muy distintos: la poesía, que es cantada, el teatro, que es hablado, y la prosa, que es escrita.

Lo que me asusta no es tanto la elección de las palabras o los giros, ni las sutilezas gramaticales, que a fin de cuentas están al alcance de cualquiera: es la posición del novelista y, aún más peligrosa, la del memorialista.

Es muy difícil hablar de uno mismo: lo malo que dice el autor sobre sí mismo lo creemos fácilmente; lo bueno, solo cuando hay pruebas, y lamentamos que no haya dejado que se encarguen otros de aportarlas.

En estos *Recuerdos*, no diré nada malo ni nada bueno de mí; no hablo de mí, sino del niño que ya no soy. Se trata de un pequeño personaje que conocí en su día y que se ha evaporado con el tiempo, igual que los gorriones desaparecen sin dejar ni los huesos. Él, en realidad, ni siquiera es el tema de este libro, sino el testigo de minúsculos acontecimientos.

No obstante, yo soy quien va a redactar su relato. Sería muy imprudente, ya rondando los sesenta, cambiar de oficio.

La lengua del teatro suena al salir de la boca de un actor, debe parecer improvisada, la réplica se ha de entender a la primera, pues cuando haya pasado, se habrá perdido. Por otra parte, no puede ser un modelo de estilo literario: no es la lengua de un escritor, es la del personaje.

El estilo de un autor dramático reside en la elección de los personajes, en los sentimientos que les atribuye, en el transcurso de la acción. Respecto a su posición personal, debe ser modesta. ¡Que se calle! En cuanto quiere hacer oír su propia voz, el ritmo dramático decae. Que se quede entre bastidores: no nos interesan sus opiniones, si es que quiere formularlas por sí mismo. Sus actores nos hablan por él y nos impondrán sus emociones y sus ideas, haciéndonos creer que son las nuestras.

La posición del escritor es sin duda más difícil.

Ya no habla Raimu:<sup>1</sup> hablo yo. Simplemente con mi forma de escribir, voy a exponerme por entero y si no soy sincero —es decir, sin pudor alguno— habré perdido el tiempo malgastando papel.

Así pues, tendré que salir al escenario y sentarme frente al lector, que me mirará fijamente durante dos o tres horas: una idea muy inquietante que durante mucho tiempo me ha paralizado.

Sin embargo, he examinado la otra cara del asunto.

El espectador de teatro lleva cuello duro y corbata, y ese traje anónimo que nos han impuesto los ingleses.

No está en su casa: ha pagado mucho para venir a la mía. Además, no está solo, y observa a sus vecinos, que lo observan a él. Por eso no se interesa únicamente por los papeles interpretados por mis actores, sino por el suyo propio, y él mismo interpreta al personaje de un espectador inteligente y distinguido.

Siempre se manifiesta: a menudo ríe, o aplaude, y eso conmueve al autor, que está entre bambalinas. Otras veces tose, se suena la nariz, murmura, silba, sale. El autor ya no se atreve a mirar a nadie y escucha, consternado, las ingeniosas explicaciones de sus amigos: esa noche no irá a cenar a un club nocturno.

El lector —quiero decir el lector verdadero— es casi siempre un amigo.

Ha ido a elegir el libro, se lo ha llevado bajo el brazo, lo ha invitado a su casa.

Va a leerlo en silencio, acomodado en su rincón preferido, en su entorno familiar.

Va a leerlo solo y no tolerará que otra persona venga a leer por encima de su hombro. Sin duda está en bata o en pijama, con la pipa en la mano: su buena fe es absoluta.

Eso no quiere decir que el libro vaya a gustarle: quizás en la página treinta se encoja de hombros, tal vez diga malhumorado: «¡Me pregunto por qué se imprimen semejantes sandeces!».

Pero el autor no estará allí y no lo sabrá nunca. Su familia, y algunos fieles amigos, habrán corrido ante sus ojos un telón de elogios que temple el ardor del fiasco.

Por último, el éxito de una obra de teatro se mide claramente por la cifra de los ingresos —que cada noche controla un funcionario público— y por el número de representaciones. Sería inútil dar una fiesta de la «centésima» la noche de la

trigésima; mientras que un editor cómplice puede salvar una catástrofe novelesca imprimiendo «nº 15.000» en la cubierta de la tercera y última.

Así pues, aunque el éxito de un libro tenga tanto mérito como el de una obra, el «fiasco» del prosista no es tan cruel.

Estas consideraciones, poco honorables pero reconfortantes, me han decidido a publicar esta obra que, por añadidura, tiene pocas pretensiones: es solo un testimonio de una época desaparecida y una pequeña canción de piedad filial, que tal vez hoy pase por una gran novedad.

<sup>1</sup> Nombre artístico de Jules Muraire (1883-1946), que fue un gran amigo y el actor fétiche de Marcel Pagnol. *(Todas las notas son de la traductora)*.



Nací en la ciudad de Aubagne, a los pies del Garlaban coronado de cabras, en los tiempos de los últimos cabreros.

Garlaban es una enorme torre de rocas azules plantada al borde del Plan de l'Aigle, esa inmensa meseta rocosa que domina el verde valle del Huveaune.

La torre es un poco más ancha que alta, pero como surge de la roca a seiscientos metros de altitud, sube muy alto en el cielo de Provenza y a veces una nube blanca del mes de julio viene a descansar un rato en ella.

Así pues, no es una montaña, pero es más que una colina: es Garlaban, donde los centinelas de Mario, cuando vieron, en lo hondo de la noche, brillar un fuego en Sainte-Victoire, encendieron una hoguera de maleza: aquel pájaro rojo, en la noche de junio, voló de colina en colina y, posándose al fin en la roca del Capitolio, informó a Roma de que sus legiones de las Galias acababan de degollar, en la llanura de Aix, a los cien mil bárbaros de Teutobod.<sup>2</sup>

Mi padre era el quinto hijo de un picapedrero de Valréas, cerca de Orange.

La familia vivía allí desde hacía siglos. ¿De dónde venían? Sin duda de España, porque encontré en los archivos del Ayuntamiento algún Lespagnol, y también Spagnol.

Además, eran armeros de padre a hijo y, en las aguas humeantes del Ouzève, templaban hojas de espadas: oficio, como todo el mundo sabe, noblemente español.

Sin embargo, puesto que la necesidad de coraje ha sido siempre inversamente proporcional a la distancia que separa a los combatientes, trabucos y pistolas pronto sustituyeron a espadones y floretes: fue entonces cuando mis antepasados se hicieron artificieros, es decir, que fabricaron pólvora, cartuchos y cohetes.

Uno de ellos, mi tío bisabuelo, salió volando un día de su tienda por la ventana cerrada, en una apoteosis de chispas, rodeado por remolinos de soles, sobre un haz de candelas romanas.

No murió, pero en su mejilla izquierda no volvió a crecer la barba. Por eso,

hasta el final de su vida, lo llamaron *Lou Rousti*, es decir El Asado.

Quizás a causa de aquel accidente espectacular, la generación siguiente decidió —sin renunciar a los cartuchos ni a los cohetes— no llenarlos más de pólvora, y se convirtieron en «cartoneros», cosa que hoy siguen siendo.

Se trata de un buen ejemplo de sabiduría latina: en primer lugar repudiaron el acero, materia pesada, dura y cortante; después la pólvora, que no tolera los cigarrillos, y consagraron su actividad al cartón, producto ligero, obediente, suave al tacto y, en cualquier caso, no explosivo.

Sin embargo, mi abuelo, que no era «el señor primogénito», no heredó la cartonería y se hizo, no sé por qué, picapedrero. Dio la vuelta a Francia y acabó instalándose en Valréas y más tarde en Marsella.

Era bajo, pero ancho de hombros y muy musculoso.

Cuando lo conocí, llevaba largos bucles blancos que le caían hasta el cuello y una hermosa barba rizada.

Sus rasgos eran finos, pero muy marcados, y sus ojos negros brillaban como aceitunas maduras.

Su autoridad sobre sus hijos había sido temible, sus decisiones inapelables. Pero sus nietos le hacían trenzas en la barba o le metían alubias en las orejas.

Me hablaba a veces, muy gravemente, de su oficio, o más bien de su arte, porque era maestro cantero.

No apreciaba mucho a los albañiles.

—Nosotros —decía— montábamos muros con piedras aparejadas, es decir que encajan exactamente unas con otras, con espigas y mortajas, colas de pato, juntas de empalme... Claro, también vertíamos plomo en las ranuras, para impedir deslizamientos, pero estaba incrustado en los dos bloques y no se veía. Mientras que los albañiles ponen las piedras tal cual y rellenan los huecos con paquetes de mortero... Un albañil lo que hace es ahogar las piedras, y las oculta porque no ha sabido tallarlas.

En cuanto tenía un día libre —es decir, cinco o seis veces al año— llevaba a toda la familia a comer al campo, a cincuenta metros del puente del Gard.

Mientras mi abuela preparaba la comida y los niños chapoteaban en el río, él subía a los tableros del monumento, tomaba medidas, examinaba las juntas, detectaba los cortes, acariciaba las piedras.

Después de comer, se sentaba en la hierba, ante la familia en semicírculo, frente a la obra maestra milenaria y, hasta la noche, la contemplaba.

Por eso, treinta años más tarde, sus hijos y sus hijas, ante la simple mención del puente del Gard, ponían los ojos en blanco y dejaban escapar largos gemidos.

Tengo en mi mesa de trabajo un pisapapeles muypreciado. Es un cubo alargado de hierro, con un hueco ovalado en el medio. En cada una de las caras externas hay un embudo profundo tallado en el metal recalcado. Es la almádena del abuelo André, que golpeó durante cincuenta años la dura cabeza de los cinceles de acero.

Aquel hombre hábil solo había recibido una instrucción rudimentaria. Sabía leer y firmar, pero nada más. Sufrió por ello secretamente toda su vida, acabó creyendo que la instrucción era el bien supremo y se imaginó que las personas más instruidas eran las que enseñaban a los demás. Por eso «se dejó la piel» para colocar a sus seis hijos en la enseñanza y así fue como mi padre, a los veinte años, salió del Instituto de Aix-en-Provence y se convirtió en maestro de la educación pública primaria.

<sup>2</sup> Se refiere a la batalla de Aquae Sextiae, hoy Aix-en-Provence, que enfrentó en el año 102 a. C. a Cayo Mario, al mando de las legiones romanas, con Teutobod, rey de la tribu de los teutones.

Los institutos eran en aquella época auténticos seminarios, pero al estudio de la teología lo remplazaban clases de anticlericalismo.

Se hacía entender a aquellos jóvenes que la Iglesia nunca había sido más que un instrumento de opresión y que el objetivo y la tarea de los sacerdotes era tapar los ojos del pueblo con la negra venda de la ignorancia mientras le contaban fábulas, infernales o paradisiacas.

La mala fe de los «curas» quedaba de hecho probada por el uso del latín, lengua misteriosa que tenía, para los fieles ignorantes, la pérfida virtud de las fórmulas mágicas.

El papado estaba dignamente representado por ambos Borgia y los reyes no recibían mejor tratamiento que los papas: esos tiranos libidinosos solo se ocupaban de sus concubinas, cuando no estaban jugando al boliche; entretanto, sus «esbirros» percibían unos impuestos demoledores, que llegaban al *diez* por ciento de las rentas de la nación.

Es decir que las clases de Historia estaban trucadas elegantemente en el sentido de la verdad republicana.

No le echo nada en cara a la República: todos los manuales de historia del mundo han sido siempre folletos de propaganda al servicio de los gobiernos.

Los normalistas recién titulados salían convencidos de que la gran revolución había sido una época idílica, la edad de oro de la generosidad y de la fraternidad llevada hasta el afecto: en suma, una explosión de bondad.

No sé cómo pudieron explicarles —sin llamar su atención— que aquellos ángeles laicos, tras veinte mil asesinatos seguidos por robos, se hubieran guillotinado mutuamente.

Bien es cierto, por otra parte, que el cura de mi pueblo, que era muy inteligente y de una caridad que no se achantaba ante nada, consideraba a la santa Inquisición como una especie de consejo de familia: decía que si bien los prelados habían quemado en la hoguera a tantos judíos y sabios, lo habían hecho

con lágrimas en los ojos y para garantizarles la entrada en el paraíso.

Esa es la debilidad de nuestro razonamiento: la mayor parte de las veces no sirve más que para justificar nuestras creencias.

Sin embargo, los estudios de aquellos normalistas no se limitaban al anticlericalismo y a la Historia laicizada. Había un tercer enemigo del pueblo, y este no se encontraba en el pasado: el alcohol.

De aquella época datan *La taberna* y esos cuadros pavorosos que tapizaban los muros de las aulas.

En ellos se veían hígados rojizos y perfectamente irreconocibles, a causa de sus hinchazones verdes y sus estrechamientos violáceos, que les daban forma de pataca: pero para iluminar el desastre, el artista había pintado, justo en medio del cuadro, el hígado apetitoso del buen ciudadano, cuya masa armoniosa y color rojo triunfal permitían medir la gravedad de las catástrofes circunscritas.

Los estudiantes, perseguidos hasta los dormitorios por aquella horrible víscera (por no hablar de un páncreas en forma de tornillo de Arquímedes y de una aorta alegremente decorada con hernias), iban siendo poco a poco víctimas del terror, y la simple vista de un vaso de vino les provocaba escalofríos de asco.

Las terrazas de los cafés, a la hora del aperitivo, les parecían asambleas de candidatos al suicidio. Un amigo de mi padre, ebrio de agua filtrada, volcó las mesas un día, como buen Polieucto laico que era. Pensaban que aquellos desdichados pronto verían a las ratas trepando por las paredes, o que encontrarían jirafas en el bulevar Mirabeau, y se citaba el caso de un violinista de gran talento reducido a tocar la mandolina a causa de un temblor espasmódico debido al hecho de que su médula espinal nadaba en un baño de vermut con sirope de grosella. Pero lo que más ferozmente odiaban eran los licores llamados «digestivos», Bénédictine y Chartreuse, «con privilegio del rey» en la etiqueta, que reunían, en una atroz trinidad, a la Iglesia, el alcohol y la realeza.

Más allá de la lucha contra esas tres plagas, su programa de estudios era muy vasto y admirablemente concebido para convertirlos en instructores del pueblo, al que podían entender de maravilla, puesto que casi todos eran hijos de obreros o campesinos.

Recibían una cultura general, sin duda más ancha que profunda, pero que representaba una gran novedad; y como siempre habían visto a su padre trabajar



doce horas al día, en el campo, la barca o el andamio, se congratulaban por su feliz destino, ya que podían salir el domingo y tenían, tres veces al año, vacaciones que los llevaban de vuelta a casa.

Entonces el padre y el abuelo, y a veces incluso los vecinos —que nunca habían estudiado más que con las manos—, acudían para hacerles preguntas y consultarles pequeñas abstracciones que nadie en el pueblo había podido nunca desentrañar. Ellos respondían, los mayores escuchaban, gravemente, meneando la cabeza... Por ese motivo, durante tres años, devoraban la ciencia como un alimento valioso del cual sus ancestros se hubieran visto privados; por ese motivo, durante los recreos, el señor director recorría las aulas para expulsar a algunos alumnos aplicados en exceso y condenarlos a jugar a la pelota.

Al final de esos estudios, había que enfrentarse al diploma superior, cuyos resultados demostraban que la «promoción» había alcanzado la madurez.

Entonces, mediante una suerte de dehiscencia, la buena semilla era sembrada por toda la provincia para luchar contra la ignorancia, glorificar la República y dejarse el sombrero puesto cuando pasaban las procesiones.

Tras varios años de apostolado laico en la nieve de las aldeas perdidas, el joven maestro bajaba a media ladera hasta los pueblecitos, donde aprovechaba para casarse con la maestra o la empleada de correos. Después cruzaba varios de esos pueblos, cuyas calles siguen estando en cuesta, y cada uno de esos altos lo puntuaba el nacimiento de un hijo. Al tercero o al cuarto, llegaba a las subprefecturas del llano, tras lo cual por fin entraba en la capital, coronado por sus blancos cabellos. Enseñaba entonces en una escuela con ocho o diez clases y dirigía el curso superior, a veces el curso complementario.

Un día se celebraban, solemnemente, sus premios académicos: tres años más tarde «pedía la jubilación», es decir, que el reglamento se la imponía. Entonces, sonriendo de placer, decía: «¡Por fin voy a poder dedicarme a cuidar el jardín!».

Dicho esto, se acostaba y moría.

He conocido a muchos de esos maestros de antaño.

Tenían una fe absoluta en la belleza de su misión, una confianza espléndida en el futuro de la raza humana. Despreciaban el dinero y el lujo, rechazaban un ascenso para dejarle el puesto a otro o para continuar la tarea emprendida en un pueblo desfavorecido.

Un viejo amigo de mi padre, primero de su promoción en el instituto, pudo gracias a esa hazaña debutar en un barrio de Marsella: barrio menesteroso,

poblado por miserables, donde nadie se atrevía a aventurarse de noche. Se quedó allí desde sus comienzos hasta la jubilación, cuarenta años en la misma clase, cuarenta años sentado en la misma silla.

Y cuando una noche mi padre le dijo:

—¿Es que nunca has tenido ambición?

—¡Claro que sí! —respondió—. ¡Y creo que me ha ido muy bien! Piensa que, en veinte años, mi predecesor vio cómo guillotinaban a seis alumnos suyos. Yo, en cambio, solo tuve dos, y uno indultado *in extremis*. Valía la pena quedarse allí.

Porque lo más llamativo es que aquellos anticlericales tenían alma de misioneros. Para dejar mal al «señor cura» (cuya virtud se suponía fingida), vivían ellos mismos como santos, y su moral era tan inflexible como la de los primeros puritanos. El señor inspector de la Academia era su obispo, el señor rector, el arzobispo, y su papa era el señor ministro: solo se le escribe en papel de calidad, con fórmulas rituales.

—Como los sacerdotes —decía mi padre—, trabajamos para la vida futura: pero nosotros lo hacemos para la de los demás.

Puesto que él también había salido con un buen rango, la dehiscencia de la promoción no lo mandó muy lejos de Marsella y se encontró en Aubagne.

Era una villa de diez mil habitantes, ubicada en las laderas del valle del Huveaune y cruzada por la carretera polvorienta que iba de Marsella a Tolón.

Allí se cocían tejas, ladrillos y cántaros, se rellenaban morcillas y androllas, se curtían, en siete años de cuba, pieles indestructibles. También se fabricaban santones coloridos, que son los personajes de los belenes.

Mi padre, que se llamaba Joseph, era entonces un joven moreno, de mediocre estatura sin llegar a ser bajo. Tenía una nariz consecuente, pero perfectamente recta y afortunadamente acortada en los extremos por su bigote y sus gafas, de lentes ovales con un fino cable de acero por montura. Su voz era grave y agradable y su cabello, de un negro azulado, se ondulaba de forma natural los días de lluvia.

Un domingo conoció a una modista morena y menuda que se llamaba Augustine y le pareció tan guapa que en seguida se casó con ella.

Nunca supe cómo se habían conocido, porque en casa no se hablaba de esas cosas. Por otra parte, jamás les pregunté nada al respecto, porque no imaginaba ni su infancia ni su juventud.

Eran mi padre y mi madre, desde siempre y para toda la eternidad. Mi padre era veinticinco años mayor que yo, y eso no cambió nunca. La edad de Augustine era la mía, porque mi madre era yo y, en mi infancia, pensaba que habíamos nacido el mismo día. De su vida anterior solo sé que quedó deslumbrada por el encuentro con aquel joven de aspecto serio, que jugaba tan bien a la petanca y ganaba de forma infalible cincuenta y cuatro francos al mes. Renunció entonces a coser para los demás y se instaló en un apartamento especialmente agradable porque lindaba con la escuela y no se pagaba alquiler.

En los meses que precedieron a mi nacimiento, como solo tenía diecinueve años —y los tuvo durante toda su vida—, sufrió grandes inquietudes y declaró

sollozando que su bebé nunca nacería, porque «sentía que no iba a saber hacerlo».

Mi padre trató de hacer que entrara en razón. Pero ella decía, furiosa:

—¡Y pensar que esto me lo has hecho tú!

Y se echaba a llorar.

Cuando el futuro visitante empezó a moverse, tuvo ataques de risa entre dos crisis de llanto.

Asustado por aquel comportamiento tan poco razonable, mi padre llamó al rescate a su hermana mayor. Ella lo había criado. Era (naturalmente) directora de escuela en La Ciotat, y soltera.

La hermana mayor se entusiasmó muchísimo y decidió que había que llevar inmediatamente a mi madre a su casa, a la orilla del Mar Latino: cosa que se hizo aquella misma noche.

Me han contado que Joseph estuvo encantado y aprovechó su libertad para coquetear con la panadera, a quien le puso en orden la contabilidad: es una idea desagradable que nunca he aceptado.

Entretanto, la futura mamá caminaba por las playas, bajo el tierno sol de enero, mirando a lo lejos las velas de los pesqueros, que zarpaban a las tres hacia el sol poniente. Después, junto al fuego donde silbaba la llama azul de los troncos de olivo, tejía la canastilla de su saltarina progenitura, mientras la tía Marie ribeteaba pañales, cantando con su linda voz clara:

*En el ligero bergantín que las olas acunan,  
cuando la noche tiende su gran velo negro...*

Ya estaba tranquila, sobre todo porque su José venía todos los sábados, en la bicicleta del panadero. Traía crocantes de almendra, tartas de franchipán y un saquito de harina blanca para hacer crepes o buñuelos, lo que demuestra que la panadera no tenía queja de él.

Los mimos, el largo reposo y el aire salubre del mar Mediterráneo transformaron a la joven Augustine: tenía muy buen color y por lo visto cantaba todas las mañanas, desde que despertaba.

Todo se auguraba maravilloso, cuando en la madrugada del 28 de febrero la despertaron unos dolores.

Llamó inmediatamente a la tía Marie, que decretó que no era nada, pues el doctor había anunciado el nacimiento de una hija para finales de marzo; después encendió el fuego para hacer una infusión. Pero la paciente afirmó que los

doctores no entendían nada y que quería volver en seguida a Aubagne.

—¡El bebé tiene que nacer en casa! ¡Joseph tiene que darme la mano! ¡Marie, Marie, vámonos ya! ¡Estoy segura de que quiere salir!

La dulce Marie trató de calmarla, con tila y con palabras. Colador en mano, declaró que si el suceso se confirmaba, iría a informar al pescadero, que bajaba cada día a Aubagne sobre las ocho, y que Joseph vendría como un rayo en la máquina de pedales.

Pero Augustine apartó la taza de flores y se retorció las manos llorando a mares.

Entonces la tía Marie fue a llamar a los postigos de un vecino, que tenía un tílbur y un caballito. Era una época bendita, en que la gente se hacía favores: bastaba con pedirlo.

El vecino unció al caballo, la tía envolvió a Augustine con unos chales y allá que nos fuimos al trote, mientras sobre la cresta de las colinas la mitad de un gran sol rojo nos miraba a través de los pinos.

Pero al llegar a la Bédoule, que está justo a medio camino, los dolores se reanudaron y la tía también se asustó. Estrechaba entre sus brazos a mi madre arrebuja y le daba consejos: «Augustine —decía—, aguántate», porque ella era virgen.

Pero Augustine, palidísima, abría unos ojos negros enormes y sudaba entre gemidos.

Afortunadamente, ya habíamos pasado el alto y la carretera bajaba hacia Aubagne. El vecino quitó el freno, que entonces se llamaba la manivela, y azotó al caballito, que no tuvo más que dejarse llevar por el peso de los pasajeros. Llegamos justo a tiempo y la señora Négrel, la comadrona, vino a toda prisa a aliviar a mi madre, que por fin había clavado las uñas en el robusto brazo de Joseph.

No es una historia muy sorprendente, pero esperen un minuto, porque lo va a ser.

A principios del siglo XVIII había en Aubagne una familia de comerciantes muy antigua y muy rica con apellido Barthélemy. Tan espléndidos eran sus méritos que un día el rey los haría nobles.

Pues bien, en la noche del 19 al 20 de enero de 1716, la señora Barthélemy, que era muy joven, que vivía en Aubagne y cuyo marido se llamaba Joseph, «sintió los primeros dolores». Subió «precipitadamente» al coche para acudir a casa de

su madre, la casa familiar, que era la más bonita de Cassis.

Cassis era un pequeño puerto pesquero, a una legua de La Ciotat, y hasta los tres cuartos del trayecto se va por el mismo camino que lleva a Aubagne.

Así pues, la señora Barthélemy pasó por las gargantas, por el alto de la Bédoule, gimiendo bajo las mantas... Llegó a Cassis, «desfallecida de dolor y, mientras la acostaban en la cama, dio a luz a un niño».

Aquel niño sería el abad Barthélemy, ilustre autor del *Viaje del joven Anacarsis a Grecia*, que entró en la Academia francesa el 5 de marzo de 1789, en el sillón vigesimoquinto: el mismo sillón que tengo el honor de ocupar yo desde el 5 de marzo de otro año.

Podríamos sacar, de esta doble anécdota, una conclusión singular: que uno de los medios para llegar a formar parte de la Ilustre Compañía es ser hijo de un Joseph e intentar nacer, una madrugada de invierno, en una carreta que gemía por partida doble, por el camino de la Bédoule.



Mis recuerdos de Aubagne son pocos, porque allí solo viví tres años.

Veo en primer lugar una fuente muy alta, bajo los plátanos del bulevar, justo delante de nuestra casa. Es el monumento que sus paisanos erigieron a nuestro abad Barthélemy, considerado como un hombre de izquierdas, a causa del *Viaje del joven Anacarsis*. Pocas personas lo habían leído y muchos le decían, de buena fe, «el joven anarquista». En aquella época, obviamente, yo no lo sabía, pero escuchaba maravillado la cancioncita de la fuente, que piaba con los gorriones.

Veo después un techo que me cae encima a una velocidad vertiginosa, mientras mi madre, horrorizada, grita:

—¡Henri! ¡Eres idiota! Henri, te prohíbo...

Es que mi tío Henri, el hermano de mi madre, me lanza por los aires y me recoge al vuelo. Yo chilló de terror, pero cuando mi madre me coge en brazos, exclamo:

—¡Otra vez! ¡Otra vez!

Mi tío Henri tenía treinta años, una bonita barba morena, y era mecánico de máquinas de vapor: trabajaba construyéndolas en Fraguas y Astilleros del Mediterráneo, como había hecho su padre, aquel abuelo materno al que nunca conocí.

Este había nacido en Coutances, hacia 1845, y se llamaba Guillaume Lansot. Normando de pura cepa, había llegado a Marsella dando la vuelta a Francia. Mi abuela marsellesa le gustó y se quedó allí.

A los veinticuatro años ya tenía tres hijos, de los cuales la menor era mi madre.

Como conocía bien su oficio y el mar no le daba miedo, un día lo enviaron a Río de Janeiro para arreglar un barco de vapor cuyo motor no quería arrancar. Llegó a aquel país aún salvaje sin vacunas de ninguna clase. Vio que la gente moría de fiebre amarilla y, a lo tonto, hizo lo mismo...

Sus hijos no habían tenido tiempo de conocerlo y mi abuela, que solo fue su

mujer durante cuatro años, no pudo contarnos gran cosa de él, salvo que era muy alto, tenía los ojos del azul del mar, los dientes muy blancos, era de un rubio que tiraba a pelirrojo y se reía por cualquier cosa, como los niños.

Ni siquiera tengo su fotografía. A veces, por la noche, en el campo, junto al fuego, lo llamo, pero no viene. Debe de seguir en las Américas. Entonces yo solo, viendo bailar las llamas, pienso en mi abuelo de veinticuatro años que murió sin gafas, con todos sus dientes, bajo una espesa melena dorada, y me sorprende ser el nieto tan viejo de un hombre alto y joven de Coutances.

Otro recuerdo de Aubagne es la partida de petanca bajo los plátanos del bulevar. Mi padre, entre otros gigantes, daba saltos prodigiosos y lanzaba una bola de hierro a distancias inimaginables. En ocasiones había grandes aplausos y los gigantes siempre terminaban discutiendo, por un cordel que se arrancaban de las manos, pero nunca se pegaban.

De Aubagne pasamos a Saint-Loup, que era un pueblo grande a las afueras de Marsella. Enfrente de la escuela estaba el matadero municipal: era simplemente una especie de hangar, donde dos matarifes inmensos trabajaban con las puertas abiertas.

Mientras mi madre se ocupaba de la casa, yo me subía a una silla, ante la ventana del comedor, y observaba el asesinato de los bueyes y los cerdos con el mayor interés. Creo que el ser humano es cruel por naturaleza: los niños y los salvajes lo demuestran a diario.

Cuando el desdichado buey recibía el martillazo entre los cuernos y caía de rodillas, yo simplemente admiraba la fuerza del matarife, la victoria del hombre sobre el animal. La ejecución de los cerdos me hacía llorar de risa, porque los llevaban por las orejas y pegaban chillidos estridentes. Pero el espectáculo más interesante era el asesinato del cordero.

El matarife lo degollaba con elegancia, sin dejar de conversar con su ayudante y sin prestar la menor atención a lo que hacía. Cuando había degollado a tres o cuatro, colocaba los cadáveres, patas arriba, en una especie de cunas. Después, con un fuelle, los inflaba prodigiosamente para despegar la piel de la carne: yo creía que intentaba hacer globos con ellos y esperaba verlos salir volando, pero mi madre, que siempre aparecía en el mejor momento, me hacía bajar de mi observatorio y, mientras cortaba dados de carne para el cocido familiar, me decía cosas incomprensibles sobre la dulzura del pobre buey, la amabilidad del corderito de lana rizada y la maldad de aquel matarife.

Cuando iba al mercado, me dejaba al pasar en la clase de mi padre, que enseñaba a leer a niños de seis o siete años. Me quedaba sentado, muy buenecito, en primera fila y admiraba la omnipotencia paterna. Llevaba en la mano una vara de bambú: le servía para señalar las letras y las palabras que escribía en el encerado y, a veces, para golpear los dedos de algún alumno despistado.

Una mañana, mi madre me dejó en mi sitio y salió sin decir palabra, mientras él

escribía magníficamente en la pizarra: «La mamá ha castigado a su hijo que no se portaba bien».

Mientras él redondeaba un admirable punto final, yo grité:

—¡No! ¡No es verdad!

Mi padre se volvió de repente, me miró estupefacto y exclamó:

—¿Qué dices?

—¡Mamá no me ha castigado! ¡Lo has escrito mal!

Avanzó hacia mí.

—¿Quién te ha dicho que te habían castigado?

—Está escrito.

La sorpresa lo dejó sin palabras un momento.

—A ver, a ver —dijo al fin—, ¿sabes leer?

—Sí.

—A ver, a ver... —repetía.

Dirigió la punta del bambú hacia la pizarra.

—Bueno, pues lee.

Leí la frase en voz alta.

Entonces fue a por una cartilla y leí sin dificultad algunas páginas...

Creo que aquel día experimentó la mayor alegría, el mayor orgullo de su vida.

Cuando llegó mi madre, me encontró en medio de los cuatro maestros, que habían mandado a sus alumnos al patio y me escuchaban descifrar lentamente la historia de Pulgarcito... Pero, en lugar de admirar aquella hazaña, palideció, dejó sus paquetes en el suelo, cerró el libro y me sacó en brazos, diciendo:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

En la puerta de la clase estaba la portera, que era una anciana corsa: se hacía la señal de la cruz. Más tarde supe que fue ella quien había ido a buscar a mi madre, asegurándole que «esos señores» iban a hacerme «explotar el cerebro».

A la mesa, mi padre afirmó que se trataba de supersticiones ridículas, que yo no había hecho ningún esfuerzo, que había aprendido a leer como un loro aprende a hablar y que él ni siquiera se había dado cuenta. Mi madre no quedó convencida y de cuando en cuando posaba su mano fresca en mi frente y me preguntaba:

—¿No te duele la cabeza?

No, no me dolía la cabeza, pero hasta los seis años no volvieron a permitirme entrar en un aula ni abrir un libro, por miedo a una explosión cerebral. No se quedó tranquila hasta dos años más tarde, al final de mi primer trimestre escolar,

cuando mi maestra le declaró que tenía una memoria sorprendente, pero que mi madurez mental era la de un niño de pecho.

Desde Saint-Loup, mi padre dio un salto de cometa, pues cruzando los pueblos de golpe, obtuvo —para su gran sorpresa— el puesto de maestro titular en la escuela del camino de los Cartujos, la escuela municipal más grande de Marsella.

Estaba gobernada por un «director sin clase», que se dedicaba solo a dirigir. Podía ir a ver al señor inspector de la Academia sin la menor convocatoria, era miembro del jurado del diploma elemental y a veces incluso del diploma superior.

De hecho, el bedel había dicho delante de mí, a mi padre cautivado, que los doce maestros de los Cartujos eran «la élite de los maestros» y que, a los cuatro o cinco años de servicio, quienes lo deseaban eran inmediatamente nombrados directores, y a menudo en la misma Marsella.

Esa declaración del bedel de la escuela del camino de los Cartujos fue a menudo citada en la familia y mi madre —que estaba orgullosísima— se la contó a la señora Mercier y a la señorita Guimard, añadiendo que quizás el bedel exagerase un poco: pero no parecía creerlo así.

Siempre fue pálida y frágil, pero feliz entre su Joseph, sus dos hijos y su máquina de coser nuevecita.

Aquel prodigioso invento me permitiría ayudarla en sus labores.

Arrodillado debajo de la mesita, delante de su vestido, hacía oscilar con las manos el ancho pedal, que yo paraba en seco cuando me lo ordenaba.

Mi hermano Paul era un hombrecito de tres años con piel blanca, mejillas repletas, grandes ojos de un azul muy claro y los rizos dorados de nuestro abuelo desconocido. Era pensativo, nunca lloraba y jugaba solo debajo de una mesa con un corcho o un bigudí, pero su voracidad resultaba sorprendente; de vez en cuando había un drama-relámpago: de pronto lo veíamos avanzar, titubeando, con los brazos separados, la cara violácea. Estaba muriendo de asfixia.

Mi madre en pánico le golpeaba la espalda, le metía un dedo en la garganta o lo sacudía agarrado por los talones, como hiciera en su día la madre de Aquiles.

Entonces Paul, con un estertor atroz, expulsaba una aceituna negra, o un hueso



de melocotón, o una larga tira de tocino.

Tras lo cual reanudaba sus juegos solitarios, agachado como un sapo gordo.

Joseph estaba espléndido. Llevaba un traje nuevo azul marino, digno de la escuela de los Cartujos: sus gafas, antaño con montura de hierro, brillaban ahora con una de oro y sus lentes se habían redondeado; por último, llevaba una corbata de artista, un cordoncillo negro con los dos extremos colgando. Pero aquella pretensión se justificaba por el hecho de haberse asociado con su colega Arnaud para trabajar, los jueves y los domingos por la mañana,<sup>3</sup> en la reproducción de los mapas murales de geografía, que la editorial Vidal-Lablache les pagaba hasta a cien francos cada uno. En el presupuesto familiar, Vidal-Lablache contaba por veinticinco francos al mes y aquel doble apellido era doblemente bendecido.

<sup>3</sup> Hasta 1972, los días no lectivos en Francia eran los jueves y los domingos.

Me acercaba a los seis años e iba al parvulario que dirigía la señorita Guimard.

La señorita Guimard era muy alta, con un lindo bigotito oscuro, y cuando hablaba se le movía nariz: sin embargo, a mí me parecía fea porque tenía la piel amarilla como un chino y grandes ojos saltones.

Enseñaba pacientemente las letras a mis compañeros, pero no se ocupaba de mí porque yo leía con fluidez, algo que ella consideraba como una impertinencia premeditada por parte de mi padre. Eso sí, durante las lecciones de canto decía delante de toda la clase que yo desafinaba y que mejor sería que me callase, cosa que yo hacía encantado.

Mientras la chiquillería se desgañitaba siguiendo su batuta, yo quedaba en silencio, tranquilo, sonriente; con los ojos cerrados, me contaba historias y paseaba a orillas del estanque del parque Borély, que es una especie de parque de Saint-Cloud, al extremo del Prado de Marsella.

Los jueves y los domingos, mi tía Rose, que era la hermana mayor de mi madre y casi tan guapa como ella, venía a comer a casa y después me llevaba, por medio de un tranvía, a aquel lugar encantado.

Allí había senderos sombreados por plátanos antiguos, bosquecillos salvajes, extensiones de césped que te invitaban a rodar por la hierba, guardianes para prohibírtelo y estanques donde nadaban flotillas de patos.

También había, en aquella época, cierta cantidad de gente aprendiendo a montar en bicicleta: con la mirada fija, los dientes apretados, huían de pronto del profesor, cruzaban el sendero, desaparecían en los matorrales y volvían a aparecer con la máquina colgada al cuello. Era un espectáculo no carente de interés y yo lloraba de risa. Pero mi tía no me dejaba mucho tiempo en aquella zona peligrosa: me llevaba a rastras —yo mirando hacia atrás— hasta un rincón tranquilo, a la orilla del estanque.

Nos sentábamos en un banco, siempre el mismo, ante un macizo de laureles, entre dos plátanos; ella sacaba una labor de punto de su bolso y yo iba a

dedicarme a los asuntos propios de mi edad.

Mi principal ocupación era echar pan a los patos. Esos estúpidos animales me conocían bien. En cuanto les mostraba un mendrugo, su flotilla venía hacia mí, palmoteando, y yo empezaba mi distribución.

Cuando mi tía no me miraba, mientras les decía con voz suave palabras cariñosas, también les tiraba piedras con la firme intención de matar a alguno. Aquella esperanza, siempre frustrada, constituía el encanto de esas salidas y, en el tranvía chirriante del Prado, me estremecía de impaciencia.

Pero un hermoso domingo me sorprendió dolorosamente encontrar a un señor sentado en nuestro banco. Su cara era rosa palo, tenía un grueso bigote castaño, cejas pelirrojas y bien provistas, grandes ojos azules, algo saltones. En sus sienes, algunos hilos blancos. Como además leía un periódico sin imágenes, lo clasifiqué de inmediato en la categoría de los ancianos.

Mi tía quiso llevarme a otro campamento, pero yo protesté: era *nuestro* banco, que se fuera el señor.

Fue cortés y discreto. Sin decir palabra, se deslizó hasta el extremo del asiento y colocó a su lado el bombín, sobre el que estaba posado un par de guantes de cuero, señal indiscutible de riqueza y de una buena educación.

Mi tía se instaló al otro extremo, sacó su labor y yo corrí, con mi bolsita de pan, hacia la orilla del estanque.

Elegí en primer lugar una piedra preciosa, del tamaño de una moneda de cinco francos y maravillosamente cortante. Por desgracia, un guardia me estaba mirando: la escondí en mi bolsillo y empecé mi distribución, con palabras tan agradables y afectuosas que no tardé en encontrarme frente a todo un escuadrón colocado en semicírculo.

El guarda —un remolón— me pareció estar poco interesado en el espectáculo: se dio sencillamente la vuelta y se marchó a paso lento. Al punto saqué la piedra y tuve la alegría —y cierta preocupación— de alcanzar en la cabeza al viejo padre pato. Pero en lugar de zozobrar y hundirse —como yo esperaba—, el tipo duro cambió de rumbo y huyó palmoteando, con grandes gritos de indignación. A diez metros de la orilla, se detuvo y se volvió hacia mí: de pie en el agua y aleteando me lanzó todas las injurias que sabía, respaldado por los gritos desgarradores de toda su familia.

El guardia no andaba lejos: corrí a refugiarme junto a mi tía.

Ella no había visto nada, no había oído nada, no estaba tejiendo: conversaba

con el señor del banco.

—¡Oh, qué niño más adorable! —dijo él—. ¿Cuántos años tienes?

—Seis.

—¡Si parece de siete! —dijo el señor.

Después elogió mi buen aspecto y decretó que tenía unos ojos realmente preciosos.

Ella se apresuró a aclarar que yo no era su hijo, sino el de su hermana, y añadió que no estaba casada. Tras lo cual el amable anciano me dio diez céntimos para ir a comprar «obleas» al puesto que estaba al final del sendero.

Me dejaron mucho más libre que de costumbre. Aproveché para ir adonde los ciclistas. De pie en un banco —por prudencia— asistí a algunas caídas inexplicables.

La más tremendamente cómica fue la de un viejo de al menos cuarenta años: haciendo graciosas muecas, arrancó el manillar de la máquina y cayó de pronto de lado, sin dejar de agarrar con todas sus fuerzas las manillas de caucho. Lo levantaron, cubierto de polvo, con los pantalones rotos en las rodillas y tan indignado como el viejo pato. Yo ya esperaba una batalla de mayores cuando mi tía y el señor del banco llegaron y me llevaron lejos del grupo vociferante, porque era hora de volver.

El señor tomó el tranvía con nosotros: hasta nos pagó los billetes, pese a las tremendas protestas de mi tía que, para mi sorpresa, se había puesto toda colorada. Entendí, mucho más tarde, que se sintió como una auténtica cortesana porque un señor aún desconocido había pagado quince céntimos por nosotros.

Lo dejamos en la última parada y nos hizo grandes gestos de saludo, con el bombín en la mano.

Al llegar a la puerta de nuestra casa, mi tía me recomendó —en voz baja— que nunca hablase a nadie de aquel encuentro. Me dijo que aquel señor era el dueño del parque Borély, que si decíamos una sola palabra sobre él se enteraría seguro y nos prohibiría volver. Cuando le pregunté por qué, me dijo que era un «secreto». Me encantó conocer si no un secreto, al menos su existencia. Lo prometí y cumplí con mi palabra.

Nuestros paseos por el parque se hicieron cada vez más frecuentes y el amable «propietario» siempre nos esperaba en nuestro banco. Pero era muy difícil reconocerlo de lejos, porque nunca llevaba el mismo traje. Unas veces era una chaqueta clara con un chaleco azul, otras una chaqueta de caza con un chaleco de

punto; incluso lo vi en chaqué.

Por su parte, mi tía Rosa ahora llevaba una boa de plumas y un pequeño tocado de muselina bajo un pájaro azul con las alas abiertas que parecía estar incubando su moño.

Tomaba prestada la sombrilla de mi madre, o sus guantes, o su bolso. Reía, se sonrojaba y cada día estaba más guapa.

En cuanto llegábamos, el «propietario» me dejaba primero con el hombre de los burros, en los que cabalgaba durante horas, después con el del ómnibus tirado por cuatro cabras, luego con el encargado del tobogán: yo sabía que tanta generosidad no le costaba nada, puesto que todo el parque le pertenecía, pero estaba igualmente agradecido y orgulloso de tener un amigo tan rico y que me demostraba un amor tan grande.

Seis meses más tarde, jugando al escondite con mi hermano Paul, me encerré en la parte de abajo del aparador, tras haber apartado los platos. Mientras Paul me buscaba en mi cuarto y yo aguantaba la respiración, mi padre, mi madre y mi tía entraron en el comedor. Mi madre decía:

—¡Pero es que treinta y siete años es bastante viejo!

—¡Vamos, mujer! —dijo mi padre—. Yo cumpliré treinta a finales de año y todavía me considero un hombre joven. ¡Treinta y siete años es la flor de la edad! Y Rose tampoco tiene dieciocho.

—Tengo veintiséis —dijo la tía Rose—. Y, además, me gusta.

—¿Qué hace en la Prefectura?

—Es subdirector de oficina. Gana doscientos veinte francos al mes.

—¡Eh, eh! —dijo mi padre.

—Y tiene unas pequeñas rentas que le vienen de su familia.

—¡Oh, oh! —dijo mi padre.

—Me ha dicho que podíamos contar con trescientos cincuenta francos al mes.

Oí un largo silbido y mi padre añadió:

—Pues bien, mi querida Rose, ¡te felicito! Pero ¿es guapo, por lo menos?

—¡Oh, no! —dijo mi madre—. Guapo, lo que se dice guapo, no es.

Entonces yo empujé bruscamente la puerta del aparador, salté al suelo y grité:

—¡Sí! ¡Sí que es guapo! ¡Es guapísimo!

Y corrí hacia la cocina y cerré la puerta con llave.

A raíz de aquellos acontecimientos, el propietario vino a casa un día, acompañado por la tía Rose.

Mostraba una gran sonrisa, bajo las alas de un bombín que era de un negro lustroso. La tía Rose estaba toda rosa, vestida de color rosa de pies a cabeza, y sus ojos brillaban detrás de un velo azul sujeto al borde de un canotier.

Volvían de un corto viaje y hubo besos y abrazos: sí, el propietario, ante nuestros ojos estupefactos, ¡besó a mi madre y luego a mi padre!

Después me agarró por las axilas, me levantó, me miró un momento y dijo:

—Ahora me llamo tío Jules, porque soy el marido de la tía Rose.

Lo más sorprendente es que no se llamaba Jules. Su verdadero nombre era Thomas. Pero mi querida tía, que había oído decir que en el Ejército llamaban Thomas a los orinales, decidió llamarlo Jules, nombre aún más habitual para designar el mismo objeto. La inocente criatura, que no había hecho el servicio militar, lo ignoraba y nadie se atrevió a informarla, ni siquiera Thomas-Jules, que la quería demasiado para contradecirla, sobre todo cuando era él quien llevaba razón.

El tío Jules había nacido entre las viñas, en ese Roussillon dorado donde tanta gente hace rodar tantas barricas. Dejó el viñedo a sus hermanos y se convirtió en el intelectual de la familia, pues había estudiado Derecho, pero seguía siendo orgullosamente catalán y hacía vibrar las erres como un arroyo hace vibrar la grava.

Yo lo imitaba para hacer reír a mi hermano Paul. En efecto, pensábamos que el acento provenzal era el único auténtico acento francés, puesto que era el de nuestro padre, examinador del certificado de estudios, y que las erres del tío Jules eran el signo exterior de una tara oculta.

Mi padre y él eran buenos amigos, aunque el tío Jules, mayor que él y más rico, tomase en ocasiones una actitud protectora.

De vez en cuando protestaba por la abusiva duración de las vacaciones escolares.

—Admito —decía— que los niños necesiten tanto descanso. Pero, entretanto, podrían usar a los maestros para otra cosa.

—¡Pues sí! —decía mi padre irónicamente—. Podrían ir a remplazar, durante un par de meses, a los funcionarios de la Prefectura, agotados de tantas siestas y con el trasero magullado de tanto calentar la silla.

Pero esas escaramuzas amistosas no iban más allá y nunca se abordaba el gran tema, salvo por discretas alusiones: ¡el tío Jules iba a misa!

Cuando mi padre supo —por una confidencia de la tía Rose a mi madre— que



comulgaba dos veces al mes, quedó completamente consternado y declaró que «era el colmo». Mi madre entonces le suplicó que aceptara la situación y renunciase, delante del tío, a su pequeño repertorio de bromas sobre los curas y, en particular, a una cancioncita que celebraba las hazañas aeronáuticas del venerable padre Dupanloup.<sup>4</sup>

—¿De verdad crees que se enfadaría?

—Estoy segura de que no volvería a pisar nuestra casa y prohibiría a mi hermana que volviera a verme.

Mi padre meneó tristemente la cabeza y de pronto, con voz furiosa, exclamó:

—¡Ahí lo tienes! ¡Mira la intolerancia de esos fanáticos! ¿Acaso yo le impido que se coma a su Dios cada domingo? ¿Acaso te prohíbo a ti que veas a tu hermana porque esté casada con un hombre que cree que el creador del universo baja en persona, todos los domingos, a cien mil copas de vino? Pues bien, yo le enseñaré lo que es la amplitud de miras. Lo ridiculizaré con mi liberalismo. No, no le hablaré de la Inquisición, ni de Calas, ni de Jean Huss, ni de tantos otros a quienes la Iglesia mandó a la hoguera, no diré nada de los papas Borgia ni de la papisa Juana. Y aunque intente predicarme las ideas pueriles de una religión tan infantil como los cuentos de mi abuela, le responderé *educadamente* y me conformaré con reírme por lo bajo en mis barbas.

Pero no tenía barbas y tampoco se reía.

Sin embargo, mantuvo su palabra y su amistad no fue perturbada por las pocas palabras que se les escapaban de vez en cuando y que sus mujeres vigilantes de inmediato escamoteaban, mediante grandes gritos de sorpresa o carcajadas estridentes cuyo motivo se inventaban después.

Mi tío Jules se convirtió en seguida en mi gran amigo. Solía felicitarme por haber cumplido con mi palabra y haber guardado el gran secreto, en la época de las citas en el parque Borély; contaba a todo el mundo que «este niño sería un gran diplomático» o «un oficial de primer orden» (esa profecía, para la que no obstante existía alternativa, aún no se había realizado). Insistía en ver mis notas y me recompensaba (o me consolaba) con juguetes o bolsitas de caramelos.

Sin embargo, un día en que yo le aconsejaba que mandase construir una casita en su admirable parque Borély, con un balcón para ver a los ciclistas, me confesó, como en broma, que nunca había sido el propietario.

Quedé consternado por la pérdida instantánea de tan espléndido patrimonio y lamenté haber admirado durante tanto tiempo a un impostor.

Además, descubrí aquel día que los mayores sabían mentir tan bien como yo y me pareció que ya no estaba seguro entre ellos.

Pero, por otra parte, aquella revelación, que justificaba mis propias mentiras pasadas, presentes y futuras, me aportó la paz de espíritu y, cuando era indispensable mentir a mi padre y mi pequeña conciencia protestaba débilmente, yo le respondía: «¡Como el tío Jules!»; entonces, con la mirada ingenua y la frente serena, mentía admirablemente.

Un buen día cambiamos de casa, porque mi padre consideraba que nuestro apartamento se nos había quedado pequeño: obtuvo una «indemnización por mudanza» y nos fuimos a vivir, en la calle Terrusse, a un gran bajo completado por un sótano, iluminado en la parte trasera por un jardincito.

Fue una de las grandes etapas de nuestra vida. Mi madre, colorada de orgullo, deslumbró a la tía Rose mostrándole que ahora disponía de ocho armarios y roperos; en cuanto a mí, «contaba» ese palacio en la escuela y, para dar una idea de su opulencia afirmaba, sin mentir, ¡que se podía jugar dentro al escondite! Semejante lujo hizo muchos envidiosos: afortunadamente, hubo unos cuantos incrédulos que siguieron siendo mis amigos.

<sup>4</sup> El padre Dupanloup es un personaje protagonista de diversas canciones populares. Hay múltiples versiones de sus aventuras, pero todas ellas son pícaras, irreverentes y, en ocasiones, francamente obscenas.

Pasaron dos años: conquisté la regla de tres, descubrí —con alegría inagotable— la existencia del lago Titicaca, y de Luis X el Obstinado, *hibouchougenou*<sup>5</sup> y esas reglas desoladoras que gobiernan los participios pasados.

Mi hermano Paul, por su parte, había tirado su cartilla de lectura y abordaba por la noche en su cama la filosofía indolente de los *Pieds Nickelés*.<sup>6</sup>

Había nacido una hermanita, precisamente mientras estábamos los dos en casa de mi tía Rosa, con la que pasamos dos días para voltear las crepes de la Candelaria.

Aquella desafortunada invitación me impidió comprobar plenamente la hipótesis audaz de Mangiapan, que se sentaba a mi lado en clase y afirmaba que los niños salían del ombligo de su madre.

Aquella idea me pareció absurda en un primer momento, pero una noche, tras un largo examen de mi propio ombligo, constaté que realmente parecía un ojal, con una especie de botoncito en el centro: concluí que era posible desabrocharlo y que Mangiapan decía la verdad.

Sin embargo, pensé también que los hombres no tienen niños: solo tienen hijos e hijas que los llaman papá, pero los niños sin duda venían de la madre, como los perros y los gatos. Por lo tanto, mi ombligo no demostraba nada. Al contrario, su existencia en los varones debilitaba mucho la autoridad de Mangiapan.

No sabía qué creer ni qué pensar.

En todo caso, puesto que acababa de nacer una hermanita, era el momento de aguzar vista y oído y descubrir el gran secreto.

Fue volviendo de casa de la tía Rose, al cruzar la Plaine, cuando hice, en el pasado, un gran descubrimiento: desde hacía tres meses, mi madre había cambiado de forma y caminaba con el busto echado hacia atrás, como el cartero en Navidad. Una noche Paul, con aire de preocupación, me preguntó:

—¿Qué lleva nuestra Augustine debajo del delantal?

Yo no supe qué decirle...

La encontramos sonriente, pero pálida y sin fuerzas, en la cama grande. Junto a ella, en una cuna, una pequeña criatura gesticulante pegaba gritos de mirlitón. La hipótesis de Mangiapan me pareció quedar demostrada y besé con cariño a mi madre, pensando en su sufrimiento cuando hubo que desabrocharle el ombligo.

La pequeña criatura nos pareció al principio ajena. Además, nuestra madre le daba el pecho, algo que me impactaba mucho y asustaba a Paul. Decía:

—Se nos la come cuatro veces al día.

Pero cuando empezó a tambalearse y a balbucear, nos reveló nuestra fuerza y nuestra sabiduría y la adoptamos definitivamente.

El tío Jules y la tía Rose venían a vernos los domingos y yo iba —con Paul— a comer a su casa casi todos los jueves.

Vivían en un bonito apartamento en la calle des Minimes: estaba alumbrado por gas, la tía cocinaba con gas y tenía una señora de la limpieza.

Un día me di cuenta con sorpresa de que mi querida tía Rose se hinchaba a su vez y concluí inmediatamente que se avecina un desabrochado.

El diagnóstico no tardo en ser confirmado por una conversación de la que sorprendí unos retazos entre mi madre y la señorita Guimard.

Mientras el carnicero cortaba un hermoso filete de veinte céntimos en el «cuarto oscuro», esta dijo con inquietud:

—Los niños de viejo, siempre es delicado...

—¡Rose solo tiene veintiocho años! —protestó mi madre.

—Para un primer hijo ya es mucho. ¡Y no olvide que su marido tiene cuarenta!

—Treinta y nueve —dijo mi madre.

—¡Veintiocho y treinta y nueve son sesenta y siete! —dijo la señorita Guimard.

Y meneaba la cabeza, maléfica y pensativa...

Una noche, mi padre nos anunció que mamá no iba a volver a casa porque se había quedado con su hermana, «que no se encontraba bien». Cenamos los cuatro en silencio y luego ayudé a mi padre a acostar a la hermanita.

Fue una operación difícil, a causa del orinal, los pañales y nuestro miedo a romperla.

Mientras me estiraba los calcetines, le dije a Paul:

—A la tía Rose la están desabrochando.

Él leía en su cama a sus queridos *Pieds Nickelés* y no me respondió. Pero yo

había decidido iniciarlo en los grandes misterios e insistí:

—¿Sabes por qué?

Tampoco se movió y me di cuenta de que estaba dormido.

Entonces le quité suavemente el libro de las manos, le bajé las rodillas y de un soplo apagué la luz.

Al día siguiente, que era jueves, mi padre nos dijo:

—¡Hala, venga! Levantaos: ¡vamos a casa de la tía Rose y os prometo una bonita sorpresa!

—Yo —dije— ya sé cuál es la sorpresa...

—¡Oh, oh! —dijo—. ¿Y qué sabes tú?

—No te lo quiero decir, pero te prometo que lo he entendido todo.

Me miró sonriendo, pero no insistió.

Nos fuimos los cuatro por las calles. La hermanita iba vestida muy graciosa, con un vestido que le habíamos abrochado por delante, y no habíamos podido peinarla, a causa de sus chillidos.

Una gran preocupación me atormentaba. Íbamos a ver a un niño de viejo, lo había dicho la señorita Guimard, pero no había aclarado nada, salvo que tendría sesenta y siete años. Me imaginaba que estaría todo atrofiado y que sin duda tendría el pelo blanco, con una barba blanca como la de mi abuelo —más pequeña, claro, y más fina—, una barba de bebé. No iba a ser bonito. ¡Pero igual ya hablaba y nos contaba de dónde venía! Eso sí que sería interesante.

Menuda decepción.

Nos llevaron a dar un beso a la tía Rose en su habitación. Parecía estar perfectamente abrochada, aunque un poco pálida. Mi madre estaba sentada al borde de la cama y, entre ellas, había un bebé, un bebé sin barba ni bigote, y su cara mofletuda dormía apaciblemente bajo una cresta de pelo rubio.

—¡Este es vuestro primo! —dijo mi madre en voz baja.

Las dos lo miraban, conmovidas, maravilladas, radiantes, con una adoración exageradísima, y el tío Jules —que acababa de entrar— estaba tan colorado de orgullo que Paul, asqueado, me llevó al comedor, donde nos comimos los cuatro plátanos que él había localizado al pasar en el frutero de cristal.

<sup>5</sup> Se refiere a una lista de palabras francesas que forman plural irregular y han de ser aprendidas de memoria por los estudiantes.

<sup>6</sup> Serie francesa de tiras cómicas publicada desde 1908. Sus protagonistas, tres granujas llamados Croquignol, Filochard y Ribouldingue, se caracterizan por su holgazanería.

Una bonita tarde del mes de abril, volvía de la escuela con mi padre y con Paul. Era miércoles, el mejor día de la semana, porque nuestros días solo son buenos por el día siguiente.

Mientras caminábamos por la acera de la calle Tivoli, mi padre me dijo:

—Sapito, te voy a necesitar mañana.

—¿Para qué?

—Ya lo verás. Es una sorpresa.

—¿A mí también me vas a necesitar? —preguntó Paul preocupado.

—Claro que sí. Pero Marcel vendrá conmigo y tú te quedarás en casa, para vigilar a la señora de la limpieza que va a barrer el sótano. Es muy importante.

—Yo siempre tengo miedo de ir al sótano. Pero con la señora de la limpieza no tendré miedo.

Al día siguiente, sobre las ocho, mi padre vino a despertarme imitando un toque de corneta y echó las mantas al pie de la cama.

—Tienes que estar listo en media hora. Yo voy a afeitarme.

Me froté los ojos con los puños cerrados, me estiré, me levanté.

Paul había desaparecido bajo las sábanas, solo sobresalía un bucle de su cabello dorado.

El jueves era el día de bañarse, mi madre se tomaba esas cosas muy en serio. Empecé por vestirme de pies a cabeza, luego fingí que me lavaba entero: es decir que, veinte años antes de los especialistas en efectos sonoros de la radiodifusión, compuse la sinfonía de los ruidos que sugieren un baño.

Primero abrí el grifo del lavabo y lo coloqué hábilmente en cierta posición que hacía roncar las tuberías: de ese modo mis padres quedarían informados del comienzo de la operación.

Mientras el chorro de agua bullía ruidosamente en la pila, yo miraba a una



distancia prudencial.

Al cabo de cuatro o cinco minutos, giré bruscamente el grifo, que anunció su cierre haciendo sonar el tabique con un golpe de ariete.

Esperé un momento, que aproveché para peinarme. Entonces hice sonar sobre las baldosas la bañerita de chapa y volví a abrir el grifo, pero despacio, muy poco a poco. Silbó, maulló y reanudó el ronquido entrecortado. Lo dejé correr un minuto entero, lo que me llevaba leer una página de los *Pieds Nickelés*. En el momento mismo en que Croquignol, tras una zancadilla al agente de policía, escapaba corriendo sobre la mención «Continuará», lo cerré bruscamente.

Fue un éxito absoluto, pues obtuve una doble detonación que hizo vibrar la tubería.

Otro golpe a la chapa de la bañera y hube terminado, en el plazo prescrito, un baño plausible sin haber tocado una gota de agua.

Encontré a mi padre sentado a la mesa del comedor. Estaba contando dinero; frente a él, mi madre se tomaba el café. Sus trenzas negras, que tenían reflejos azules, colgaban hasta el suelo por detrás de la silla. Mi café con leche estaba servido. Mi madre me preguntó:

—¿Te has lavado los pies?

Como sabía que ella daba una importancia particular a esa fútil operación, cuya necesidad me resultaba inexplicable (puesto que los pies no se ven), respondí con seguridad:

—Los dos.

—¿Te has cortado las uñas?

Me pareció que la confesión de un olvido confirmaría la realidad del resto.

—No —dije—, se me ha olvidado. Pero me las recorté el domingo.

—Bien —dijo ella.

Pareció satisfecha. Yo lo estuve también.

Mientras me comía las tostadas, mi padre dijo:

—¿No sabes adónde vamos? Pues mira: tu madre necesita un poco de campo. Así que he alquilado, a medias con el tío Jules, una casona en la colina y allí pasaremos las vacaciones de verano.

Quedé maravillado.

—¿Y dónde está esa casona?

—Lejos de la ciudad, entre los pinos.

—¿Está muy lejos?

—Oh, sí —dijo mi madre—. Hay que coger el tranvía y luego caminar durante horas.

—Entonces, ¿es un lugar salvaje?

—Bastante —dijo mi padre—. Está justo al borde de un desierto de garriga que va desde Aubagne hasta Aix. ¡Un auténtico desierto!

Llegaba Paul, descalzo, para saber qué pasaba y preguntó:

—¿Hay camellos?

—No —dijo mi padre—, no hay camellos.

—¿Y rinocerontes?

—No he visto ninguno.

Yo iba a hacer mil preguntas cuando mi madre me dijo:

—Come.

Y, como se me olvidaba la tostada, me empujó la mano hacia la boca.

Después se volvió hacia Paul.

—Tú ve a ponerte las zapatillas, sino vas a volver a tener anginas. ¡Hala, corre!

Él corrió.

Yo pregunté:

—Entonces, ¿me llevas esta mañana a la colina?

—No —dijo—. Todavía no. La casona está vacía y tendremos que amueblarla. Pero los muebles nuevos son muy caros, así que esta mañana vamos al chamarilero de Quatre-Chemins.

Mi padre tenía una pasión: comprar cachivaches viejos en los chamarileros.

Cada mes, cuando volvía de «cobrar el giro» en el Ayuntamiento, traía algunas maravillas: un bozal roto (0,50 francos), un compás divisor sin punta (1,50 fr.), un arco de contrabajo (1 fr.), una sierra de cirujano (2 fr.), un catalejo de marino con el que se veía todo del revés (3 fr.), un escalpelo (2 fr.), un cuerno de caza ligeramente ovalado, con boquilla de trombón (3 fr.), por no hablar de objetos misteriosos, cuyo uso nadie pudo encontrar nunca y que andaban desperdigados por toda la casa.

Aquellas llegadas mensuales eran, para Paul y para mí, una verdadera fiesta. Mi madre no compartía nuestro entusiasmo. Miraba, estupefacta, el arco de las islas

Fiyl o el altímetro de precisión cuya aguja, tras haber subido a cuatro mil metros (a raíz de un ascenso al Mont Blanc o una caída por las escaleras), nunca quiso volver a bajar.

Entonces decía enérgicamente:

—¡Sobre todo, que no lo toquen los niños!

Iba corriendo a la cocina y volvía con alcohol, lejía, ceniza de soda, y frotaba largamente aquella chatarra.

Hay que decir que en aquella época los microbios eran algo nuevo, porque el gran Pasteur apenas acababa de inventarlos, y ella los imaginaba como pequeños tigres, dispuestos a devorarnos por dentro.

Sin dejar de sacudir el cuerno de caza, que había llenado de lejía, decía con aire consternado:

—¡Me pregunto, mi pobre Joseph, qué quieres hacer con esta porquería!

El pobre Joseph, triunfante, respondía simplemente:

—¡Tres francos!

Comprendí más tarde que lo que compraba no era el objeto: era su precio.

—¡Pues tres francos a la basura!

—Pero, querida, si quisieras fabricar este cuerno de caza, piensa en la compra del cobre, piensa en las herramientas especiales que te harían falta, piensa en los cientos de horas de trabajo indispensables para dar forma a ese cobre...

Mi madre encogía los hombros suavemente y estaba claro que nunca había pensado en fabricar aquel cuerno de caza, ni ningún otro.

Entonces mi padre, con condescendencia, decía:

—No te das cuenta de que este instrumento, quizás inútil por sí mismo, ¡es una auténtica mina! Reflexiona un segundo: sierras la campana y obtengo una trompetilla, un megáfono náutico, un embudo, un pabellón de fonógrafo; el resto del tubo, si lo enrolla en espiral, es el serpentín de un alambique. También puedo enderezarlo para hacer una cerbatana o una tubería de agua, ¡de *cobre*, ojo! Si lo corto en trozos finos, tienes veinte docenas de anillas de cortina; si le hago cien agujeritos, tenemos una alcachofa de ducha; si lo ajusto al irrigador, es una pistola de juguete...

De aquel modo, ante sus hijos maravillados y su querida esposa consternada, transformaba el instrumento inútil en mil objetos igualmente inútiles, pero más numerosos.

Por eso mi madre, ante la simple mención del «chamarilero», meneó varias

veces la cabeza, con un leve aire de preocupación.

Pero no formuló su pensamiento y se limitó a decirme:

—¿Tienes un pañuelo?

Desde luego que tenía un pañuelo: estaba limpiísimo, en mi bolsillo, desde hacía ocho días.

A mí, que sabía sacarme de la nariz con la uña del índice las materiales sibilantes que entorpecían mi respiración, el uso del pañuelo me parecía una superstición parental.

A veces lo utilizaba para lustrarme los zapatos o para limpiar mi banco en la escuela, pero la idea de sonarme los mocos con aquel tejido delicado y volver a metérmelo en el bolsillo me parecía absurda y asquerosa. Sin embargo, como los niños no llegan a tiempo para educar a los padres, hay que respetar sus incurables manías y no apenarlos nunca. Por eso, sacándome el pañuelo del bolsillo y escondiendo en mi mano una preciosa mancha de tinta, lo agité como si estuviera en el andén de una estación, ante mi madre convencida, y seguí a mi padre hasta la calle.

Allí, al borde de la acera, vi una carretilla que había pedido prestada a un vecino. En grandes letras negras, sobre el portacargas, se leía: BERGOUGNAS LEÑA Y CARBÓN.

Mi padre se metió de espaldas entre los mangos.

—Te necesito —me dijo— para sujetar el freno cuando bajemos la calle Tivoli.

Miré a lo lejos aquella calle que subía hacia el cielo con una cuesta de tobogán.

—Pero, papá —le dije—, ¡la calle Tivoli sube!

—Sí —respondió—, sube. Pero estoy casi seguro de que a la vuelta bajará. Y entonces vendremos cargados. De momento, sube a la carretilla.

Me coloqué en el centro, para que no perdiera el equilibrio.

Mi madre, tras la reja volada de la ventana, nos miraba marchar.

—¡Sobre todo —dijo— tened cuidado con los tranvías!

Ante lo cual mi padre, para expresar su confianza, relinchó alegremente, dio un par de coces y salió al galope hacia la aventura.

Nos detuvimos al final del bulevar de la Madeleine, frente a una tienda negruzca. Empezaba en la acera, que estaba abarrotada de muebles variopintos, alrededor de una bomba contra incendios muy antigua que tenía un violín colgado.

El dueño de aquel comercio era muy alto, muy flaco y muy sucio. Llevaba una barba gris y unos pelos de trovador se le escapaban bajo un sombrero de artista. Su aspecto era melancólico y fumaba una pipa de barro.

Mi padre ya lo había visitado para reservar algunos «muebles»: una cómoda, dos mesas y varios manojos de palos de madera que, según el chamarilero, debían permitir reconstruir seis sillas. También había un pequeño sofá que perdía las entrañas como el caballo de un picador, tres somieres desfondados, unos jergones medio vacíos, un aparador que ya no tenía estantes, un botijo que representaba muy esquemáticamente un gallo y diversos utensilios de limpieza

cubiertos de óxido.

El chamarilero nos ayudó a cargar todos aquellos trastos en la carretilla, que había sostenido con un tentemozo, como hacen los asnos en primavera. El conjunto fue estibado con cuerdas, peludas por el largo uso. Después, se hicieron cuentas. Tras una suerte de meditación, el chamarilero miró fijamente a mi padre y dijo:

—Son cincuenta francos.

—¡Oh, oh! —dijo mi padre—. ¡Es demasiado caro!

—Es caro, pero es bonito —dijo el chamarilero—. ¡La cómoda es de época!

Señalaba con el dedo aquella ruina carcomida.

—Ya lo creo —dijo mi padre—. Ciertamente es de una época, ¡pero no de la nuestra!

El chamarilero puso cara de asco y dijo:

—¿Tanto le gusta lo moderno?

—Pues sí —dijo mi padre—, no lo compro para un museo. Es para usarlo.

El viejo pareció afligirse por aquella confesión.

—Entonces, ¿le da igual saber que ese mueble haya podido ver a la reina María Antonieta en camisón?

—A juzgar por su estado, no me extrañaría que hubiera visto al rey Herodes en calzones.

—Hombre, no —dijo el chamarilero—. Voy a decirle una cosa: puede que el rey Herodes tuviera calzones, pero cómoda no tenía. Solo cofres claveteados de oro y una especie de ollas de madera. Se lo digo porque soy honrado.

—Se lo agradezco —dijo mi padre—. Y ya que es usted honrado, me lo va a dejar todo en treinta y cinco francos.

El chamarilero nos miró alternativamente, meneó la cabeza con una sonrisa triste y declaró:

—No puede ser, porque le debo cincuenta francos a mi casero, que viene a cobrar a mediodía.

—Entonces —dijo mi padre indignado—, ¿si le debiera cien francos, tendría la cara de pedírmelos?

—¡Qué remedio! ¿De dónde quiere que los saque? Pero ojo, que si no debiera más que cuarenta, le pediría cuarenta. Si debiera treinta, serían treinta...

—En ese caso, más me vale volver mañana, cuando ya no le deba nada...

—¡Ahora ya no puede ser! —exclamó el chamarilero—. Son las once en punto.

Se ha metido usted en esto y ya no puede salir. La verdad, reconozco que ha tenido mala suerte al venir hoy. ¡Pero qué se le va a hacer! ¡Cada cual lo que le toca! Usted es joven, con energía, derecho como un palo y con dos ojos magníficos: mientras haya tuertos y jorobados, no tendrá derecho a quejarse. ¡Son cincuenta francos!

—Bien —dijo mi padre—. En ese caso, vamos a descargar los trastos e iremos a comprar a otro sitio. ¡Hijo, suelta las cuerdas!

En chamarilero me agarró por el brazo gritando:

—¡Espera!

Luego miró a mi padre con indignada tristeza y me dijo:

—¡Sí que es violento!

Se acercó a él y habló con solemnidad.

—Con el precio no hay nada que hacer: son cincuenta francos, me es imposible rebajarlo. Pero igual podemos aumentar la mercancía.

Entró en la tienda: mi padre me hizo un guiño triunfal y lo seguimos.

Había paneles de armarios, espejos leprosos, cascos, péndulos, animales disecados. Metió el brazo en aquel revoltijo y sacó varios objetos.

—Primeramente —dijo—, ya que le gusta lo moderno, le doy esta mesilla de noche *de chapa esmaltada* y este grifo cuello de cisne, *niquelado por galvanoplastia*. ¡No dirá que no es moderno! En segundo lugar, le doy este fusil árabe damasquinado, que no es un fusil de piedra, sino de cápsula. ¡Admire la longitud del cañón! Parece una caña de pescar. ¡Y mire —añadió en voz baja— las iniciales (en letras árabes) que están grabadas en la culata!

Nos mostró unos signos que parecían un puñado de comas y susurró:

—A y K. ¿Lo capta?

—¿Va usted a asegurarme —dijo mi padre— que es el propio fusil de Abd el-Kader?

—Yo no aseguro nada —dijo el chamarilero con convicción—. ¡Pero cosas más raras se han visto! ¡A buen entendedor, pocas palabras bastan! Le doy además este parachispas de cobre recortado, este paraguas de pastor (que quedará como nuevo si le cambia la lona), este tam-tam de Costa de Marfil, que es una pieza de *colección*, y esta plancha de sastre. ¿Le parece bien?

—Es honrado —dijo mi padre—. Pero querría también ese gallinero.

—¡Eh, eh! —dijo el chamarilero—. Reconozco que es viejo, pero puede servir igual que uno nuevo. En fin, por ser usted, se lo doy.

Mi padre le tendió un billete malva de cincuenta francos. Él lo cogió gravemente, con un gesto de cabeza.

Finalmente, cuando terminábamos de meter nuestro botín por debajo de las cuerdas ya apretadas, mientras encendía su pipa, dijo de pronto:

—¡Pues tengo ganas de regalarle una cama para el niño!

Entró en su tienda, desapareció en la ciudadela de armarios y volvió a aparecer, triunfante. Cargaba a duras penas con un marco hecho de cuatro viguetas viejas tan mal encajadas que al menor movimiento el cuadrado se convertía en rombo. En uno de los maderos habían fijado, con clavos de tapicero, un rectángulo de arpillera con los bordes deshilachados, que colgaba como la bandera de la miseria.

—A decir verdad, falta otro marco igual para formar una equis con este. Con cuatro maderos lo deja perfecto y el crío dormirá como un pachá.

Se cruzó de brazos, inclinó suavemente la cabeza a un lado y fingió dormirse con una sonrisa beata.

Le dimos las gracias con entusiasmo. Pareció conmovido y, levantando la mano derecha, que dejó a la vista una palma negra, exclamó:

—¡Esperen! ¡Tengo otra sorpresa para ustedes!

Y entró corriendo en la tienda. Pero mi padre, que se había ajustado la correa, arrancó bruscamente y bajó velozmente el bulevar de la Madeleine mientras el generoso anciano, que había vuelto a aparecer al borde de la acera, enarbolaba con dificultad una inmensa bandera de la Cruz Roja que nos pareció inútil ir a buscar.



Cuando mi madre, que nos esperaba junto a la ventana, vio llegar aquel cargamento, desapareció al momento para reaparecer en el umbral.

—Joseph —dijo según la costumbre—, ¿no irás a meter todas esas porquerías en casa?

—Estas porquerías —dijo mi padre— van a ser la base de un mobiliario rústico que no te cansarás de mirar. ¡Tú danos tiempo para arreglarlas! Ya tengo el plan y sé lo que me hago.

Mi madre sacudió la cabeza y suspiró, mientras el pequeño Paul acudía para ayudarnos a descargar.

Transportamos todo el material al sótano, donde mi padre había decidido instalar nuestro taller.

Nuestros trabajos comenzaron con el robo, que me encargaron a mí, de una cuchara de hierro forjado en un cajón de la cocina.

Mi madre la estuvo buscando mucho tiempo y la encontró varias veces. Pero nunca la reconoció, pues la habíamos aplastado a martillazos para convertirla en paleta de albañil.

Con aquella herramienta, digna de Robinson Crusoe, fijamos, en la pared del sótano, dos trozos de hierro unidos por cuatro tornillos a una mesa temblorosa para asegurar su estabilidad, y que se vio así ascendida al rango de banco de trabajo.

Instalamos en ella un torno chirriante, apaciguado con una gota de aceite. Después clasificamos las herramientas. Una sierra, un martillo, un par de tenazas, clavos de distintos tamaños, pero igualmente torcidos por anteriores extracciones, tornillos, un destornillador, un cepillo y un escoplo.

Admiré aquellos tesoros, esas máquinas que el pequeño Paul no se atrevía a tocar, pues creía en la maldad activa de los instrumentos afilados o cortantes y apenas reconocía diferencia entre una sierra y un cocodrilo. Pero entendió que se preparaban grandes cosas: salió corriendo de pronto y nos trajo, con una

hermosa sonrisa, dos pedazos de cordel, unas tijeritas de celuloide y una tuerca que había encontrado en la calle.

Recibimos aquellas herramientas complementarias con gritos de entusiasmo y agradecimiento, mientras Paul enrojecía de orgullo.

Mi padre lo sentó en un taburete de madera y le recomendó que no se bajara nunca.

—Nos va a ser muy útil —le dijo—, porque las herramientas tienen mucha malicia: en cuanto buscas una, se da cuenta y se esconde...

—¡Porque tienen miedo de los martillazos! —dijo Paul.

—Naturalmente —dijo mi padre—. Así que tú, en el taburete, vigílalas bien: eso nos hará ganar mucho tiempo.

Cada tarde, a las seis, salía con él de la escuela. Volvíamos a casa hablando de nuestros trabajos y comprábamos por el camino cositas olvidadas: cola de carpintero, tornillos, un bote de pintura, una escofina. Solíamos pararnos donde el chamarilero, que se había hecho amigo nuestro. Allí entraba yo en plena magia, porque ahora tenía permiso para revolver a gusto. Había de todo en aquella tienda; sin embargo, nunca encontrabas lo que estabas buscando... Íbamos a comprar una escoba y salíamos con una corneta de pistones, o una azagaya, la misma —según nuestro amigo— que había matado al príncipe Bonaparte. En cuanto llegábamos a casa, mi madre, según el rito establecido, nos despojaba del botín, me lavaba las manos a toda prisa y cepillaba nuestros trofeos con lejía. Tras esa limpieza médica, yo bajaba por la escalera del sótano y encontraba a mi padre, en compañía de Paul, en «el taller».

Lo alumbraba una lámpara de petróleo: estaba hecha de cobre y un poco abollada, y llevaba un mechero Matador, es decir, que la mecha circular salía de un tubo de cobre y subía por un pequeño piñón de metal que obligaba a la llama a extenderse en forma de corola. Esta corola era bastante ancha y, para contenerla, el «vidrio» que los ingleses llaman soberbiamente *la chimenea* se hinchaba en la base con un efecto precioso: mi padre consideraba aquella lámpara como el último grito de la técnica y es verdad que daba mucha luz, a la vez que un violento olor moderno.

Empezamos con el ensamblaje de las sillas. Era un puzzle especialmente difícil de resolver porque los travesaños no entraban en los largueros y todos tenían la

misma longitud.

Fuimos a protestar donde el chamarilero, que primero fingió sorprenderse, tras lo cual nos dio un manojo de travesaños. Insistió en completarlo con un pequeño regalo, consistente en un par de estribos mexicanos.

A base de mucha cola fuerte, cuyas pastillas fundía yo en agua tibia, las seis sillas fueron reconstruidas y barnizadas. Con cordel grueso, mi madre tejió los asientos. Mediante un imprevisto refinamiento, una cuerdecilla roja rodeaba el borde.

Mi padre, tras colocarlas en torno a la mesa del comedor, las contempló largo rato; después declaró que esos muebles, así arreglados, valían cinco veces el precio que había pagado por ellos y nos hizo admirar, otra vez, las prodigiosas «gangas» que era capaz de encontrar en los chamarileros.

Seguidamente le llegó el turno a la cómoda, cuyos cajones estaban tan atascados que hubo que desmontar todo el mueble y usar mucho tiempo el cepillo.

Aquellos trabajos, que no duraron más de seis meses, ocupan sin embargo en mi memoria un lugar considerable, porque a la luz del mechero Matador descubrí la inteligencia de mis manos y la prodigiosa eficacia de las herramientas más sencillas.

Un jueves por la mañana pudimos colocar, a lo largo del corredor del edificio, el mobiliario de las vacaciones. El tío Jules había sido convocado, en calidad de admirador probable, y nuestro amigo el chamarilero acudió como perito.

El tío admiró, el chamarilero peritó. Elogió las espigas, aprobó las mortajas, encontró perfectas las encoladuras. Luego, como el conjunto era inclasificable, declaró que era «rústico provenzal», lo que fue doctamente aprobado por el tío Jules.

Mi madre estaba maravillada por la belleza de aquellos muebles y, según la profecía de mi padre, no se cansaba de mirarlos. Admiró sobre todo un pequeño velador, cubierto por mí mismo con tres capas de «barniz caoba». Era realmente precioso, pero era mejor mirarlo que tocarlo, porque apoyando las palmas en la superficie podías levantarlo y transportarlo a otro lado, como hacen los médiums. Creo que todo el mundo se percató de aquel inconveniente, pero nadie dijo ni una palabra, para no empañar el éxito de nuestra exposición.

De hecho, más tarde tuve el placer de constatar que un pequeño error puede tener grandes ventajas, porque aquel velador, puesto en un lugar bien iluminado, atrapó a tantas moscas que aseguró el silencio y la higiene del comedor de las vacaciones, al menos durante el primer año.

Al fin, a la hora de marcharse, el experto abrió una maleta vieja que había traído. Sacó una pipa gigantesca, cuya cazoleta esculpida en una raíz era tan grande como mi cabeza, y se la ofreció a mi padre «como curiosidad». Después, regaló a mi madre un collar de conchas que había llevado la reina Ranavalona y, disculpándose por no haber previsto la presencia del tío Jules —«que no perdía nada por esperar»—, se despidió con ademanes de gran señor.

La primera quincena de julio se hizo muy larga.

Los muebles esperaban en el pasillo y nosotros esperábamos en la escuela, donde no hacíamos gran cosa.

Los maestros nos leían cuentos de Andersen y de Alphonse Daudet y luego pasábamos la mayor parte del día jugando en el patio. Pero nos dedicábamos sin convicción a esos juegos de colegiales, de pronto empequeñecidos y privados de encanto por la llegada, lenta pero segura, de los juegos eternos de las vacaciones.

Yo me repetía incesantemente algunas palabras mágicas: la *casona*, los *pinars*, las *colinas*, las *cigarras*. De esas había algunas en lo alto de los plátanos solitarios. Pero yo nunca había visto ninguna de cerca, mientras que mi padre me había prometido miles y casi siempre al alcance de la mano... Por eso, al escuchar a las cantantes extraviadas que nos desafiaban invisibles en los altos follajes, pensaba —sin la menor poesía—: «Tú ya verás cuando estemos en las colinas, ¡vas a saber lo que es bueno!». Así de buenos son los «angelitos» de ocho años.

Una noche, el tío Jules y la tía Rose vinieron a cenar a casa. Fue una cena-conferencia, para preparar la gran salida que debía tener lugar al día siguiente.

El tío Jules, que presumía de ser un organizador, empezó declarando que, a causa del estado de los caminos, no era posible alquilar un coche grande, que de hecho habría costado una fortuna, ¡quizás hasta veinte francos!

De modo que había alquilado dos coches: un pequeño camión de mudanzas, que transportaría sus muebles, así como a su mujer, su hijo y él mismo, al precio de siete francos con cincuenta.

El importe incluía la potencia de un descargador que estaría a nuestro servicio todo el día.

Para nosotros, había encontrado a un campesino que se llamaba François y cuya granja estaba a unos cientos de metros de la casona. El tal François venía dos veces a la semana a vender su fruta al mercado de Marsella. Cuando volviera

a casa, transportaría nuestro mobiliario al precio razonable de cuatro francos. Ese arreglo encantó a mi padre, pero Paul preguntó:

—Y nosotros, ¿montaremos en la carreta?

—Vosotros —dijo el organizador— tomaréis el tranvía hasta La Barasse y, desde allí, os reuniréis con vuestro campesino *pedibus cum jambis*. Augustine tendrá un sitio en la carreta y los tres hombres la seguirán a pie con el campesino.

Los tres hombres aceptaron la idea con alegría y la conversación, que duró hasta las once, se hizo absolutamente mágica, porque el tío Jules habló de caza y mi padre habló de insectos, de modo que, hasta que desperté, estuve disparando a ciempiés, saltamontes y escorpiones.

A la mañana siguiente, desde las ocho estábamos listos y ya vestidos con el traje de las vacaciones: calzones de tela cruda y camisas de manga corta, blancas pero adornadas con corbatas azules.

Esa ropa era obra de mi madre: habíamos comprado en unos grandes almacenes las gorras de visera larga y las alpargatas con suelas de esparto.

Mi padre llevaba una chaqueta con martingala y dos grandes bolsillos de parche, y una gorra azul marino; mi madre parecía joven y estaba muy guapa con un vestido blanco de florecitas rojas que le había quedado de maravilla.

En cuanto a la hermanita, que abría dos grandes ojos negros bajo un gorrito azul, parecía inquieta porque había comprendido (como hacen los gatos) que nos íbamos de casa.

El campesino nos había avisado: la hora de salida no dependía de su empeño, sino de la velocidad de venta de sus albaricoques.

Aquel día no fue rápida, porque a mediodía aún no había llegado.

Comimos entonces, en la casa ya muerta, salchichón y carne fría, y no dejábamos de acercarnos a la ventana para vigilar la llegada del mensajero de las vacaciones.

Al fin apareció.

Era una carreta azul, de un azul desteñido, que dejaba a la vista las fibras de la madera.

Las ruedas, muy altas, tenían una holgura lateral considerable: cada vez que completaban una vuelta, se producía un choque tintineante. Las llantas de hierro temblaban sobre los adoquines, los largueros gemían, los cascotes del mulo hacían

saltar chispas... Era la carreta de la aventura y de la esperanza...

El campesino que la conducía no llevaba chaqueta ni camisa, sino un chaleco de punto, de lana gruesa, apelmazado de mugre. En la cabeza, una gorra informe con la visera ablandada. Pero unos hermosos dientes brillaban en un rostro de emperador romano.

Hablaba provenzal, reía y hacía chasquear una larga correa con un mango de junco trenzado.

Ayudado por mi padre, y tremendamente estorbado por los esfuerzos del pequeño Paul (que se agarraba a los muebles más grandes fingiendo transportarlos), el campesino cargó la carreta, es decir que amontonó el mobiliario en forma de pirámide. Después aseguró su equilibrio con un armazón de cuerdas, cuerdecillas y cordeles y echó por encima una lona agujereada.

Entonces exclamó, en provenzal:

—¡Hala, ya estamos! —y fue a agarrar la brida del mulo, al que hizo arrancar a base de injurias hirientes acompañadas por violentos tirones del bocado de aquel animal tan poco sensible.

Seguimos a nuestros bienes muebles, como un cortejo funerario, hasta el bulevar Mérentié. Allí nos separamos del campesino y fuimos a coger el tranvía.

Con un brillante estrépito de chatarra, con un temblor traqueteante de cristales y con largos chillidos agudos en las curvas, el prodigioso vehículo se lanzó hacia el futuro.

Como no habíamos podido encontrar asientos libres, íbamos de pie —¡oh, maravilla!— en la plataforma delantera. Yo veía la espalda del *wattman*, que, con las manos posadas en dos manivelas, lanzaba y frenaba alternativamente los impulsos del monstruo con soberana tranquilidad. Me sedujo aquel personaje omnipotente, al que se añadía un gran misterio, pues una placa esmaltada prohibía hablar con él, a causa de todos los secretos que sabía.

Lenta, pacientemente, aprovechando baches y frenazos, me deslicé entre los pasajeros y al fin llegué junto a él, abandonando a Paul a su triste destino: encajado entre las altas piernas de dos gendarmes, el traqueteo del coche lo arrojaba de cara contra las nalgas de una señora enorme que oscilaba peligrosamente.

Entonces los relucientes raíles avanzaron vertiginosamente hacia mí, el viento de la velocidad levantó la visera de mi gorra y me zumbó en las orejas: adelantamos en dos segundos a un caballo al galope.

No he vuelto a sentir nunca, en las máquinas más modernas, aquel orgullo triunfal de ser un hombrecito, vencedor del espacio y el tiempo.

Pero de ese bólido de hierro y acero, que nos acercaba a las colinas, no nos llevaba hasta ellas, tuvimos que apearnos en las remotas afueras de Marsella, en un lugar llamado La Barrasse, y continuó su frenética carrera hacia Aubagne.

Mi padre, que había desplegado un plano, nos guio hasta la entrada de un camino polvoriento que huía de la ciudad entre dos tabernas: lo abordamos a buen paso, siguiendo a nuestro Joseph, que llevaba a la hermanita a hombros.

Era muy bonito aquel camino de Provenza. Paseaba entre dos murallas de piedras cocidas al sol y, por encima, pendían hacia nosotros grandes hojas de higuera, arbustos de clemátides y olivos centenarios. Al pie de los muros, una franja de zarzas y maleza demostraba que el empeño del peón caminero no era tan ancho como el camino.

Oía cantar a las cigarras y, en el muro color miel, lagartijas roqueras, con la boca abierta, bebían el sol. Eran pequeñas lagartijas grises que tenían el brillo de la plumbagina. Paul se puso a cazarlas en seguida, pero no trajo más que unas colas que se retorcían. Nuestro padre nos explicó que aquellos bichos encantadores las abandonaban sin el menor problema, como esos ladrones que dejan la chaqueta entre las manos de la policía. De hecho, les sale otra cola en unos días, de cara a una próxima huida...

Al cabo de una horita de marcha, nuestro camino se cruzó con otro, a través de una especie de plaza redonda perfectamente vacía: pero, en el centro de uno de los cuartos de círculo, había un banco de piedra. En él sentamos a mi madre y mi padre desplegó el plano.

—Aquí —dijo— es donde nos bajamos del tranvía. Aquí es donde estamos ahora y aquí está el cruce de Quatre-Saisons donde nos espera nuestro descargador, a menos que tengamos que esperarlo nosotros a él.

Miré con sorpresa el trazo doble que representaba nuestro camino: daba una vuelta tremenda.

—¡Los peones están locos! —dije—. ¿Cómo han hecho un camino tan retorcido?

—No es que estén locos los peones —dijo mi padre—, es que nuestra sociedad es absurda.

—¿Por qué? —preguntó mi madre.

—Porque nos imponen esa vuelta inmensa a causa de cuatro o cinco



propiedades que el camino no ha podido cruzar, y que se extienden por detrás de esos muros... Esta —dijo señalando un punto en el mapa— es nuestra casona... A vuelo de pájaro, está a cuatro kilómetros de La Barrasse... Pero a causa de unos grandes propietarios, tendremos que recorrer nueve.

—Es demasiado para los niños —dijo mi madre.

Yo pensaba que era demasiado para ella. Por eso, cuando mi padre se levantó para volver a emprender el camino, pedí unos minutos más de gracia, pretextando un dolor en el tobillo.

Caminamos durante otra hora, bordeando los muros entre los cuales nos veíamos obligados a rodar como las canicas de esos juegos de paciencia en forma de laberinto...

Paul iba a ponerse otra vez a cazar lagartijas, pero mi madre lo disuadió con unas palabras patéticas que le llenaron los ojos de lágrimas: reemplazó entonces aquel juego cruel por la captura de pequeños saltamontes, que aplastaba entre dos piedras.

Entretanto, mi padre explicaba a mi madre que, en la sociedad futura, todos los castillos serían hospitales, todos los muros se derribarían y todos los caminos se trazarían con tendel.

—Entonces —dijo ella—, ¿quieres volver a empezar la revolución?

—Lo que hay que hacer no es una revolución. Revolución no es una palabra acertada, porque quiere decir una vuelta completa. Por consiguiente, los que están arriba bajan, pero luego vuelven a subir a su lugar primitivo... y todo vuelve a empezar. Estos muros injustos no se hicieron en el Antiguo Régimen: no solo nuestra República los tolera, sino que los construyó ella misma.

Yo adoraba aquellas conferencias político-sociales de mi padre, que interpretaba a mi manera, y me preguntaba por qué el presidente de la República no había pensado nunca en llamarlo, al menos durante las vacaciones, porque en tres semanas habría logrado que la humanidad fuera feliz.

Nuestro camino desembocó de pronto en una carretera mucho más ancha, que no estaba mejor mantenida.

—Casi hemos llegado al lugar de la cita —dijo mi padre—. Esos plátanos que se ven allí son los de Quatre-Saisons. ¡Y mirad! —dijo de pronto señalando la hierba espesa que vestía el pie del muro—. ¡Qué bonita promesa!

En la hierba se alargaban inmensas barras de hierro, todas oxidadas.

—¿Qué es? —pregunté.

—¡Raíles! —dijo mi padre—. ¡Los raíles de la nueva línea de tranvía! ¡Solo falta colocarlos!

Estaban tirados a lo largo de toda la carretera, pero la vegetación que los cubría demostraba que los constructores de la línea no consideraban urgente su instalación.

Llegamos ante el bar rústico de Quatre-Saisons. Era, en la bifurcación de la carretera, una casita oculta bajo dos grandes plátanos, detrás de una fuente alta de piedras musgosas. Un agua brillante, que salía de cuatro tubos acodados, murmuraba a la sombra una fresca canción.

Debía de estarse bien, bajo los arcos de sus plátanos, ante las mesitas verdes: pero no entramos en aquel «antro», cuyo encanto era precisamente su peligro.

Así pues, fuimos a sentarnos en el parapeto que bordeaba la carretera; mi madre abrió el paquete de la merienda y empezamos a devorar el pan crujiente y dorado de antaño, el tierno salchichón marmolado de blanco (donde yo buscaba primero el grano de pimienta, como el haba del roscón de Reyes) y la naranja largamente mecida en los faluchos españoles.

Mientras, mi madre decía, preocupada:

—¡Joseph, esto está muy lejos!

—¡Y lo que falta! —dijo mi padre alegremente—. Nos queda por lo menos una hora de marcha.

—Hoy no tenemos paquetes, pero cuando haya que llevar provisiones...

—Las llevaremos —dijo mi padre.

—Mamá, somos tres hombres —dijo Paul—. Tú no tendrás que llevar nada.

—¡Pues claro! —dijo mi padre—. Será un paseo un poco largo pero igualmente higiénico. Además, solo podremos venir en Navidad, en Semana Santa y en las vacaciones de verano: ¡en total, tres veces al año! Saldremos por la mañana temprano y comeremos sobre la hierba, a medio camino. Después nos pararemos otra vez, para merendar. Y, además, ya has visto los raíles. Voy a hablar con el hermano de Michel, que es periodista: es inadmisibile que los dejen oxidarse tanto tiempo. Te apuesto algo a que antes de seis meses, el tranvía nos dejará en La Croix, es decir a seiscientos metros de aquí: no quedará ni una hora de marcha.

Ante aquellas palabras, vi surgir los raíles de la hierba y encajarse en los adoquines, mientras se anunciaba a lo lejos el rugido sordo de un tranvía...

Sin embargo, al levantar la cabeza, no vi llegar la poderosa máquina, sino la inestable pirámide de nuestra mudanza.

Paul lanzó un grito de alegría y corrió al encuentro del mulo: el campesino lo agarró por las caderas y lo sentó a horcajadas sobre el cuello del animal...

Así llegó a nuestra altura: aferrado a la collera, ebrio de orgullo y de miedo, llevaba una sonrisita a medio camino entre la alegría y el pánico. Con todo, a mí me devoraban unos celos vergonzosos.

La carreta se detuvo y el campesino nos dijo:

—Ahora vamos a sentar a la señora.

Dobló un saco en cuatro y lo extendió en el pescante, a la altura del pértigo; mi padre posó en él a mi madre, con las piernas colgando, y colocó en su regazo a la hermanita, que llevaba la boca manchada de chocolate, y se puso en marcha junto a ellas, mientras yo, subido al parapeto, seguía al vehículo bailando.

Paul, ya no solo tranquilo, sino triunfal, se balanceaba elegantemente de adelante a atrás, al ritmo de los pasos del mulo, y a mí me costaba contener un ardiente deseo de saltar a la grupa detrás de él.

Frente a nosotros, el horizonte quedaba oculto por los montes altos coronados de hojas que seguían las curvas del camino.

Pero tras veinte minutos de marcha, descubrimos de pronto un pueblecito, plantado en lo alto de una colina, entre dos pequeños valles: el paisaje estaba cerrado, a izquierda y derecha, por dos riscos rocosos que los provenzales llaman *barres*.

—¡Ahí está el pueblo de La Treille! —dijo mi padre.

Nos encontrábamos al pie de una subida abrupta.

—Aquí —dijo el campesino— tendría que bajar la señora y que empujásemos un poco la carreta.

El mulo, por sí mismo, se había parado y mi madre saltó al suelo polvoriento.

El campesino destronó a Paul y, bajo el vientre de la carreta, abrió una especie de cajón y sacó dos grandes trozos de madera. Tendió uno a mi madre sorprendida.

—Son cuñas —dijo—. Cuando se lo diga, ponga esta en el suelo, detrás de la rueda de este lado.

Ella pareció feliz de colaborar en una empresa de hombres y cogió la gruesa

cuña con sus manitas.

—¡Y yo —dijo Paul— pondré la otra!

Su propuesta fue aceptada y a mí me ofendió profundamente aquella nueva violación del derecho de primogenitura. Pero la revancha fue espléndida, porque el campesino me tendió su látigo, un enorme látigo de carretero, y dijo:

—Tú azotarás al mulo.

—¿En los cuartos traseros?

—En todas partes, ¡y con el mango!

Luego se escupió en las palmas, encogió el cuello y, con los dos brazos extendidos, se apoyó contra la parte trasera del carro: su cuerpo estaba casi horizontal. Mi padre, espontáneamente, adoptó la misma postura. Entonces el campesino bramó algunas graves injurias dirigidas al mulo y me gritó:

—¡Pega, pega! —Y empujó con todas sus fuerzas.

Azoté al animal, no con maldad, sino como para darle la señal del esfuerzo: todo el vehículo se tambaleó y recorrió unos treinta metros. Entonces el campesino, sin levantar la cabeza, entre dos jadeos, gritó:

—¡La cuña, la cuña!

Mi madre, que seguía a la rueda, colocó prestamente el trozo de madera bajo la llanta de hierro. Paul la imitó, con notable soltura, y el vehículo se inmovilizó para un descanso de cinco minutos. El campesino aprovechó para decirme que había que azotar mucho más fuerte, preferiblemente bajo el vientre. Paul gritó:

—¡No! ¡No! ¡No quiero!

Y cuando mi padre iba a enternecerse con la bondad del muchachito, Paul señaló al campesino sorprendido con el dedo y gritó:

—¡Hay que sacarle los ojos!

—¡Oh, oh! —dijo François indignado—. ¿Sacarme los ojos a mí? ¿Qué clase de salvaje es este niño? Creo que sería mejor encerrarlo en el cajón.

Hizo el gesto de abrirlo: Paul corrió a agarrarse a los pantalones paternos.

—Mira lo que pasa —dijo mi padre muy serio— cuando quieres sacarle los ojos a la gente: acaban encerrándote en un cajón.

—¡No es verdad! —grito Paul—. ¡No quiero!

—Señor —dijo mi madre—, igual podríamos esperar un poco: creo que lo ha dicho en broma.

—¡Aunque sea en broma —dijo François—, esas cosas no se dicen! ¡Sacarme los ojos! ¡Y precisamente el día que me he comprado unas gafas de sol!

Y, en efecto, se sacó del bolsillo unos quevedos con lentes negras que un buhonero vendía a veinte céntimos en el mercado.

—Te los puedes poner igual —dijo Paul desde lejos.

—Pero, infeliz —dijo el campesino—, cuando te han sacado los ojos, si encima te pones unas gafas negras, ¡ya sí que no ves nada! En fin, por esta vez, no digo nada más... ¡En marcha!

Cada cual ocupó su lugar. Azoté al mulo bajo el vientre, no muy fuerte, pero gritándole órdenes a las orejas, mientras el campesino lo llamaba: «jamelgo, carroña» y lo acusaba de comer excrementos.

Gracias a un supremo esfuerzo, llegamos al pueblo, o más bien a la aldea, con tejas rojizas de una longitud antigua. Minúsculas ventanas se abrían en los gruesos muros.

Había a la izquierda una explanada bordeada de plátanos y cercada por un muro inclinado hacia atrás que bien llegaba a los diez metros de altura. A la derecha, estaba la calle. Diría la calle principal, si hubiera habido otra. Pero solo se encontraba una callejuela de apenas diez metros de largo y que, aun así, había hallado el modo de hacer un giro con dos ángulos rectos, que llevaba a la plaza del pueblo, más pequeña que un patio de colegio. Daban sombra a la plazuela una morera viejísima, con el tronco excavado por profundas grietas, y dos acacias: queriendo alcanzar el sol, trataban de alzarse sobre el campanario.

En medio de la plaza, la fuente hablaba sola. Era una caracola de piedra viva, colgada como una argolla en una estela cuadrada, de donde salía el tubo de cobre.

Tras desaparecer al mulo (pues la carreta no habría podido seguirlo), François lo condujo a la caracola y el animal bebió largo rato, golpeándose los flancos con la cola.

Pasó un campesino. Pese a su delgadez, era enorme. Bajo un sombrero de fieltro tieso de mugre, dos cejas pelirrojas, tan gruesas como espigas de centeno. Sus ojillos negros brillaban al fondo de un túnel. Un ancho bigote rojizo le tapaba la boca y le cubría las mejillas una barba de ocho días. Al pasar junto al mulo escupió, pero no dijo nada. Luego, mirando al suelo, se alejó balanceándose.

—Qué tipo más antipático —dijo mi padre.

—No son todos así —dijo el campesino—. Ese me quiere mal porque es mi hermano.

Como aquella razón le pareció lo bastante clara, arrastró al mulo, que dejó caer

unas cuantas boñigas y, para terminar, sacó el recto por fuera, como un tomate.

Creí que se iba a morir, pero mi padre me tranquilizó:

—Lo hace por higiene —me dijo—. Es su forma de limpiarse.

El mulo fue reubicado entre los largueros y salimos del pueblo: entonces comenzó la magia y sentí nacer un amor que iba a durar toda mi vida.

Un inmenso paisaje en semicírculo se alzaba ante mí hasta el cielo: negros pinares, separados por pequeños valles, iban a morir como las olas al pie de tres picos rocosos.

A nuestro alrededor, las cimas de unas colinas más bajas acompañaban nuestro camino, que serpenteaba sobre una cresta entre dos pequeños valles. Un gran pájaro negro, inmóvil, marcaba el centro del cielo y, por todas partes, como de un mar de música, subía el rumor cobrizo de las cigarras. Tenían prisa por vivir y sabían que la muerte llegaría con la noche.

El campesino nos mostró las cumbres que sostenían el cielo al fondo del paisaje.

A la izquierda, en el sol poniente, un gran pico blanco centelleaba al extremo de un enorme cono rojizo.

—Ese —dijo— es Tête-Rouge.

A su derecha brillaba un pico azulado, algo más alto que el anterior. Estaba formado por tres terrazas concéntricas que se ensanchaban al descender, como los tres volantes de la esclavina de piel de la señorita Guimard.

—Ese —dijo el campesino— es el Taoumé.

Después, mientras admirábamos aquella masa, añadió:

—Se llama también el Tubé.

—¿Qué quiere decir? —preguntó mi padre.

—Quiere decir que se llama el Tubé, o bien el Taoumé.

—Pero ¿cuál es el origen de esas palabras?

—El origen es que tiene dos nombres, pero nadie sabe por qué. Usted también tiene dos nombres, y yo también.

Para abreviar aquella sabia explicación, que no me pareció convincente, hizo chasquear su látigo en las orejas del mulo, que respondió con una pedorrera.

Al fondo, a la derecha, pero mucho más lejos, una cuesta acababa en el cielo, llevando a hombros el tercer pico de rocas, inclinado hacia atrás, que dominaba todo el paisaje.

—Ese es Garlaban. Aubagne está al otro lado, justo al pie.

—Yo —dije— nací en Aubagne.

—Entonces —dijo el campesino— eres de aquí.

Miré a mi familia con orgullo y luego el noble paisaje con una nueva ternura.

—Y yo —dijo Paul preocupado— nací en Saint-Loup. ¿También soy de aquí?

—Un poco —dijo el campesino—. Un poco, pero casi nada...

Paul, ofendido, se replegó tras de mí. Y como ya tenía conversación, me dijo en voz baja:

—¡Es tonto!

No se veía ni una aldea, ni una granja, ni siquiera una cabaña. El camino no era más que dos roderas polvorientas separadas por una cresta de maleza que acariciaba el vientre del mulo.

En la cuesta que bajaba a la derecha, hermosos pinos dominaban unos frondosos matorrales de coscojas, que no son más altos que una mesa pero dan auténticas bellotas de roble, como esos enanos que tienen cabeza de hombre.

Más allá del valle se alzaba una colina alargada. Tenía forma de navío de guerra con tres puentes escalonados. Llevaba tres largos pinares separados por riscos de rocas blancas.

—Eso —dijo el campesino— son los riscos de Espíritu Santo.

Ante aquel nombre tan claramente «oscurantista», mi padre frunció un ceño laico y preguntó:

—¿Son muy beatos en esta región?

—Un poco —dijo el campesino.

—¿Van a misa los domingos?

—Depende... Cuando hay sequía, yo no voy hasta que llueve. A Dios hay que hacerle entender las cosas.

Tuve la tentación de decirle que Dios no existía, cosa que yo sabía de buena tinta; pero como mi padre callaba, guardé un modesto silencio.

Me di cuenta de pronto de que mi madre caminaba con dificultad, a causa de los tacones Luis XV de sus botines abotonados. Sin decir palabra, me acerqué a la carreta y logré sacar la maleta pequeña, que habíamos metido bajo las cuerdas, en la parte de atrás del vehículo.



—¿Qué haces? —dijo sorprendida.

Puse la maleta en el suelo y saqué sus alpargatas. No eran más grandes que las mías. Me sonrió con una ternura maravillosa y dijo:

—¡Bobo, no podemos pararnos aquí!

—¿Por qué? ¡Luego los alcanzamos!

Sentada sobre una roca al borde del camino, se cambió de zapatos ante los ojos de Paul, que había acudido para asistir a la operación, que le pareció muy audaz desde el punto de vista del pudor, porque miraba a todos lados para asegurarse de que nadie hubiera podido ver las medias maternas.

Nuestra madre nos cogió de la mano y, a la carrera, alcanzamos la carreta, donde volví a colocar el valioso equipaje. ¡Qué bajita era ahora! Parecía tener quince años, con las mejillas sonrosadas, y constaté con placer que sus pantorrillas parecían más gruesas.

El camino seguía subiendo y nos acercábamos a los pinares.

A la izquierda, la ladera descendía en estrechas terrazas hasta el fondo de un pequeño valle cubierto de vegetación.

El campesino dijo a mi padre:

—Ese también tiene dos nombres. Se llama el Vala o bien el arroyo.

—¡Oh, oh! —dijo mi padre encantado—. ¿Hay un arroyo?

—Claro —dijo el campesino—, ¡y bien bonito que es!

Mi padre se volvió hacia nosotros.

—¡Hijos míos, al fondo del valle hay un arroyo!

El campesino se volvió a su vez y añadió:

—Cuando llueve, claro...

Las terrazas de aquel Vala estaban cubiertas de olivos de cuatro o cinco troncos, plantados en círculo. Se inclinaban un poco hacia atrás para poder extender su follaje, que formaba un solo ramo. Había también almendros de un verde tierno y albaricoqueros relucientes.

Yo no sabía el nombre de aquellos árboles, pero los amé enseguida.

Entre ellos, la tierra estaba sin cultivar y cubierta de una hierba amarilla y marrón que el campesino nos dijo que era *baouco*, como llaman al lastón en Provenza. Parecía heno seco, pero es su color natural. En primavera, para participar en la alegría general, hace un esfuerzo y verdea levemente. Pero, a pesar de su mal aspecto, es vivaz y vigorosa, como todas las plantas que no sirven para nada.

Allí vi por primera vez unas matas de un verde oscuro que emergían entre aquel

lastón y parecían olivos en miniatura. Salí del camino, corrí a tocar sus pequeñas hojas. Un poderoso perfume se elevó como una nube y me envolvió entero.

Era un olor desconocido, un olor oscuro y penetrante, que me llenó la cabeza y penetró hasta mi corazón.

Es el tomillo, que crece en la grava de las garrigas: aquellas plantas habían bajado a mi encuentro, para anunciar al pequeño colegial el futuro perfume de Virgilio.

Arranqué algunas ramitas y volví junto a la carreta sosteniéndolo debajo de mi nariz.

—¿Qué es? —dijo mi madre.

Las cogió, respiró profundamente.

—Es tomillo fresco —dijo—. Haremos unos *civets* maravillosos.

—¿Tomillo? —dijo François con cierto desprecio—. Vale más la ajedrea...

—¿Qué es?

—Es como una especie de tomillo y al mismo tiempo es una especie de menta. Pero no puede explicarse: ¡ya se la enseñaré!

Luego habló de la mejorana, del romero, de la salvia, del hinojo. Había que «rellenar la liebre», o bien «picarlo finitofinito», con «un buen pedazo de tocino».

Mi madre escuchaba, muy interesada. Yo olía las ramitas sagradas y me daba vergüenza.

El camino seguía subiendo, franqueando de cuando en cuando una pequeña meseta. Al mirar atrás, se veía el valle del Huveaune bajo una estela vaporosa que iba hasta el mar brillante.

Paul trotaba por todas partes: golpeaba con una piedra el tronco de los almendros y huían bandadas de cigarras, vibrando de indignación.

Hubo una última pendiente, tan escarpada como la primera. Gracias a una ráfaga de garrotazos, el mulo, bajo un lomo arqueado que se distendía bruscamente y meneando la cabeza a cada golpe de collera, arrastró a sacudidas la bamboleante carreta cuya carga, oscilando como la varilla de un metrónomo, arrancaba al pasar ramas de olivo. Pero hubo una más fuerte que la pata de la mesa, que cayó en la cabeza resonante de mi padre estupefacto.

Mientras mi madre trataba de conjurar la subida de un chichón apretando la equimosis con una moneda de diez céntimos, el pequeño Paul bailaba riéndose a carcajadas. Por mi parte, recogí la pata culpable y constaté con placer que su larga fractura en bisel prometía una fácil reparación. Corrí a llevar a mi padre, que

hacía muecas bajo la efigie de Napoleón III, aquel consuelo.

Volvimos junto al vehículo, detenido en una arboleda en lo alto de la cuesta, para dejar respirar al mulo martirizado. Y, en efecto, respiraba ruidosamente, ensanchando sus flacas costillas que parecían unos aros dentro de una bolsa, y colgaban hilos de baba transparente de su largo belfo de caucho.

Entonces mi padre nos enseñó —con la mano izquierda, pues seguía frotándose el cráneo dolorido— una casita en la ladera de enfrente, medio escondida detrás de una gran higuera.

—Esa es —dijo—. Esa es la Quinta-Nueva. Ese es el refugio de las vacaciones: el jardín que está a la izquierda también es nuestro.

Aquel jardín, rodeado por una reja oxidada, tenía por lo menos cien metros de largo.

No pude distinguir en él más que un bosquecillo de olivos y almendros, que combinaban sus ramas locas por encima de una maraña de maleza: pero aquella selva virgen en miniatura la había visto yo en todos mis sueños y, seguido por Paul, eché a correr gritando de alegría.

Entre la gran higuera de la terraza y la casa, había parado un camión pequeño y sus dos caballos comían avena en unos sacos colgados de sus carrilleras.

El tío Jules, en mangas de camisa, arremangado, terminaba de descargar sus muebles, es decir, que los hacía bascular del borde del coche sobre las anchas espaldas de un descargador.

Mi tía Rose, sentada en la terraza en un sillón de mimbre, daba el biberón al primo Pierre, que traducía su entusiasmo moviendo los dedos de los pies.

El tío Jules estaba muy colorado y mucho más alegre que nunca: hablaba con voz fuerte y hacía vibrar las erres como una carraca. En la mesa redonda de hierro, había dos botellas vacías y una tercera aún medio llena de vino tinto.

—¡Ah! ¡Aquí estás, Joseph! —exclamó con sorprendente alegría—. ¡Por fin llegáis! ¡Empezaba a preguntarme si habríais naufragado por el camino!

Mi padre lo miró con cierta frialdad.

—En todo caso —dijo—, no te has aburrido esperándonos —y señaló con el dedo las tres botellas.

—Querido amigo —dijo el tío—, has de saber que el vino es un alimento indispensable para los trabajadores físicos, sobre todo para los descargadores. Quiero decir el vino *natural*, ¡y este viene de mis tierras! ¡De hecho, tú mismo, cuando hayas acabado de descargar tus muebles, te darás el gusto de soplarle un vaso!

—Querido Jules —dijo mi padre—, puede que beba dos dedos, para hacer honor a tu producción. Pero no me «soplaré un vaso», como tan bien lo dices. Un vaso de ese vino contiene probablemente cinco centilitros de alcohol puro, y no estoy tan acostumbrado a ese veneno como para soportar una dosis que en inyección subcutánea bastaría para matar a tres perros de buen tamaño. ¡Fíjate en que estado ha puesto el alcohol a ese hombre!

Señaló al descargador, que se chupeteaba el bigote caído y se acercaba a trompicones al camión, con los ojos enrojecidos y falto de aliento. Agarró una

mesilla de noche debajo de un brazo, dos sillas debajo del otro, y trató de pasar por la puerta con un gran impulso. Pero se quedó atascado entre dos crujidos y la presión de la mesilla de noche hizo brotar de su gran panza un eructo estruendoso.

Mi madre se dio la vuelta para reírse y mi tía Rose carcajeó. Paul estaba encantado, pero yo por mi parte no reía: esperaba verlo caer entre fragmentos de muebles, en los espasmos de la agonía.

En lugar de socorrer al desgraciado (cuyo hígado me estaba imaginando), el tío Jules se puso furioso y dijo:

—A quién se le ocurre... Pero, diantres, ¡a quién se le ocurre! ¿No ve usted que la puerta es demasiado estrecha para...

—Vaya que sí —hipó el descargador—, pero la puerta no la he hecho yo.

—El señor tiene razón —dijo mi padre—. Ni ha hecho la puerta ni se ha hecho a sí mismo... Puesto que lo uno no va con lo otro, no hay motivo para obstinarse. De hecho, tus muebles ya están descargados y no lo necesito para los míos. Además, seguro que está cansado, será mejor que se vuelva a la ciudad.

—Así se habla, sí señor —declaró el descargador—. Ya son más de las cinco y soy padre de familia, con una hernia para colmo de males. Igual le sorprende pero, si quiere, se la enseño.

—Es usted —dijo el tío Jules— un borracho y un imbécil.

El herniado se puso amenazador.

—No sé cómo no le parto la cara.

Mi tía y mi madre se habían levantado, asustadas. Mi padre se interpuso, pero el borracho lo apartaba a empujones, repitiendo:

—¡Es que no sé cómo!

Paul, palidísimo, se escondió detrás del tronco de la higuera. Ya estaba yo buscando con la mirada una piedra puntiaguda, cuando se alzó una voz:

—¡Mira para acá y ya verás tú cómo!

Era François, que avanzaba muy sereno, pero llevando en el puño el tentemozo, es decir, el palo de madera dura que es el único radio del cabrestante de la carreta.

El descargador se volvió hacia él, furioso, y exclamó:

—¿De qué, a ver? ¿De qué?

—¡De madera, de madera! —respondió François.

—¡Vaya, un tipo duro! —se burló el descargador.

—Durísimo —dijo François, que sopesaba el palo como un experto.  
Luego se volvió hacia el tío Jules.

—¿Le ha pagado?

—Aún no —dijo el tío Jules—. Le debo siete francos con cincuenta.

—Páguele —dijo François.

El tío Jules tendió al borracho tres monedas de plata.

—¿Y la propina? —dijo el descargador.

—Ya ha bebido de sobra —dijo mi padre—. Y, créame, no le hace ningún bien.

—Son una panda de malnacidos —dijo el descargador.

—Hala, largo —dijo François—, súbete al pescante. Te ayudaré a dar la vuelta.

Lo miraba de tal forma que el borracho se apaciguó de pronto.

—Tú —dijo— eres un amigo, comprendes la vida. Mientras que esos burgueses... ¡Igual me he reventado el hígado con esa maldita mesilla de noche y me niegan la propina! ¡Pero esto no va a quedar así, y les va a salir más caro que la contribución!

Reunió laboriosamente las riendas, mientras François hacía girar a los caballos, fuertemente agarrados por las bridas. Cuando estuvieron correctamente situados en el camino, y en el sentido correcto, fue a buscar el látigo a su carreta y, mientras el descargador nos enseñaba el puño y profería turbias amenazas, François, pegando gritos salvajes, azotó a los animales con todas sus fuerzas: en una nube de polvo, crujidos y maldiciones, el camión alzó el vuelo hacia el pasado.

Empezaron entonces los mejores días de mi vida. La casa se llamaba la Quinta-Nueva, pero era nueva desde hacía ya mucho tiempo. Era una antigua granja en ruinas, restaurada hacía treinta años por un señor de la ciudad que vendía lonas para tiendas de campaña, bayetas y escobas. Mi padre y mi tío le pagaban un alquiler de ochenta francos al año (es decir, cuatro luises de oro), que sus mujeres consideraban un poco exagerado. Pero la casa tenía el aspecto de una casona y había «agua en la pila»: es decir, que el audaz comerciante de escobas había hecho construir una gran cisterna, tan ancha y casi tan alta como él. Bastaba con abrir el grifo de cobre, colocado encima del fregadero, para ver correr un agua limpia y fresca...

Era un lujo extraordinario y solo más tarde comprendí el milagro de aquel grifo. Desde la fuente del pueblo hasta las lejanas cumbres de l'Étoile, era el país de la sed: en veinte kilómetros a la redonda, solo había una docena de pozos (la mayor parte secos a partir del mes de mayo) y tres o cuatro «fuentes»; es decir, que en el fondo de una pequeña gruta una grieta en la roca lloraba en silencio en una barba de musgo.

Por eso, cuando una campesina venía a traernos huevos o garbanzos y entraba en la cocina, miraba, menando la cabeza, el reluciente grifo del progreso.

También había, en la planta baja, un inmenso comedor (que tendría cinco metros por cuatro) grandiosamente decorado por una pequeña chimenea de mármol auténtico.

Una escalera, con un recodo, llevaba a las cuatro habitaciones del primer piso. Gracias a un moderno refinamiento, las ventanas de esas habitaciones estaban provistas, entre los cristales y los postigos, de unos marcos que podían abrirse y en los que se tendía una fina tela metálica, para impedir que entrasen los insectos de la noche.

La iluminación la proporcionaban lámparas de petróleo y algunas velas de emergencia. Pero como siempre comíamos en la terraza, bajo la higuera,

usábamos sobre todo la lámpara portátil.

¡Prodigiosa lámpara portátil! Mi padre la sacó una noche de una gran caja de cartón, la llenó de petróleo y encendió la mecha: brotó una llama plana, con forma de almendra, que él cubrió con una «pantalla» común. Luego encerró el conjunto en un globo ovoide, protegido por una rejilla niquelada coronada por una tapa de metal: esa tapa era una trampa de viento. Tenía agujeros que acogían la brisa nocturna, la hacían circular y la empujaban, inerte, hacia la llama impasible que la devoraba... Cuando la vi arder, colgada de una rama de la higuera, brillante, con la serenidad de una lámpara de altar, me olvidé de la sopa de queso y decidí dedicar mi vida a la ciencia... Aquella almendra resplandeciente sigue alumbrando mi infancia y no me sorprendí tanto cuando, diez años más tarde, visité el faro de Planier.

De hecho, igual que Planier, seductor de codornices y avefrías, atraía a todos los insectos nocturnos. En cuanto la colgábamos de la rama, la rodeaba un vuelo de polillas carnosas, cuyas sombras danzaban sobre el mantel: quemadas por un amor imposible, caían achicharradas en nuestros platos.

También había avispas enormes, llamadas *cabridans*, que matábamos a golpes de servilleta, volcando a veces la jarra, los vasos siempre; algaveros y lucanos ciervo, que llegaban de la noche como lanzados por un tirachinas y hacían tintinear la lámpara antes de caer en la sopera. Los lucanos, negros y peludos, llevaban delante una gigantesca pinza plana, con las dos mandíbulas bordeadas por una nervadura en relieve: aquella herramienta prodigiosa, a falta de articulación, no podía servirles de nada, pero era muy cómoda para atar un arnés de cordel, gracias al cual el lucano sometido arrastraba sin esfuerzo, sobre el hule, el peso enorme de la plancha.

El «jardín» no era más que un antiguo huerto abandonado y cercado por una malla de gallinero, roída en su mayor parte por el óxido del tiempo. Pero el nombre de «jardín» confirmaba el de «casona».

Además, mi padre había condecorado con el título de «criada» a una campesina de aspecto pasmado, que venía por la tarde a lavar los platos y a veces a hacer la colada, lo que le daba ocasión de lavarse las manos. Quedábamos así triplemente vinculados a la clase superior, la de los burgueses distinguidos.

Delante del jardín, campos de trigo o centeno pobremente cultivados y bordeados por olivos milenarios.



Detrás de la casa, los pinares formaban islas oscuras en la inmensa garriga, que se extendía por montes, valles y mesetas hasta el macizo de Sainte-Victoire. La Quinta-Nueva era la última construcción, en el umbral del desierto, y se podía caminar durante treinta kilómetros sin encontrar más que las ruinas bajas de tres o cuatro granjas de la Edad Media y algunos apriscos abandonados.

Nos acostábamos temprano, agotados por los juegos del día, y había que llevar en brazos al pequeño Paul, desmadejado como una muñeca de trapo: yo lo atrapaba por los pelos cuando se caía de la silla, agarrando con la mano crispada una manzana a medio comer o la mitad de un plátano.

Cuando me acostaba, aún medio consciente, decidía cada noche despertarme al alba para no perderme ni un minuto del milagroso día siguiente. Pero no abría los ojos hasta las siete, furioso y refunfuñando como si hubiera perdido el tren.

Entonces llamaba a Paul, que empezaba a gruñir penosamente y se volvía hacia la pared, pero no se resistía a la apertura de la ventana, deslumbrante de pronto, al chasquido de los postigos de madera maciza, mientras el canto de las cigarras y los perfumes de la garriga llenaban de golpe el cuarto ensanchado.

Bajábamos desnudos y con la ropa en la mano.

Mi padre había adaptado un largo tubo de caucho al grifo de la cocina. Salía por la ventana y terminaba con un pitorro de cobre en la terraza.

Yo regaba a Paul, luego él me empapaba. Este modo de proceder era un invento genial de mi padre, porque el odioso «baño» se convertía en un juego: duraba hasta que mi madre gritaba por la ventana:

—¡Ya basta! ¡Cuando la cisterna esté vacía, tendremos que marcharnos!

Tras aquella terrible amenaza, cerraba irreparablemente el grifo.

Engullíamos las tostadas con el café con leche y entonces empezaba la gran aventura.

Estaba prohibido salir del jardín, pero nadie nos vigilaba. Mi madre creía que la cerca era infranqueable, mi tía era esclava del primo Pierre. Mi padre iba a menudo al pueblo para «los recados» o a la colina para herborizar; en cuanto al tío Jules, pasaba en la ciudad tres días por semana, pues solo tenía veinte días de vacaciones y los había repartido en dos meses.

Así pues, dejados a nuestro aire la mayor parte del tiempo, a veces subíamos hasta los primeros pinares. Pero aquellas exploraciones, cuchillo en mano y oído alerta, solían acabar con una huida frenética hacia la casa, a causa del encuentro inopinado con una boa, un león o un oso de las cavernas.

Nuestros juegos fueron en primer lugar la caza de cigarras, que chupaban cantando la savia de los almendros. Las primeras se nos escaparon, pero no tardamos en adquirir una habilidad tan eficaz que volvíamos a casa rodeados por un halo de música, porque traíamos docenas que seguían crepitando en nuestros bolsillos temblorosos. También nos dedicamos a cazar mariposas de grandes alas blancas bordeadas de azul que dejaban en mis dedos un polvo de plata.

Durante varios días, echamos cristianos a los leones: es decir, que lanzábamos puñados de pequeños saltamontes a la tela diamantina de grandes arañas de terciopelo negro, estriadas de rayas amarillas: en unos segundos los vestían de seda, abrían delicadamente un agujero en la cabeza de la víctima y succionaban largamente con un placer de *gourmet*. Aquellos juegos infantiles estaban entrecortados por orgías de goma de almendro, una goma rojiza como la miel: golosina dulce y maravillosamente pegajosa, pero muy desaconsejada por el tío Jules, que afirmaba que aquella goma «acabaría por pegarnos las tripas».

Mi padre, preocupado por el avance de nuestros estudios, nos aconsejó renunciar a los juegos inútiles y nos recomendó la observación minuciosa de las costumbres de los insectos, empezando por las hormigas, porque veía en ellas el modelo del buen ciudadano.

Por eso, a la mañana siguiente, pasamos largo rato arrancando las hierbas y el lastón en torno a la entrada principal de un hermoso hormiguero. Cuando la zona estuvo bien limpia en un radio de al menos dos metros, logré meterme a escondidas en la cocina, mientras mi madre y mi tía cogían almendras detrás de la casa; allí robé un gran vaso de petróleo y unas cerillas.

Las hormigas, que no sospechaban nada, iban y venían en doble fila, como los estibadores en la pasarela de un barco.

Primero me aseguré de que nadie pudiera vernos y luego vertí el petróleo en el orificio principal. Un gran desorden agitó la cabeza de la colonia y decenas de hormigas salieron a la superficie: corrían por todas partes, desorientadas, y las que tenían la cabeza grande abrían y cerraban sus fuertes mandíbulas, buscando al enemigo invisible. Entonces metí en el agujero una mecha de papel: Paul reclamó el honor de prenderle fuego, lo que hizo de manera muy correcta. Una llama roja y humeante se elevó y comenzaron nuestros estudios.

Por desgracia, las hormigas resultaron ser demasiado fácilmente combustibles. Fulminadas al instante por el calor, desaparecían con un chispazo. Esos fuegos artificiales fueron entretenidos, pero duraron poco. Además, tras la sublimación

de las externas, esperamos en vano la salida de las poderosas legiones subterráneas y la ruidosa explosión de la reina, con la que yo había contado; pero no apareció nada y ante nosotros solo quedó un pequeño embudo ennegrecido por el fuego, triste y solitario como el cráter de un volcán apagado.

Sin embargo, pronto nos consoló de aquel fracaso la captura de tres grandes *pregadious*, es decir, tres mantis religiosas, que se paseaban, todas verdes, por las ramas verdes de una verbena: bellos sujetos para la observación científica.

Papá nos había dicho (con cierta alegría laica) que la mantis llamada «religiosa» era un animal feroz y despiadado: que podía considerarse el «tigre de los insectos» y que el estudio de sus costumbres era de lo más interesante.

Así que decidí estudiarlas, es decir, que para provocar una batalla entre las dos más grandes, las coloqué muy cerca una de otra, con las garras por delante.

Pudimos entonces continuar nuestros estudios con la constatación del hecho de que aquellos bichos podían vivir sin garras, sin patas y hasta sin media cabeza... Al cabo de un cuarto de hora de aquel entretenimiento tan adorablemente infantil, uno de los campeones ya no era más que un busto que, tras haber devorado la cabeza y el tórax del adversario, la emprendía, sin prisa, con la segunda mitad, que seguía moviéndose de un modo algo nervioso. Paul, que tenía buen corazón, fue a robar el tubo de Seccotine (pega hasta el hierro) y quiso volver a unir aquellas dos mitades para hacer un bicho entero, al que podríamos devolver solemnemente la libertad. No pudo llevar a cabo la generosa operación porque el busto logró escaparse.

Pero nos quedaba, dentro de un tarro, el tercer tigre. Decidí confrontarlo con las hormigas, y aquella feliz idea nos permitió disfrutar de un espectáculo encantador.

Volcando bruscamente el tarro, coloqué la abertura sobre la entrada de un hormiguero en plena faena. El tigre, más largo que la anchura del frasco, se erguía sobre las patas traseras y usaba su cabeza pivotante para mirar por todas partes con una curiosidad de turista. Pero una espuma de hormigas salió del túnel y asaltó sus patas, de modo que perdió la calma y empezó a bailar, mientras lanzaba a izquierda y derecha sus dos cizallas: con cada movimiento traía un racimo de hormigas que se llevaba a las mandíbulas, de las que caían cortadas en dos.

Como el grosor del vidrio deformaba la belleza del espectáculo y la posición incómoda del tigre frenaba sus movimientos, creí que era mi deber quitar el tarro. El *pregadiou* cayó en su posición natural, con las pinzas replegadas y las seis

patas en el suelo. Pero al extremo de cada una de ellas había cuatro hormigas que se aferraban implacablemente con sus mandíbulas paralizadas, mientras se agarraban a la gravilla: así dominado por aquellos liliputienses, el tigre, como Gulliver, era incapaz de moverse.

Entretanto, con las pinzas que seguían libres, atacaba alternativamente cada uno de aquellos anclajes y destrozaba al personal. Pero antes incluso de que los bichos tronzados se desprendiesen de sus mandíbulas, otros ocupaban su sitio y todo volvía a empezar.

Yo me preguntaba cómo podría evolucionar aquella situación, que parecía estabilizada —quiero decir fijada en un ciclo inmutable—, cuando me di cuenta de que los reflejos de las patas raptoras ya no eran ni tan rápidos ni tan frecuentes. Concluí que el *pregadiou* se estaba desalentando a causa de la ineficacia de su táctica y que sin duda iba a cambiarla. En efecto, al cabo de unos minutos, sus ataques laterales cesaron completamente.

Las hormigas abandonaron al instante su nuca, su busto, su lomo, y se quedó de pie, inmóvil, con las pinzas en plegaria y el torso casi derecho sobre las seis patas que apenas se estremecían.

Paul me dijo:

—Está pensando.

Me pareció que sus reflexiones duraban mucho y la desaparición de las hormigas me intrigaba: así que me acosté boca abajo y descubrí la tragedia.

Bajo la cola de tres puntas del tigre pensativo, las hormigas habían agrandado el orificio natural: una fila entraba, otra salía, como en la puerta de unos grandes almacenes el día de Nochebuena. Cada una llevaba su botín y las diligentes amas de casa hacían limpieza en el interior del *pregadiou*.

El desdichado tigre, aún inmóvil y como atento, mediante un especie de introspección, a lo que ocurría dentro de sí mismo, no tenía medios, por falta de variaciones de fisionomía o de expresión vocal, de manifestar exteriormente su tortura o su desesperación, y su agonía no fue espectacular. No comprendimos que estaba muerto hasta el momento en que las hormigas de los anclajes soltaron el extremo de sus patas y empezaron a despedazar la fina envoltura que lo había contenido. Serraron el cuello, cortaron el busto en lonchas regulares, pelaron las patas y desarticulaban con elegancia las terribles pinzas, como hace un cocinero con un bogavante. Todo ello fue arrastrado bajo tierra y guardado, al fondo de un almacén, en otro orden.

Solo quedaron sobre la gravilla los bellos élitros verdes, que habían volado gloriosamente sobre las junglas de hierba y aterrorizado a la presa o al enemigo. Despreciadas por las amas de casa, confesaban tristemente que no eran comestibles.

Así fue como acabaron nuestros estudios sobre la mantis religiosa y sobre la «diligencia» de las «laboriosas» hormigas.

—¡Pobre animal! —me dijo Paul—. Habrá tenido un buen cólico.

—Le está bien empleado —dije yo—. Se come a los saltamontes vivos, y hasta a las cigarras, y hasta a las mariposas. Papa te lo dijo: es un tigre. Y a mí el cólico de los tigres no me importa.

Los estudios entomológicos empezaban a aburrirnos cuando descubrimos nuestra verdadera vocación.

Después de la comida, cuando el sol africano cae como lluvia de fuego en la hierba moribunda, nos obligaban a «descansar» una hora, a la sombra de la higuera, en esas hamacas plegables llamadas «trasatlánticas» difíciles de abrir correctamente, que pellizcan cruelmente los dedos y a veces se desploman bajo el durmiente estupefacto.

Aquel descanso era para nosotros una tortura y mi padre, gran pedagogo, es decir, dorador de píldoras, nos hizo aceptarlo trayéndonos algunos volúmenes de Fenimore Cooper y de Gustave Aymard.

El pequeño Paul, con los ojos como platos y la boca entreabierta, me escuchó leer en voz alta *El último mohicano*. Para nosotros fue una revelación, confirmada por *El rastreador*: éramos indios, hijos del bosque, cazadores de bisontes, asesinos de *grizzlies*, estranguladores de boas y arrancadores de cabelleras de rostros pálidos.

Mi madre aceptó coser —sin saber para qué— un mantel viejo a una manta con agujeros, y montamos nuestro *wigwam* en el rincón más salvaje del jardín.

Yo tenía un arco auténtico, directamente llegado del Nuevo Mundo pasando por la tienda del chamarilero. Fabriqué flechas con juncos y, oculto entre la maleza, las disparaba ferozmente contra la puerta del retrete, que era una especie de caseta al final del sendero. Después robé el cuchillo «puntiagudo» del cajón de la cocina: lo llevaba agarrado por la hoja, entre el pulgar y el índice (como los indios comanches) y lo lanzaba con todas mis fuerzas contra el tronco de un pino, mientras Paul emitía un silbido agudo que lo convertía en un arma temible.

Sin embargo, acabamos comprendiendo que, puesto que la guerra era el único juego realmente interesante, no podíamos pertenecer a la misma tribu.

Así que yo seguí siendo comanche, pero él se convirtió en pawnee, lo que me

permitió arrancarle la cabellera varias veces al día. A cambio, hacia la noche, él me mataba con un *tomahawk* de cartón y luego escapaba a todo correr, porque yo era excelente agonizando.

Tocados de plumas compuestos por mi madre y mi tía, y pinturas de guerra hechas con cola, mermelada y polvo de tizas de colores terminaron de dar a aquella vida india un realismo obsesivo.

A veces, las dos tribus enemigas enterraban el hacha de guerra y se unían para luchar contra los rostros pálidos, los feroces yanquis venidos del Norte. Seguíamos pistas imaginarias, caminando agachados entre las hierbas altas, atentos a las que estuvieran rotas, a las huellas invisibles, y yo examinaba con aire feroz un hilo de lana enganchado en el vilano de oro de un hinojo. Cuando la pista se bifurcaba, nos separábamos en silencio... De vez en cuando, para mantener el contacto, yo lanzaba el grito del ruiseñor —«tan perfectamente imitado que habría engañado a su hembra»— y Paul me respondía con el «ladrido ronco del coyote», perfectamente imitado también, pero imitado —a falta de coyote— del perro de la panadera, un chuchito sarnoso que a veces nos mordía los traseros.

Otras veces nos perseguía una coalición de tramperos, dirigida por Larga Carabina. Entonces, para engañar al enemigo, caminábamos mucho tiempo hacia atrás, para invertir nuestro rastro.

Luego, en medio de un claro, detenía a Paul con un gesto y, rodeado de un silencio sepulcral, pegaba la oreja al suelo...

Escuchaba, con sincera inquietud, la llegada de nuestros perseguidores, porque al fondo de las remotas sabanas oía el galope de mi corazón.

Cuando volvíamos a casa, el juego continuaba.

La mesa estaba puesta bajo la higuera. En una tumbona, mi padre leía la mitad de un periódico, porque el tío Jules leía la otra mitad.

Nos presentábamos, graves y dignos, como es propio de los jefes, y yo decía:

—¡Jau!

Mi padre respondía:

—¡Jau!

—¿Quieren los grandes jefes blancos recibir a sus hermanos rojos en su *wigwam* de piedra?

—Nuestros hermanos rojos son bienvenidos —decía mi padre—. El camino habrá sido largo porque tienen los pies polvorientos.

—¡Venimos del Río Perdido y hemos caminado tres lunas!

—Todos los hijos del gran Manítú son hermanos: ¡que los jefes compartan nuestro *pemmican*! Solo les pediremos que respeten las costumbres sagradas de los blancos: ¡que vayan primero a lavarse las manos!



Por la noche, a la mesa, bajo la lámpara portátil aureolada de moscas, balanceando suavemente las piernas entumecidas, frente a mi madre guapísima, yo escuchaba la conversación de aquellos viejos varones.

A menudo hablaban de política. Mi tío hacía comparaciones desagradables entre el señor Fallières<sup>2</sup> y el rey Luis XIV. Mi padre replicaba describiendo a un cardenal con forma de punto de interrogación, porque el rey lo había encerrado en una jaula de hierro; luego hablaba de un tal *Lagabela*, que arruinaba al pueblo.\*

Otras veces, el tío atacaba a unas personas que se llamaban los *radiales*. Había un señor Comble, que era un *radial*, y sobre el cual era difícil formarse una opinión: mi padre decía que ese «radical» era un gran hombre honrado, mientras que el tío lo nombraba «la flor y nata de los canallas» y proponía firmar esa declaración en papel timbrado. Añadía que el tal Comble era el jefe de una banda de malhechores que se llamaban los *framasones*.

Mi padre hablaba al punto de otra banda, que se llamaban los *gesuítas*; eran horribles *tartrufos* que cavaban *socavones* bajo los pies de todo el mundo.

Entonces el tío Jules se exaltaba y le ordenaba que le devolviese de inmediato «los millones de *las congregaciones*». Pero mi padre, a quien no obstante no le importaba el dinero, respondía enérgicamente:

—¡Jamás! ¡Jamás os devolveremos tanta riqueza arrebatada en el lecho de muerte a unos moribundos aterrados!

Entonces mi madre y mi tía hacían preguntas urgentes sobre la filoxera en el Rosellón, o sobre el nombramiento innecesario de un maestro en una escuela superior, y la conversación cambiaba bruscamente de tono.

En realidad, lo que decían no me interesaba.

Lo que escuchaba, lo que acechaba, eran las palabras. Porque me apasionaban las palabras: en secreto, en una libreta, las coleccionaba, como hacen otros con los sellos.

Adoraba *granada*, *humo*, *huraño*, *carcomido* y sobre todo *manivela*, y a menudo me las repetía, cuando estaba solo, por el mero placer de escucharlas.

Pues bien, en los discursos del tío había algunas nuevas y deliciosas: *damasquinado*, *florilegio*, *filigrana*, o grandiosas: *arzobispal*, *plenipotenciario*.

Cuando en el río de su discurso veía pasar uno de aquellos navíos de tres puentes, levantaba la mano y pedía explicaciones, que él nunca me negaba. Ahí comprendí por primera vez que las palabras con un sonido noble siempre contienen bellas imágenes.

Mi padre y mi tío alimentaban aquella manía, que les parecía de buen augurio: tanto es así que un día, y sin que la palabra estuviera presente en una conversación (habría sido ella la primera en sorprenderse), me regalaron *anticonstitucionalmente*, revelándome que era la palabra más larga de la lengua francesa. Tuve que escribirla en la factura del tendero que me había guardado en el bolsillo.

La copié con gran esfuerzo en una página de mi libreta y la leía cada noche en la cama; tardé unos días en dominar a la bestia y me prometí explotarla si, por casualidad, algún día, hacia el fin de los tiempos, me veía obligado a volver a la escuela.

<sup>2</sup> Armand Fallières (1841-1931) era el presidente de la República francesa en el momento en que transcurre la acción.

\* Tanto Lagabèle —la gabela o impuesto feudal— como otras palabras en cursiva o entrecomilladas del siguiente párrafo, quieren reproducir en su traducción los errores de comprensión del niño, que producen divertidos juegos de palabras. (*N. de los E.*)

Hacia el 10 de agosto, las vacaciones fueron interrumpidas, durante toda una tarde, por una tormenta que engendró, como era de temer, un dictado.

El tío Jules, en un sillón junto a la puerta acristalada, leía un periódico. Paul, agachado en un rincón oscuro, jugaba solo al dominó, es decir que colocaba las piezas una tras otra, al azar, tras algunas reflexiones y soliloquios. Mi madre cosía junto a la ventana. Mi padre, sentado a la mesa, mientras afilaba una navaja en una piedra negra, leía en voz alta, repitiendo dos o tres veces cada frase, una historia incomprensible.

Era una homilía de Lamennais<sup>8</sup> que contaba la aventura de un racimo de uvas.

El padre de familia lo cogía de la viña, pero no se lo comía: lo llevaba a casa, para dárselo a la madre de familia. Esta, conmovida, se lo daba a escondidas a su hijo que, sin decir nada a nadie, se lo llevaba a su hermana. Pero esta tampoco se lo comía. Esperaba el regreso del padre que, al encontrar el racimo en su plato, abrazaba a toda la familia, alzando los ojos al cielo.

El periplo del racimo acababa ahí y yo me preguntaba quién se lo habría comido cuando el tío Jules plegó el periódico y me dijo en tono grave:

—Esa es una página que deberías aprenderte de memoria.

Me indignó aquella agresiva proposición de trabajo suplementario y pregunté:

—¿Por qué?

—A ver —dijo el tío—, ¿no te ha conmovido el sentimiento que anima a esos humildes campesinos?

Por la ventana, yo miraba caer la lluvia, que barnizaba de negro las ramas de la higuera, y mordisqueaba mi portaplumas.

Él insistió:

—¿Por qué pasó el racimo por toda la familia?

Me miraba con los ojos llenos de bondad. Quise complacerlo y concentré toda mi atención en el problema. En un fogonazo, vi la verdad y exclamé:

—¡Porque estaba sulfatado!

El tío Jules me miró fijamente, apretó la mandíbula y se puso todo rojo. Quiso hablar; la indignación lo dejó mudo. Intentó pronunciar sucesivamente tres o cuatro sílabas guturales, pero no estaba en condiciones de continuar para darles un sentido. Entonces, alzó los brazos al cielo, luego el trasero de la silla y al fin dijo, con gran violencia:

—¡Ahí lo tienes! ¡Ahí lo tienes! ¡Ahí lo tienes!

Esas tres exclamaciones liberaron el paso y por fin pudo exclamar:

—¡Ahí tienes el resultado de una escuela sin Dios! ¡Los efectos grandiosos del amor los atribuye al sulfato de cobre! Este niño, que no es un monstruo, acaba de dar espontáneamente una respuesta monstruosa. ¡Mide, mi querido Joseph, el alcance de tus horribles responsabilidades!

—Pero, Jules —dijo mi madre—, ¿si lo ha dicho en broma!

—¿En *broma*? —exclamó el tío Jules—. ¡Pues todavía peor! Prefiero pensar que no ha entendido mi pregunta.

Se volvió hacia mí.

—Escúchame bien. Si encontrases un hermoso racimo de uvas, un racimo admirable, único, ¿no se lo llevarías a tu madre?

—¡Claro que sí! —dije sinceramente.

—¡Bravo! —dijo el tío—. ¡Esas son palabras de corazón!

Y se volvió hacia mi padre para añadir:

—Me alegra constatar que, pese al materialismo atroz que le enseñas, ha encontrado en su corazón la ley de Dios y le guardaría el racimo a su madre.

Vi que triunfaba y acudí al rescate de mi padre, añadiendo:

—Pero me comería la mitad por el camino.

El tío, descontento, iba a hablar de nuevo cuando mi padre exclamó enérgicamente:

—¡Y bien que haría! Porque, vamos a ver, si esa gente tuviera tan buenos sentimientos, deberían pasarse también el cogollo de la lechuga, la pechuga de la pularda y el hígado del conejo. Y, como una virtud perfecta es por fuerza inalterable, la ronda de los mejores bocados debió de continuar toda la vida, mientras esos desdichados, que aun con todo necesitaban alimentarse, se peleaban por la cabeza del pato, el hueso de la costilla y el tronco de la col. Acabo de entender, gracias a él, que esta historia es de una estupidez vertical. La verdad es que tu Lamennais era un santurrón y para edificar a los fieles cayó, como todos los curas, en un absurdo sermoneo.

A aquel ataque frontal, el tío, con el bigote bruscamente erizado, se disponía a responder cuando mi tía Rose, que desde el fondo de la cocina donde vigilaba el *civet* de conejo sintió llegar la pelea, apareció en la puerta. Traía el colador de la lechuga mientras, con la mano izquierda, agarraba por la punta de la capucha un impermeable negro, y gritó alegremente:

—¡Jules! ¡Ya casi no llueve! ¡Corre, a por caracoles!

Sin dejarle un segundo, le puso en las manos el colador metálico y le caló la capucha hasta la nariz, como un apagavelas de la conversación. Le resultaba difícil, con aquel equipamiento, emprender una diatriba. Con todo, trató de hacer vibrar algunas erres y oímos:

—De verrdad, qué triste y qué espantoso... Este pobrre niño...

Pero mi tía, que le había hecho dar la vuelta entre risas, lo empujó afuera bajo una lluvia recia, cerró la puerta y le mandó a través del cristal un beso de cariño no fingido. Al fin, se volvió hacia nosotros, enfadada de pronto, y dijo:

—Joseph, no tendrías que haber empezado.

El tío Jules, que amaba la lluvia, no volvió hasta una hora después, calado pero feliz.

Una hermosa barba de baba colgaba del colador, el tío llevaba hombreras de caracoles y el jefe de la tribu —que era enorme— orientaba en vano sus cuernos hacia la punta de la capucha negra.

Mi padre tocaba la flauta, mi madre lo escuchaba cosiendo el dobladillo de unas servilletas, la hermanita dormía con la cara apoyada en los brazos y yo echaba una partida de dominó con Paul. El tío fue abrumado con felicitaciones y ya no se habló más de Lamennais.

Pero, por la noche, se tomó una revancha cruel.

Mi madre acababa de dejar en la mesa el *civet* de conejo, aureolado por el perfume de las hierbas aromáticas. De costumbre, a causa de mis esfuerzos escolares, me reservaban el hígado y, en la salsa aterciopelada, ya lo buscaba con los ojos.

El tío Jules lo vio antes que yo y lo pinchó con el tenedor. Lo levantó a la luz de la lámpara, lo examinó, lo olió y dijo:

—Este hígado está admirablemente cocinado. Es sano, parece tierno y untuoso. Es ciertamente un bocado exquisito. Estaría en la obligación de ofrecérselo a alguien, si no fuera porque a esta mesa hay cierta persona que lo creería envenenado.

Tras lo cual, soltó una carcajada sarcástica y, ante mis ojos, se lo zampó.

<sup>8</sup> Nombre por el que se conoce a Félicité de Lamennais (1782-1854), sacerdote y teólogo francés, impulsor de la teoría del catolicismo social.



Hacia el 15 de agosto, nos revelaron que se preparaban grandes acontecimientos.

Una tarde, mientras yo plantaba el poste de tortura en un montículo herboso, Paul vino corriendo a anunciarme una extraña noticia:

—¡El tío Jules está cocinando!

Tanto me sorprendió aquello que abandone al instante mi empresa para ir a aclarar el misterio del tío Jules Cocinero.

Estaba ante los fogones y vigilaba una sartén crepitante: contenía unas espesas pastillas rubias que se cocían silbando en grasa hirviendo. Un olor asqueroso llenaba la cocina y al momento decidí que de eso no comería.

—Tío Jules, ¿qué es eso?

—Lo sabrás esta noche —dijo.

Agarrando el mango de la sartén, dio un golpecito seco, como para voltear las castañas.

—¿Nos lo comeremos esta noche?

—No —dijo el tío riendo—. No nos lo comeremos. Ni esta noche ni nunca.

—Entonces, ¿por qué lo cocinas?

—Para dar que hablar a los niños pequeños. Ahora id a jugar fuera, porque si os salpica la grasa hirviendo, se os quedará toda la vida la cara como un colador. ¡Hala, fuera!

Una vez fuera, Paul me dijo:

—Cocinar no sabe.

—Yo creo que no está cocinando. Creo que es un secreto. Vamos a preguntar a papá.

Pero papá no estaba. Se había ido con su mujer a hacer una excursión.

Sin nosotros, lo que me pareció una traición.

Tuvimos que esperar hasta la noche.

La tarde estuvo dedicada a la composición de un admirable *Canto de muerte de un jefe comanche* (letra y música):

*Adiós, pradera,  
la flecha enemiga  
desarmó mi brazo vengador,  
pero bajo tortura  
mi corazón aún es puro  
y sorprende al viajero.  
Cobarde pawnee,  
te las ingenias:  
¡oye mi risa sarcástica!  
Tus torturas  
me traen sin cuidado,  
¡son picaduras de mosquito!*

Había siete u ocho estrofas...

Subí a mi habitación y *ensayé* mucho tiempo, en silencio y soledad.

Seguidamente me ocupé de la pintura de guerra de Paul y luego de la mía. Al fin, coronado de plumas, con las manos atadas tras la espalda, me acerqué gravemente al poste de tortura, al que Paul me ató firmemente, pegando unos gritos roncós que representaban injurias pawnees. Después danzó cruelmente a mi alrededor, mientras yo entonaba el *Canto de muerte*.

Le puse tanta sinceridad, y me salió tan bien «la risa sarcástica», que mi verdugo se alejó prudentemente, algo preocupado.

Pero mi triunfo estalló en la última estrofa:

*¡Adiós, hermanos,  
adiós, prímulas!  
¡Adiós a mi caballo y mis estribos!  
¡Consolad a mi madre que llora  
y decidle que hace un rato  
su hijo ha muerto como un guerrero!*

Hice un trémolo tan patético que a mí mismo me conmovió y mi rostro se llenó de lágrimas. Entonces dejé caer la barbilla en el pecho, cerré los ojos y morí.

Oí un sollozo desgarrador y vi a Paul que huía gritando:

—¡Está muerto! ¡Está muerto!

Fue mi padre quien vino a liberarme y me di cuenta de que tenía ganas de añadir

a mis torturas ficticias un tortazo de verdad. Pero yo estaba orgulloso de mi éxito de comicastro y me proponía hacer una representación después de la cena cuando, al cruzar el comedor para ir a lavarme las manos, me llevé una sorpresa admirable.

Papá y el tío Jules habían puesto todas las extensiones de la mesa, cubierta con una arpillera, y sobre esa inmensidad estaban alineadas toda clase de maravillas. Había en primer lugar filas de cartuchos vacíos y cada fila tenía su color: rojos, amarillos, azules, verdes.

Después, unos saquitos de una tela cruda, del tamaño de la mano y pesados como piedras. Cada uno llevaba un gran número negro: 2, 4, 5, 7, 9, 10.

Luego había una especie de balanza pequeña, con un solo platillo y, fijado al borde de la mesa con una pinza de tornillo, un extraño aparato de cobre, provisto de una manivela con manija de madera. Finalmente, justo en medio, destacaba el plato cocinado por el tío Jules.

—Esto —dijo— es lo que cocinaba esta mañana: tacos de grasa.

—¿Para qué son? —preguntó Paul.

—¡Para hacer cartuchos! —dijo mi padre.

—¿Vas a ir a cazar? —pregunté yo.

—¡Claro!

—¿Con el tío Jules?

—¡Claro!

—¿Tienes una escopeta?

—¡Claro!

—¿Y dónde está?

—¡Luego lo verás! De momento, ve a lavarte las manos, porque la sopa está servida.

Durante la cena, bajo la higuera, la conversación fue apasionante.

Mi padre, niño de ciudad y prisionero de las escuelas, nunca había matado ni pelo ni pluma. Pero el tío Jules había cazado desde su infancia y no lo ocultaba.

Desde el potaje, empezaron a hablar de piezas de caza.

—¿Qué crees que vamos a encontrar en estas colinas? —preguntó mi padre.

—Me he informado en el pueblo —dijo el tío.

—Seguro que te han informado mal —replicó mi padre— porque estos campesinos son muy celosos con la caza.

Mi tío sonrió con malicia.

—¡Desde luego! —dijo—. Pero no confesé que íbamos a cazar. Simplemente pregunté qué clase de piezas podrían vendernos.

—¡Eso sí que es astucia! —dijo mi padre.

Admiré aquel ingenio, pero me pareció que iba en contra de nuestros principios.

—¿Y qué te propusieron?

—En primer lugar, pájaros pequeños.

—¿Muy pequeños? —preguntó mi madre, impactada.

—¡Pues sí! —dijo el tío—. Estos salvajes matan todo lo que vuela.

—¿Mariposas no? —dijo Paul.

—No, las mariposas están reservadas para los niños. ¡Pero matan hasta currucas!

—Este suelo es muy ingrato —dijo mi padre—. ¿Qué se puede cosechar sin agua? En conjunto, son realmente muy pobres y la caza los ayuda a vivir. Venden los pájaros grandes y se comen los pequeños.

—Eso sin tener en cuenta que una buena brocheta de currucas...

—¡En todo caso —exclamó mi tía— te prohíbo que mates canarios!

—¡Ni canarios, ni papagayos! Te lo prometo... Pero las collalbas y los hortelanos...

—Los hortelanos son deliciosos —dijo mi tía.

—¿Y los tordos? —dijo el tío guiñando un ojo—. ¿Los tordos están permitidos?

—¡Oh, sí! —dijo mi madre—. Joseph sabe hacerlos al espetón. Los comimos el año pasado, en Navidad.

—¡Yo —dijo Paul con entusiasmo— cuando veo un tordo me lo como entero! Pero el pico no.

—Luego —dijo el tío— creo que podemos contar con algún conejo.

—¡Oh, sí! —dije—. Los hay hasta cerca de casa. Se han hecho el retrete junto al almendro grande. Está lleno de cagarrutas.

—Nada de palabrotas —dijo mi madre severamente.

—Además —prosiguió el tío—, seguramente encontremos perdices y, lo que es más, perdices rojas.

—¿Todas rojas? —dijo Paul.

—No, son marrones, con el pecho negro, las patas rojas y unas bonitas plumas rojas en las alas y en la cola.

—¡Valdrán para los sombreros de indios!

—También me han hablado de liebres.

—Pues François —dijo mi padre— me aseguró que no las había.

—¡Ofrécele seis francos por liebre y ya verás como te las trae! Las vende a cinco francos al hostel de Pichauris. Espero que las escopetas nos ahorren el disgusto de pagarlas.

—Eso —dijo mi padre— estaría bien.

—Coincido en que es una buena pieza, mi querido Joseph. Pero hay algo mejor: ¡en los barrancos del Taoumé está la pieza reina!

—¿Cuál es?

—¡Adivina! —dijo el tío.

—¡Elefantes! —exclamó Paul.

—¡No! —dijo el tío. Pero, ante la decepción del hermanito, añadió—: No creo que haya elefantes, pero después de todo no estoy seguro. Venga, Joseph, haz un esfuerzo: ¿la pieza más escasa, la más hermosa, la más desconfiada? ¿La pieza con la que sueña cualquier cazador?

Intervine:

—¿De qué color es?

—Marrón, rojo y dorado.

—¡Faisanes! —exclamó mi padre.

Pero el tío, negando con la cabeza, añadió:

—¡Bah! El faisán es hermoso, de acuerdo, pero es tonto y, en principio, tan fácil de abatir como una cometa. Desde el punto de vista del *gourmet*, su carne es dura e insípida: para que sea más o menos comestible, hay que dejarla manir, ¡es decir, pudrirse! No, el faisán no es la pieza reina.

—Entonces —dijo mi padre—, ¿cuál es la pieza reina?

El tío se levantó, con los brazos en cruz, y dijo:

—¡La bartavela!

Para pronunciar aquella palabra, había ampliado su dicción, mientras abría unos ojos maravillados. Sin embargo, el efecto que buscaba no se produjo, pues mi padre preguntó:

—¿Y eso qué es?

El tío no perdió la compostura.

—¡Ya lo veis! —exclamó en tono satisfecho—. Es una pieza tan escasa que ni el propio Joseph ha oído hablar de ella. Pues bien, la bartavela es la perdiz de roca, y más valiosa que la perdiz roja, porque es enorme y rutilante. En realidad, es casi un urogallo. Vive en las zonas altas de los valles rocosos, pero es tan desconfiada como un zorro: la bandada tiene siempre dos centinelas y es muy difícil acercarse.

—Yo —dijo Paul— sé cómo hay que hacer: ¡me tumbaré bocabajo y me deslizaré como una serpiente, sin respirar!

—Muy buena idea —dijo el tío Jules—. En cuanto veamos bartavelas, vendremos a buscarte.

—¿Tú has matado muchas? —preguntó mi madre.

—No —dijo el tío con aire modesto—. Las he visto varias veces en el Bajo Pirineo, pero no tuve ocasión de disparar.

—Pero ¿quién te ha dicho que hay bartavelas por aquí?

—Ese viejo cazador furtivo que se llama Mond des Parpaillouns.

Pregunté:

—¿Es un noble?

—No creo —dijo mi padre—. Quiere decir «Edmond de las Mariposas».

Aquel nombre me maravilló y me prometí hacer una visita al misterioso señor.

—¿Él las ha visto? —preguntó mi padre.

—Mató una el año pasado. La llevó a la ciudad. Se la compraron a DIEZ FRANCOS.

—¡Dios mío! —dijo mi madre juntando las manos—. Si pudierais traer una cada día... ¡me vendría de maravilla!

—No es solo el sueño del cazador —dijo mi padre—. ¡También es la quimera del ama de casa! No hables más de bartavelas, querido Jules: ¡voy a soñar con ellas esta noche y mi querida mujer pierde la cabeza!

—Lo que me preocupa —dijo la tía Rose— es que, según la criada, también hay jabalís.

—¿Jabalís? —preguntó mi madre inquieta.

—Pues sí —dijo el tío sonriendo—, jabalís... Pero no os preocupéis, no llegarán hasta aquí. En pleno verano, cuando las fuentes se secan en el macizo de Sainte-Victoire, bajan hasta la hondonada del Pozo de la Morera, la única fuente de la región que nunca se seca. El año pasado, Baptistin mató dos.

—Eso da miedo —dijo mi madre.

—¡En absoluto! —dijo Joseph tranquilizador—. El jabalí no ataca al hombre. Al contrario, lo rehúye y hace falta muchísima precaución para acercarse a él.

—¡Como a las bartavelas! —exclamó Paul.

—A menos —dijo el tío en tono grave— que esté herido.

—¿Y crees que podría matar a un hombre?

—¡Demonios! —exclamó el tío—. Yo tenía un amigo, un amigo de caza, que se llamaba Malbousquet. Era un antiguo leñador que se quedó manco por un accidente de trabajo.

—¿Qué es manco? —preguntó Paul.

—Quiere decir que le faltaba un brazo. Entonces, como ya no podía manejar el hacha, se hizo cazador furtivo.

—¿Con un solo brazo? —dijo Paul.

—Pues sí... ¡con un solo brazo! ¡Y te aseguro que sabía disparar! Todos los días traía perdices, conejos, liebres que vendía de extranjs al cocinero del castillo. Bueno, pues un día Malbousquet se encontró cara a cara con un jabalí, un bicho no muy grande, setenta kilos exactamente, lo pesamos después. Bien, pues Malbousquet se dejó tentar. Disparó y le dio: pero el animal tuvo fuerzas para embestir, derribarlo y hacerlo pedazos. Sí, pedazos —repitió mi tío—. Cuando lo encontramos, lo primero que vimos, en medio del sendero, fue un largo cordón amarillo y verdoso, que tendría unos diez metros de largo: eran las tripas de Malbousquet.

Mi madre y mi tía soltaron varios «¡oh!» de asco, mientras Paul se echaba a

reír y aplaudía.

—Jules —dijo mi tía—, no deberías contar esas cosas tan horribles delante de los niños.

—¡Al contrario! —dijo mi padre (que veía un valor educativo en todas las catástrofes)—, es excelente para su formación. Es bueno que sepan que el jabalí es un animal peligroso. Si por milagro veis alguno, subid inmediatamente al árbol más cercano.

—Joseph —dijo mi madre—, me vas a prometer que tú también te subirás al árbol, y sin disparar ni una sola vez.

—¡Estaría bueno! —exclamó el tío—. Ya os he dicho que Malbousquet no tenía postas. Pero nosotros sí.

Fue a buscar a un cajón un puñado de cartuchos, que dejó sobre la mesa.

—Son más largos que los otros, porque he puesto doble carga de pólvora —dijo—. ¡Con esto el animal muerde el polvo! A condición —añadió volviéndose hacia mi padre— de dispararle en el hueco del hombro izquierdo. Ojo con esto, Joseph... ¡He dicho *izquierdo*!

—Pero —dijo Paul— si se va corriendo, ya solo le ves el trasero. Entonces, ¿qué hay que hacer?

—Muy fácil. Y me extraña que no lo hayas adivinado.

—¿Le disparas a la nalga izquierda?

—Qué va —dijo el tío—. Basta con saber que al jabalí le encantan las trufas...

—¿Y entonces? —dijo mi madre muy interesada.

—A ver, Augustine —dijo el tío—, te inclinas a la *izquierda* y gritas, lo más fuerte posible, *hacia la izquierda*: «¡Qué trufa más bonita!». Entonces el jabalí, seducido, se da la vuelta *hacia su izquierda* y te presenta el hombro *izquierdo*.

Mi madre se echó a reír conmigo. Mi padre sonrió y Paul declaró:

—¡Lo dices de broma!

Pero no se reía, porque no estaba seguro de nada.



Aquella cena cinegética duró mucho más de lo habitual, y eran las nueve cuando nos levantamos de la mesa para comenzar la fabricación de los cartuchos. Me permitieron asistir, porque señalé que se trataba de una «lección de cosas».

—Media hora, no más —dijo mi madre, y se llevó a Paul que, ya dormido, gemía débiles protestas.

—Y, en primer lugar —dijo mi tío—, ¡examinemos las armas!

Fue a coger al aparador, detrás de los platos, un bonito estuche de cuero rojizo (me avergonzó no haberlo descubierto antes) y sacó una preciosa escopeta que parecía nueva. Los cañones eran de un bonito negro mate, el gatillo niquelado y, en la culata esculpida, había un perro acostado, ahogado en la madera barnizada.

Mi padre cogió el arma del tío y silbó suavemente con admiración.

—Es el regalo de bodas de mi hermano mayor —dijo el tío—: un calibre dieciséis de Verney-Carron. Con percusión central.

Volvió a cogerlo, corrió los cerrojos; el arma se abrió con un bonito «clic» y miró la lámpara a través de los cañones.

—Perfectamente engrasado —dijo—. Pero mañana lo veremos con más detalle.

Se volvió hacia mi padre y dijo:

—¿Dónde está la tuya?

—En mi habitación.

Salió dando zancadas.

Yo ignoraba que tuviera una escopeta y me indignó que hubiese guardado aquel secreto magnífico: esperé su regreso con gran impaciencia, tratando de adivinar, por el sonido de sus pasos y el ruido de una llave, donde la había escondido. El espionaje resultó en vano y lo oí bajar apresurado.

Nos traía un gran estuche amarillo, que había debido de comprar —sin que yo lo supiera— al chamarilero, porque unos largos arañosos delataban su edad y su fondo blanquecino confesaba que aquel objeto era obra de un fabricante de papel maché.

Abrió aquella ridícula caja de cartón y dijo, con una sonrisa levemente incómoda:

—Va a hacer un triste papel comparada con un arma tan moderna, pero me la dio mi padre.

Habiendo así transformado aquella antigualla en una respetable reliquia familiar, sacó del estuche las tres partes de una escopeta inmensa.

El tío las cogió y las ajustó con una rapidez prodigiosa y luego, considerando las dimensiones del arma, exclamó:

—¡Santo Dios! ¿Es un arcabuz?

—Casi —dijo mi padre—. Pero por lo visto es muy precisa.

—Bien podría ser —dijo el tío.

La culata no estaba esculpida y había perdido el barniz; el gatillo no era niquelado y los martillos eran tan grandes que parecían una obra de hierro forjado. Me sentí un poco humillado.

El tío Jules abrió el cerrojo y lo examinó con aire pensativo.

—¡Si no es un calibre desconocido de antiguamente, debe de ser un doce!

—Sí, es un doce —afirmó mi padre—. He comprado casquillos del calibre doce.

—De espiga, claro.

—Sí, de espiga.

Cogió de una caja de cartón dos o tres cartuchos vacíos que tendió al tío. De su base de cobre salía un clavito sin cabeza. El tío metió uno en el cañón.

—Está ligeramente dilatado —dijo—, pero efectivamente es un doce de espiga... Este sistema se abandonó hace tiempo porque presenta cierto peligro.

—¿Qué peligro? —preguntó mi madre.

—Mínimo —dijo el tío—, pero peligro igualmente. Verás, Augustine, el martillo enciende la pólvora golpeando este clavito de cobre. Pero el clavito es *exterior*, nada lo protege: puede llevarse un golpe imprevisto.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo... si al cazador se le escapa un cartucho y cae sobre la espiga, te puede estallar en los pies.

—No sería mortal —dijo Joseph en tono tranquilizador—. Y además nunca se me va a caer un cartucho.

—Pues esta mañana —dijo mi madre a media voz— se te cayó tres veces la pastilla de jabón...

—En primer lugar —dijo mi padre ofendido—, una pastilla de jabón es un objeto extremadamente resbaladizo, porque es un cuerpo graso, cosa que un cartucho no es; además, no se toman precauciones cuando se coge una pastilla de jabón: se sabe que no va a explotar. Por último, hay que añadir que tenía los ojos cerrados, puesto que me estaba enjabonando la cabeza, y nadie en su sano juicio cierra los ojos para manipular cartuchos. Así que estate tranquila.

—Joseph tiene razón —dijo el tío—. Y estoy casi seguro de que no se le caerá la munición. Pero puede haber otros accidentes, y he visto uno muy singular.

»Yo era muy joven, era la época de las escopetas de espiga. El presidente de la sociedad de caza, el señor Bénazet —pronunciaba Bénazette—, era tan gordo que de lejos, por la noche, podía confundirse con una barrica, y hubo que coser dos cartucheras juntas para hacerle una... Un día, después de una buena comida de cazadores, resbaló y cayó rodando por las escaleras, con su inmensa cartuchera colgada: estaba llena de cartuchos de espiga... Pues bien, aquello parecía un fuego de pelotón... Y lamento decir que murió...

—Joseph —dijo mi madre muy pálida—, hay que comprar otra escopeta, ¡si no, no irás a cazar!

—¡Vamos! —dijo mi padre riendo—. Primero, no me parezco en nada a una media barrica, y segundo, no voy a presidir una «buena comida de cazadores» en una región de grandes productores de vino; ¡porque estoy seguro de que la explosión del señor Bénazette debió de liberar un géiser de vino tinto!

—Es muy probable —dijo el tío Jules riendo—. Y de hecho, Augustine, te puedo asegurar que un accidente así sigue siendo único en su especie.

Se levantó bruscamente y encaró el calibre doce.

Mi madre me gritó:

—¡Quédate donde estás! ¡No te muevas!

El tío repitió cinco o seis veces su maniobra, apuntando sucesivamente al péndulo, a la lámpara del techo, al espetón. Al fin, dictó sentencia.

—Esta escopeta es muy antigua y le sobran tres libras de peso. Pero se maneja bien y es cómoda en el hombro. ¡En mi opinión, es un arma excelente!

Mi padre sonrió, radiante, y miraba a la asistencia con cierto orgullo cuando el tío añadió:

—Siempre y cuando no estalle.

—¿Qué? —dijo mi madre espantada.

—No te asustes, Augustine, haremos todas las pruebas necesarias y

dispararemos los primeros cartuchos con cordel. Si estalla, Joseph se quedará sin escopeta, pero conservará la mano derecha y los ojos.

Volvió a examinar el cerrojo y dijo:

—También podría ser que por efecto de una carga un poco fuerte, cambie de calibre y se convierta en escopeta de barca. En fin, mañana lo averiguaremos. ¡Esta noche, preparemos la munición!

Adoptó una voz de mando:

—¡Antes de nada, apagad todos los fuegos de la casa! ¡Ya es bastante con el peligro que representa esta lámpara de petróleo!

Se volvió hacia mí para añadir:

—¡No se juega con la pólvora!

Mi madre, aterrorizada, corrió a la cocina y vertió una cazuela de agua sobre las últimas migas de brasa que aún rojeaban en el fogón. Mientras, mi padre comprobaba la estanquidad de la lámpara de cobre y la solidez de la suspensión.

Una vez tomadas aquellas precauciones, el tío se sentó a la mesa e hizo que mi padre se colocara frente a él.

Mi tía, para quien aquella peligrosa ceremonia no parecía tener secretos, subió a su habitación a darle el biberón al pequeño Pierre y no volvió a bajar.

Mi madre se había sentado en una silla, a dos metros de la mesa: yo me quedé de pie ante ella, entre sus rodillas. Pensaba que así mi cuerpo la protegería en caso de explosión.

Entonces mi tío cogió uno de los frasquitos de hojalata y rascó con precaución la banda de goma que garantizaba su estanquidad. Vi aparecer, saliendo del tapón, un minúsculo cordoncillo negro: lo agarró delicadamente entre el pulgar y el índice, tiró y el tapón fue detrás.

Entonces inclinó el cuello del frasco hacia la hoja de papel blanco y salió una pizca de polvo negro. Me acerqué, hipnotizado... Así que eso era la pólvora, la terrible sustancia que había matado a tantos animales y a tantos hombres, que había hecho saltar por los aires tantas casas y había lanzado a Napoleón hasta Rusia... Parecía carbón molido, nada más...

Mi tío cogió un gran dedal de cobre sujeto al extremo de un pequeño mango de madera negra.

—Esto es el medidor para la carga —me dijo—. Está graduado en gramos y decigramos, lo que nos permite suficiente precisión.

Lo llenó al ras y lo vació en el platillo de la balanza. El platillo bajó, volvió a

subir lentamente y se quedó en equilibrio.

—No está húmeda —dijo—. Tiene el peso exacto, brilla, está perfecta.

Entonces empezó el llenado de los casquillos, operación en la que colaboró mi padre: hundía, sobre la pólvora, los tacos de grasa cocinados por el tío Jules. Luego vino el turno de los plomos, luego otro taco y encima de este último un redondel de cartón con una gran cifra negra que indicaba el grosor del plomo.

Al fin tuvo lugar el sellado: el aparatito de manivela apretó el borde superior del cartucho para hacer una especie de rodete, que encerró definitivamente la mortífera combinación.

—¿El dieciséis —pregunté— es más grande que el doce?

—No —dijo el tío—. Es un poco más pequeño.

—¿Por qué?

—¡Sí! —dijo mi padre—. ¿Por qué los números más pequeños son los de los mayores calibres?

—Es muy sencillo —dijo el tío Jules con aire docto—, pero hacéis bien en preguntármelo. Un calibre dieciséis es una escopeta para la cual pueden fabricarse dieciséis balas redondas con una libra de plomo. Para un calibre doce, la misma libra de plomo solo proporciona doce balas redondas y si existiera un calibre uno, dispararía balas de una libra.

—Una explicación clarísima —dijo mi padre—. ¿Lo has entendido?

—Sí —dije—. Cuantas más balas se hacen con la libra, más pequeñas son. Y entonces el agujero de la escopeta es más pequeño cuando es un número grande.

—¿Te refieres a una libra de quinientos gramos?

—No creo —dijo el tío—. Creo que se trata de una libra antigua, la de cuatrocientos ochenta gramos.

—¡Maravilloso! —dijo mi padre repentinamente interesado.

—¿Por qué?

—Porque ahí veo una mina de problemas para el segundo ciclo: «Un cazador que poseía setecientos sesenta gramos de plomo pudo fundir veinticuatro balas para su escopeta. Si el peso de la antigua libra es de cuatrocientos ochenta gramos y la cifra que representa el calibre representa igualmente el número de balas que se pueden hacer para el arma con una libra de plomo, ¿cuál es el calibre de su fusil?».

Aquel invento pedagógico me preocupó un poco, pues temía que fuese experimentado a expensas de mis juegos. Pero me tranquilizó pensar que mi

padre parecía demasiado entusiasmado con su nueva pasión como para sacrificar sus vacaciones devastando las mías, y el tiempo me demostró que no me equivocaba.

La velada, que terminó con la alineación de un batallón de cartuchos multicolores ordenados como soldados de plomo, me había interesado muchísimo.

Sin embargo, sentía una especie de incomodidad, una insatisfacción cuya causa no lograba precisar.

La descubrí cuando me estiraba los calcetines.

El tío Jules había hablado toda la velada como sabio y como profesor, mientras mi padre, que era examinador en el certificado de estudios, lo había escuchado con aire atento, ignorante, como un alumno.

Sentía vergüenza y humillación.

A la mañana siguiente, mientras mi madre me echaba café en la leche, le hice saber mis sentimientos.

—¿A ti te gusta que papá vaya a cazar?

—No mucho —me dijo—. Es una diversión peligrosa.

—¿Te da miedo que se caiga por las escaleras con los cartuchos?

—¡Oh, no! —dijo—. Tan torpe no es... Pero aun con todo, la pólvora es traidora.

—Pues a mí tampoco me gusta, pero no es por eso.

—¿Por qué, entonces?

Vacilé un instante, que aproveché para beber un buen trago de café con leche.

—¿No has visto lo orgulloso que está el tío Jules? ¡Siempre manda él y habla todo el tiempo!

—Es precisamente para enseñarle, y lo hace por amistad.

—Pues yo veo que está contentísimo de saber más que papá. Y eso no me gusta nada. Papá siempre lo gana, a la petanca o a las damas. Y ahora estoy seguro de que va a perder. Creo que es una tontería jugar a un juego cuando no sabes. Yo no juego nunca a la pelota porque tengo las pantorrillas muy flacas y los demás se reirían de mí. Pero siempre juego a las canicas, o a pilla pilla, o al tejo, porque gano casi siempre.

—Pero, tontorrón, ¡la caza no es un concurso! Es un paseo con una escopeta y, puesto que le divierte, le hará mucho bien. Aunque no cace nada.

—Si no caza nada, pues me dará asco. Sí, me dará asco. Y ya no lo querré.

Sentía un deseo de llorar que ahogué con una tostada. Mi madre se dio cuenta y vino a darme un beso.

—Llevas algo de razón —me dijo—. Es verdad que al principio papá no lo hará tan bien como el tío Jules. Pero al cabo de una semana será tan hábil como él y, en quince días, ¡ya verás como le estará dando consejos!

No mentía para consolarme. Tenía confianza. Estaba segura de su Joseph. Pero a mí me devoraba la inquietud, como sucedería a los hijos de nuestro venerado presidente de la República si les confiase su intención de participar en el Tour de Francia.

El día siguiente fue aún peor.

Mientras limpiaba las escopetas, cuyas piezas se encontraban esparcidas por la mesa, el tío Jules comenzó el relato de sus epopeyas cinegéticas.

Decía que en su Rosellón natal, a través de las viñas y los pinares, había abatido decenas de liebres, centenares de perdices, miles de conejos, por no hablar de las «piezas raras».

—Una tarde, volvía con las manos vacías y estaba furioso ¡porque se me habían escapado dos liebres seguidas!

—¿Por qué? —dijo Paul con la boca abierta y los ojos como platos.

—¡No tengo ni la menor idea! El hecho es que estaba avergonzado y desanimado... Pero al salir de la arboleda de Taps, entro en la viña de Brouqueyrol y ¿qué veo?

—Sí, ¿qué veo? —dijo Paul con aire angustiado.

Exclamé:

—¡Una bartavela!

—No —dijo mi tío—. No volaba y era mucho más grande. ¿Qué veo?, decía. ¡Un tejón! ¡Un tejón enorme que ya había destrozado toda una hilera de uvas de mesa! Encaro, tiro...

Era siempre lo mismo y no obstante siempre nuevo.

El tío disparaba y luego, por precaución, «doblab» y el animal fulminado se añadía a la lista interminable de las víctimas.

Mi padre escuchaba aquellos relatos gloriosos, pero no decía nada: dócilmente, como un aprendiz, deshollinaba el cañón de su escopeta con un cepillo redondo fijado al extremo de una larga varilla, mientras que yo pulía melancólicamente el gatillo y el guardamonte.

A mediodía, las armas ya estaban ensambladas, engrasadas, abrillantadas, y el tío Jules declaró:

—Las probaremos esta tarde.



El folletín de sus hazañas continuó durante toda la comida y se extendió hasta los Pirineos con el relato de una caza de rebecos.

—Agarro el catalejo y ¿qué veo?

Paul se olvidaba de comer, de tal modo que mi madre y mi tía —tras la muerte de los dos rebecos— rogaron al narrador que terminase ahí su epopeya, cosa que pareció halagarlo mucho.

Aproveché aquella pausa para introducir hábilmente un asunto personal.

Desde el comienzo de los preparativos, nunca había dudado de que me permitirían seguir a los cazadores. Pero ni mi padre ni mi tío lo habían dicho expresamente y yo nunca me había atrevido a preguntarlo, por miedo a una negativa categórica: por eso di un rodeo.

—¿Y el perro? —dije—. ¿Os hará falta un perro?

—Sería bueno tener uno—dijo el tío—. Pero ¿de dónde vamos a sacar un perro entrenado?

—¿No los venden?

—Sí —dijo mi padre—. ¡Pero valen por lo menos cincuenta francos!

—¡Qué disparate! —exclamó mi madre.

—¡De eso nada! —dijo el tío—. ¡Y si un buen perro solo valiera cincuenta francos, ni lo dudaría! Pero a ese precio no se consigue más que un bastardo cualquiera, que perderá la pista de una liebre para llevarte a una ratonera. Un perro entrenado vale unos ochenta francos, y puede llegar a los quinientos.

—Y además —dijo mi tía— ¿qué íbamos a hacer con él después de la caza?

—Después de la caza, habría que revenderlo a mitad de precio. Y, de hecho —añadió el tío—, es muy peligroso tener un perro en la casa de un bebé.

—Es verdad —dijo Paul—. ¡Se podría comer al primito!

—No lo creo. Pero podría contagiarle enfermedades sin querer.

—¡Anginas! —dijo Paul—. Yo sé lo que es. Pero a mí no fue un perro, ¡fue la corriente!

No insistí: no habría perro. Entonces, era que contaban conmigo para encontrar las presas abatidas. No lo habían dicho, pero evidentemente se sobreentendía: no era necesario obtener una promesa solemne, sobre todo delante de Paul, que había expresado su intención de seguir la caza «de lejos» con algodón en los oídos; pretensión insostenible que habría podido perjudicar gravemente a la mía.

Así pues, callé prudentemente.

Después de la comida, los mayores se echaron la siesta. Aprovechamos aquel intervalo para poner timones a las cigarras; es decir, que en el trasero de las pobres cantantes, mudas de pronto, plantábamos el rabo de una hoja de almendro y luego yo las lanzaba por los aires. Volaban entonces al azar y sus circuitos extravagantes nos daban mucha risa.

Sobre las tres, mi padre nos llamó.

—¡Venid aquí! —gritó—. ¡Y quedaos detrás de nosotros! ¡Vamos a probar las escopetas!

El tío Jules había atado firmemente el arcabuz a dos gruesas ramas paralelas y desenrollaba un largo cordel, uno de cuyos extremos manejaba el gatillo. A diez pasos de la escopeta, se detuvo.

Mi madre y mi tía, que habían venido corriendo, nos obligaron a retroceder más todavía.

—¡Cuidado! —dijo el tío—. ¡He puesto triple carga y voy a disparar dos veces seguidas! ¡Si la escopeta explota, va a volar la metralla!

Toda la familia se cobijó detrás de los troncos de olivo y cada cual aventuraba un ojo.

Solo los hombres quedaron al descubierto, heroicos.

El tío tiró del cordel: una potente detonación sacudió el aire y mi padre corrió hacia el arma amarrada.

—¡Ha aguantado! —gritó. Y cortaba alegremente las ataduras.

El tío abrió el cerrojo y la examinó muy de cerca.

—¡Perfecto! —declaró al fin—. ¡Ni grietas, ni dilatación! Augustine, ahora sí respondo de la seguridad de Joseph: ¡esta escopeta es tan resistente como una pieza de artillería!

Y según las mujeres se alejaban, tranquilizadas, dijo a mi padre en voz baja:

—Bueno, tampoco hay que exagerar. Puedo evidentemente afirmar que antes de esta prueba el arma *estaba* perfecta. Pero a veces sucede que la propia prueba compromete la solidez del cañón... Es un riesgo que hay que aceptar. Ahora vamos a comprobar la agrupación de los plomos.

Sacó un periódico del bolsillo, lo desplegó y se dirigió a zancadas hacia el retrete, al extremo del sendero de iris.

—¿Tiene diarrea? —dijo Paul.

Pero el tío Jules no entró en la caseta: clavó en la puerta, con cuatro chinchetas,

el periódico desplegado y volvió dando zancadas junto a mi padre.

Cargó su escopeta con un solo cartucho.

—¡Cuidado! —dijo.

Encaró, apuntó un segundo y disparó.

Paul, que se había tapado los oídos, huyó hacia la casa.

Los dos cazadores se acercaron al periódico: estaba cubierto de agujeros, como un colador.

El tío Jules lo examinó largamente y pareció satisfecho.

—Están bien agrupados. He tirado con estrangulador. A treinta metros, perfecto.

Sacó otro periódico del bolsillo y mientras lo desplegaba, dijo:

—¡Tu turno, Joseph!

Mientras él colocaba la nueva diana en su sitio, mi padre cargó su escopeta. Mi madre y mi tía, atraídas por la primera detonación, habían vuelto a la terraza. Paul, medio escondido tras el tronco de una higuera, miraba con un ojo y con el dedo índice metido en la oreja.

El tío se retiró al trote y dijo:

—¡Adelante!

Mi padre apuntó.

Yo temblaba de miedo a que no diera a la puerta: habría significado la humillación definitiva y la obligación, a mi parecer, de renunciar a la caza.

Disparó. La detonación fue aterradora y su hombro vibró violentamente. No pareció afectado ni sorprendido y avanzó hacia la diana con paso tranquilo; yo lo adelanté.

El disparo había dado en el centro de la puerta, porque los plomos rodeaban el periódico por los cuatro costados. Sentí un orgullo triunfal y esperaba que el tío Jules expresase su admiración.

Se acercó, examinó la diana, se volvió y dijo simplemente:

—¡Eso no es una escopeta, es una regadera!

—¡Le ha dado justo en el medio! —dije con énfasis.

—¡No ha tirado mal! —dijo él con condescendencia—. Pero una perdiz que alza el vuelo no tiene nada en común con la puerta de un retrete. Ahora vamos a probar los plomos de cuatro, cinco y siete.

Hicieron otros tres disparos cada uno, siempre seguidos por exámenes y comentarios del tío.

Al fin, exclamó:

—Para los dos últimos, vamos a disparar postas. Agarra bien la culata, Joseph, porque he puesto una carga y media de pólvora. ¡Y las señoras que se tapen los oídos, porque van a oír truenos!

Dispararon a la vez; el estruendo fue ensordecedor y la puerta vibró violentamente.

Se acercaron los dos, sonrientes y satisfechos de sí mismos.

—Tío —pregunté—, ¿eso habría matado a un jabalí?

—Desde luego —exclamó—, siempre y cuando le diera...

—¡En el hueco del hombro izquierdo!

—¡Exactamente!

Arrancó los periódicos superpuestos y vi, profundamente incrustadas en la madera, unas veinte canicas de plomo.

—Es madera dura —dijo—. No la han atravesado. Si hubiéramos tenido balas...

Afortunadamente no las tenían, porque a través de la puerta masacrada oímos una voz débil. Decía, insegura:

—¿Puedo salir ya?

Era la «criada».

La fecha de la apertura se aproximaba y en casa ya solo se hablaba de caza.

Tras la larga serie de relatos épicos, el tío había llegado a las explicaciones y demostraciones técnicas. A las cuatro, después de la siesta, decía:

—Joseph, voy a descomponerte el «tiro del rey», que es también el rey de los tiros. Primero, escúchame bien... Te escondes detrás de un seto y tu perro describe un círculo alrededor de la viña. Si conoce su oficio, los perdigones irán derechos hacia ti. Entonces, das un paso atrás, pero no encaras todavía, porque las presas verían tu escopeta y tendrían tiempo de tomar la tangente. En cuanto las aves aparecen en mi campo visual, encaro, apunto. Pero en el momento de tirar, de un golpe seco, levantas el extremo del cañón unos diez centímetros mientras aprietas el gatillo y bajas la cabeza, encorvando la espalda.

—¿Por qué? —dijo mi padre.

—Porque si el tiro está bien ajustado, te va a caer en la cabeza un ave de un kilo a sesenta por hora. Ahora pasemos a la práctica. Marcel, ve a buscarme la escopeta.

Yo corría al comedor y volvía a paso lento, llevando con respeto aquella valiosa arma.

El tío siempre abría el cerrojo, para ver si la escopeta no estaba cargada.

Entonces iba a apostarse detrás del seto del jardín. Mi padre, Paul y yo formábamos un semicírculo a su alrededor. El tío, con el ceño fruncido, el oído alerta, la espalda encorvada, trataba de ver a través de las hojas no aquel pobre camino pedregoso, sino las viñas doradas del Rosellón. De pronto, lanzaba dos ladridos breves y agudos. Luego, soplando potentemente entre los labios blandos, imitaba el vuelo vibrante de una bandada de perdigones. Entonces daba el paso atrás y miraba intensamente al cielo, a ras del seto. Después encaraba vivamente, daba el golpecito seco y gritaba: «¡Pum, pum!». Con lo cual los cuatro encogíamos el cuello contrayendo los hombros y nos quedábamos inmóviles, con los ojos cerrados, dispuestos a soportar el golpe de un «ave de un

kilo a sesenta por hora».

El tío nos liberaba diciendo: «¡Paf, paf!», porque dos perdices habían caído detrás de nosotros. Las buscaba un instante con la mirada e iba a recogerlas una tras otra, pues en aquellas demostraciones solo hacía «dobletes». Finalmente, silbando a su perro, volvía a sentarse a la sombra, con el paso lento del cazador cansado. Mi padre, pensativo, decía:

—No parece fácil.

—¡Oh! ¡Hace falta práctica! Reconozco que nunca he oído decir que un principiante lo haya conseguido a la primera... Pero si tienes aptitudes, cosa que no sé todavía, es muy posible que el año que viene... ¡Inténtalo ahora mismo!

Y mi padre, dócil, cogía la escopeta y repetía fielmente la pantomima del tío Jules.

A veces, por la mañana, me llevaba con él al camino del valle de Rapon, que estaba bordeado por un seto de arbustos. Y allí ensayábamos a escondidas el «tiro del rey»: yo hacía de perdiz y, en el momento de echar a volar, lanzaba con todas mis fuerzas una piedra por encima del seto y mi padre trataba de seguirla, con el extremo de su fusil bruscamente encarado...

Después, para el tiro a los conejos, lanzaba por la hierba, sin avisar, una vieja bola mohosa, resto de un juego de bolos desaparecido que había encontrado en el jardín.

Otras veces me mandaba a esconderme en un arbusto y me ordenaba cerrar los ojos. Allí esperaba yo, oído avizor y atento al menor crujido. De pronto, posaba la mano en mi hombro y decía:

—¿Me has oído llegar?

Así pues, mi padre preparaba la apertura con tan minuciosa y humilde aplicación que, por primera vez en mi vida, dudé de su omnipotencia y mi inquietud no hacía más que aumentar.

Por fin amaneció la víspera del gran día.

Primero se probaron su ropa de caza. Papá había comprado una gorra azul que me pareció muy elegante, polainas de cuero marrón y zapatos altos con suela de esparto. El tío llevaba una boina vasca, botas acordonadas por delante y una chaqueta muy especial, de la que debo hablar porque era una prenda extraordinaria.

Nada más verla, mi madre declaró:

—Eso no es una chaqueta, ¡son treinta bolsillos cosidos juntos!

Tenía hasta en la espalda. Me di cuenta más tarde de que aquella abundancia tenía sus defectos.

Cuando el tío buscaba algo en los bolsillos, primero palpaba la tela, después el forro, luego los dos a la vez, para detectar el objeto. Lo más difícil era descubrir por qué vía era posible llegar hasta él.

Así fue como un pequeño mirlo, olvidado en aquel laberinto, indicó su presencia, quince días después, mediante un olor espantoso. Fue fácilmente localizado gracias al olfato de la tía Rose y a la vista de un triste pico amarillo que había atravesado el forro. El tío exploró las aberturas de diversos bolsillos, lo que le permitió descubrir una oreja de conejo, papilla de caracol y un palillo viejo que se le clavó bajo la uña del índice... Pero para la extracción del cadáver hubo que recurrir a las tijeras.

Sin embargo, el día de la prueba, la chaqueta causó un gran efecto y pareció prometer una abundancia de presas.

La ceremonia ante el espejo fue bastante larga y los cazadores parecían disfrutarla. Pero sus mujeres los desvistieron cuando aún se estaban mirando y se llevaron su ropa para asegurar los botones.

Las escopetas, una vez más, fueron lustradas y engrasadas, y tuve el honor de meter los cartuchos en los cinturones plisados de cuero.

Después estudiaron el mapa de Estado Mayor, lupa en mano.

—Subiremos por detrás de la casa —dijo el tío— hasta Redouneou, que está aquí —pinchó en el mapa un alfiler de cabeza negra—; hasta llegar allí no veremos gran cosa, quizás tordos o mirlos...

—Eso ya sería muy interesante —dijo mi padre.

—¡Pequeñeces! —dijo el tío—. Nuestra presa, no nos hagamos ilusiones, no es la bartavela, evidentemente, pero sí por lo menos la perdiz, el conejo y la liebre. Creo que los encontraremos en los Escaouprès, al menos eso me ha dicho Mond de las Mariposas. Entonces, en Redouneou, bajamos a los Escaouprès: los subiremos hasta el pie del Taoumé, que rodearemos a la derecha para llegar al Pozo de la Morera. Allí comeremos, sobre las doce y media. Luego...

Pero no oí nada más, porque estaba pensando en mi plan.

Ya era indispensable hacer la pregunta claramente y obtener la confirmación de mis certezas, certezas en realidad algo quebrantadas por la pasividad del entorno.

No se había hablado de mi traje... Sin duda pensaban que el que ya tenía era suficiente para un perro de caza...

Una mañana, le había dicho a la criada que esperaba con impaciencia la apertura. Aquel ser se había echado a reír y me había respondido:

—¡No vayas a imaginarte que te llevarán con ellos!

Observación absurda de una idiota, a la que lamentaba haber dirigido la palabra. Lo que más me preocupaba era que me parecía sentir cierta incomodidad en mi padre, y el hecho de que hubiera dicho varias veces a la mesa —sin motivo alguno— que el sueño era indispensable para los niños, para todos los niños sin excepción, y que era peligroso despertarlos a las cuatro de la mañana. El tío había abundado en su opinión e incluso había citado ejemplos de niños que se habían vuelto raquíuticos o tuberculosos porque los levantaban demasiado pronto todos los días.

Yo pensé que esos discursos se dirigían a Paul, a fin de prepararlo para su expulsión de la caza. Pero me quedó una desagradable impresión y como una pequeña duda molesta. Agarré el toro por los cuernos.

Primero hacía falta alejar a Paul.

Estaba precisamente ante la puerta, muy ocupado rascando el vientre de una cigarra que cantaba de placer, o quizás gritase de dolor.

Le tendí el cazamariposas y le revelé que, al fondo del jardín, acababa de ver un pájaro mosca herido que le sería fácil capturar. La noticia lo emocionó muchísimo. Soltó a la cigarra y dijo:



—¡Vamos corriendo!

Le respondí que me era imposible acompañarlo, porque me obligaban a bañarme, con jabón.

Pensaba despertar su compasión y al mismo tiempo el temor a que le infligiesen el mismo tratamiento. Lo conseguí plenamente porque, atraído por el pájaro y ahuyentado por el baño, me arrancó el cazamariposas de las manos y desapareció bajo las retamas.

Entré en la casa en el momento en que el tío Jules plegaba el mapa diciendo:

—Doce kilómetros por las colinas no son demasiados, pero sí que es una buena caminata.

Dije con valentía:

—Yo llevaré la comida.

—¿Qué comida? —dijo el tío.

—La nuestra. Cogeré dos bandoleras y llevaré la comida.

—¿Pero adónde? —dijo mi padre.

Aquella pregunta me cortó el aliento, porque vi que fingía no comprender.

Me lancé desesperadamente y hablé a toda velocidad, sin apenas tomarme el tiempo de respirar.

—A cazar —dije—. Yo no tengo escopeta, es natural que lleve la comida. A vosotros podría estorbaros. Y además, si la metéis en el morral, no quedará sitio para guardar las presas. Y además yo, cuando camino, no hago ruido. He estudiado mucho a los pieles rojas, sé andar como un comanche. Ya veis que atrapo cigarras cuando quiero. Y además tengo muy buena vista y el otro día fui yo quien os enseñó el gavilán y a vosotros os llevó un rato verlo. Y además no tenéis perro y las perdices cuando las matéis no podréis encontrarlas, mientras que yo soy pequeño, me meto por la maleza... Y así, mientras yo las busco, podréis matar más. Y además...

—Ven aquí —dijo mi padre.

Posó su gran mano en mi hombro y me miró a los ojos.

—Ya has oído lo que ha dicho el tío Jules: ¡doce kilómetros por las colinas! ¡Tienes las patas muy cortas para caminar tanto!

—Son cortas pero son duras —dije—. Toca, son como madera.

Me palpó las pantorrillas:

—Es verdad que tienes buenos músculos...

—Y además yo soy ligero. ¡No tengo el trasero tan gordo como el tío Jules, así

que nunca me canso!

—¡Oh, oh! —dijo el tío Jules, encantado de desviar la conversación—. ¡No me gusta nada que critiquen mi trasero!

Pero yo no aceptaba el debate y seguí:

—¡Los saltamontes no son grandes y sin embargo saltan más que tú! Y además, cuando el tío Jules tenía siete años, su padre siempre lo llevaba a cazar. Y yo ahora tengo ocho años y medio pasados. Y eso que ha dicho que su padre era severo. Así que es una injusticia... ¡Y además, si no me queréis me voy a poner enfermo y ya estoy un poco mareado!

Dicho esto, corrí hasta la pared y, apoyando la frente en mi brazo, me eché a llorar ruidosamente.

Mi padre no sabía qué decir y me acariciaba el pelo.

Mi madre entró y, sin decir palabra, me sentó en su regazo. Yo estaba totalmente desesperado. En primer lugar porque aquella apertura me parecía una gran marcha hacia la aventura, hacia las altas garrigas desconocidas que llevaba tanto tiempo contemplando. Y, sobre todo, quería ayudar a mi padre en su trance: me metería por la maleza y le ojearía las presas. Si fallaba al tirar a un perdigón, yo diría: «¡Lo he visto caer!», y llevaría triunfalmente algunas plumas que habría recogido en el gallinero, para darle confianza. Pero eso no podía decirlo y mi amor despechado me rompía el corazón.

—¡Es que también —dijo mi madre con tono de reproche— le habéis hablado demasiado del tema!

—Sería peligroso —dijo mi padre—, sobre todo el día de la apertura. Habrá más cazadores en la colina... Es pequeño y, entre la maleza, podrían tomarlo por una presa.

—¡Pero yo veré a los cazadores! —grité entre dos sollozos—. ¡Y entonces, si les hablo, entenderán que no soy un conejo!

—Bueno, te prometo que vendrás con nosotros dentro de dos o tres días, cuando yo esté más entrenado y no vayamos tan lejos.

—¡No! ¡No! ¡Quiero ir a la apertura!

Entonces el tío Jules se mostró espléndido y generoso.

—Igual me meto donde no me llaman —dijo—. Pero, en mi opinión, Marcel se ha ganado venir a la apertura con nosotros. Hala, no llores más. Nos llevará la comida, como ha propuesto, y nos seguirá tranquilamente, diez pasos por detrás de las escopetas.

Se volvió hacia mi padre.

—¿Estás de acuerdo, Joseph?

—Si tú estás de acuerdo, yo también.

La gratitud, que me hacía verter más lágrimas, me sofocó. Mi madre me acarició suavemente la cabeza y besó mis mejillas mojadas. Entonces, salté sobre mi tío, lo escalé y estreché su gran cabeza contra mi corazón palpitante.

—¡Cálmate, cálmate! —decía mi padre.

Tras dos grandes besos bien plantados, bajé de un salto: besé la mano de mi padre y, alzando los brazos al cielo, ejecuté una danza salvaje terminada por un brinco que me dejó sobre la mesa, desde donde repartí mil besos a los asistentes.

—Lo único —dije después— es que no habrá que decirle nada a Paul, porque es demasiado pequeño. No podría andar hasta tan lejos.

—Eh, eh —dijo mi padre—, ¿vas a mentirle a tu hermano?

—No mentiré, pero no le diré nada.

—Pero ¿si te lo pregunta? —dijo mi madre.

—Le mentiré, porque es por su bien.

—¡Tiene razón! —dijo mi tío.

Y, mirándome a los ojos, añadió:

—Acabas de decir algo importante, trata de no olvidarlo: *se puede mentir a los niños cuando es por su bien.*

Repitió:

—No lo olvides.

Pero llegaba Paul, afligido por no haber encontrado el pájaro herido, y la conversación se detuvo bruscamente.

Durante la cena, mi alegría era tan grande que no conseguía comer, pese a los comentarios de mi madre. Pero ya que el tío había hablado del apetito de los cazadores como de un rasgo característico de esa raza, devoré mi costilla y pedí repetir patatas.

—¿Qué te pasa? —dijo mi padre.

—¡Estoy cogiendo fuerzas para mañana!

—¿Qué piensas hacer mañana? —preguntó el tío en tono de afectuosa curiosidad.

—Pues la apertura —dije.

—¿La apertura? ¡Pero si no es mañana! —exclamó—. ¡Mañana es domingo! ¿Crees que está permitido matar a los animales del buen Dios en el día del Señor? ¿Y entonces la misa? ¡Es verdad —añadió— que sois una familia de impíos! ¡Por eso este niño tiene la idea descabellada de que se puede levantar la veda en domingo!

Quedé consternado.

—Pero entonces, ¿cuándo es?

—El lunes..., pasado mañana.

Era una noticia desoladora porque aquel día de espera iba a ser un larguísimo martirio. ¿Qué podía hacer? Me resigné de muy mala gana, pero sin decir nada. Después, como el tío Jules anunció que se moría de sueño, todo el mundo fue a acostarse.

Cuando mi madre hubo arropado al pequeño Paul, vino a darme el beso de buenas noches y me dijo:

—Mañana os terminaré los nuevos trajes de indios, mientras tú fabricas las flechas. Y, para comer, habrá tarta de albaricoques con nata montada.

Comprendí que me prometía aquel festín para atenuar mi decepción y le besé las manos con ternura.

Pero, en cuanto hubo salido, el pequeño Paul habló. Yo no lo veía porque mamá había apagado la llama de la vela. Su vocecita era tranquila y fría.

—Yo ya lo sabía que no te iban a llevar a la apertura. ¡Estaba seguro!

Respondí hipócritamente:

—Nunca he pedido que me llevaran. La apertura no es para los niños.

—Eres un mentiroso. Yo en seguida vi que el pájaro mosca no era verdad. Entonces volví muy rápido y me quedé debajo de la ventana y oí todo lo que dijisteis, ¡y todo lo que lloraste! Y también que prometiste que había que decirme mentiras. Pero a mí no me importa ir a cazar. Los disparos de verdad me dan mucho miedo. Pero igual eres un mentiroso y el tío Jules miente mejor que tú.

—¿Por qué?

—Porque es mañana. Lo sé yo. Mamá ha hecho la tortilla de tomates esta tarde y la ha metido en los morrales con un salchichón grande y unas costillas crudas, y pan, y la botella de vino. Yo lo he visto todo. Y los morrales están escondidos en el armario de la cocina, para que no los veas. Se van a ir muy temprano y tú te quedarás con un palmo de narices.

Aquella revelación era abrumadora. Pero me negué a creerla.

—Entonces, ¿te atreves a decir que el tío Jules ha dicho mentiras? Yo lo he visto vestido de sargento, al tío Jules. Y tiene una medalla, el tío Jules.

—Pues yo te digo que van mañana. Y además no me hables, que tengo sueño.

La vocecita calló y me quedé, con los ojos abiertos, sumido en la duda y la oscuridad.

¿Se puede mentir cuando uno es sargento? Desde luego que no. Prueba de ello: el sargento Bobillot.<sup>2</sup>

Pero recordé de pronto que el tío Jules nunca había sido sargento y que acababa de inventármelo en mi desesperación. Además, estaba su pasado, la terrible historia del parque Borély...

Cuando descubrí su impostura, ¿qué había hecho él? Se había echado a reír,

sencillamente, y sin la menor vergüenza.

Sin embargo, yo buscaba excusas para aquella mentira ya antigua, para disminuir su valor probatorio, cuando un recuerdo terrible cruzó mi mente.

Aquella misma tarde, cuando hice la tontería de decir que le iba a mentir a Paul porque era por su bien, el tío Jules había cogido la ocasión al vuelo. Me había aprobado con énfasis, para justificar por adelantado su criminal comedia.

Aquella traición me dejó desesperado. ¡Y mi padre, que no había dicho nada! Mi padre, que era cómplice de un complot contra su hijo... Y mamá, mi querida mamá, que había pensado en el consuelo de la nata montada... Me conmovió de pronto mi triste destino y me puse a llorar en silencio; a lo lejos, la flauta de plata de la lechuza aumentaba mi desesperación.

Después tuve una duda: Paul era a veces diabólico, ¿no habría inventado esa historia para vengarse por lo del pájaro?

Toda la casa parecía dormir: me levanté sin hacer ruido y tardé más de un minuto en abrir el pasador... Bajo las puertas de las otras habitaciones no vi la raya de luz. Bajé descalzo: no crujó ningún peldaño. En la cocina, la luz de la luna me permitió encontrar las cerillas y una vela. Entonces, ante la puerta del armario fatídico, vacilé un momento. Detrás de aquella placa de madera muerta iba a descubrir la perversidad del tío Jules, o la perfidia de Paul; sería, en cualquier caso, una catástrofe sentimental...

Giré lentamente la llave... Tiré... La hoja vino hacia mí... Entré en el amplio armario, alcé la vela: allí estaban, los dos grandes morrales de cuero rojizo, con sus bolsillos de red... Estaban llenos a reventar y, a cada lado, sobresalía el cuello de una botella... En el estante, al lado de los morrales, las dos cartucheras que yo mismo había llenado. ¡Menuda fiesta se preparaba! Me sublevó una indignación tremenda y tomé una decisión salvaje: ¡iría con ellos, a pesar de ellos!

Volví a mi habitación con la ligereza de un gato y preparé mi plan.

En primer lugar, debía permanecer despierto. Si me dormía, estaba perdido. Nunca en mi vida había podido despertarme a las cuatro de la mañana. Así que no dormir.

En segundo lugar, preparar mi ropa, que según mi costumbre había dejado tirada por todas partes... A cuatro patas, en la oscuridad, recogí mis calcetines y los metí en las alpargatas.

Tras una larga búsqueda, encontré mi camisa bajo la cama de Paul. La puse al derecho, igual que mi calzón: luego los coloqué a los pies de mi cama. Entonces

volví a acostarme, muy orgulloso de haber tomado esa resolución, y abrí los ojos con todas mis fuerzas.

Paul dormía apaciblemente. Dos lechuzas se respondían a intervalos regulares. Una no estaba lejos de mi ventana, sin duda en el gran almendro. La voz de la otra, algo menos grave, pero a mi parecer más bonita, subía del valle. Pensé que era la mujer que respondía a su marido.

Un fino rayo de luna pasaba por el hueco del postigo y hacía brillar el vaso en mi mesilla de noche. El hueco era redondo, el rayo era plano. Me prometí preguntarle a mi padre la explicación de aquel fenómeno.

De pronto, en el desván, los lirones empezaron una zarabanda que acabó en pelea, con saltos y gritos agudos. Luego se hizo el silencio y oí, a través del tabique, el ronquido del tío Jules, el ronquido apacible y regular de un hombre honrado, o de un criminal curtido. «En mi opinión, Marcel se ha ganado venir a la apertura con nosotros». Ciervo Ágil tenía razón: ¡los rostros pálidos tienen la lengua doble!

¡Y había tenido la audacia de mentir por mi bien! ¿Era hacerme bien hundirme en la desesperación? ¡Y yo que lo había abrazado con tanto cariño! Le juré, solemnemente, un rencor eterno.

Luego pensé en la muda traición de mi padre: me prometí, no obstante, guardar silencio sobre aquel lamentable episodio y apreté el paso por un sendero bordeado de maleza sin espinas, que acariciaba mis pantorrillas desnudas. Llevaba una escopeta larga como una caña de pescar, que relucía al sol. Mi perro —un spaniel blanco y fuego— me precedía, olfateando el suelo, y de vez en cuando soltaba un ladrido quejumbroso muy similar al grito de la lechuza; otro perro, de lejos, le respondía. De pronto, un ave enorme alzó el vuelo: ¡tenía pico de cigüeña, pero era una bartavela! Vino derecha hacia mí, con vuelo rápido y poderoso: ¡el « tiro del rey »! Di el paso atrás, apunté, di el golpecito seco y ¡pum! En una nube de plumas, la bartavela cayó a mis pies. No tuve tiempo de recogerla porque otra ave venía derecha hacia mí: diez, veinte veces logré el « tiro del rey », para gran estupor del tío Jules, que acababa de salir de un matorral con una horrible cara de mentiroso. Aun con todo, le ofrecí nata montada y le dejé todas mis bartavelas, diciéndole:

—Se puede mentir a los mayores cuando es por su Bien.

Tras lo cual, me tumbé bajo un árbol y me estaba durmiendo cuando mi perro vino a hablarme al oído. Dijo en un susurro:

—¿No los oyes? ¡Se van sin ti!

Me desperté definitivamente. Paul estaba junto a mi cama y me tiraba suavemente del pelo.

—Los he oído —dijo—. Han pasado por delante de la puerta. Han escuchado. He visto la luz por el hueco de la cerradura. Después han bajado de puntillas.

Un grifo corría en la cocina. Di un beso a Paul y me vestí en silencio. La luna se había puesto, era noche cerrada. A tientas, encontré mi ropa.

—¿Qué haces? —dijo Paul.

—Me voy con ellos.

—Pero no quieren.

—Voy a seguirlos de lejos, como los indios, toda la mañana... A mediodía han dicho que iban a comer cerca de un pozo. Entonces, en ese momento, me dejaré ver y, si quieren mandarme de vuelta, diré que voy a perderme y entonces no se atreverán.

—Igual te llevas un bofetón.

—Me da igual. Ya me he llevado unos cuantos, y a veces sin motivo...

—Si te escondes en la maleza, lo mismo el tío Jules te confunde con un jabalí y te mata. ¡Le estaría bien empleado, pero, claro, tú te morirías!

—No te preocupes por mí.

Gracias a un discreto préstamo de Fenimore Cooper, añadí:

—¡Aún no se ha fundido la bala que ha de matarme!

—Y a mamá, ¿qué hay que decirle?

—¿Está abajo con ellos?

—No lo sé... No la he oído.

—Le dejaré una nota en la mesa de la cocina.

Con grandes precauciones, abrí la ventana sin tocar los postigos exteriores. Me subí al poyete y pegué el ojo en el agujero de la luna.

El día despuntaba; la cima del Taoumé, por encima de las mesetas aún oscuras, estaba azul y rosa. En todo caso, veía claramente el camino de las colinas: no se me iban a escapar.

Esperé. El grifo ya no corría.

—¿Y si te encuentras un oso? —susurró Paul.

—Nunca se han visto osos en la región.

—Igual se esconden. Ten mucho cuidado. Coge el cuchillo puntiagudo del cajón de la cocina.



—Buena idea, lo cogeré.

En el silencio, oímos pasos de suelas claveteadas. Luego se abrió la puerta y se volvió a cerrar.

Corrí al momento a la ventana y entreabrí muy levemente los postigos. Los pasos daban la vuelta a la casa: los dos traidores aparecieron y empezaron a subir hacia la linde de los pinares. Papá se había puesto la gorra y las polainas de cuero. El tío Jules, la boina vasca y las botas de cordones. Estaban guapos, pese a su mala conciencia, y caminaban a buen paso, como si huyeran.

Besé a Paul, que volvió a acostarse, y bajé. Rápidamente volví a encender la vela, arranqué una página de mi cuaderno.

Mi querida mamá. Al final me han llevado con ellos. No te hagas mala sangre.

Guárdame nata montada. Te mando dos mil besos.

Puse el papel bien a la vista en la mesa de la cocina. Después metí en mi bandolera un trozo de pan, dos barritas de chocolate, una naranja. Al fin, apretando el mango del cuchillo puntiagudo, me lancé tras la pista de los fusileros.

<sup>2</sup> Jules Bobillot (1860-1985) fue un sargento que combatió en la guerra franco-china. Tras morir como consecuencia de las heridas sufridas durante el asedio de Tuyeng Quang, fue convertido en un icono patriótico por el gobierno de la Tercera República.

Ya no los veía, y no oía nada. Pero, para un comanche, encontrarlos sería un juego de niños.

Subí la cuesta corriendo tan rápido como pude, hasta la linde del pinar. Me detuve, escuché: me pareció percibir, más arriba, un ruido de pasos sobre las piedras. Reemprendí el camino, rozando los matorrales. Llegué al final del primer pinar, al borde de una meseta: antiguamente, se habían cultivado viñas allí. Zumaques, romeros, enebros las habían remplazado. Pero aquella vegetación no era muy alta y vi a lo lejos la gorra y la boina. Aún llevaban la escopeta al hombro y seguían caminando a buen paso. Cerca de un gran pino se detuvieron: la boina bajó por el flanco del collado, hacia la izquierda, mientras que la gorra continuaba todo recto. Pero subía y bajaba, como una gorra que camina paso a paso, de puntillas. Comprendí que había empezado la caza... Mi corazón se aceleró... Retuve el aliento y esperé.

Una potente detonación estalló de pronto y reverberó largo rato, saltando de un eco a otro, contra los riscos del valle... Corrí hasta el pino más cercano y me subí espantado. Me senté a horcajadas en una rama grande, temiendo la aparición de un jabalí herido, el mismo que había esparcido en diez metros las entrañas del cazador furtivo manco.

Como no aparecía nada, temí entonces que estuviera destripando a mi padre y rogué a Dios —si es que existía— que mejor lo dirigiese hacia mi tío, que creía en el paraíso y, por consiguiente, moriría de mejor gana.

Pero la boina apareció a mi izquierda, por encima de un enebro: sostenía en alto un pájaro negro del tamaño de un pichón y gritaba:

—¡Es un mirlo bien hermoso!

La gorra, surgiendo de un bosque de retamas, corrió hacia él. Parecieron concertarse y de nuevo se separaron.

Me deslicé hasta el suelo y me consulté a mí mismo. ¿Debía bajar tras ellos al fondo del valle? La altura de la maleza me impediría ver la caza y, por otra parte

—como había dicho mi padre—, me exponía a recibir un disparo por error.

Mientras que si continuaba siguiendo la cresta, hasta el borde de los riscos, pero por detrás de los terebintos, podría verlo todo sin ser visto. Además, en caso de que hirieran a un jabalí, yo estaría fuera de su alcance e incluso podría rematar al monstruo echándole encima bloques de roca. De modo que eché a correr a través de las coscojas, que me arañaban las pantorrillas, los enebros y los juníperos... Primero di un gran rodeo por la meseta, luego me metí entre los matorrales y llegué al borde del risco.

Estaban al fondo de un amplio valle de rocas azules. En medio, el cauce —seco— de un arroyo de lluvia. Pocos árboles, pero sí matorrales de tojos que les llegaban a la cintura.

De mi lado, mi padre caminaba a media pendiente. Llevaba el fusil apuntando hacia delante, con la culata bajo el codo, la mano derecha en el gatillo, la mano izquierda bajo el guardamonte. Avanzaba con pasos prudentes, la espalda encorvada, pasando por encima de la maleza.

Tenía un aspecto magnífico (magnífico y peligroso) y me sentí muy orgulloso de él. En la ladera de enfrente, el tío seguía un camino paralelo. De vez en cuando paraba, recogía una piedra, la lanzaba al fondo del valle y esperaba unos segundos: los veía mucho mejor que si hubiera estado con ellos.

A la tercera piedra, un pájaro grande surgió de los matorrales y voló como una flecha para huir de los cazadores. Con una rapidez maravillosa, el tío encaró, apuntó, disparó: el pájaro cayó como una piedra, seguido por algunas plumas que descendieron lentamente al sol.

Mi padre, a la carrera y saltando por encima de los espinos, fue a recoger la presa y se la enseñó de lejos al tío que gritó:

—¡Es una becada! Métela en el morral y vuelve a tu puesto, a veinte metros del acantilado.

Esa destreza, esa sangre fría, ese dominio caldearon mi entusiasmo: el tío acababa de confirmar, a pleno sol, la exactitud de sus relatos de caza. Sentí que mi rencor se derretía, y también mi deseo de arrancarle la cabellera: un Buffalo Bill tiene plenos derechos, y yo inflé el pecho al pensar que era su sobrino.

Continuaron su marcha, pero, como habían sobrepasado mi observatorio, me retiré con precaución y, por la inmensa meseta de la garriga, describí otro semicírculo para adelantarlos a mi vez. El sol resplandecía a dos metros sobre el horizonte, y yo corría entre el olor de las lavandas matinales que iba aplastando a

mi paso.

Cuando me pareció que estaba más lejos que ellos, dirigí el paso hacia los riscos, pero de pronto vi correr ante mí a una especie de pollo dorado, que tenía unas manchas rojas en el nacimiento de la cola. La emoción me paralizó: ¡un perdigón! ¡Era un perdigón! Corría tan veloz como una rata y desapareció en un enebro inmenso. A ciegas, me lancé entre aquellas ramas sin espinas. Pero unas plumas rojas ya corrían al otro lado, pues el pollo no estaba solo: vi otros dos, luego cuatro, luego una decena... Viré entonces a la derecha, para obligarlos a huir hacia los riscos, y la maniobra tuvo éxito; pero no alzaron el vuelo, como si mi presencia desarmada no requiriese gran despliegue de medios. Entonces recogí unas piedras y las lancé ante mí: un ruido enorme, igual que el de un volquete de chapa que vierte un cargamento de piedras, me aterrorizó. Durante un segundo, esperé la aparición de un monstruo, hasta que entendí que era el vuelo de la bandada, que huyó hacia los riscos y se hundió en el valle.

Cuando llegaba al borde del risco, resonaron dos detonaciones casi simultáneas. Vi a mi padre, que acababa de disparar y seguía con la mirada el planeo de las hermosas perdices... Pero todas se deslizaban por el aire matinal, sin el menor estremecimiento...

Entonces, de un gran matojo de retamas, surgió la boina coronada por una escopeta. Disparó con calma: la primera perdiz dio un vuelco a la izquierda y cayó, descolgada del cielo. Las demás se desviaron a la derecha, la escopeta describió un cuarto de círculo y resonó el segundo disparo: otra perdiz pareció explotar y cayó casi en vertical. En voz baja, yo gritaba de alegría... Los dos cazadores, tras buscar un rato, recogieron a las víctimas, que estaban a unos cincuenta metros una de otra, y las blandieron con los brazos en alto. Mi padre gritaba:

—¡Bravo!

Pero mientras metía la perdiz en su morral, lo vi dar un saltito en el sitio y sacar febrilmente los casquillos vacíos de su escopeta: una hermosa liebre, que acababa de pasarle entre las piernas, no esperó el final de la operación y se metió en la maleza, con la cola levantada y las orejas tiesas... El tío Jules alzaba los brazos al cielo.

—¡Infeliz! ¡Había que rrecarrgar en seguida! ¡En cuanto has disparado, recarrgas!

Mi padre, consternado, abrió los brazos como un crucificado y «rrecarrgó con

tristeza».

Durante todo el asunto, yo estaba de pie al borde del risco, pero los cazadores, hipnotizados por las perdices, no me veían. Comprendí de pronto mi imprudencia y unos pasos atrás volví a ocultarme.

Estaba consternado por nuestro fracaso, que para mí tomó las proporciones de una catástrofe. Había fallado dos veces el «tiro del rey» y aquella liebre, para burlarse de él, lo había obligado a hacer un pequeño trenzado antes de enseñarle el trasero. Era penosamente cómico.

En seguida le busqué excusas: como estaba justo bajo el risco, no había tenido tiempo de ver llegar a los perdigones, mientras que el tío Jules pudo disparar como en el entrenamiento.

Por otra parte, aún no conocía bien su escopeta y el tío Jules había dicho que eso era lo más importante... Además, era su primera salida, su primera emoción de la caza, y por eso no había pensado en «recargar». Pero, a fin de cuentas, me vi obligado a reconocer que aquel episodio justificaba todos mis temores: decidí no mencionárselo nunca a nadie, sobre todo a él.

¿Qué iba a pasar ahora? ¿Lograría hacer un tiro honorable? Él, mi padre, maestro de escuela, examinador en el Certificado, que era tan diestro a la petanca y que a menudo jugaba a las damas contra el ilustre Raphaël<sup>10</sup> ante un círculo de expertos, ¿iba a volver *de vacío*, mientras que el tío Jules iría tapizado de perdices y liebres como el escaparate de una tienda? ¡No, no! De eso nada: ¡lo seguiría el día entero y le mandaría tantas aves y conejos y liebres que acabaría por matar alguno!

Había hecho aquellas reflexiones apoyado en un pino donde las pequeñas cigarras negras de las colinas, entre el perfume de la resina caliente, serraban juncos bien secos, y mordisqueaba nerviosamente una ramita de romero. Reemprendí el camino, pensativo, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha. Un disparo, amortiguado por la distancia, me sacó de mis reflexiones. Corrí hacia el borde del risco. Los cazadores ya estaban lejos: llegaban al extremo del valle, que desembocaba en un gran llano rocoso... Corrí para alcanzarlos, pero los vi girar a la derecha y desaparecer en un pinar, detrás de la base del Taoumé, que se alzaba entonces ante mí.

Decidí bajar al fondo del valle y seguir su rastro... Pero el risco bien tenía cien metros de altura y no veía ninguna chimenea. Pensé entonces en volver atrás para encontrar el camino que habían tomado cuando los dejé, pero llevábamos

andando más de una hora. Calculé que tardaría al menos veinte minutos en volver —a la carrera— hasta mi punto de partida. Luego tendría que subir todo el valle, donde me resultaría difícil correr a causa de las retamas espinosas que se elevaban por encima de mi cabeza; es decir, media hora larga. Y, durante todo ese tiempo, ¿dónde habrían ido? Me senté en una piedra, para reflexionar sobre la situación.

¿Tenía, simplemente, que volver a casa? En ese caso, sin la menor duda, perdería la estima de Paul y mi madre me consolaría con una ternura humillante. Con todo, me quedaría la gloria de una valiente tentativa y de un regreso arriesgado que un relato podría embellecer. Pero ¿tenía derecho a abandonar a Joseph, solo con su ridícula escopeta, tras sus gafas de miope, para luchar con el rey de los cazadores? No. Aquella traición sería peor que la suya.

El problema era entonces encontrarlos... ¿No me perdería en aquellas soledades?

Pero deseché con una risa forzada aquel temor infantil: bastaba con mantener la sangre fría de la determinación de un auténtico comanche. Puesto que habían rodeado el pico por la base, yendo de izquierda a derecha, me los encontraría necesariamente si caminaba todo recto. Examiné la masa del Taoumé. Era considerable, y la distancia que recorrer sin duda bastante larga. Decidí ahorrar fuerzas adoptando el trote ligero de los indios: codos pegados al cuerpo, manos cruzadas sobre el pecho, hombros atrás, cabeza baja. Correr de puntillas. Una pausa cada cien metros, para escuchar los ruidos del bosque, y tres inspiraciones calmadas y profundas.

Con una determinación totalmente india, me puse en marcha.

<sup>10</sup> Louis Raphaël (1856-1919) fue un célebre jugador de damas marsellés, inventor de una apertura que lleva su nombre.



La pendiente que subía ante mí era ya apenas perceptible. El suelo no era más que una inmensa losa de caliza azulada, surcada por grietas repletas de tomillo, ruda y espliego... De cuando en cuando, saliendo de la piedra desnuda, un enebro gótico o un pino, cuyo tronco grueso y nudoso contrastaba con el pequeño tamaño del árbol, que apenas era más alto que yo: se veía que aquel hambriento mantenía desde hacía tiempo una lucha feroz contra la piedra dura y que una sola gota de savia debía de costarle días de paciencia. A mi izquierda, la cima del Taoumé, a fuerza de remojarse en el cielo, era de un azul pálido, un azul de colada, y yo trotaba hacia su hombro izquierdo a través de un aire vaporoso que el calor hacía danzar. Cada cien metros, según el rito indio, me detenía e hinchaba el pecho tres veces.

Al cabo de veinte minutos, llegué bajo el pico y el paisaje cambió. La meseta rocosa estaba cortada por el inicio de un barranco salvaje: entre los bloques desprendidos, grandes pinos y maleza alta. Alcancé el fondo con facilidad, pero me resultó imposible cruzar el risco opuesto: la distancia me había engañado sobre su altura; seguí por tanto el pie del acantilado, seguro de encontrar una chimenea.

Las cortinas de clemátides y las marañas de terebintos ralentizaron entonces el trote del jefe indio. Las hojitas de las coscojas, que llevan en los bordes cuatro pinchos simétricos, se me metían en las alpargatas, cuyo lado se abre un poco al caminar de puntillas: de vez en cuando me paraba para descalzarme y las vaciaba golpeando la roca.

A cada instante, los pájaros se echaban a volar bajo mis pies o sobre mi cabeza... Alrededor, no veía a más de diez metros. Los árboles, los matorrales y las dos paredes de la garganta me ocultaban el resto del universo.

Empezaba a preocuparme vagamente: por eso saqué de mi bandolera el temible cuchillo puntiagudo y agarré fuertemente el mango en mi puño.

El aire estaba en calma y los potentes olores de la colina, como un humo invisible, llenaban el fondo del barranco. El tomillo, el espliego, el romero, teñían de verde el olor dorado de la resina, cuyas largas lágrimas inmóviles brillaban en la sombra clara sobre las cortezas negras. Caminaba sin el menor ruido en el silencio de la soledad, cuando unos sonidos aterradores estallaron a pocos pasos de mí.

Era una cacofonía de trompetas enloquecidas, sollozos desgarradores, gritos desesperados. Aquellos sonidos misteriosos tenían una intensidad de pesadilla y los ecos sucesivos de la garganta los amplificaban, multiplicándolos.

Me quedé clavado en el sitio, temblando, helado de miedo. El estrépito cesó de pronto, en un silencio inmóvil que me pareció aún más terrible. En ese momento, detrás de mí, la carrera de un conejo hizo rodar una piedra: cayó sobre un talud de guijarros azules que formaba un abanico sobre la pendiente abrupta de una especie de balcón. El talud se puso en movimiento, con un ruido de granizo y de desastre, y cayó hasta mis talones sumergidos. Entonces el infeliz jefe comanche saltó como un animal sorprendido y se encontró de pronto colgado en medio de un pino, cuyo tronco apretaba contra mi pecho como si hubiera sido mi madre. Respiré profundamente, escuché el silencio. Me habría gustado oír a una cigarra; no había ninguna.

A mi alrededor, el ramaje era impenetrable. Veía abajo, sobre la ramiza seca, brillar la hoja de mi cuchillo.

Me disponía a bajar sin hacer ruido cuando la amenazante cacofonía estalló de nuevo, más violenta que la primera vez. Presa del pánico, subí casi hasta la copa del pino, sin lograr contener unos débiles gemidos... Y de pronto vi, en las ramas más altas de un roble muerto, una decena de aves resplandecientes: sus alas eran de un azul muy vivo, cortado por dos rayas blancas. El cuello y la rabadilla, de un beis claro, precedían a una cola negra y azul, y el pico era amarillo canario. Sin motivo alguno, y como por placer, con la cabeza echada hacia atrás, chillaban, gritaban, maullaban con una fuerza demoníaca. La cólera remplazó al miedo. Me deslicé hasta el pie del pino. Recogí mi cuchillo y una excelente piedra plana y corrí hacia el árbol de aquellas criaturas dementes. Pero con el ruido de mi carrera toda la bandada alzó el vuelo y se llevó a un pino, en lo alto del risco, su ridícula algarabía.

Me senté en la grava ardiente, con el pretexto de vaciar otra vez mis alpargatas, pero en realidad para reponerme de aquellas emociones, y me comí una barrita de

chocolate.

Escuché largo tiempo la colina: solo oí un silencio de muerte. ¿Cómo? ¿Ni un solo cazador el día de la apertura? Más adelante averiguaría que la gente de la región nunca salía ese día: puesto que les habría avergonzado sacar un «permiso» para cazar en unas tierras que eran su patria, temían el celo de los gendarmes de Aubagne, a quienes la apertura excitaba de un modo particular.

Miré detrás de mí para medir el camino recorrido y vi en lo alto, en el cielo, una montaña desconocida cuya cima rocosa se alargaba al menos quinientos metros. Era el Taoumé, pero como hasta entonces solo lo había visto de frente, no lo reconocía. Así, el primer astrónomo que vea el otro lado de la luna catalogará un nuevo astro.

Me quedé primero perplejo, luego preocupado. Volví a mirar, y hacia todos lados. No vi ningún punto de referencia. Entonces decidí volver a casa, o más bien hacia la casa, porque, para salvar las apariencias, no me dejaría ver. Esperaría, en la linde de los pinares, el regreso de los cazadores y volvería con ellos.

Así pues, desanduve el camino, cosa que me parecía fácil: no había contado con la malicia de las cosas.

Los caminos que se dejan atrás aprovechan para cambiar de rostro. El sendero, que partía a la derecha, ha cambiado de idea: a la vuelta, se va a la izquierda... Bajaba por una suave pendiente: hete aquí que sube como un terraplén y los árboles juegan a las cuatro esquinas.

Sin embargo, como estaba al fondo de una garganta, no cabía duda: bastaba con dar media vuelta y subir por el barranco, sin tener en cuenta aquella brujería.

Cuchillo en mano, desanduve el camino. Como buen comanche, buscaba mis rastros: una huella, una piedra desplazada, una rama rota. No vi nada y pensé en la prodigiosa inteligencia de Pulgarcito, genial inventor de la pista prefabricada: ya era demasiado tarde para imitarlo.

Llegué de pronto a una especie de cruce: el valle se dividía en tres gargantas que subían en pata de gallo hasta el flanco de la misteriosa cumbre... No había visto, al bajar, los otros dos... ¿Cómo había pasado eso? Reflexioné, mirando alternativamente las tres ramas... Comprendí de repente: la maleza era más alta que yo; al bajar, mirando de frente, solo había visto el barranco que estaba siguiendo y que era, como ya he dicho, tortuoso. Pero ¿dónde estaba mi camino? Tendría que haber razonado y comprendido que había bajado por el primer

barranco, puesto que en la meseta no había cruzado ninguno de los otros dos. Pero el infeliz jefe comanche acabó de perder el norte: cayó sentado al suelo y se echó a llorar.

Sin embargo, en seguida comprendí la vergonzosa inutilidad de aquella desesperación: había que hacer algo y actuar rápidamente, como un hombre. Y antes de nada recuperar fuerzas, porque, a pesar de la increíble dureza de mis pantorrillas, sentía una fatiga muy preocupante.

A la entrada de uno de los barrancos, se alzaba una encina de siete u ocho troncos, dispuestos en círculo, y su ramaje verde oscuro surgía de un islote de maleza, donde los tojos desgarradores se mezclaban con las coscojas. Aquella masa de vegetación espinosa parecía impenetrable, pero bauticé a mi cuchillo «machete» y me dispuse a abrirme paso.

Tras un cuarto de hora largo de esfuerzos y mil picotazos febriles, crucé por fin el círculo defensivo: descubrí, en medio de los troncos, un gran ruedo de lastón. Me instalé allí con una reconfortante sensación de seguridad: era invisible y, por otra parte, me fijé en que uno de los troncos permitía una fácil escalada, ventaja inestimable en caso de jabalí herido. Me tendí de espaldas en la hierba suave, con las manos cruzadas bajo la nuca. En el centro de la encina había un gran círculo de cielo: justo en el medio, un ave de presa, casi inmóvil, vigilaba el paisaje.

Pensé que aquel buitre —o aquel cóndor— veía en aquel mismo momento a mi padre y a mi tío asando las costillas en las brasas de romero, porque el sol estaba en el cénit.

Tras unos minutos de descanso, abrí mi bandolera y me comí, con gran apetito, el pan y el chocolate. Pero no había llevado nada de beber y tenía la garganta seca.

Tuve muchas ganas de comerme la naranja. Pero un comanche sabe prever la mala suerte y la volví a meter en la bolsa, porque tenía a mi disposición otro recurso: sabía —gracias a Gustave Aymard— que bastaba con chupar un guijarro para tener una sensación de frescor delicioso. La naturaleza previsor, en aquella tierra privada de manantiales, no había escatimado en guijarros. Elegí uno redondo, bien liso y del tamaño de un garbanzo y me lo puse, según la técnica, debajo de la lengua.

El barranco subía derecho hacia el cielo; vi que, doscientos metros más adelante, terminaba ante un talud de pendiente suave, que me permitiría sin duda subir a una meseta: al fin podría ver el conjunto del paisaje, quizás el pueblo,

quizás mi casa. Recobré al punto la confianza y me puse en marcha a paso ligero.

Aquel barranco estaba, como el otro, erizado de maleza, pero en él dominaban el enebro y el romero. Esas plantas parecían mucho más viejas que las que había visto hasta entonces; pude admirar un enebro tan ancho y tan alto que parecía una pequeña capilla gótica, y romeros mucho más altos que yo. Poca vida en aquel desierto: una cigarra del pino que cantaba blandamente y tres o cuatro moscas pequeñas, de un azul intenso, que me siguieron, infatigables, zumbando como personas mayores.

De pronto, pasó una sombra sobre el monte bajo. Alcé la vista y vi al «cóndor». Había bajado del cénit y planeaba majestuosamente: la envergadura de sus alas me pareció dos veces más grande que la de mis brazos. Se alejó hacia mi izquierda. Pensé que había venido por pura curiosidad, para echar un vistazo al intruso que osaba penetrar en su reino. Pero lo vi hacer un amplio giro pasando detrás de mí y volver por mi derecha: entonces me di cuenta con terror de que describía un círculo cuyo centro era yo, ¡y de que el círculo descendía poco a poco hacia mí!

Entonces pensé en el buitre que siguió un día, a través de la sabana, al rastreador herido y a punto de morir de sed. «Esas feroces criaturas siguen durante días y días al viajero extenuado y saben esperar pacientemente su última caída, para arrancar jirones sangrientos de su carne aún palpitante».

Agarré mi cuchillo —que había cometido la imprudencia de volver a guardar en la bandolera— y lo afilé ostensiblemente con una piedra. Me pareció que el círculo de la muerte dejaba de descender. Después, para mostrar a la bestia feroz que no estaba extenuado, ejecuté una danza salvaje, concluida con grandes carcajadas sarcásticas, tan repercutidas por los ecos del barranco que me asustaron hasta a mí... Pero aquel arrancajirones sangrientos no pareció intimidado y reanudó su descenso fatídico. Busqué con la mirada —mirada de esos ojos que había de sacar con su pico curvado— un refugio: ¡oh, maravilla! A veinte metros a mi derecha se abría una ojiva en la pared rocosa. Levanté mi

cuchillo con la punta hacia arriba y, gritando amenazas con voz ahogada, me dirigí hacia el refugio de la última oportunidad... Caminaba en línea recta a través de enebros y romeros, con las pantorrillas desgarradas por las coscojas, sobre la grava de las garrigas que rodaba bajo mis pies... El refugio ya estaba solo a diez pasos: ¡por desgracia, demasiado tarde! El asesino acababa de inmovilizarse a veinte o treinta metros por encima de mi cabeza: veía temblar sus alas inmensas, tendía el cuello hacia mí... De pronto se lanzó en picado, a la velocidad de una piedra que cae. Loco de terror y tapándome los ojos con el brazo, me tiré de cara bajo un gran enebro con un chillido de desesperación. En el mismo momento retumbó un ruido terrible, el ruido rodante de un volquete que se descarga: una bandada de perdices alzaba el vuelo espantada, diez metros por delante de mí, y vi que el ave de presa volvía a subir. Con vuelo amplio y poderoso, llevaba entre las garras una perdiz estremecida que dejaba caer por el cielo una estela de plumas desesperadas.

Contuve a duras penas unos sollozos nerviosos, que el corazón leal habría reprobado, y aunque hubiera pasado el peligro fui a cobijarme al refugio para intentar recobrar la sangre fría.

Era una grieta en forma de tienda, apenas más alta que yo y de unos dos pasos de anchura. Di algunas patadas al lastón que cubría el suelo y después, sentado contra la pared, examiné la situación.

Comprendí en primer lugar que el buitre nunca había tenido intención de atacarme, sino que seguía a las perdices: esas desdichadas aves habían huido largo rato delante de mí, sin atreverse a alzar el vuelo, a causa del asesino volante que las esperaba a la salida... Esa teoría me tranquilizó sobre la continuación de los acontecimientos: el buitre no volvería.

Seguidamente me congratulé por haber elegido, para calmar mi sed, un guijarro bien liso y redondo, pues constaté que, en mi angustia, me lo había tragado.

La piel de la mejilla derecha me «tiraba». Me llevé la mano para frotármela, pero la palma se me quedó pegada: al apoyarme contra el pino cuando las aves azules me asustaron, me la había untado de resina. Sabía por experiencia que, si uno no tenía a mano aceite o mantequilla, no había nada que hacer más que soportar la tirantez y la sensación de tener una mejilla de cartón. Pero cuando uno ha elegido el estado de comanche, esas pequeñas desdichas no deberían ni mencionarse.

Era más inquietante el aspecto de mis pantorrillas. Estaban estriadas por largas rayas rojas que se cruzaban como los alambres de una rejilla y aún tenían

clavadas muchas espinitas. Pacientemente, me las arranqué una a una con las uñas. Después, como todas aquellas heriditas me escocían, fui a coger algunas plantas: todo el mundo sabe que las plantas de las colinas cicatrizan rápidamente las heridas... Sin duda me equivoqué de plantas, porque tras una buena fricción con tomillo y romero sentí unos ardores tan intensos que me puse a bailar pegando gritos de dolor... Para reconfortarme, me comí la mitad de la naranja, lo que me hizo muchísimo bien.

Traté entonces de subir a la meseta, pero el ascenso del talud final fue más difícil de lo que pensaba y descubrí que los taludes de piedras tienen una tendencia natural a derrumbarse: cuando casi llegaba al cima, avanzando a cuatro patas, volvía atrás sobre una alfombra rodante de guijarros. Ya iba a perder la fe en mi éxito final cuando descubrí una chimenea practicable, algo estrecha para un hombre, pero perfecta para mí.

Al fin llegué a la meseta. Era inmensa y apenas poblada de árboles: más coscojas, romeros, enebros, tomillo, ruda, lavandas. Más pinos pequeños de tronco nudoso, inclinados en el sentido del mistral, y grandes losas de piedras azules. Di la vuelta al horizonte: estaba rodeado de colinas, cercadas a su vez por un lejano círculo de montañas que no conocía. La situación era grave.



Decidí que primero tenía que orientarme. Mi padre me había dicho cien veces:

—Si miras al este, de frente, el oeste queda detrás de ti. A la izquierda tienes el norte, a la derecha el sur. ¡No puede ser más sencillo!

Pues sí, muy sencillo. Pero ¿dónde estaba el este? Miré el sol. Había dejado el centro del cielo y, como sabía que había pasado el mediodía, me alegré mucho de haber descubierto el oeste.

Le di la espalda, abrí los brazos y afirmé en voz alta:

—A mi derecha el sur. A mi izquierda el norte.

Tras lo cual, me di cuenta de que, a falta de un punto de referencia, aquel maravilloso conocimiento no iba a servirme de nada. ¿En qué dirección estaba mi casa? Aquellos malditos barrancos me habían hecho dar muchos rodeos... Quedé absolutamente desalentado, y de un desaliento tan profundo y desesperado que decidí jugar a otra cosa.

Empecé tirando piedras, como hacen los pastores, golpeando la muñeca contra la cadera. En aquella meseta había un surtido maravilloso de guijarros finos, perfectamente planos y de todos los tamaños. Surcaban el aire girando sobre sí mismos con prodigiosa facilidad. A medida que ponía a punto mi técnica, volaban cada vez más lejos. El décimo golpeó un enebro del que surgió un admirable lagarto verde, tan largo como mi brazo... Corrió como una larga esmeralda y desapareció en un grupo de juníperos... Corrí con una piedra en cada mano. Para asustar al lagarto, lancé la primera. En ese mismo instante vi surgir de la vegetación compacta a una extraordinaria criatura, grande como una rata negra, que dio un salto de al menos cinco metros, para volver a caer sobre una gran tabla de rocas. No se quedó allí ni un cuarto de segundo, pero me dio tiempo a ver que era como un canguro minúsculo: sus patas traseras, de longitud desmesurada, eran negras y lisas como patas de gallina, su cuerpo estaba vestido por un pelaje beis y coronado por unas orejitas erguidas. Reconocí a un jerbo, pues el tío Jules me lo había descrito. Volvió a surgir, ligero como un pájaro, y

alcanzó en tres saltos un bosque de enebros en miniatura. Traté de perseguirlo, en vano: no estaba en ninguna parte, pero mientras lo buscaba descubrí una especie de choza cónica, hecha con piedras planas y muy ingeniosamente dispuestas. Cada hilera circular avanzaba hacia el centro el ancho de un dedo, de modo que en la cúspide los círculos cada vez más estrechos acababan juntándose. El último dejaba un hueco del tamaño de un plato, cubierto por una hermosa piedra plana. La vista de aquel refugio me recordó mi triste situación: el sol bajaba hacia el horizonte y aquella choza de pastor podría salvarme la vida...

No entré por el momento: todo el mundo sabe que, en la pradera, una cabaña abandonada oculta a veces al siux o al apache, con el *tomahawk* alzado en las sombras, dispuesto a partir el cráneo del viajero confiado... Por otra parte, podía encontrar una serpiente, arañas venenosas o el escorpión gigante de la arena, que te salta a la cara silbando...

A través del hueco que servía de entrada, metí una rama de pino que agité en todas las direcciones, profiriendo amenazas. Me respondió el silencio. Me fijé en una aspillera y examiné el interior. No había nada aparte de una capa de hierbas secas, sobre la cual debía de haber dormido un cazador.

Me deslicé en la choza, que encontré fresca y segura. Allí, al menos, podría pasar la noche al abrigo de las fieras nocturnas, como el puma o el leopardo, pero constaté con inquietud que el hueco de entrada no tenía puerta. Al momento tuve la idea de reunir gran cantidad de piedras planas y tapiarlo con un pequeño muro cuando llegase la hora de refugiarme en mi fortaleza. Abandoné pues mi papel de trampero y mi astucia de comanche, y al momento adquirí la valerosa paciencia de Robinson.

Primera decepción: no había ni una sola piedra plana alrededor de la choza. ¿Dónde encontró el pastor las que le habían servido? Comprendí en un destello de inteligencia que las había cogido allí donde ya no quedaban. Bastaba con buscarlas más lejos: cosa que hice con éxito.

Mientras transportaba los materiales —que me despellejaban las manos—, pensé: «De momento, nadie se preocupa. Los cazadores creen que estoy en casa y mi madre cree que estoy con ellos... Pero cuando vuelvan, ¡menuda catástrofe! ¡Lo mismo mamá se desmaya! En todo caso, llorará».

Con lo cual me puse a llorar yo mismo, mientras apretaba contra mi vientre aplastado una piedra perfectamente plana, pero que pesaba lo mismo que yo.

Me habría gustado, como Robinson, «dirigir al cielo una ferviente oración»

para obtener el apoyo de la Providencia. Pero oraciones yo no sabía. Y además, a la Providencia —que no existe, pero lo sabe todo— no le sobran motivos para pensar en mí.

Sin embargo, había oído decir: «A Dios rogando y con el mazo dando». Pensé entonces que mi coraje valía tanto como una oración y continué, sin dejar de llorar, con mis transportes. «Lo que es seguro —pensé— es que me van a buscar... Alertarán a los campesinos y, cuando caiga la noche, veré subir una larga fila de antorchas “de madera resinosa”. Lo que me vendría bien sería encender un fuego, “en la roca más alta de la montaña”».

Por desgracia, no tenía cerillas. En cuanto al procedimiento indio, que consigue sin la menor dificultad encender el musgo seco mediante el simple frotamiento de dos trozos de madera, había intentado en varias ocasiones ponerlo en práctica: incluso con ayuda de Paul —que se asfixiaba soplando—, nunca pude obtener la menor chispa. Había considerado mi fracaso como definitivo, por deberse a la falta de una madera especialmente americana o a una especie particular de musgo. La noche sería pues negra y terrible, ¿tal vez la última de mi vida?

A eso me habían llevado mi desobediencia y la felonía del tío Jules.

Entonces me vino a la memoria una frase que mi padre solía repetir, y que me había hecho copiar varias veces cuando me daba lecciones de escritura (cursiva, redonda, bastarda): «No es necesario tener esperanza para emprender ni tener éxito para perseverar».

Me había explicado extensamente su sentido y me había dicho que era la frase más bella de la lengua francesa.

La repetí varias veces y, como si fuera una fórmula mágica, sentí que me convertía en un hombrecito. Me avergonzó haber llorado, haber perdido la esperanza.

Me había extraviado en la colina: ¡menuda cosa! Desde mi salida de casa, casi siempre había subido pendientes escarpadas. Bastaba con volver a bajar y sin duda encontraría un pueblo, o al menos un camino civilizado.

Me comí gravemente la segunda mitad de la naranja y después, con las pantorrillas ardientes y los pies magullados, me lancé a la carrera por la suave pendiente de la meseta.

Me repetía la frase mágica y saltaba por encima de juníperos y enebros. A mi derecha el sol empezaba a rojear, detrás de lazos de nubes, como en las cajas de dulces que regalan las tías en Navidad.

Corrí durante un cuarto de hora, al principio ligero como un jerbo, después como una cabra, luego como un ternero, y me detuve para tomar aliento. Al volverme constaté que había recorrido por lo menos un kilómetro y que ya no veía los tres barrancos, ahogados en la inmensa meseta.

En cambio, hacia el oeste, me pareció distinguir el borde opuesto de un valle. Me acerqué a ritmo de paseante, para ahorrar fuerzas antes de reemprender la carrera.

Sí, era efectivamente un valle que se ahondaba según me iba acercando. ¿Quizás fuera el de por la mañana?

Con las dos manos tendidas, apartaba los terebintos y las retamas, que eran tan altas como yo... Aún estaba a cincuenta pasos del borde del risco cuando retumbó una detonación y luego, dos segundos más tarde, ¡otra! El sonido venía de abajo: me precipité, trastornado de alegría, cuando un vuelo de aves muy grandes, surgiendo del valle, vino directo hacia mí... Pero el jefe de la tropa se tambaleó de pronto, cerró las alas y, atravesando un gran enebro, golpeó pesadamente el suelo. Me incliné para cogerlo cuando me dejó medio inconsciente un golpe violento que me hizo caer de rodillas: otra ave acababa de caerme en la cabeza y quedé aturdido por un momento. Me froté vigorosamente la cabeza, que me zumbaba: me vi la mano roja de sangre. Creí que era mía y me iba a echar a llorar cuando constaté que las propias aves estaban ensangrentadas, lo que inmediatamente me tranquilizó.

Las agarré a las dos por las patas, que aún temblaban estremecidas por la agonía.

Eran perdices, pero su peso me sorprendió: eran tan grandes como gallos de corral y, por mucho que levantara los brazos, sus picos rojos seguían rozando la grava.

Entonces el corazón me dio un brinco en el pecho: ¡bartavelas! ¡Perdices reales! Las llevé hacia el borde del risco; ¿quizás fuera un doblete del tío Jules?

Pero, aunque no fuera él, el cazador, que debía de estar buscándolas, seguramente me recibiese con entusiasmo y me llevase a casa: ¡estaba salvado!

Según atravesaba penosamente un matorral de tojos, oí una voz sonora que hacía vibrar las erres con el eco: ¡era la del tío Jules, voz de la salvación, voz de la Providencia!

A través de las ramas, lo vi. El valle, bastante ancho y poco poblado de árboles, no era muy profundo. El tío Jules venía del extremo opuesto y gritaba, con tono

de mal humor:

—¡Hombre, no, Joseph! ¡No había que disparar! ¡Venían hacia mí! ¡Las han ahuyentado tirando para nada!

Oí entonces la voz de mi padre, a quien no podía ver porque debía de estar bajo el risco:

—¡Las tenía al alcance y creo que le he dado a una!

—Sí, claro —replicó el tío Jules con desprecio—. ¡Podrías haber alcanzado a una si las hubieras dejado pasar! ¡Pero has tenido la pretensión de hacer el «tiro del rey», y en doblete! Ya fallaste uno esta mañana, con unas perdices que prácticamente querían suicidarse, y ahora lo intentas otra vez con unas bartavelas, ¡unas bartavelas que venían hacia mí!

—Reconozco que me he apresurado un poco... —dijo mi padre con voz culpable—. Pero aun así...

—Aun así —dijo el tío con tono cortante—, se te han escapado unas perdices reales, más grandes que cometas, con esa regadera tuya, que esparce plomos como para cubrir una sábana. ¡Lo más triste es que nunca volveremos a tener una ocasión como esta! ¡Y si me hubieras dejado a mí, las tendríamos en el morral!

—Lo reconozco, me he equivocado —dijo mi padre—. Pero he visto volar unas plumas...

—Yo también —se burló el tío Jules—, ¡he visto volar unas plumas bien hermosas, que se llevaban a las bartavelas a sesenta por hora hasta lo alto del risco, donde deben de estar riéndose de nosotros!

Me había acercado y veía al pobre Joseph. Bajo su gorra torcida, mordisqueaba nerviosamente un tallo de romero y meneaba su cara triste. Entonces, salté sobre la punta de un saliente rocoso que sobresalía por encima del valle y, con el cuerpo tendido como un arco, grité con todas mis fuerzas:

—¡Las ha matado! ¡A las dos! ¡Las ha matado!

Y con mis puños ensangrentados de los que colgaban cuatro alas doradas, alzaba al cielo la gloria de mi padre frente al sol poniente.

El portador de una buena noticia, aunque sea un criminal, nunca es mal recibido.

Mi padre me miraba desde abajo, con una sonrisa radiante. Solo dijo:

—¡Las dos, Jules, las dos!

Después, dándose cuenta de pronto de la situación, exclamó:

—¿Qué haces tú aquí?

Pero su voz solo expresaba una feliz sorpresa.

Lancé las aves, una tras otra, a los pies del vencedor y me deslicé por una chimenea. Al tocar el suelo del valle, di un pequeño salto a un lado, porque un granizo de guijarros me había seguido.

Entretanto, mi padre admiraba sus aves y con mano temblorosa buscaba el emplazamiento de los tiros mortales.

El tío Jules me preguntó severamente:

—¿Qué hacías, tan lejos de casa, a las seis de la tarde? ¿No sabes que podías perderte?

—Precisamente, me he perdido... —dije—. Os lo voy a contar todo. Pero primero hay que darme de beber: me muero de sed desde esta mañana...

—¿Cómo? —exclamó mi padre—. ¿No has comido en casa?

—No. Os he seguido de lejos. Te lo explicaré, pero dame de beber. Tengo la lengua hinchada... Casi no puedo hablar...

—Solo hay vino blanco —dijo el tío.

Y llenó un vasito.

—Solo un trago —dijo mi padre—. Ya beberás en casa.

Obedecí y les conté mi odisea. Los informé, con orgullo, de que era yo quien les había ojeado las primeras perdices.

—Yo ya me había dado cuenta —dijo el tío— de que había alguien arriba. Pero creía que era un cazador... Así que tu desobediencia nos ha sido útil; no lo apruebo, pero debo reconocerlo.

—¡Y las bartavelas! —dijo mi padre, que les soplabá las plumas para admirar

su carne—. Sin él no las habríamos encontrado, ni siquiera las habríamos buscado. ¡Y yo volvía de vacío y deshonrado!

—Te habría atribuido los mirlos —dijo mi tío con generosidad.

—¡Habría sido una mentira!

—¡Bah! —dijo el tío Jules—. ¡Una mentira de cazador ni merece la pena confesarla!

Estábamos los tres sentados en unas piedras grandes.

—¿Qué tienes en la cara? —preguntó bruscamente mi padre, como si saliera de un sueño.

—No es nada, es resina.

Entonces les conté mi marcha silenciosa, la nota que había dejado a mi madre, mi intención de reunirme con ellos en el Pozo de la Morera y el terrible episodio del cóndor. Mi tío encogió la feroz ave a las proporciones de un gavián y declaró que, a la edad de diez años, había matado a uno a pedradas.

Indignado, no hablé de mis temores, de mi soledad ni de mi desesperación, y decidí reservar ese relato patético a mi sensible madre y a Paul el atento.

De hecho, mi padre apenas me escuchaba, a causa de las bartavelas: limpiaba la sangre que salía de su pico y alisaba las largas plumas rojas.

El tío se levantó de pronto.

—Querido Joseph —dijo—, creo que es hora de volver: ¡ya vale para el primer día, estoy agotado!

Yo también estaba agotado y me costó ponerme de pie.

Mi padre me miró con afecto y me acarició el pelo; después descargó su escopeta y me la tendió.

—Cógela —me dijo.

Era una gran recompensa y cogí con respeto el arma triunfal.

Luego abrió su morral, que ya contenía varias piezas.

—No hay sitio para meterlas aquí —decretó—. Y sería una pena estropearlas.

Con dos trozos de cordel, las colgó por el cuello de su cartuchera, una a su derecha, la otra a su izquierda. Finalmente me dio la espalda y se agachó, con las manos en las rodillas.

—¡Sube, sapito!

Con la gran escopeta en bandolera, me acomodé en sus hombros. El tío Jules se puso delante, ojo y oído avizor, para una última posible hazaña.

—Tal vez una liebre —había dicho.

Yo temblaba por si tenía éxito, porque esa liebre habría empañado el esplendor de las bartavelas: pero no vimos la menor oreja y, en el momento en que menos me lo esperaba, al salir de un pinar, descubrí un poco más abajo el tejado de nuestra casa. En el borde del camino, los olivos de mis cigarras... Reía de placer, agarrando a puñados el cabello rizado de mi padre... Cuando pasábamos ante el olivo de la hiedra, un siux muy pequeñito salió bruscamente: iba coronado de plumas y llevaba un carcaj a la espalda. Nos disparó, con aire feroz, dos veces con la pistola y huyó corriendo hacia la casa, gritando:

—¡Mamá! ¡Han matado unos patos!

Con lo cual, mi madre y mi tía, que cosían bajo la higuera, se levantaron y acudieron seguidas por «la criada», y nosotros hicimos nuestra entrada triunfal.

Las tres mujeres emitían pequeñas exclamaciones de alegría y admiración.

Mientras yo bajaba de la cima de mi padre, Paul, con mucha habilidad, había soltado una bartavela, que llevó en brazos hacia las tres mujeres.

Entonces la criada, con las manos juntas y alzando la vista al cielo, exclamó extasiada:

—¡Madre de Dios! ¡La perdiz del rey!

Entretanto, el tío Jules tiraba ruidosamente sobre la mesa de la terraza dos puñados de mirlos y tordos, cinco o seis perdices y dos conejos. Tras lo cual mi padre vació a su vez el morral, que contenía tres perdices y la becada, y dijo:

—¡Mira, Rose, todo lo que ha matado Jules!

—¿Y tú? —preguntó mi madre decepcionada—. ¿Has fallado todo?

—Yo —dijo él modestamente— solo he matado a las bartavelas.

Y vi que sus corazones se alegraban.

Corrí a «la heladera» —una caja de jabón que contenía un bloque de hielo— para beber agua fresca. Encontré, junto a la jarra rezumante, dos fuentes llenas de nata batida y corrí a besar a mi madre, que insistió en lavarme la cara: tras cuatro enjabonados, hizo falta aceite de oliva (y aún me quedó durante ocho días, en la mejilla derecha, una gran mancha parduzca, repugnante y pegajosa, pero de color totalmente siux). Después, al ver el triste estado de mis pantorrillas, me sentó en una tumbona, calentó una aguja con una cerilla y empezó a extraer las pequeñas espinas que me pinchaban cruelmente. Mientras Paul seguía muy de cerca la operación, pegando gritos de dolor en mi lugar, me dejé hacer, inerte y glorioso, como un guerrero que vuelve del combate.

Entretanto, mi padre relataba con detalle las hazañas del tío Jules: su olfato de



sabueso, su marcha silenciosa, la seguridad de su juicio, la extraordinaria rapidez de su tiro y su destreza mortífera... El tío escuchaba, ante su mujer embelesada y mi madre admirativa. Al cabo de cinco o seis estrofas, quedó completamente desbartavelizado y se puso a cantar la gloria de Joseph: sus nervios, sus primeras torpezas, sus esfuerzos por dominarse, su resistencia a la fatiga y, al fin, su maravillosa inspiración, clímax de una hermosa jornada; terminó con una frase que hizo brillar los ojos negros de mi madre:

—¡Un «tiro del rey» con doblete a unas perdices reales ejecutado por un principiante puedo decir que no lo había visto nunca!

Quise hablar a mi vez y cantar mi propia alabanza, puesto que los cazadores me olvidaban: pero de pronto se me cerraron los ojos y sentí que los dedos de mi madre me abrían la mano, crispada sobre el brazo de la tumbona, y entonces me llevó hacia la casa. Traté de protestar, en nombre de la nata montada, pero solo articulé unos débiles gruñidos, y el encuentro con un jerbo saltarín, grande como una liebre y todo blanco, me llevó en cuatro saltos a los barrancos umbríos del sueño.

A la mañana siguiente, mi madre, en una esquina de la mesa de la cocina, redactaba la «lista» de los recados, es decir de las compras que mi padre debía hacer en el pueblo.

—Sapito —me dijo—, coge tu bandolera, vas a venir conmigo. ¡La lista es larga y volveré cargado! No es por el peso, es por el volumen. Tengo intención de llevarme la escopeta, he visto un gavilán que anda rondando sobre el gallinero de la señora Toffi. ¡Si lo vemos esta mañana, le diremos un par de cosas al pasar!

Terminada la lista, la leyó en voz alta. Entretanto, mi madre había sacado las bartavelas de la despensa y las posó en la mesa.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó él con aire inquieto.

—Voy a desplumarlas y a vaciarlas, y las asaremos esta noche.

—¡Infeliz! ¡No son aves de corral, son *caza*! ¡Y menuda caza! ¡No las comeremos hasta mañana, porque hoy sería un crimen! De hecho —dijo—, tengo una idea. Tengo ganas de someterlas al peritaje de Mond des Parpaillouns. Nunca hay que perder una ocasión de instruirse, y ese viejo cazador furtivo ciertamente sabe más que muchos naturalistas.

Se colgó las dos aves del cinturón, luego cogió el fusil y lo puso en la correa.

Marchamos alegremente. Yo llevaba las tres bandoleras vacías y él caminaba delante de mí, explorando con la mirada los olivares en terrazas que bordeaban el camino. Vimos algunas bandadas de gorriones, pero el asesino de bartavelas desdeñó a esos pajarillos.

Yo estaba feliz de ir con él y tremendamente orgulloso de su hazaña, pero me esforzaba por no mostrar vanidad: temía una reprimenda.

Un día, el señor Arnaud, que era un pescador apasionado, había pescado —con caña— una enorme rescaza: había llevado a la escuela una fotografía de su hazaña.

En aquella época, una fotografía era un documento extraordinario que perpetuaba el recuerdo de la primera infancia, del servicio militar, de una boda o

de un viaje al extranjero.

Pues bien, en una especie de postal, habíamos visto al señor Arnaud sonriente, hinchando el pecho, con una vara en la mano izquierda, el brazo derecho alzado hacia el cielo y agarrando —por la cola— el espinoso pescado.

A la mesa, mi padre había descrito aquel retrato triunfal, concluyendo:

—Que esté contento por haber pescado una pieza tan hermosa, me parece muy bien, pero ¡hacerse una fotografía *con un pez*! ¡Qué falta de dignidad! De todos los vicios, la vanidad es definitivamente el más ridículo.

No lo dijo con violencia, sino con una sonrisa de lástima, que había echado a perder su admiración por el señor Arnaud: por eso yo pensaba que nuestra visita a Mond des Parpaillouns solo tenía un propósito científico.

Llegamos ante la casita baja donde vivía el famoso Mond. Tenía delante un campo sin cultivar donde dos docenas de olivos, enloquecidos de libertad, parecían enormes matorrales, porque Mond no los podaba nunca.

Estaba a caballo en un banco ante la puerta, bajo la morera, y mojaba en un cubo de liga unas finas varitas de madera. Levantó la cabeza: su espesa melena de pelo gris se prolongaba en una barba de crin, blanca a un lado, pero amarillenta al otro a causa de una colilla que colgaba de la comisura de su boca.

Sus ojos eran negros y penetrantes, sus manos velludas estaban veteadas de manchas amarillas.

Vio las bartavelas, se levantó y se acercó, con la boca entreabierta.

—¡Madre de Dios! —exclamó—. ¿Quién le ha vendido eso?

Mi padre sonrió levemente.

—Solo me han costado dos disparos.

—¿Un doblete? —dijo Mond incrédulo—. ¿Un doblete de bartavelas?

—Pues sí —dijo mi padre, y con la yema del índice se alisó el negro bigote.

—¿Y eso dónde?

—En el valle de Lancelot, justo bajo el risco, del lado de Passe-Temps.

Mond había cogido las dos aves y las sopesaba.

—Lo más sorprendente —dijo— es que las haya encontrado.

—¿Por qué?

—Porque estos bichos, aunque mueran en el aire, siguen volando quinientos o seiscientos metros.

—El crío estaba en el risco. Las vio caer.

—Bravo, chico —me dijo Mond—. Un día de estos te llevaré a cazar conmigo.

Declaró, como una regla de vida:

—¡Cuando no se tiene perro, hay que tener niños!

Entonces mi padre hizo mil preguntas sobre las bartavelas, su origen, sus costumbres, la dificultad de acercarse a ellas, la rapidez de su vuelo.

Con aquellas preguntas y con las respuestas del viejo Mond quedó claro que un doblete de bartavelas era una hazaña si no imposible, al menos muy infrecuente, y digna de una «gran escopeta».

En cuanto aquella verdad quedó establecida, dejamos a Mond —que empezaba a contarnos sus propios éxitos, con una vanidad que me hizo pensar en la del señor Arnaud— y bajamos al pueblo.

Mi padre entregó «la lista» al tendero, en la tiendecita donde ya había cinco o seis clientas. Pero el tendero, con la lista en la mano, solo miró las aves y exclamó:

—¡Urogallos!

Mi padre lo sacó de su error y le dijo unas palabras sobre la existencia y las costumbres de las bartavelas. El tendero propuso pesarlas, cosa que mi padre aceptó encantado. La operación tuvo lugar ante los ojos de las comadres reunidas.

La más grande alcanzó 1.530 gramos, la otra 1.260, pues el tendero quiso ser preciso. Una anciana muy pulcra (era la criada del señor cura) aconsejó rellenarlas de ajedrea antes de ponerlas en el espetón y no acercarlas al fuego desde el principio: el espetón debía acercarse por etapas, tres como mínimo. Como precio de aquellos valiosos consejos, pidió permiso para coger una pluma de la cola, que fue así robada al tocado de un jefe pawnee, y todos los recién llegados miraban con respeto al cazador capaz de tan bello asesinato.

Dejamos la lista al tendero, que se encargó de prepararlo todo, y mi padre me dijo:

—Tengo que preguntar al señor Vincent.

El señor Vincent era archivista en la prefectura y amigo del tío Jules: pasaba las vacaciones en el pueblo, donde había nacido.

Pero en la calle nos encontramos con el cartero, que cazaba en las tierras de Allauch. Nos paró él y me sorprendió mucho verlo masajear el cuello de las aves, entre el pulgar y el índice

—Entre nosotros —dijo a media voz—, ¿las ha cogido con trampa?

—¡Jamás en la vida! —dijo mi padre—. Es un doblete que tuve la suerte de

conseguir con el « tiro del rey ».

Pero el cartero estaba « celoso de la caza » y seguía palpando el cuello de las aves, con la esperanza de encontrar una fractura. Entonces mi padre, soplando a contrapluma, le mostró las mortales heridas que él examinó con aire suspicaz. Luego hubo que decirle el calibre de la escopeta, el número de los plomos, la distancia. Al fin, venció sus celos y consintió en homologar la hazaña.

— Señor, me quito el sombrero. Esos bichos llevo yo dos años persiguiéndolos: ¡he tirado cinco veces y no he sacado más que cuatro plumas! ¡Permítame estrecharle la mano!

Entretanto, los niños del pueblo se habían reunido y expresaban su admiración en voz alta.

Al llegar a la plazuela, nos encontramos con el señor cura. Estaba leyendo su breviario junto a la fuente, mientras esperaba, por el sonido de su cántaro, a que desbordase.

La llegada de nuestro grupo le hizo alzar la cabeza y, como « esa gente lo aprovecha todo », dedicó a mi padre una espléndida sonrisa y dijo con una voz agradable:

— ¡Señor, si esas perdices reales no vienen de un comerciante, permítame felicitarlo!

Era la primera vez que veía a mi padre frente al pérfido enemigo. Para mi sorpresa, le respondió muy cortésmente:

— Vienen del valle de Lancelot, señor cura.

— Rara vez las he visto tan hermosas — dijo el señor cura —, ¡y me inclino a pensar que lo acompañaba a usted el gran san Huberto!

— ¡El gran san Huberto y mi calibre doce!

— ¡Y también su *habilidad*! — dijo el señor cura —. Tiene usted ahí un macho viejo y una hembra joven de dos años... Mi padre era cazador y por eso entiendo bastante. Esta perdiz no es la *caccabis rufa*, que es mucho más pequeña. Es la *caccabis saxatilis*, es decir, la perdiz de roca, que se llama también perdiz griega y, en Provenza, bartavela.

— ¿De dónde viene ese nombre? — preguntó mi padre.

— Pues bien — dijo el sacerdote —, voy a parecerle un erudito, pero debo confesar que mi erudición es muy reciente. Como un campesino me habló ayer de las bartavelas, tuve la curiosidad de buscar la etimología de la palabra. Y me alegro, puesto que el asunto le interesa. Mi diccionario dice que es una palabra

francesa derivada de una antigua palabra provenzal, *bartavello*, que significa «cerradura basta». El ave se llamaría así a causa de su grito, que por lo visto es algo chirriante. Pero, en mi humilde opinión, esa explicación no es totalmente satisfactoria. Voy a comentárselo al señor canónigo de la Mayor,<sup>11</sup> que come mañana en la casa parroquial, y si me dice algo interesante, estaré encantado de hacérselo saber. Disculpe, mi cántaro está lleno y la campana me llama.

Se levantó muy cortésmente la birreta, mi padre alzó su gorra. El señor cura cogió su cántaro y se marchó.

Aún seguidos por los niños, fuimos a casa del señor Vincent: nos respondieron que estaba en la ciudad y que no volvería hasta el día siguiente. Sin embargo, mi padre lo buscó por todo el pueblo y fue incluso al Círculo, para preguntar a los jugadores de petanca si lo habían visto, pero se fijaron en las bartavelas que no habíamos pensado en ocultarles: interrumpieron la partida, admiraron, sopesaron e hicieron cien preguntas. Mi padre dio doscientas respuestas y los informó de que no se trataba en absoluto de la *caccabis rufa*, sino de la *saxatilis*.

Finalmente accedió, a petición general, a ejecutar una demostración del « tiro del rey », insistiendo en el hecho de que era necesario conservarlo amartillado para el segundo tiro. Aquellas explicaciones técnicas, que habrían podido durar hasta la noche, fueron felizmente interrumpidas por el reloj de la iglesia, que dio las doce por los aires.

Cuando íbamos a buscar las bandoleras a la tienda, nos encontramos otra vez con el señor cura. Llevaba un aparato fotográfico que tenía la forma, las dimensiones y la elegancia de un adoquín.

Se acercó, todo sonrisas, y dijo:

—Si no le molesta, me gustaría conservar un recuerdo de este admirable éxito.

—Un golpe de suerte —dijo mi padre modestamente—, quizás no merezca semejante honor.

—¡Claro que sí, claro que sí! Será un placer enviarle una copia de esta imagen, que será un agradable recuerdo de las vacaciones de verano de este año.

Mi padre se prestó dócilmente a las exigencias del fotógrafo: no dejó ver que sufría, pero que no se atrevía a ser descortés. Así que posó en el suelo la culata de su escopeta, apoyó la mano izquierda en el extremo del cañón y, con el brazo derecho, me rodeó los hombros. El señor cura nos miró un instante, pestañeando: luego se acercó y volteó las bartavelas —que seguían colgadas de la cartuchera— para que se viera su vientre moteado.

Al fin dio cuatro pasos atrás, apoyó el aparato en su cintura, bajó la cabeza y exclamó:

—¡No se muevan!

Oí un chasquido tan fuerte como el de una cerradura y el señor cura contó:

—¡Uno, dos, tres! ¡Gracias!

—Vivimos en los Bellons —dijo mi padre—, en la Quinta-Nueva.

—¡Lo sé, lo sé! —dijo el señor cura.

Después añadió, en tono un tanto patético:

—Como no tengo ocasión de verlo a menudo, confiaré su copia a su señor cuñado, que es nuestro parroquiano más eminente. ¡Adiós y, de nuevo, lo felicito!

Se marchó, cortés, amistoso, tan simpático que tuve ganas de seguirlo, lo que me hizo comprender el peligro que representaban esas falsas apariencias para la sociedad.

Cuando hubimos dado la vuelta a la esquina de la plaza, mi padre me dijo:

—Estamos en un pueblo pequeño: habría sido una torpeza negarme. Igual es lo que él esperaba, para poder acusarnos después de sectarismo. ¡Pero hemos sido más listos que él!

<sup>11</sup> Nombre con el que popularmente se conoce a Santa María la Mayor, catedral de Marsella.



Emprendimos a buen paso el camino de vuelta.

Las aves seguían danzando en el cinturón de mi padre y, como estaban colgadas por el cuello, le dije que había matado a unas bartavelas, pero que acabaríamos comiéndonos unos cisnes.

Las hicimos al espetón al día siguiente: fue una comida histórica y casi solemne.

No obstante, estuvo señalada por un lamentable incidente: el tío Jules, cuyo apetito campesino era la admiración de la familia, se rompió un diente —de porcelana— con un plomo del número 7 que había permanecido invisible en la terneza de una rabadilla. Pero recuperó la sonrisa cuando mi padre declaró que el cura del pueblo era un sabio y, además, un hombre muy simpático, cuya conversación lo había seducido.

Al día siguiente, cuando íbamos a cazar, vi que mi padre, renunciando a su gorra, se había puesto un viejo sombrero de fieltro marrón, «a causa —dijo— del sol que a veces, a través de las gafas, lo deslumbraba». Pero me fijé —sin decir nada— en que la copa del sombrero estaba rodeada por una cinta —cosa que no se encuentra en una gorra— y que, en esa cinta, había colocado dos plumas rojas, símbolo y recuerdo del doble «tiro del rey».

A partir de aquel día en el pueblo, cuando hablaban de mi padre, decían:

—¿Sabe quién le digo, ese señor de los Bellons?

—¿El del bigote grande?

—¡No! ¡El otro! ¡El cazador! ¡El de las bartavelas!

El domingo siguiente, cuando el tío volvió de misa, se sacó del bolsillo un sobre amarillo.

—Toma —dijo—, de parte del señor cura.

Toda la familia acudió: el sobre contenía tres copias de nuestra fotografía.

Fue un éxito: las bartavelas eran enormes y Joseph brillaba en toda su gloria, no

mostraba vanidad ni sorpresa sino la seguridad tranquila de un cazador curtido, en su centésimo doblete de bartavelas.

Por mi parte, el sol me había impuesto una pequeña mueca que no me pareció agradable: pero mi madre y mi tía vieron en ella un encanto más y cantaron largamente su total admiración.

En cuanto al tío Jules, dijo amablemente:

—Si no tienes inconveniente, mi querido Joseph, me gustaría quedarme con la tercera copia, porque el señor cura me ha dicho que la sacó para mí...

—Si esa pequeñez te hace ilusión... —dijo mi padre.

—¡Oh, sí! —dijo la tía Rose con entusiasmo—. ¡La enmarcaré y la pondremos en el comedor!

Me enorgulleció pensar que nos iluminaría cada noche la lujosa luz del gas. En cuanto al querido Joseph, no mostraba la menor turbación. Con la barbilla de mi madre apoyada en su hombro, miró largo rato la imagen de su apoteosis, justificando la duración de aquel examen con consideraciones técnicas. Nos informó en primer lugar de que era papel al citrato de plata y de que ese citrato tiene la propiedad singular de oscurecerse cuando lo toca la luz; después, alzando la imagen, declaró que la iluminación era excelente, aunque la altura del sol de mediodía le hubiese alargado un poco la nariz, cosa que «no tenía de hecho la más mínima importancia». Luego, tras quitarse las gafas, examinó muy de cerca la fotografía, desde todos los ángulos, y proclamó que el revelado era perfecto, lo que demostraba que el señor cura sabía muy bien lo que hacía.

Al fin, acariciándome el pelo, declaró:

—Como tenemos dos copias, me apetece mandarle una a mi padre, para que vea cuánto ha crecido Marcel...

El pequeño Paul aplaudía y yo me eché a reír. Sí, estaba orgullísimo de su hazaña; sí, mandaría una copia a su padre y enseñaría la otra a toda la escuela, como había hecho el señor Arnaud.

Había sorprendido a mi querido superhombre en flagrante delito de humanidad: sentí que lo quería aún más por ello.

Entonces, canté la farandola y empecé a bailar al sol...

## EL CASTILLO DE MI MADRE

Tras la epopeya cinegética de las bartavelas, fui admitido de inmediato en el grupo de los cazadores, pero en calidad de montero y de perro cobrador.

Todas las mañanas, sobre las cuatro, mi padre abría la puerta de mi habitación y susurraba:

—¿Quieres venir?

Ni los potentes ronquidos del tío Jules, ni los chillidos del primo Pierre, que reclamaba el biberón sobre las dos de la mañana, eran capaces de perturbar mi sueño, pero el susurro de mi padre me sacaba de la cama.

Me vestía a oscuras en silencio, para no despertar a nuestro pequeño Paul, y bajaba a la cocina donde el tío Jules, con los ojos hinchados y el aire un poco azorado de las personas mayores que se están despertando, calentaba el café mientras mi padre llenaba los morrales y yo rellenaba las cartucheras.

Salíamos sin hacer ruido. El tío Jules echaba la llave a la puerta y, tras dejarla en la ventana de la cocina, empujaba los postigos.

El alba era fresca. Algunos planetas temerosos titilaban, muy pálidos. Sobre los riscos del Plan de l'Aigle, brumas blancas bordaban el borde de la noche enflaquecida y, en el pinar del Petit-Ceil, una lechuza melancólica se despedía de las estrellas.

Subíamos, a lo largo de la aurora, hasta las piedras rojas de Redouneou. Pero pasábamos sin hacer ruido porque Baptistin, el hijo de François, ya estaba al acecho de los hortelanos, con gran despliegue de varitas y liga: solía tener hasta en el pelo.

Después llegábamos, caminando en la sombra en fila india, al «aprisco de Baptiste». Era una antigua majada donde nuestro amigo François dormía a veces con sus cabras: allí, en el largo llano que subía hacia el Taoumé, los rayos rojos del sol nuevo hacían surgir poco a poco los pinos, los enebros, las jaras y, como un navío que sale de la bruma, la alta proa del pico solitario se alzaba ante nosotros.

Los cazadores bajaban al valle: ya a la izquierda, en los Escaouprès, ya a la derecha, en La Garette y Passe-Temps.

Por mi parte, seguía el borde de la meseta a treinta o cuarenta metros del risco. Ojeaba para ellos toda cosa volante y, cuando levantaba una liebre, corría hacia el risco y hacía grandes señales, como un marino de antaño: entonces subían corriendo a reunirse conmigo y perseguíamos sin piedad a la orejuda.

Nunca, no, nunca volvimos a ver una bartavela. Pero, sin mencionarlo, las buscábamos por todas partes y sobre todo en el barranco sagrado de la sublime caza... Nos acercábamos arrastrándonos, bocabajo entre tojos y coscojas, lo que a menudo nos permitió sorprender a perdices, liebres y hasta un tejón, que el tío Jules fulminó casi a quemarropa. Pero las perdices reales habían alzado el vuelo hacia la leyenda, donde permanecieron desde entonces: sin duda por miedo a Joseph, cuya aureola no hizo sino crecer.

Instalado en su gloria, se había vuelto temible: el éxito a menudo hace el talento. Convencido de que, en adelante, no podía fallar el « tiro del rey », siempre le salía bien y con tan perfecta naturalidad que el tío Jules acabó diciendo:

— ¡Ya no es el « tiro del rey », es el « tiro de Joseph »!

Pero él mismo seguía siendo inigualable para « apuntar al culo » (decía) a todos los fugitivos — liebres, conejos, perdices y mirlos —, que no huían sin motivo y caían fulminados en el momento mismo en que yo los creía fuera de su alcance.

Traíamos tantas piezas que el tío Jules empezó a venderlas y con ello pagó — aplaudido por toda la familia — los ochenta francos del alquiler.

Yo tomaba parte en aquel triunfo. A veces, por la noche, a la mesa, el tío decía:

— Este niño vale más que un perro. Trota sin parar, de sol a sol. ¡No hace el menor ruido y encuentra todos los escondites! Hoy nos ha ojeado una bandada de perdices, una becada y cinco o seis mirlos. Solo le falta ladrar...

Entonces Paul ladraba admirablemente, tras haber escupido la carne en el plato.

Mientras la tía Rose lo regañaba, mi madre me miraba, soñadora.

Se preguntaba si era razonable, con las piernas tan pequeñas, dar tantos pasos cada día.

Una mañana, sobre las nueve, iba yo trotando con ligereza por la meseta que domina el Pozo de la Morera.

Al fondo del valle, el tío estaba al acecho entre la hiedra y mi padre se escondía tras una cortina de clemátides, bajo una encina, en la ladera del cerro.

Con un largo palo de enebro —esa madera tan dura que parece tierna al tacto, porque es lisa y untuosa—, yo batía los tojos, pero no estaban allí las perdices, ni el jerbo de la Baume-Sourne.

No obstante, yo seguía ejerciendo concienzudamente mi oficio de perro cuando distinguí, al borde del risco, una especie de placa hecha con cinco o seis piedras grandes apiladas por una mano humana. Me acerqué y vi, al pie de la placa, un pájaro muerto. Tenía el cuello apretado entre las dos mandíbulas de un cepo.

El ave era más grande que un tordo, con un bonito penacho en la cabeza. Me estaba agachando para recogerla, cuando una voz fresca gritó detrás de mí:

—¡Eh! ¡Amigo!

Vi a un niño de mi edad que me miraba severamente.

—No hay que tocar las trampas de los demás —dijo—. ¡Las trampas son sagradas!

—No iba a cogerla —dije—. Quería ver el pájaro.

Se acercó: era un pequeño campesino. Era moreno, con un fino rostro provenzal, los ojos negros y largas pestañas de niña. Llevaba, bajo un viejo chaleco de lana gris, una camisa marrón de manga larga que se había arremangado por encima del codo, un calzón corto y alpargatas de esparto como las mías, pero no tenía calcetines.

—Cuando se encuentra una presa en una trampa —dijo—, puedes cogerla, pero hay que volver a abrir el cepo y colocarlo en su sitio.

Soltó al pájaro y dijo:

—Es una bisbita.

Lo metió en su bandolera y sacó del bolsillo de su chaleco un tubito de junco

cerrado por un corcho mal cortado; luego dejó caer de su interior una gran hormiga alada en la palma de su mano. Con una destreza que me pareció admirable, agarró la hormiga entre el pulgar y el índice de la mano derecha mientras, con una leve presión, su mano izquierda forzaba a abrirse las extremidades de la pequeña pinza de alambre que estaba atada al centro del aparato. Esas extremidades estaban curvadas en semicírculo y formaban, al cerrarse, un minúsculo anillo. Colocó en él la fina cintura de la hormiga, que quedó así cautiva: las raíces de las alas le impedían retroceder y su vientre hinchado avanzar.

Pregunté:

—¿Dónde coges las hormigas?

—Esto —dijo— son alúas. Las hay en todos los hormigueros, pero no salen nunca. Hay que cavar más de un metro con un pico o, si no, hay que esperar a la primera lluvia de septiembre. En cuanto vuelve el sol, se van volando de golpe... Si pones un saco mojado en el agujero, es fácil...

Había vuelto a montar el cepo y lo colocó al pie de la placa.

Profundamente interesado, observé la operación y tomé nota de todos los detalles. Al fin se puso de pie y me preguntó:

—¿Quién eres?

Para darme confianza, añadió:

—Yo soy Lili, de los Bellons.

—Yo también —dije— soy de los Bellons.

Se echó a reír:

—¡No, qué va, tú no eres de los Bellons! Eres de la ciudad. ¿No eres Marcel?

—Sí —dije halagado—. ¿Me conoces?

—No te había visto nunca —dijo—. Pero mi padre os llevó los muebles. Por eso me ha hablado de ti. ¿Tu padre es el calibre doce, el de las bartavelas?

Me emocioné, orgulloso.

—Sí —dije—. Es ese.

—¿Me lo contarás?

—¿El qué?

—Lo de las bartavelas. ¿Me dirás dónde pasó, cómo lo hizo y todo lo demás?

—¡Oh! Sí...

—Luego, cuando haya terminado la ronda... ¿Cuántos años tienes?

—Nueve.

—Yo tengo ocho —dijo—. ¿Pones trampas?

—No. No sabría.

—Si quieres, te enseño.

—¡Oh, sí! —dijo entusiasmado.

—Ven: estoy haciendo la ronda de las mías.

—Ahora no puedo. Hago la batida para mi padre y mi tío, están escondidos abajo en el valle. Tengo que ojearles los perdigones.

—Ah, las crías de las perdices, pues hoy no va a poder ser... Aquí suele haber tres bandadas. Pero esta mañana han pasado los leñadores y los han asustado. Dos bandadas se han ido hacia La Garette y la tercera ha bajado a Passe-Temps... Igual podemos levantar la liebre grande, debe de estar por ahí: he visto un *pétoulié*.

Quería decir una capa de excrementos.

Así pues, empezamos la ronda de las trampas, mientras batíamos la maleza.

Mi nuevo amigo recogió varias collalbas grises, que los franceses llaman «moteados», otras dos bisbitas (me explicó que eran una «especie de alondra») y tres alcaudones.

—La gente de ciudad los llama «picapuercos». Pero nosotros les decimos *darnagas*, porque es un pájaro tonto... Si hay uno solo en la región y una sola trampa, puedes estar seguro de que el *darnagas* la encontrará y se dejará estrangular... Están muy ricos —añadió—. ¡Anda! ¡Otro maldito *limbert*!

Corrió hacia otra placa y recogió un magnífico lagarto. Era de un verde brillante, con puntitos dorados esparcidos por los flancos y, en el lomo, lúnulas azules, de un azul pastel. Lili soltó el hermoso cadáver y lo tiró a los arbustos, donde corrí a recogerlo.

—¿Me lo das?

Se echó a reír.

—¿Y yo para qué lo quiero? Dicen que los antiguos se los comían, por lo visto están muy ricos. Pero nosotros no comemos animales de sangre fría. Estoy seguro de que es venenoso.

Metí el precioso lagarto en mi bandolera, pero lo tiré diez metros más adelante porque en la siguiente trampa había otro, que era casi tan largo como mi brazo y más brillante que el primero. Lili profirió unas maldiciones en provenzal y suplicó a la santa Virgen que lo protegiera contra los *limberts*.

—Pero ¿por qué?



—¿No ves que me ocupan las trampas? ¡Cuando un lagarto se queda atrapado, ya no se puede quedar un pájaro, y es una trampa menos!

Después fue el turno de las ratas. Habían «ocupado» dos cepos. Eran grandes ratas azules, de pelaje muy suave. Lili se enfadó de nuevo y añadió:

—Con esas mi abuelo hacía *civets*. Son animales limpios, viven al aire libre, comen bellotas, raíces, endrinas... En el fondo, son tan limpios como los conejos. Solo que son ratas, así que...

Hizo una mueca de asco.

Los últimos aparatos habían atrapado cuatro alcaudones y una urraca.

—¡Oh, oh! —exclamó Lili—. ¡Una picaza! ¿Qué habrá venido a hacer aquí? ¡Y se engancha en un cepo vacío! Debía de ser la tonta de la familia, porque...

Se paró en seco, se llevó un dedo a la boca y señaló a lo lejos un matorral de tojos.

—Ahí hay algo que se mueve. Vamos a dar la vuelta, y no hagas ruido.

Echó a andar con paso ágil y mudo, como el auténtico comanche que era sin saberlo. Lo seguí. Pero me indicó con un gesto que describiera un semicírculo más grande, a la izquierda. Caminaba en dirección a los tojos, sin apresurarse, pero yo corrí para ejecutar la maniobra de cerco.

A diez pasos, lanzó una piedra y saltó por el aire varias veces, con los brazos abiertos, pegando gritos salvajes. Lo imité. De pronto, se precipitó: vi salir de los matorrales una liebre enorme que saltaba con las orejas tiesas, tan grande que se veía la luz por debajo de su vientre... Logré cortarle el camino: viró hacia el risco y se metió por una chimenea. Corrimos al borde de la meseta y la vimos bajar todo recto y meterse entre los matorrales del valle. Esperamos con el corazón acelerado. Dos detonaciones retumbaron de pronto. Luego otras dos.

—El doce ha disparado el segundo —dijo Lili—. Vamos a ayudarlos a encontrar la liebre.

Lili bajó con la soltura de un mono por la chimenea.

—Parece un mal paso —dijo—, pero es tan bueno como una escalera.

Lo seguí. Pareció apreciar mi agilidad como buen experto.

—Para ser de la ciudad, te apañas bien.

Al pie de las rocas, echamos a correr por la pendiente.

Junto al pozo, bajo unos altos pinos, había un pequeño claro a la sombra. Allí mi padre y mi tío miraban la liebre tendida; se volvieron hacia nosotros, muy orgullosos. Pregunté, con cierta timidez:

—¿Quién la ha matado?

—Los dos —dijo el tío—. Yo le acerté dos veces, pero seguía corriendo e hicieron falta los dos tiros de tu padre para dejarla seca... Estos animales llevan bien los disparos.

Lo dijo como si se tratase de llevar un chaqué o un bombín.

Después miró a mi nuevo amigo.

—¡Ah, ah! ¡Tenemos compañía!

—¡Lo conozco! —dijo mi padre—. Eres el hijo de François, ¿verdad?

—Sí —dijo Lili—. Me vio en la casa, en Semana Santa.

—Y por lo visto eres muy buen cazador. Me lo ha dicho tu padre.

—¡Oh! —dijo Lili sonrojándose—. Pongo trampas para pájaros...

—¿Coges muchos?

Primero miró alrededor con un rápido vistazo circular, luego vació su bandolera en la hierba y me embargó la admiración: había unos treinta pájaros.

—No es muy difícil, ¿sabes? —dijo—. La cosa es tener alúas. Hay un sauce, allí, en el Vala... Si estás libre, mañana por la mañana iremos a buscar más, porque me quedan pocas.

El tío examinaba los trofeos de caza del hombrecito.

—¡Oh, oh! —dijo amenazándolo suavemente con el dedo—. ¿Así que eres un auténtico cazador furtivo?

Lili respondió con aire de sorpresa:

—¿Yo? ¡Soy de los Bellons!

Mi padre le preguntó el sentido de su respuesta.

—Quiere decir que estas colinas pertenecen a la gente de aquí. ¡O sea que no

somos cazadores furtivos!

Su punto de vista era muy simple: todos los furtivos de La Treille eran cazadores, mientras que los cazadores de Allauch o de la ciudad eran furtivos.

Comimos sobre la hierba. La conversación de Lili nos interesó muchísimo, pues conocía cada valle, cada barranco, cada sendero, cada piedra de aquellas colinas. Además, sabía los horarios y las costumbres de las presas, pero, a ese respecto, me pareció un poco reticente: se limitó a responder a las preguntas del tío Jules, a veces con evasivas y una sonrisita maliciosa.

Mi padre dijo:

—Lo que más escasea en esta región son las fuentes... Aparte del Pozo de la Morera, ¿hay alguna más?

—¡Claro que sí! —dijo Lili. Pero no añadió nada.

—Está el abrigo de Passe-Temps —dijo el tío—. Figura en el mapa del Estado Mayor.

—Está también la de los Escaouprès —dijo Lili—. Ahí lleva mi padre a beber a las cabras.

—Es la que vimos el otro día —dijo el tío.

—Seguro que hay más —dijo mi padre—. Es imposible que en un macizo tan vasto las aguas de lluvia no salgan por algún lado.

—Igual no llueve lo suficiente —dijo el tío.

—Desengáñate —exclamó mi padre—. En París caen 0,45 metros de lluvia al año. ¡Aquí caen 0,60!

Miré a Lili con orgullo e hice un guiño que subrayaba la omnisciencia paterna. Pero él no pareció comprender el valor de lo que se acababa de decir.

—Teniendo en cuenta que el suelo de las mesetas está hecho de placas rocosas impermeables —prosiguió mi padre—, me parece seguro que debe de haber en los valles una escorrentía considerable, en bolsas subterráneas, y es muy probable que algunas de esas bolsas afloren y rezumen en los lugares más huecos. Seguro que tú conoces otras fuentes.

—Conozco siete —dijo Lili.

—¿Y dónde están?

El pequeño campesino pareció algo incómodo, pero respondió claramente:

—Está prohibido decirlo.

Mi padre se sorprendió tanto como yo.

—¿Y eso por qué?

Lili se sonrojó, tragó saliva y declaró:

—¡Porque las fuentes no se dicen!

—¿A qué viene esa doctrina? —exclamó el tío.

—Evidentemente —dijo mi padre—, en esta región de la sed, un manantial es un tesoro.

—¡Y, además —dijo Lili con candidez—, si conocieran las fuentes, podrían ir a beber!

—¿Quiénes?

—Los de Allauch o los de Peypin. ¡Y entonces vendrían a cazar aquí todos los días! —Se animó bruscamente—. Y, además, vendrían todos esos imbéciles de las excursiones... Desde que les «dijeron» la fuente del Petit-Homme, de vez en cuando vienen veinte por lo menos... Primero, molestan a los perdigones, y además robaron las uvas de la viña de Chabert, y además, a veces, cuando han bebido mucho, hacen pis en la fuente. Una vez pusieron un cartel: «¡Hemos meado en la fuente!».

—¿Por qué? —dijo mi tío.

—Porque Chabert les había disparado con la escopeta.

—¿Un disparo de verdad? —dije yo.

—Sí, pero de lejos, con perdigones... ¡Solo tiene un cerezo, y los otros le robaban las cerezas! —dijo Lili con indignación—. ¡Mi padre dijo que tenía que haber disparado con postas!

—¿Qué costumbres más salvajes!

—¡Los salvajes son ellos! —dijo Lili con énfasis—. ¡Hace dos años, para asarse las costillas, prendieron fuego al pinar del aprisco de Moulet! ¡Por suerte era un pinar pequeño y no había nada cerca! ¡Pero si lo hacían en Passe-Temps, imagínese!

—Evidentemente —dijo mi padre—, la gente de ciudad es peligrosa, porque no saben...

—Cuando no se sabe —dijo Lili—, mejor quedarse en casa.

Comía con ganas la tortilla de tomates.

—Pero nosotros no somos excursionistas. No ensuciamos las fuentes, y podrías decirnos dónde están.

—Ya quisiera yo —dijo Lili—. Pero está prohibido. Ni en las familias se dice.

—En las familias —dijo mi padre—, eso es peor todavía.

—Igual exagera un poco —dijo el tío.

—¡Oh! ¡No! ¡Es la verdad! Mi abuelo conocía una: nunca se la quiso decir a nadie...

—Entonces, ¿tú cómo lo sabes?

—Pues porque tenemos un campo pequeño, al fondo de Passe-Temps. A veces íbamos a labrar, para el trigo negro. Entonces, a mediodía, a la hora de comer, el yayo decía: «¡No miréis adónde voy!». Y se iba con una botella vacía.

Pregunté:

—¿Y no mirabais?

—¡Ay, madre! ¡Nos habría matado a todos! Así que comíamos en el suelo, sin mirar para él. Y al rato volvía con una botella de agua helada.

Mi padre preguntó:

—¿Y nunca, nunca lo supisteis?

—Parece ser que cuando murió, intentó contar el secreto... Llamó a mi padre y le dijo: «François, la fuente... la fuente». Y pum, se murió... Había esperado demasiado. Y por mucho que la buscamos, no la encontramos nunca. Así que es una fuente perdida...

—Qué desperdicio más tonto —dijo el tío.

—Pues sí —dijo Lili, melancólico—. Pero igual sirve para que beban los pájaros.

Con la amistad de Lili, para mí comenzó una nueva vida. Después del café con leche matutino, cuando salía al alba con los cazadores, lo encontrábamos sentado en el suelo, bajo la higuera, muy ocupado ya preparando las trampas.

Tenía tres docenas, y mi padre me había comprado veinticuatro en el bazar de Aubagne, que las vendía hipócritamente con el nombre de *ratoneras*.

Yo había insistido mucho para obtener algunos artefactos de un modelo más grande, especialmente concebidos para el estrangulamiento de los perdigones.

—No —me dijo—. Sería desleal cazar con trampa una pieza tan hermosa.

Cuestioné entonces la lealtad de su arcabuz, que fulminaba por sorpresa a esas aves estupefactas.

—Mientras que, contra una trampa, la perdiz puede defenderse, porque es inteligente, es astuta, tiene la posibilidad de librarse...

—Sí, tal vez —dijo—. Pero igualmente, la trampa no es un arma noble... Y, además, tengo otro motivo: el resorte de esos artefactos es demasiado potente. ¡Te podrías romper un dedo!

Le demostré al momento que era capaz de manejarlo con perfecta soltura, cosa que se vio obligado a reconocer; y, como yo seguía insistiendo, terminó por decir a media voz:

—Y, además, son demasiado caras.

Fingí no haberlo oído y me abalancé, con un grito de alegría, sobre un razonable tirachinas que se vendía al precio de quince céntimos.

Las *ratoneras*, que eran del tamaño de un platillo de café, resultaron ser de una eficacia temible: saltaban al cuello del pájaro con tanto nervio que ni un mirlo grande habría podido escapar.

Mientras ojeábamos las presas, colocábamos los artefactos en el suelo, al borde de los riscos o sobre una rama ahorquillada, que rompíamos para aplanarla, en el mismo centro de un terebinto que Lili llamaba *pétélin*.

Ese árbol, que crece tan bien en los poemas bucólicos, produce racimos de

semillas rojas y azules que gustan mucho a los pájaros: una trampa en un terebinto es la captura asegurada de un colirrojo tizón, un mirlo, un pinzón verde, un tordo...

Las colocábamos al subir hacia las cimas, durante toda la mañana, y luego nuestro cuarteto se detenía para comer cerca de una fuente, a la sombra clara de un pino.

Los morrales siempre iban repletos, pero devorábamos hasta las migas. Mientras comíamos la tortilla de tomates —deliciosa cuando está fría—, las costillas crepitan sobre una brasa de romero. A veces el tío Jules, con la boca llena, agarraba bruscamente la escopeta y disparaba hacia el cielo, por entre las ramas, a algo que nadie había visto, y de pronto caía una paloma torcaz, una oropéndola, un gavilán...

Cuando ya solo quedaban los huesos de las costillas y la corteza del queso, los cazadores, acostados sobre un lecho de lastón, echaban la siesta con un pañuelo sobre la cara, a causa de las moscas, mientras nosotros subíamos hacia los riscos, para la primera ronda de las trampas.

Teníamos una memoria infalible para las ubicaciones, los árboles, los arbustos, las piedras. Desde lejos, yo veía en seguida que una trampa ya no estaba en su sitio; me precipitaba con la emoción de un trampero que espera encontrar el cadáver de una marta cibelina o de un zorro plateado.

Casi siempre descubría bajo el árbol, o cerca de la placa, al pájaro estrangulado con la trampa al cuello. Pero si no encontrábamos nada, entonces la emoción alcanzaba su culmen, igual que la de un jugador de lotería que ha oído proclamar las tres primeras cifras de su número y espera la salida del cuarto.

Cuanto más lejos esté la trampa, más grande es la presa que la ha arrastrado. Sacudíamos los matorrales, en círculos concéntricos, en torno al lugar de la emboscada.

A menudo era un hermoso mirlo, un tordo grande, una torcaz, una codorniz, un arrendajo...

En otras ocasiones, no encontrábamos el artefacto, arrebatado por algún gavilán con la presa atrapada y cuyo agónico aleteo había atraído al ladrón.

Otras veces se producía una decepción ridícula: una rata grande, un lagarto enorme, una escolopendra color miel. Incluso un día, tras una larga búsqueda llena de esperanza, descubrimos una lechuza blanca: erguida sobre sus patas amarillas, con todas las plumas erizadas, danzaba con la trampa al cuello. Medio

asfixiada y susurrando maleficios, nos recibió con aire descontento, abriendo inmensamente sus ojos emplumados. Cuando me acercaba, un poco inquieto, dio de pronto un salto extraño, pues lanzó las patas hacia delante hasta la altura de la trampa, que agarró con las garras, cayendo sobre la rabadilla. Seguramente habría logrado liberarse si hubiera cogido solo una de las ramas de latón. Pero agarraba las dos a la vez sobre su cuello frágil y ya herido: la muerte cercana le abrió el pico y entonces, reuniendo sus últimas fuerzas, apartó violentamente el artefacto y, de golpe, se arrancó la cabeza.

Aquella bola de plumas, proyectada hacia el cielo, debió de creer por un instante que se echaba a volar, pero cayó sobre la grava, con el pico hacia arriba, los ojos aún abiertos de sorpresa.

Cuando, mucho más tarde, en el instituto, el señor Laplane nos enseñó que la lechuza era el ave de Minerva y que representaba la sabiduría, se me escapó tal carcajada que tuve que copiar, hasta el gerundio, cuarenta verbos que, además, eran deponentes.



Tras la primera ronda, había que esperar hasta las cinco o las seis, para dejar a las trampas tiempo para «trabajar».

Entonces, durante la tarde, íbamos a explorar grietas, a recoger la ajedrea de los Escaouprès o la lavanda del Taoumé. Pero muy a menudo, tendidos bajo un pino rodeado de maleza —porque, como los animales salvajes, queríamos ver sin ser vistos—, charlábamos, en voz baja, durante horas.

Lili lo sabía todo: el tiempo que haría, las fuentes escondidas, los barrancos donde se encuentran setas, lechugas silvestres, pinos piñoneros, endrinas, madroños; conocía, detrás de unos matorrales, unas cepas de viña que habían escapado de la filoxera y en las que maduraban en soledad racimos ácidos pero deliciosos. Con un junco hacía una flauta de tres agujeros. Cogía una rama bien seca de clemátide, cortaba un trozo entre los nudos y, gracias a los mil canales invisibles que seguían la veta de la madera, se podía fumar como un cigarrillo.

Me presentó al viejo azufaífo de la Pondrane, al serbal del Gour de Roubaud, a las cuatro higueras de Precatori, a los madroños de La Garette y, en la cima de la Tête-Rouge, me mostró la Cantapiedra.

Era, justo al borde del risco, un pequeño saliente de roca atravesado por agujeros y canales. Ella sola, en el silencio soleado, cantaba según los vientos.

Tendidos boca abajo entre el lastón y el tomillo, uno a cada lado de la piedra, la rodeábamos con los brazos y, con la oreja pegada a la roca pulida, escuchábamos con los ojos cerrados.

Un ligero mistral la hacía reír, pero si se enfadaba maullaba como un gato perdido. No le gustaba el viento de lluvia, que anunciaba con suspiros y murmullos de inquietud. Luego un viejo cuerno de caza sonaba largo rato al fondo de un bosque mojado.

Cuando soplaban el Viento de las Señoritas, entonces era música de verdad. Se

oían coros de damas vestidas como marquesas que se hacían reverencias. Luego una flauta de cristal, una flauta fina y aguda acompañaba, arriba en las nubes, a la voz de una niña que cantaba a la orilla de un arroyo.

Mi querido Lili no veía nada y cuando la niña cantaba creía que era un tordo, o a veces un hortelano. Pero no era culpa suya que su oído fuera ciego, y yo seguía admirándolo de la misma manera.

A cambio de tantos secretos, yo le contaba la ciudad: las tiendas donde se encuentra de todo, las exposiciones de juguetes en Navidad, las retretas con antorchas del Regimiento 141<sup>12</sup> y la magia de Magic City, donde había montado en las montañas rusas: imitaba el redoble de las ruedas de hierro en los raíles, los gritos estridentes de los pasajeros, y Lili gritaba conmigo...

Por otra parte, había constatado que, en su ignorancia, me consideraba un sabio: yo me esforzaba por justificar esa opinión —tan opuesta a la de mi padre— mediante proezas de cálculo mental, en realidad, cuidadosamente preparadas: a él debo haber aprendido la tabla de multiplicar hasta trece por trece.

Luego le regalé varias palabras de mi colección, empezando por las más cortas: *fajina*, *empeine*, *punción*, *barbecho*, y cogí ortigas a manos llenas para deslumbrarlo con *vesícula*. Después coloqué *vestimentario*, *radícula*, *desenvoltura* y la admirable *plenipotenciario*, título que otorgué (muy equivocadamente) al cabo de gendarmería.

Al fin, un día le ofrecí, caligrafiada en un trozo de papel, *anticonstitucionalmente*. Cuando hubo logrado leerla, me dedicó grandes elogios, mientras reconocía «que no la iba a usar mucho», cosa que no me ofendió ni lo más mínimo. Mi propósito no era aumentar su vocabulario, sino conseguir su admiración, que crecía a medida que se alargaban las palabras.

Sin embargo, nuestras conversaciones siempre acababan volviendo a la caza: le repetía las historias del tío Jules y, a menudo, cruzado de brazos, apoyado contra un pino y mordisqueando una umbela de hinojo, me decía gravemente:

—Cuéntame otra vez lo de las bartavelas...

<sup>12</sup> Desfiles populares nocturnos de carácter patriótico, militar o religioso.

Nunca en mi vida había sido tan feliz, pero a veces los remordimientos me seguían hasta la colina: había abandonado al pequeño Paul. Él no se quejaba, pero yo sentía lástima imaginando su soledad. Por eso decidí llevarlo con nosotros un día.

La víspera, avisé a los cazadores de que Lili y yo no saldríamos temprano, sino mucho más tarde, a causa de Paul, y nos reuniríamos con ellos en el abrigo de Passe-Temps, donde íbamos a comer.

Pareció decepcionarles aquella defección y trataron —en vano— de hacerme cambiar de opinión.

Sin decir nada, saboreé mi triunfo: ellos, que no habían querido invitarme a la apertura, ahora lamentaban mi ausencia, y me hacía indispensable... Así deben de alegrarse los americanos cuando les pedimos ayuda, tras haber expulsado a sus antepasados con pretextos políticos o religiosos.

Por la mañana, sobre las seis, nos llevamos a Paul, aún medio dormido pero feliz por la aventura, y caminó valerosamente entre nosotros.

Al llegar al Petit-Ceil encontramos, en la primera trampa, un pinzón.

Paul lo soltó en seguida, lo contempló un momento y se echó a llorar, gritando con voz ahogada:

—¡Está muerto! ¡Está muerto!

—Pues claro —dijo Lili—. ¡Las trampas los matan!

—¡No quiero, no quiero! ¡Hay que *desmorirlo*!

Trató de soplar en el pico del pájaro, luego lo lanzó al aire para ayudarlo a volar, pero el pobre pinzón cayó pesadamente, como si nunca hubiera tenido alas... Entonces el pequeño Paul recogió piedras y se puso a tirárnoslas en semejante estado de rabia que tuve que cogerlo en brazos y llevarlo de vuelta a casa.

Hablé a mi madre de mis remordimientos por abandonarlo.

—No te preocupes por él —me dijo—. Adora a su hermanita y tiene mucha paciencia: todo el día está pendiente de ella. ¿Verdad, Paul?

—¡Oh! ¡Sí, mamá!

En efecto, estaba pendiente.

En el fino cabello rizado, enganchaba un puñado de cigarras y los insectos cautivos zumbaban alrededor de la cabeza infantil, que reía, pálida de terror; o bien la sentaba, a dos metros del suelo, en la horcadura de un olivo y luego fingía abandonarla a su triste destino. Un día, como le daba miedo bajar, se subió a las ramas más altas y mi madre espantada vio su carita de lejos sobre un follaje de plata...

Corrió a buscar la escalera y logró capturarla, con ayuda de la tía Rose, como a veces hacen los bomberos con los gatitos aventurados. Paul afirmó «que se le había escapado» y, a partir de entonces, la hermanita fue considerada como un mono capaz de las peores escaladas.

Otras veces le metía por la espalda bayas de escaramujo, a las que llaman *rascaculos* por muy buenas razones: se ganó la reputación de lloriquear sin saber por qué.

La calmaba cebándola de goma de almendro e incluso le hizo comer una pastilla de regaliz que no venía de la farmacia, sino de un conejo. Me contó la hazaña aquella misma noche, porque temía haberla envenenado.

Le confesé entonces que yo mismo le había dado a él aceitunas negras aún tibias, recogidas tras los pasos de un rebaño de cabras, y que no le había pasado nada. Le encantó aquella tranquilizadora confesión y prosiguió sin cargo de conciencia con sus bromas fraternales.

Pero, como el gran Shakespeare me enseñaría más adelante, *crime will out*, es decir que los crímenes siempre se descubren, de modo que una tarde, después de la caza, lo encontré en nuestro cuarto, sollozando sobre la almohada.

Aquel día fatídico había inventado un nuevo juego de reglas muy sencillas...

Pellizcaba con fuerza la nalga regordeta de la hermanita, que de inmediato lanzaba chillidos penetrantes.

Entonces Paul corría, como enloquecido, hacia la casa:

—¡Mamá! ¡Corre, ven! ¡Le ha picado una avispa!

Mamá acudió dos veces con algodón y amoniaco y trató de sacar, entre dos uñas, un aguijón que no existía, lo que redobló los gritos de la hermanita, para deleite del sensible Paul.

Cometió el error de repetir otra vez más la broma fraternal.

Mi madre, que ya albergaba dudas, lo pilló *in fraganti*: recibió un bofetón

magistral seguido por varios golpes de disciplina, que aceptó sin inmutarse, pero la reprimenda patética que vino seguidamente le rompió el corazón y a las siete de la tarde aún seguía inconsolable. A la mesa, él mismo se privó del postre, mientras la hermanita martirizada y agradecida le ofrecía llorando de ternura su propia parte de crema de caramelo...

Convencido de que no se aburría ni un segundo, vencí fácilmente mis remordimientos y lo dejé con sus juegos criminales.

Una mañana salimos bajo un cielo encapotado, enganchado a las crestas y apenas rojizo hacia el oeste. Una leve brisa fresca, que venía del mar, empujaba lentamente unas nubes oscuras: mi padre me había obligado a ponerme una cazadora con mangas encima de la camisa y una gorra en la cabeza.

Llegó Lili, con boina.

El tío miró al cielo y decretó:

—¡No va a llover, y este tiempo es perfecto para la caza!

Lili me guiñó el ojo y me dijo en voz baja:

—¡Si tuviera que beberse todo lo que va a caer, iba a estar meando hasta Navidad!

Aquella expresión me pareció admirable y Lili me confió, con cierto orgullo, que la había sacado de su hermano mayor Baptistin.

La mañana transcurrió como de costumbre, pero hacia las diez nos sorprendió un aguacero cerca de los riscos del Taoumé. Duró unos diez minutos, que pasamos bajo las gruesas ramas de un gran pino: mi padre aprovechó aquella pausa para enseñarnos que en ninguna circunstancia había que refugiarse bajo un árbol. No hubo truenos y pronto pudimos llegar a la Baume-Sourne, donde comimos.

Habíamos puesto por el camino unas cincuenta trampas y los cazadores abatieron cuatro conejos y seis perdices.

El tiempo se había despejado y el tío afirmó:

—Se ha purgado el cielo. Se acabó.

Lili volvió a guiñarme un ojo, pero no repitió la hermosa frase.

Tras haber batido en vano el valle del Jardinier, los hombres nos dejaron y tomaron el camino de Passe-Temps mientras nosotros nos dirigíamos hacia nuestro territorio de caza.

Mientras subíamos por los taludes, Lili me dijo:

—No llevamos prisa. Cuanto más tiempo dejemos las trampas, mejor.

Fuimos a tumbarnos, con las manos bajo la nuca, al pie del viejo serbal que se alzaba en el centro de un macizo de espinos.

—No me extrañaría —dijo— si cogemos algún zorzal esta tarde, porque hoy empieza el otoño.

Me quedé estupefacto.

En las regiones del centro y el norte de Francia, ya desde los primeros días de septiembre, una ligera brisa un poco fresca de más, de pronto, recoge al pasar una bonita hoja de un amarillo resplandeciente que gira y se desliza y revolotea, tan elegante como un pájaro... Precede por muy poco a la renuncia del bosque, que se vuelve rojizo, después flaco y negro, pues todas las hojas vuelan tras las golondrinas cuando el otoño toca su trompeta de oro.

Pero en mi región de Provenza, los pinos y los olivos solo amarillean para morir y las primeras lluvias de septiembre, que lavan y regeneran el verde de los ramajes, resucitan el mes de abril. En las mesetas de la garriga, el tomillo, el romero, el enebro y el tojo conservan sus hojas eternas en torno al espliego siempre azul y el otoño furtivo se desliza en silencio al fondo de los valles: aprovecha una lluvia nocturna para amarillear la viña joven o cuatro melocotoneros que parecen enfermos y, para ocultar mejor su llegada, hace enrojecer a los ingenuos madroños, que siempre lo han tomado por la primavera.

Así pues, los días de vacaciones, siempre iguales a sí mismos, no hacían avanzar el tiempo y el verano ya muerto no tenía ni una arruga.

—¿Quién te ha dicho que empieza el otoño?

—Dentro de cuatro días es San Miguel y van a llegar los zorzales. Todavía no es la gran migración, porque eso será la semana que viene, en el mes de octubre...

La última palabra me hizo un nudo en la garganta. ¡Octubre! ¡LA VUELTA A CLASE!

Me negué a pensar en ello, aparté con todas mis fuerzas la dolorosa idea: vivía entonces en un estado de ánimo que solo comprendí mucho más adelante, cuando mi maestro Aimé Sacoman nos explicó el idealismo subjetivo de Fichte. Como el filósofo alemán, yo creía que el mundo exterior era mi creación personal y que me era posible, mediante un esfuerzo de voluntad, suprimir, como con un tachón, los acontecimientos desagradables. A causa de aquella creencia innata y siempre desmentida por los hechos, los niños tienen rabietas tan terribles cuando el acontecimiento del que se creen amos los contradice descaradamente.



Traté pues de suprimir el mes de octubre. Se encontraba en el futuro y por tanto ofrecía menos resistencia que un hecho del presente. Lo conseguí especialmente porque me ayudó en mi empresa un rugido lejano, que cortó en seco nuestra conversación.

Lili se levantó y aguzó el oído: el rugido vibró de nuevo, allá, en Allauch, al otro lado del Taoumé.

—Ya está —dijo Lili—. ¡Vas a ver dentro de una hora! Todavía está lejos, pero viene para acá.

Saliendo de los escaramujos, vi que el cielo se había oscurecido.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Volvemos a la Baume-Sourne?

—No merece la pena. Me sé un sitio, casi al final del Taoumé, donde no nos mojaremos y lo veremos todo. Ven.

Se puso en marcha.

En aquel mismo instante, un rugido de trueno —ya algo más cercano— hizo temblar sordamente el paisaje. Se volvió hacia mí.

—No tengas miedo. Nos da tiempo.

Pero apretó el paso.

Escalamos dos chimeneas, mientras el cielo se volvía crepuscular. Cuando llegábamos al hombro del pico vi acercarse una inmensa cortina violeta, que un relámpago rojo desgarró bruscamente, pero sin ruido.

Franqueamos una tercera chimenea que era casi vertical y llegamos a la penúltima terraza, que sobresalía varios metros de la última meseta.

En el risco, cincuenta pasos más adelante, se abría a ras de suelo una grieta triangular cuya base apenas tenía un metro de ancho.

Entramos. Aquella especie de cueva, que se ensanchaba al principio, se iba estrechando al hundirse en la roca y la oscuridad.

Reuniendo algunas piedras planas, Lili instaló una especie de banqueta frente al paisaje. Luego hizo bocina con las manos y gritó hacia las nubes:

—¡Ya puede empezar!

Pero no empezó.

A nuestros pies, bajo las mesetas de las tres terrazas, se hundía el valle del Jardinier, cuyo pinar se extendía hacia dos altas paredes rocosas de las gargantas de Passe-Temps, que se hundían a su vez entre dos mesetas desérticas.

A la derecha, y casi a nuestra altura, estaba el llano inclinado del Taoumé, donde habíamos colocado nuestras trampas.

A la izquierda del Jardinier, los riscos, bordeados por pinos y encinas, marcaban el borde del cielo.

Aquel paisaje, que yo siempre había visto temblar bajo el sol, en el aire danzante de los días cálidos, estaba ahora congelado como un inmenso belén de cartón.

Nubes violetas nos pasaban por encima y la luz azulada bajaba a cada minuto, como la de una lámpara que se apaga.

No tenía miedo, pero sentía una inquietud extraña, una angustia profunda, animal.

Los perfumes de la colina —y sobre todo el de las lavandas— se habían convertido en olores y subían desde el suelo, casi visibles.

Pasaron varios conejos, corriendo como si huyeran de los perros, y luego unas perdices con las alas abiertas surgieron sin ruido del valle y se posaron treinta pasos a nuestra izquierda, bajo el saliente de los riscos grises.

Entonces, en el silencio solemne de la colina, los pinos inmóviles se pusieron a cantar.

Era un murmullo lejano, un rumor demasiado débil para inquietar a los ecos, pero tembloroso, continuo, mágico.

No nos movíamos, no hablábamos. Del lado de la Baume-Sourne, un gavián gritó sobre los riscos, un grito agudo, entrecortado, largo como una llamada. Ante mí, sobre la roca gris, cayeron las primeras gotas.

Muy separadas entre sí, estallaban en manchas violetas del tamaño de monedas de diez céntimos. Después se acercaron en el espacio y en el tiempo y la roca brilló como una acera mojada. Al fin, de pronto, un relámpago veloz seguido por un rayo seco y vibrante reventó las nubes, que se desplomaron sobre la garriga en una intensa crepitación.

Lili se echó a reír. Vi que estaba pálido y sentí que yo también lo estaba, pero ya respirábamos más libremente.

La lluvia vertical ocultaba el paisaje, del que solo quedaba un semicírculo cerrado por una cortina de perlas blancas. De cuando en cuando, un relámpago tan rápido que parecía inmóvil iluminaba el techo negro, y negras siluetas de árboles cruzaban la cortina de cristal. Hacía frío.

—Me pregunto —dije— dónde estará mi padre.

—Han debido de llegar a la cueva de Passe-Temps, o al abrigo pequeño de Zive.

Reflexionó unos instantes y dijo de pronto:

—Si me juras que nunca se lo dirás a nadie, te voy a enseñar una cosa. Pero tienes que jurarlo por tus muertos.

Era un juramento solemne, que solo se exigía en las grandes ocasiones. Vi que Lili había adoptado un aire grave y que esperaba. Me levanté, tendí la mano derecha y, al compás del ruido de la lluvia, pronuncié con voz clara la fórmula:

Te lo juro por mis muertos,  
si miento voy al infierno.

Tras diez segundos de silencio, que dieron pleno valor a la ceremonia, se levantó.

—Bueno —dijo—. Ven. Vamos a ir al otro lado.

—¿Qué otro lado?

—Esta cueva cruza. Es un pasadizo por debajo del Taoumé.

—¿Tú ya has pasado?

—Muchas veces.

—Nunca me lo habías dicho.

—Porque es un grandísimo secreto. Solo lo saben tres: Baptistin, mi padre y yo. Contigo hacen cuatro.

—¿Crees que es tan importante?

—¡Pues claro! ¡Por los gendarmes! Cuando los vemos de un lado del Taoumé, pasamos al otro. Ellos no saben el pasadizo, y antes de que den la vuelta ya estamos lejos. Lo has jurado: ¡no se lo puedes decir a nadie!

—¿Ni siquiera a mi padre?

—Él tiene el permiso, no le hace falta saberlo.

Al fondo de la cueva la gruta se hacía más estrecha y giraba a la izquierda. Lili se metió de lado, con el hombro.

—No tengas miedo. Luego es más ancha.

Lo seguí.

El pasillo subía, volvía a bajar, iba a la izquierda y luego a la derecha. Ya no se oía la lluvia, pero los rugidos del trueno hacían temblar la roca a nuestro alrededor.

Tras el último giro, apareció una luz tenue. El túnel desembocaba en la otra vertiente y los Escaouprès debían de quedar abajo, pero una capa de bruma los cubría enteramente. Además, unas nubes venían hacia nosotros, en rulos grises; rompieron como la marea que sube y en seguida estuvimos ahogados: no se veía a diez pasos.

La gruta en la que estábamos era más ancha que la primera, colgaban estalactitas del techo y el umbral quedaba a dos metros del suelo.

Ahora la lluvia caía con rabia, recia, rápida, pesada, y de pronto los relámpagos se sucedieron sin pausa: cada trueno no hacía más que reforzar el fin del precedente, cuyo inicio nos llegaba ya por las duras sacudidas de los ecos.

Ante el umbral de la cueva, un terebinto vibraba bajo el golpe de las gotas y perdía poco a poco sus hojas lustrosas. A izquierda y derecha oíamos correr arroyos que arrastraban grava y piedras y borboteaban bajo pequeñas cascadas invisibles.

Estábamos perfectamente resguardados y nos burlábamos de las fuerzas de la tormenta, cuando el rayo, hiriente y bramando, golpeó el risco muy cerca de nosotros e hizo caer todo un panel de roca.

Entonces oímos crujir los troncos de los árboles que los bloques que saltaban rompían a su paso, como barrenos, sobre el lejano fondo del valle.

Esa vez temblé de miedo y retrocedí hacia el fondo del pasillo.

—¡Es precioso! —me dijo Lili.

Pero vi que no estaba tranquilo. Vino a sentarse a mi lado y añadió:

—Es precioso, pero tremendo.

—¿Va a durar mucho?

—Puede que una hora, no más.

Comenzaron a caer regueros de agua por las grietas de la bóveda ojival, cuya cima se perdía en la oscuridad, y luego un chorro de agua nos obligó a desplazarnos.

—La pena —dijo Lili— es que vamos a perder una docena de trampas... Y las otras habrá que secarlas muy bien cerca del fuego y engrasarlas, porque...

Calló bruscamente y miró fijamente tras de mí. Muy suavemente, murmuró:

—¡Agáchate despacio y coge dos piedras grandes!

Aterrado de pronto, encogiéndome el cuello, me quedé inmóvil. Pero lo vi agacharse lentamente, con la mirada aún fija en algo que se encontraba detrás y por encima de mí... Me agaché a mi vez, muy despacio... Lili había recogido dos piedras del tamaño de mi puño: yo hice lo mismo.

—Date la vuelta despacito —susurró.

Giré la cabeza y el busto: vi, allá arriba, brillar en la sombra dos ojos fosforescentes.

Dije en un soplo:

—¿Es un vampiro?

—No. Es el Gran Duque.

Mirando con todas mis fuerzas, acabé por distinguir el contorno del búho real.

Subido a un saliente de la roca, tendría una altura de sesenta centímetros. Las aguas lo habían echado de su nido, que debía de estar en alguna parte del techo.

—¡Si nos ataca, cuidado con los ojos! —susurró Lili.

El espanto me invadió de pronto.

—¡Vámonos —dije—, vámonos! ¡Más vale mojarse que quedarse ciego!

Salté a la bruma: él me siguió.

Había perdido la gorra, la lluvia crepitaba en mi cabeza desnuda, el pelo me chorreaba por los ojos.

—Quédate contra el risco —gritó Lili—. No nos mojaremos tanto y así no nos perderemos.

En efecto, yo apenas veía a cuatro pasos por delante.

Había pensado que nuestro conocimiento de la zona bastaría para guiarnos con solo ver un árbol, un bloque de piedra, un arbusto cualquiera. Pero la bruma no era solamente una cortina que desdibuja las formas: puesto que no era homogénea, las transformaba. Nos dejaba ver el fantasma de un pequeño pino torcido, pero borraba completamente la silueta de un gran roble que estaba al lado; después el pino desaparecía a su vez y surgía la mitad del roble, desconocida. Avanzábamos por un paisaje que cambiaba sin cesar y sin la presencia del risco, que tocábamos con las manos, no habríamos podido más que sentarnos bajo aquel diluvio y esperar.

Por suerte, el cielo se calmaba poco a poco: la tormenta se había ido hacia Garlaban y la violencia de la lluvia disminuía. Ahora caía regular, recta, asentada...

Sin embargo, el risco que nos guiaba terminó de pronto en el espolón del Taoumé. Lo dejamos con mucha aprensión, como un bebé que suelta el pasamanos.

Lili pasó delante de mí...

Mirando al suelo, encontró el sendero, aunque los arroyos de la tormenta lo hubieran desfigurado. De hecho, un viejo enebro, que alzaba en la bruma dos ramas muertas torcidas, fue preciso: íbamos por buen camino y marchamos al trote.

Nuestras alpargatas, hinchadas de agua, borboteaban a cada paso. Mi pelo empapado me helaba la frente. La cazadora y la camisa se me pegaban a la piel.

En el silencio recobrado oímos a lo lejos una especie de rugido, muy débil pero

continuo. Lili se detuvo, aguzó el oído.

—Eso —dijo— son los Escaouprès que chorrean. Pero no puede saberse de qué lado viene.

Escuchamos atentamente: venía de todos lados, a causa de los ecos atenuados por la lluvia.

Lili, pensativo, declaró:

—También puede ser La Garette, o igual el Pas du Loup... ¡Si no corremos, vamos a coger frío!

Echó a correr, con los codos pegados al cuerpo, y lo seguí temiendo perder de vista la pequeña silueta danzante que arrastraba jirones de bruma.

Pero tras diez minutos de carrera, se detuvo bruscamente y se volvió hacia mí.

—Bajamos cada vez más. Ya no estaremos lejos del aprisco de Baptiste.

—No hemos visto los tres terebintos.

—Hoy no se ve gran cosa.

—Hay uno en medio del camino. ¡Incluso con la niebla, tendríamos que haberlo visto!

—No me he fijado —dijo.

—¡Pero yo sí!

—Entonces deben de estar un poco más abajo.

Reemprendió el camino. Mil arroyuelos corrían casi sin ruido. Un gran pájaro negro con las alas abiertas pasó por encima de nosotros, a diez metros. Me di cuenta de que habíamos perdido el sendero hacía mucho tiempo. Él también lo comprendió y se detuvo de nuevo.

—Me pregunto —dijo—, me pregunto...

Ya no sabía qué hacer, porque se puso a insultar a la niebla, a la lluvia y a los dioses, con terribles injurias provenzales.

—¡Espera! —le dije de pronto—. Tengo una idea. No hagas ruido.

Me volví a la derecha y, haciendo bocina con las manos, lancé un largo grito de llamada y escuché.

Un eco débil repitió el grito, y después otro, más débil aún.

—Este —dije— creo que es el del risco de los Escaouprès, casi debajo de Tête-Rouge.

Grité entonces ante mí. Nada respondió. Me volví a la izquierda y gritamos los dos a la vez.

Un eco más sonoro fue seguido por otros dos: era la voz de Passe-Temps.

—Ya sé dónde estamos —dije—. Nos hemos ido desviando a la izquierda y, si seguimos por ahí, vamos a caer al borde de los riscos de La Garette. Sígueme.

Eché a andar, virando a la derecha... La tarde espesaba la bruma, pero yo llamaba a los ecos familiares y pedía consejo al de los Escaouprès que, por piedad, se acercó a nosotros.

Al fin mis pies reconocieron una serie de piedras redondas, que rodaron bajo mis suelas.

Entonces, salí del sendero a mi derecha y creí distinguir una larga masa oscura.

Avancé, tendiendo los brazos hacia delante, y de pronto agarré a puñados las hojas carnosas de una higuera... Era la del aprisco de Baptiste, y el viejo olor de la majada, resucitado por la tormenta, nos hizo saber que estábamos a salvo. La lluvia lo comprendió: se detuvo.

Entonces nos sentimos felices y orgullosos de aquella aventura que daría pie a hermosos relatos. Pero cuando bajábamos a paso rápido el repecho del Redouneou, oí, lejos tras de nosotros, la llamada de un ave.

—Es una avefría —dijo Lili—. No se paran aquí. Son las avefrías que se marchan...

Surgieron, formando una uve, apenas visibles, en la bruma que las hacía volar muy bajo, y pasaron sobre nuestras cabeza siguiendo aquel grito lastimero... Partían hacia otras vacaciones.



Llegamos, como siempre, por la parte de atrás de la casa.

Una luz débil temblaba en el primer piso y hacía brillar el polvo de agua a través de la bruma ligera: mi madre alzaba en el crepúsculo el faro irrisorio de una lámpara de petróleo, con el cristal roto por la última gota de lluvia.

Un gran fuego zumbaba en el hogar: mi padre y mi tío, en zapatillas y albornoz, charlaban con François mientras sus trajes de caza, colgados a hombros de varias sillas, se secaban ante las llamas.

—¡Ya ves que no se han perdido! —exclamó alegremente mi padre.

—¡Oh! No había riesgo ninguno —dijo François.

Mi madre tocó mi cazadora, luego la de Lili, y lanzó gritos de preocupación.

—¡Están empapados! ¡Como si se hubieran caído al mar!

—Les hace bien... A los niños no les hace daño el agua, ¡sobre todo la del cielo!

La tía Rose bajó la escalera corriendo como si hubiera un incendio. Iba cargada de trapos y toallas. En un abrir y cerrar de ojos estuvimos desnudos delante del fuego, para deleite de Paul y desazón de Lili: con el pudor de los niños campesinos, hacía por esconderse tras las chaquetas de caza. Pero la tía se hizo con él sin la menor vacilación y lo friccionó con una toalla, dándole vueltas como si fuera un objeto. Mi madre me imponía el mismo tratamiento y François, que observaba la operación, declaró:

—¡Están tan rojos como rascaculos!

Y añadió:

—¡Les hace bien!

Vistieron a Lili con mi viejo traje de cuello marinero, que en seguida le dio un aire muy distinguido, mientras que a mí me envolvían —más que vestirme— con un jersey de mi padre, que me llegaba a las rodillas, y las medias de lana de mi madre, que me subían hasta las caderas.

Luego nos instalaron ante el fuego y relaté nuestra odisea. El punto culminante

fue el ataque del búho real, que evidentemente no pude dejar inmóvil contra la roca: se abalanzó sobre nosotros, ojos ardientes, garras tendidas, y dio vueltas sobre nuestras cabezas. Mientras yo aleteaba, Lili reprodujo los gritos agudos del monstruo. La tía Rose escuchaba con la boca abierta, mi madre meneaba la cabeza, Paul se protegía los ojos con las dos manos. Nuestro éxito fue tan completo que yo mismo tuve miedo, y muy a menudo, en mis sueños —incluso años más tarde—, aquella bestia agresiva volvía para arrancarme los ojos.

El tío Jules contó después con calma heroica la peligrosa epopeya de los cazadores.

Sorprendidos por la tormenta al fondo de las gargantas, primero habían escapado de milagro al desplome de unas rocas enormes que caían sin cesar delante y detrás de ellos, después al rayo que había partido en dos el gran nogal de la Petite Baume; por último, empapados, agotados y perseguidos por un torrente que crecía a cada minuto, debieron su salvación a un esprint desesperado, del cual el tío Jules confesó haberse creído incapaz.

Su historia no causó gran efecto; no se echó a temblar por unos cazadores con bigote.

François, poniéndose en pie, dijo sencillamente:

—¡Qué quieren! ¡Es la estación! Ahora se ha acabado el buen tiempo... En fin, de acuerdo para el domingo. ¡Hala, adiós a todos!

Salió llevándose a Lili, que se quedó con mi viejo traje para admiración de su madre.

Sentado a la mesa, comía yo con gran apetito cuando el tío Jules dijo una frase muy simple, a la que en un primer momento no presté la menor atención.

—Creo —dijo— que nuestros paquetes no pesarán demasiado en la carreta de François. Podremos sentar a Rose, al bebé, a Augustine y a la pequeña. Y lo mismo también a Paul. ¿Tú que dices, pequeño Paul?

Pero el pequeño Paul no pudo decir nada: vi que su labio inferior se alargaba, se hinchaba y se curvaba hacia su barbilla. Conocía bien esa señal, que a veces comparaba con gracia al reborde del orinal de la hermanita. Como de costumbre, el síntoma fue seguido por un sollozo ahogado y dos lágrimas gordas brotaron de sus ojos azules.

—¿Qué le pasa?

Mi madre lo sentó en seguida en su regazo y lo acunó, mientras se echaba a llorar y se sorbía los mocos.

—Pero, a ver, tontorrón —decía mi madre—, ¡ya sabes que no iba a durar para siempre! Y, además, volveremos pronto... ¡No falta tanto para Navidad!

Presentí una desgracia.

—¿Qué dice?

—¡Dice —respondió el tío— que se han acabado las vacaciones!

Y se sirvió tranquilamente un vaso de vino.

Pregunté con voz ahogada:

—¿Cuándo se han acabado?

—Hay que marcharse pasado mañana —dijo mi padre—. Hoy es viernes.

—*Ha sido* viernes —dijo el tío—. Y nos vamos el domingo por la mañana.

—¡Ya sabes que el lunes empieza la escuela! —dijo la tía.

Me quedé sin comprender por un momento y los miré con estupor.

—Vamos a ver —dijo mi madre—, ¡no es una sorpresa! ¡Hace ocho días que lo comentamos!

Era verdad que lo habían comentado, pero yo no había querido escucharlo. Sabía que aquella catástrofe llegaría inevitablemente, como la gente sabe que algún día morirá. Pero se dicen: «No ha llegado el momento de examinar a fondo ese problema. Ya pensaremos en ello a su debido tiempo».

El tiempo había llegado: la conmoción me dejaba sin palabras, casi sin respiración. Mi padre lo vio y me habló amablemente.

—¡A ver, hijo, a ver! Has tenido dos largos meses de vacaciones...

—¡Cosa que ya de por sí es abusiva! —interrumpió el tío—. ¡Si fueras presidente de la República, no habrías tenido tantas!

Aquel ingenioso argumento no me afectó lo más mínimo, porque había decidido no aspirar a ese alto cargo hasta después del servicio militar.

—Tienes ante ti —prosiguió mi padre— un año que contará en tu vida: ¡no olvides que el próximo julio vas a presentarte al examen de las becas, para entrar en el instituto en octubre!

—¡Ya sabes lo importante que es! —dijo mi madre—. Siempre dices que quieres ser millonario. Si no entras en el instituto, nunca lo serás.

Creía muy firmemente que la riqueza era una especie de premio a la excelencia que recompensaba infaliblemente el esfuerzo y la instrucción.

—Y, además, en el instituto —dijo el tío— aprenderás latín, ¡y te aseguro que

te va a apasionar! Yo estudiaba latín hasta en vacaciones, por gusto.

Aquellas extrañas declaraciones, relativas a siglos futuros, no ocultaban la trágica realidad: se habían terminado las vacaciones, y sentí que me temblaba la barbilla.

—¡No irás a echarte a llorar! —dijo mi padre.

Yo también lo esperaba e hice un gran esfuerzo, el esfuerzo de un comanche en el poste de tortura. Mi desesperación se convirtió en rebeldía: contrataqué.

—De todas maneras —dije—, todo eso es asunto vuestro. Pero a mí lo que me preocupa es que mamá no va a poder bajar andando hasta La Barasse.

—Si eso es lo que te preocupa —dijo mi padre—, deja que te tranquilice. El domingo por la mañana, como acaba de decir el tío Jules, las mujeres y los niños subirán a la carreta de François, que los dejará al pie de La Treille, en la parada del ómnibus.

—¿Qué ómnibus?

—El que viene los domingos y que nos llevará hasta el tranvía.

Aquella mención de un ómnibus dominical que nunca habíamos visto confirmaba la existencia de un plan cuidadosamente establecido: habían pensado en todo.

—¿Y los higos? —dije bruscamente.

—¿Qué higos?

—Los de la terraza. Quedan más de la mitad y no estarán maduros hasta dentro de ocho días. ¿Quién se los va a comer?

—Quizás nosotros, si volvemos a pasar aquí unos días en Todos los Santos, dentro de seis semanas.

—¡Entre los gorrones, los tordos y los leñadores, no quedará ni uno! Y todas las botellas de vino que están en la bodega, ¿se van a echar a perder?

—Al contrario —dijo el tío Jules—. El vino mejora con la edad.

Aquella afirmación triunfal desmontó mi ataque, que inmediatamente cambió de eje.

—Eso es verdad —dije—. Pero ¿habéis pensado en el jardín? Papá ha plantado tomates, ¿todavía no nos hemos comido ni uno! ¿Y los puerros? ¡Son del tamaño de mi meñique!

—Puede que me haya equivocado en mis cálculos agrícolas —dijo mi padre—. Pero es por culpa de la sequía. No ha llovido ni una sola vez hasta hoy.

—¡Pues ahora —dije— va a llover y todo se va a volver enorme! ¡Es una pena!

—Tranquilo —dijo mi padre—. Tendremos el gran placer de comernos esas verduras en casa, porque François me ha prometido ocuparse. Cuando vaya al mercado, nos traerá cajas llenas.

Así buscaba yo mil pretextos absurdos, trataba de demostrar que una marcha tan brutal no era factible, como si hubiera sido posible retrasar el inicio del curso. Pero sentía perfectamente la pobreza de mis argumentos y ya me embargaba la desesperación cuando tuve una idea genial...

—Yo —dije— ya sé que tengo que ir a clase, y hasta me apetece ir.

—¡A buenas horas! —dijo el tío poniéndose en pie.

—¡Te has vuelto razonable! —dijo mi padre.

—Solo que pienso yo que el aire de la ciudad a mamá no le sienta bien. Tú lo dijiste. Sí, sí, lo dijiste. ¡Mientras que aquí, mira qué guapa está! Y la hermanita igual. Ahora se sube a los árboles y tira piedras. ¡Así que podemos hacer como el tío Jules!

—¿Y qué hace el tío Jules?

—¡Pues va a la ciudad casi todos los días con su bicicleta y vuelve por la tarde! Que te la preste y yo me subiré al manillar o a tu espalda. Y mamá se quedará aquí con la hermanita y con Paul. Paul en la escuela no hace nada. ¡Y, además, ya has visto cómo ha llorado! ¡Si lo llevamos a la ciudad, va a llorar todo el rato! Ya lo conozco yo, a Paul...

Mi padre se levantó y dijo:

—Puede que no sea mala idea: pero ahora se hace tarde. Ya hablaremos mañana.

—Eso es —dijo el tío—. Ahora hay que irse a dormir, para levantarnos muy pronto, porque mañana, en nuestra última salida, tenemos permiso para ir a los bosques de Pichauris: ¡es el coto privado más hermoso de la región!

Mi padre cogió en brazos a Paul dormido y subimos la escalera detrás de él. En voz baja, dije a mi madre:

—¿No crees que es buena idea?

—Es una idea maravillosa... —me dijo—. ¡Pero sería muy cansado para tu padre!

—Bueno, pues no vendríamos todos los días. Igual miércoles y sábado...

—¡Yo tendría miedo de quedarme sola los otros días!

—¡No, no tendrías miedo! Le pediré a Lili que venga a dormir aquí...

—¡Eso lo arregla todo! —dijo el tío Jules—. Si Lili acepta, estamos salvados.

—¡Ya ha disparado con escopeta! —dije—. Sí, señor, con la escopeta de su hermano.

—Bueno —dijo mi madre—, ahora vete a dormir, que te hace falta... Voy a hablar con tu padre y ya veremos mañana.

Un aire fresco me despertó: Paul acababa de abrir la ventana y apenas había amanecido. Creí que era la luz gris del alba, pero oí borbotear el canalón y el sonido musical del agua que caía en los ecos de la cisterna...

Eran al menos las ocho y mi padre no me había llamado: la lluvia había ahogado la última caza.

Paul me dijo:

—Cuando pare, iré a buscar caracoles.

Bajé de la cama de un salto.

—¿Sabes que nos vamos mañana?

Esperaba despertar en él una desesperación espectacular que habría podido serme útil.

No me respondió, porque estaba ocupado atándose los zapatos.

—Ya no iremos a cazar, ya no habrá hormigas, ni mantis, ni cigarras.

—¡Se han muerto todas! —dijo Paul—. Todos los días, no encuentro ninguna.

—En la ciudad no hay árboles, ni jardín, hay que ir a clase...

—¡Oh, sí! —dijo con alegría—. En clase está Fusier. Es guapo Fusier. Yo lo quiero mucho. Se lo voy a contar todo. Le voy a dar goma...

—Entonces —le dije con aire severo—, ¿estás contento de que se acaben las vacaciones?

—¡Oh, sí! —dijo—. ¡Y, además, en casa tengo mi caja de soldaditos!

—Entonces, ¿por qué llorabas anoche?

Abrió sus grandes ojos azules y dijo:

—No lo sé.

Me indignó aquella renuncia, pero no me desanimé y bajé al comedor. Encontré a multitud de gente y objetos.

En dos cajas de madera blanca, mi padre guardaba zapatos, libros, utensilios. Mi madre doblaba ropa sobre la mesa, la tía llenaba maletas, el tío ataba fardos, la hermanita, en una trona, se chupaba el dedo, y «la criada», a cuatro patas,

recogía las ciruelas de una cesta que acababa de volcar.

—¡Ah! ¿Aquí estás! —dijo mi padre—. La última caza se ha echado a perder. Hay que conformarse...

—Es bien poca decepción —dijo el tío—. ¡Que sea lo peor que te pase en la vida!

Mi madre, en la mesa abarrotada, me sirvió el café con leche y unas hermosas tostadas. Me senté.

—Papá —dije—, ¿has pensado en mi idea?

—¿Qué idea?

—Que mamá se quede aquí con Paul y que nosotros dos...

El tío Jules me interrumpió:

—Querido, eso no puede ser.

—Pero tú lo hacías. ¿No quieres prestarnos la bicicleta?

—De buena gana os la prestaría si tu proyecto fuese realizable. Pero no has pensado que yo salía de la oficina a las cinco y llegaba aquí a las siete y media. Era verano y aún no había anochecido. Tu padre saldrá de la escuela a las seis, y a las seis, ahora, es de noche. ¡No podéis hacer ese trayecto cada día, en plena noche!

—Pero ¿con un farolillo? Yo lo llevo, el farolillo...

—¡A ver! —dijo mi padre—. ¡Ya ves el tiempo que hace! Va a llover cada vez más y no merecerá la pena hacer tantos kilómetros para quedarnos encerrados junto al fuego.

Adoptó de pronto un tono severo.

—Y, además, no hay por qué darte tantas explicaciones. Se han acabado las vacaciones, hay que volver a clase y nos vamos mañana.

Se puso a clavar la tapa de la caja; vi que clavaba el ataúd de las vacaciones y que nada podría cambiar eso.

Con aire indiferente, me acerqué a la ventana y pegué la frente al cristal. Las gotas de lluvia corrían lentamente por los cristales. Por mi cara corrían lentamente mis lágrimas...

Hubo un largo silencio y luego mi madre dijo:

—Se te va a enfriar el café con leche.

Sin darme la vuelta, respondí:

—No tengo hambre.

Insistió:



—No comiste nada anoche. Vamos, ven a sentarte.

No respondí. Cuando se acercaba a mí, mi padre, con voz de gendarme, dijo:

—Déjalo. Si no tiene hambre, la comida podría sentarle mal. No carguemos con esa responsabilidad. Después de todo, la boa solo come una vez al mes.

Y clavó, en silencio, cuatro clavos: se había declarado la guerra.

Me quedé quieto ante la ventana, sin mirarlos.

Oía frases como esta:

—Al fin y al cabo, hemos pasado unas buenas vacaciones, ¡pero da gusto volver a casa!

Y esta otra, proferida por mi propio padre:

—¡Igual es un vicio mío, pero estoy impaciente por volver con mis niños y mi pizarra!

¿Y las bartavelas, dónde dejaba las bartavelas aquel lunático?

En cuanto a la tía Rose, declaró sin rodeos:

—Yo, aquí, lo que echo de menos es el gas. ¡Francamente, tenía ganas de volver por el gas!

¿Cómo una mujer tan encantadora y —en apariencia— tan razonable podía decir semejantes extravagancias y preferir aquella peste sibilante a la brisa resinosa de las colinas?

El tío Jules, sin embargo, la superó en ignominia, porque dijo:

—Pues yo lo que he echado de menos es un retrete cómodo, sin hormigas, sin arañas, sin escorpiones y provisto de cisterna.

En eso pensaba, aquel bebedor empedernido de vino, con su culo gordo: entre el tomillo, el romero y las lavandas, al son de los grillos y las cigarras, bajo el cielo de un azul intenso que surcaban los pájaros, él solo pensaba en eso. ¡Y lo reconocía!

Yo bullía de indignación, pero constaté con orgullo que mi madre era la única que no renegaba de mis queridas colinas: al contrario, tenía un leve aire melancólico tan tierno que fui a besarle furtivamente la mano.

Después me senté en un rincón oscuro para reflexionar.

¿No sería posible ganar ocho días, tal vez dos semanas, fingiendo una enfermedad grave? Después de una fiebre tifoidea, los padres te mandan al campo: le había pasado a mi amigo Viguiet, se quedó tres meses en los Bajos Alpes, en casa de su tía. ¿Cuál era el procedimiento para tener la fiebre tifoidea, o por lo menos para hacer que lo creyeran?

El invisible dolor de cabeza, el mareo incontrolable, el semblante doliente, los párpados pesados, siempre producen un efecto seguro. Pero si la cosa es grave, entonces aparece el termómetro, y yo ya había sufrido varias veces sus despiadados desmentidos. Por suerte, sabía que lo habíamos olvidado en Marsella en el cajón de la mesilla de noche... Pero en seguida comprendí que a la primera alerta me llevarían hasta él, y sin duda el mismo día.

¿Y si me rompiera una pierna? ¡Sí, de verdad! Me habían hablado de un leñador que se cortó dos dedos de un hachazo para no hacer el servicio militar y le había salido bien. Yo no quería cortarme nada, porque sangra horriblemente y luego no vuelve a crecer. Mientras que un hueso roto no se ve y se arregla muy bien. A Cacinelli, en la escuela, le había roto la pierna un caballo de una coz: ¡no se le notaba nada y corría tan rápido como antes! Pero aquella idea genial no superó el examen: si no podía caminar, me llevarían en la carreta de François, tendría que quedarme un mes en un diván y (me lo había dicho Cacinelli) con la pierna «toda emplastada» y «con un peso de cien kilos colgado día y noche».

No, nada de pierna rota.

Pero entonces, ¿qué podía hacer? ¿Tenía que resignarme a dejar —durante una eternidad— a mi querido Lili?

¡Y, precisamente, allí estaba subiendo la cuesta, protegido de la lluvia por un saco doblado como capucha! Inmediatamente recobré el coraje y abrí la puerta de par en par antes de que llegase.

Golpeó largamente la suela de sus zapatos contra la piedra del umbral, para que cayera el barro, y saludó con cortesía a la asistencia, que le respondió alegremente mientras continuaba con sus odiosos preparativos.

Lili vino hasta mí y dijo:

—Habría que ir a buscar las trampas... ¡Si esperamos a mañana, igual los de Allauch las han cogido!

—¿Quieres salir con esta lluvia? —dijo mi madre estupefacta—. ¿Quieres coger una pleuresía?

Era entonces la enfermedad más temible. Pero yo me alegraba de salir de aquella sala, donde no podía hablar libremente. Así que insistí.

—Mira, mamá, me voy a poner la capa con la capucha y Lili cogerá la de Paul.

—Sabe, señora —dijo Lili—, la lluvia se está calmando y no hay viento...

Mi padre intervino:

—Es el último día —dijo—. Basta con abrigo bien, con periódicos en el pecho. Y zapatos en vez de alpargatas. Después de todo, no están hechos de azúcar y parece que va a despejar.

—¿Y si llueve como ayer?

—Ayer volvimos sanos y salvos y, sin embargo, había niebla. ¡Hoy no hay!

Nos vistió. Entre mi camiseta de franela y mi camisa metió varios números del *Petit Provençal* doblados en cuatro. También me metió algunos en la espalda. Después tuve que ponerme dos jerséis superpuestos y luego un blusón, cuidadosamente abotonado, y encima la capa de paño. Por último, me caló la boina hasta las orejas y me puso la capucha puntiaguda de los enanos de Blancanieves y los agentes de policía.

Entretanto, mi tía Rose vestía a Lili de la misma manera. La capa de Paul era muy corta, pero al menos le protegía los hombros y la cabeza.

Cuando salíamos de casa, la lluvia se detuvo y un rayo de sol surgió de pronto sobre los olivos relucientes.

—¡Vamos rápido! —dije—. Van a ir a cazar, tendremos que hacer otra vez de perros y hoy no me apetece. Si se quieren ir mañana, que vayan a cazar solos.

Pronto estuvimos seguros bajo los pinares. Dos minutos más tarde, oímos un largo grito de llamada: era la voz del tío Jules, que no tuvo más respuesta que el eco.

A pesar del mal tiempo, nuestras trampas habían tenido mucho éxito y, cuando llegamos a Font-Brégnette, los morrales estaban llenos de culibancos y alondras con penacho...

Aquel éxito, que demostraba lo absurdo y lo cruel de mi marcha al día siguiente, no hizo más que agravar mi pena.

Cuando llegábamos a la terraza más alta del Taoumé, donde estaban puestas las últimas trampas, Lili, pensativo, dijo a media voz:

—La verdad, es una pena... Tenemos alúas para todo el invierno...

Yo ya lo sabía, que teníamos alúas. Lo sabía amargamente. No respondí nada.

De pronto echó a correr hacia el borde del risco, donde se alzaba un hermoso junípero, se agachó y levantó en alto un pájaro que yo tomé por una paloma pequeña. Gritó:

—¡La primera *sayre*!

Me acerqué.

Era un zorzal grande, al que mi padre un día había llamado *zorzal real*.

Su cabeza era de un gris azulado y, de su pecho rojizo, un abanico de motas negras bajaba por el vientre blanco... Me pesaba en la mano. Mientras lo contemplaba con tristeza, Lili dijo:

—Escucha...

En los pinos, a nuestro alrededor, oí la llamada de multitud de pájaros: se parecía al grito de la urraca, pero sin la estruendosa vulgaridad, sin el ruido insolente del pájaro ladrón. Era, al contrario, una voz gutural y suave, una voz algo triste, la pequeña canción del otoño... Los zorzales llegaban para verme marchar.

—Mañana —dijo Lili— voy a preparar las trampas para tordos de Baptistin y las pondré por la noche. Y te prometo que el lunes por la mañana me van a hacer falta dos morrales para llevarlas.

Le dije secamente:

—¡El lunes por la mañana estarás en la escuela!

—¡Qué va! Cuando le diga a mi madre que han llegado los zorzales y que

puedo sacar quince o veinte francos al día por ellos, no será tan tonta de mandarme a la escuela. ¡Hasta el viernes, o igual el otro lunes, estoy tranquilo!

Entonces me lo imaginé solo, en la garriga soleada, golpeando los matorrales y los enebros, mientras que yo estaría sentado en un aula de techo bajo, frente a una pizarra llena de cuadrados y rombos...

Se me hizo un nudo en la garganta y tuve un ataque de rabia y desesperación.

Gritaba, lloraba, pataleaba, hipaba, y me revolqué por la grava, mientras el *Petit Provençal* crujía en mi pecho y en mi espalda. Chillaba con voz aguda:

—¡No! ¡No! ¡No me voy! ¡No! ¡No quiero ir! ¡No voy a ir! ¡No! ¡No voy a ir!

El vuelo de los zorzales se hundió en el valle y Lili, turbado por aquella desesperación, me abrazó, arrugando entre aquellos corazones desesperados dieciséis capas de *Petit Provençal*.

—¡No te desesperes! —decía—. ¡No hay que ponerse así! Escúchame, escúchame...

Yo lo escuchaba, pero no tenía nada que decirme, solo su amistad.

Avergonzado por mi debilidad, de pronto hice un gran esfuerzo y dije claramente:

—Si quieren obligarme a volver a la ciudad, me dejaré morir de hambre. De hecho, ya he empezado: esta mañana no he comido nada.

Aquella revelación desconcertó a Lili.

—¿Nada de nada?

—Nada.

—Tengo manzanas —dijo revolviendo en su morral.

—No. No quiero. No quiero nada.

Era un rechazo tan feroz que no insistió.

Tras un largo silencio, declaré:

—Está decidido. Que se vayan ellos si quieren. Yo me quedo aquí.

Para marcar el carácter definitivo de aquella resolución, fui a sentarme en una piedra grande y crucé los brazos sobre el pecho. Lili me miraba, perplejo.

—¿Y cómo vas a hacer?

—¡Ja! —dije—. Es muy fácil. Mañana por la mañana, o quizás esta noche, preparo mi hatillo y voy a esconderme en la cuevita debajo del Taoumé.

Abrió los ojos de par en par.

—¿Vas a hacer eso?

—¡No me conoces tú!

—¡Te irán a buscar corriendo!

—¡Pues no me encontrarán!

—Entonces irán a decírselo a los gendarmes y al guarda forestal de Allauch.

—Pero como nadie conoce ese escondite, me lo dijiste tú, tampoco me encontrarán. Y voy a escribir una carta a mi padre y la dejaré en mi cama. Le diré que no me busque, porque soy *inencontrable*, y que si avisa a los gendarmes me tiraré desde lo alto de un risco. Lo conozco. Me entenderá y no le dirá nada a nadie.

—¡Pero igual se va a hacer muy mala sangre!

—Más se haría si me viera morir en casa.

Aquel argumento me convenció a mí mismo y confirmó irrevocablemente mi decisión, pero Lili, tras reflexionar, declaró:

—Ya me gustaría que te quedases. Pero, en la colina, ¿cómo te vas a buscar la vida?

—Primeramente, voy a llevarme provisiones. En casa hay chocolate y una caja entera de tortas. Y habrás oído hablar de un ermitaño que se quedó más de veinte años en el abrigo de Passe-Temps. Bueno, pues haré como él: ¡buscaré espárragos, caracoles, setas, y plantaré garbanzos!

—No sabes cocinarlos.

—Aprenderé. Y me iré a La Pondrane y robaré las ciruelas de Roumieu: él nunca las coge... Secaré higos, almendras, serbas, recogeré moras, endrinas...

No parecía muy convencido y me enfadé un poco.

—¡Ya se ve que no lees nunca! ¡Mientras que yo he leído montones de libros! Y te puedo decir que hay mucha gente que se las arregla muy bien en la selva virgen... Y eso que está llena de arañas venenosas más grandes que una sopera y que te saltan a la cara, y boas que cuelgan de los árboles, y vampiros que te chupan la sangre mientras duermes, además de indios feroces que te buscan para reducirte la cabeza. Mientras que aquí no hay indios, ni animales salvajes...

Vacilé un poco y dije:

—Solo jabalís, ¿verdad?

—No —dijo Lili—, en invierno no.

—¿Por qué?

—Vienen por la sed. En invierno tienen agua, así que se quedan en la montaña, del lado de Sainte-Victoire...

Era una noticia estupenda y tranquilizadora, pues las tripas vaciadas del pobre

manco aún a veces se extendían por las sendas de mi sueño.

—Lo que va a ser difícil —dijo Lili— será dormir por la noche.

—Me haré una cama de lastón, en el suelo, en un rincón de la cueva. Será igual que un colchón Y, además, te diré que uno se acostumbra a todo. Tú, claro, no conoces a Robinson Crusoe, pero yo lo conozco muy bien... Era un marino. Sabía nadar como un pez, pero no sabía correr, porque en los barcos no hay sitio... Bueno, pues cuando naufragó en una isla, al cabo de tres meses corría tan rápido que cogía cabras salvajes.

—¡Ja, ja! —dijo Lili enérgicamente—. ¡A ese tipo no lo conozco, pero a las cabras sí! ¡Si te lo ha contado él, puedes estar seguro de que es un mentiroso!

—¡Te digo que está escrito, en un libro que lo dan de premio en la escuela!

No admitía réplica: tuvo que capitular, pero lo hizo sin perder la cara.

—Si eran cabras preñadas, no digo que no. Pero si te da por coger las cabras de mi padre...

—¡Que no! —dije—. ¡Quería ponerte un ejemplo de que uno se acostumbra a todo! ¡Si un día cojo una cabra de tu padre, le ordeño un vaso de leche y la suelto!

—Eso —dijo Lili— sí que puedes, y nadie se dará cuenta.

La conversación siguió de aquel modo hasta mediodía.

Poco a poco se dejaba convencer, a medida que ante sus ojos yo me instalaba en mi nueva vida.

Primeramente declaró que completaría mis provisiones, robando un saco de patatas de la despensa de su madre y por lo menos dos salchichones. Luego me prometió guardarme cada día la mitad de su pan y su barrita de chocolate. Al fin, como era una mente práctica, volvió su pensamiento hacia el dinero.

—¡Y además —dijo— cogeremos docenas de tordos! Llevaré a casa solo la mitad e iremos a vender el resto al hostel de Pichauris. ¡A un franco los *tordros* y a dos las *sayres*! Con eso podrás comprar pan en Aubagne.

—¡Y también venderé caracoles en el mercado!

—¿Y el hinojo? —exclamó—. ¡El herborista de La Valentine lo compra a quince céntimos el kilo!

—¡Haré gavillas y tú se las llevarás!

—¡Y con todo ese dinero compraremos trampas para conejos!

—¡Y alambre fino para hacer lazos! ¡Si cogemos una liebre, sacamos por lo menos cinco francos!

—¡Y liga para coger a los tordos vivos! ¡Un tordo vivo vale seis francos!

Cuando me levantaba para volver, un inmenso vuelo de estorninos, tras un giro pronunciado, se abatió sobre el pinar. En las cimas, de pronto repletas, acababan de posarse cientos de pájaros. Me quedé estupefacto y embelesado.

—Todos los años —dijo Lili— se quedan aquí por lo menos quince días y, cuando han elegido un árbol, vuelven cada tarde. Con cincuenta varitas, ¿te das cuenta de lo que habríamos sacado hoy?

—El tío Jules me dijo que se podían domesticar...

—Claro —dijo Lili—. Mi hermano tenía uno. ¡Y hablaba, pero solo en dialecto!

—¡Oh! Pero yo —dije— les enseñaría a hablar francés.

—Eso —dijo Lili— no sé si se puede, porque son pájaros del campo...

Bajamos dando zancadas, haciendo mil proyectos.

Me veía errando por los riscos del Taoumé, melena al viento, manos en los bolsillos, llevando en el hombro un estornino fiel que me mordisquearía suavemente la oreja y me daría conversación.



Los cazadores se habían marchado a Pichauris, decepcionados por nuestra deserción. Lili comió en casa, con mi tía, mi madre, la hermanita y Paul.

Estaba serio. Yo fingía una alegría ruidosa, lo que complació mucho a mi querida mamá. La miraba con cariño, pero estaba perfectamente decidido a marcharme de casa aquella noche.

Me he preguntado a menudo cómo pude tomar sin la sombra de un remordimiento ni la menor inquietud una resolución semejante: solo hoy puedo comprenderlo.

Hasta la triste pubertad, el mundo de los niños no es el nuestro: poseen el don maravilloso de la ubicuidad.

Cada día, mientras comía a la mesa familiar, también corría por la colina y soltaba de una trampa un mirlo aún caliente.

Aquel arbusto, aquel mirlo y aquella trampa era para mí tan reales como el mantel de hule, el café con leche, el retrato del señor Fallières que sonreía vagamente en la pared.

Cuando mi padre me preguntaba de pronto:

—¿Dónde estás? —Volvía al comedor, pero sin caer de lo alto de un sueño: ambos mundos estaban al mismo nivel.

Al instante respondía:

—¡Estoy aquí! —en tono de protesta.

Era verdad y, por un momento, jugaba a vivir con ellos, pero el zumbido de una mosca creaba inmediatamente el barranco de Lancelot, donde tres moscas azules me habían seguido largo rato, y la memoria de los niños es tan poderosa que, en aquel recuerdo de pronto realizado, descubriría mil detalles nuevos en los que no creía haberme fijado, como el buey que rumia encuentra en la hierba masticada el sabor de las flores y semillas que ha pacido sin saberlo.

Así pues, estaba acostumbrado a dejar a mi querida familia, porque la mayor parte del tiempo vivía sin ella y lejos de ella. Mi expedición no sería una novedad escandalosa y el único cambio en la vida cotidiana sería el alejamiento de mi cuerpo.

Pero ellos ¿qué harían durante aquel tiempo? Solo pensaba en ello vagamente, porque no estaba seguro de que pudieran existir en mi ausencia; o bien, si seguían viviendo, debía de ser una vida irreal y, por consiguiente, indolora.

Por otra parte, no me iba para siempre; tenía intención de volver con ellos y de resucitarlos de improviso. Les daría así una alegría tan grande y tan real que barrería de golpe las inquietudes de su pesadilla y todo el asunto se saldaría con un beneficio de felicidad.

Después de comer, Lili se fue, diciendo que su madre lo esperaba para majar los garbanzos: en realidad, iba a examinar el contenido de la despensa y a preparar mis provisiones, porque sabía que su madre estaba en el campo.

Subí en seguida a mi habitación, con el pretexto de reunir las cosas personales que quería llevarme a la ciudad, y compuse mi carta de despedida:

Querido Papá,  
Querida Mamá,  
Queridos Padres:

Sobre todo no os hagáis mala sangre. No sirve de nada. Ahora, he encontrado mi vocación. Es: hermitaño.<sup>13</sup>

He cogido todo lo necesario.

Para mis estudios ya es demasiado tarde, porque he *Renunciado*.

Si no sale bien, volveré a casa. Para mí, la felicidad es la Abentura. No hay peligro. Me he llevado dos Aspirinas de las Fábricas del Ródano. No os hangustieís.

Además, no estaré solo. Una persona (*que vosotros no conocéis*) va a venir a traerme pan y a acompañarme cuando halla tormenta.

No me busquéis: soy *inencontrable*.

Cuida de la salud de mamá. Pensaré en ella todas las noches.

Al contrario, puedes estar orgulloso, porque para hacerse hermitaño hay que

tener Valor y yo lo tengo. Y lo estoy demostrando.

Cuando volváis, no me reconoceréis si no os digo: «Soy yo».

Paul va a ponerse un poco celoso, pero no pasa nada. Dadle un beso muy grande de su Hermano Mayor.

Os mando muchos besos, y sobre todo a mi querida mamá.

Vuestro hijo,

MARCEL,

el Hermitaño de las Colinas.

Después fui a buscar un trozo de cuerda vieja que había visto en la hierba del pozo de Boucan. Medía apenas dos metros y tenía varios ramales rotos por el desgaste, a causa del roce con el brocal. Pero me pareció que aquel cáñamo aún podía aguantar mi peso y que me permitiría bajar por la ventana de mi cuarto. Lo escondí debajo del colchón.

Al fin preparé el famoso «hatillo»: algo de ropa, un par de zapatos, el cuchillo puntiagudo, una hachuela, un tenedor, una cuchara, un cuaderno, un lápiz, un ovillo de cordel, un cazo pequeño, clavos y varias herramientas reformadas. Lo escondí todo bajo la cama, con la intención de hacer un pequeño fardo con mi manta cuando todo el mundo estuviera acostado.

Las dos bandoleras estaban guardadas en un armario. Las llené de comestibles varios: almendras secas, ciruelas pasas, un poco de chocolate, que logré sacar de los fardos y paquetes preparados para el regreso a la ciudad.

Estaba muy emocionado por aquellos preparativos clandestinos. Registrando sin vergüenza el equipaje —incluido el del tío Jules—, me comparaba con Robinson explorando el puente del navío naufragado y descubriendo mil tesoros en forma de martillo, de ovillo de cordel o de grano de trigo.

Cuando todo estuvo listo, decidí dedicar a mi madre las últimas horas que habría de pasar con ella.

Pelé cuidadosamente las patatas, sacudí la lechuga, puse la mesa y, de cuando en cuando, iba a besarle la mano.

La última cena fue excelente y copiosa, como para celebrar un feliz acontecimiento.

Nadie pronunció una palabra de pesar. Al contrario, parecían estar contentos de volver al hormiguero.

El tío Jules habló de su oficina, mi padre confesó que esperaba los premios académicos para finales de año, la tía Rosa, de nuevo, habló del gas... Vi

perfectamente que ya se habían marchado.  
Pero yo me quedaba.

<sup>13</sup> En algunos párrafos del original, como en las cartas y diálogos de los niños, hay faltas de ortografía y errores gramaticales, sobre todo en los tiempos verbales, que son voluntarios y justificados, pues el autor intenta reproducir la ortografía incorrecta de los escolares. Se han respetado en la traducción.

Una piedrecita sonó contra el herraje del postigo. Era la señal acordada. Yo ya estaba vestido; abrí lentamente la ventana. Un susurro subió en la oscuridad:

—¿Estás?

Por toda respuesta hice bajar, atado con un cordel, mi hatillo. Después prendí con un alfiler mi *Carta de despedida* en la almohada y até sólidamente la cuerda a la falleba. A través del tabique, mandé un beso a mi madre y me dejé caer hasta el suelo.

Allí estaba Lili, debajo de un olivo. Apenas lo distinguía. Dio un paso adelante y dijo en voz baja:

—¡Vámonos!

Recogió de la hierba un saco muy pesado, que se cargó al hombro con un golpe de cintura.

—Son patatas, zanahorias y trampas —dijo.

—Yo tengo pan, azúcar, chocolate y dos plátanos. Camina, ya hablaremos más lejos.

En silencio, subimos la cuesta hasta el Petit-Œil.

Yo aspiraba con deleite el aire fresco de la noche y pensaba, sin la menor inquietud, en mi nueva vida que empezaba.

Tomamos, una vez más, el camino que subía hacia el Taoumé.

La noche era apacible, pero cerrada: ni una estrella en el cielo. Tenía frío.

Los insectos cantores del verano, el pequeño pueblo de las vacaciones, ya no hacían vibrar el silencio triste del otoño invisible. Pero un cárabo maullaba a lo lejos y una lechuza lanzaba sus llamadas de flauta, que el eco melancólico de Rapon repetía fielmente.

Caminábamos deprisa, como es propio de los fugitivos. El peso de los paquetes nos tiraba de los hombros y no decíamos palabra. Al borde del sendero, los pinos inmóviles parecían siluetas de hojalata y el rocío había mojado los aromas.

Tras media hora de marcha, llegamos al aprisco de Baptiste y, en la ancha piedra del umbral, fuimos a sentarnos un momento.

Lili fue el primero en hablar.

—¡Por poco no vengo a buscarte!

—¿Te vigilaban tus padres?

—¡Oh! No, no es eso.

—¿Entonces qué?

Vaciló y dijo:

—Creía que no ibas a hacerlo.

—¿El qué?

—Quedarte en la colina. Creía que lo habías dicho por decir, pero que al final...

Me levanté, con el orgullo herido.

—¿O sea que me tomas por una niña que cambia de opinión todo el rato? ¿Te crees que hablo por hablar? ¡Bueno, pues que sepas que cuando he decidido algo, siempre lo hago! ¡Y si no hubieras venido, me habría ido yo solo! Y si tienes miedo, pues quédate aquí: ¡yo sé dónde voy!

Reemprendí la marcha con paso seguro. Se levantó, volvió a echarse el saco al hombro y se apresuró a alcanzarme. Me adelantó, se detuvo, me miró un instante y dijo con emoción:

—¡Eres formidable!

Al momento adopté un aire formidable, pero no respondí nada.

Él me seguía mirando y volvió a decir:

—¡Como tú no hay dos!

Aquella admiración estupefacta, que tanto halagaba mi vanidad, me pareció de pronto muy inquietante y tuve que hacer un esfuerzo para seguir siendo formidable.

Estaba a punto de lograrlo cuando me pareció oír a lo lejos, a nuestra derecha, como un deslizamiento en la gravilla. Me detuve, agucé el oído. Volvió a sonar el ruido.

—Eso —dijo Lili— es un ruido de la noche... Nunca se sabe de dónde viene. Siempre da un poco de miedo, pero no es peligroso: en seguida te acostumbrarás.

Reemprendió la marcha y llegamos al borde del risco que dominaba el Plan de La Garette... A nuestra izquierda empezaba el frondoso pinar del Taoumé. La

bruma del alba subía del suelo entre los troncos y sus lentas volutas se enrollaban en los matorrales.

Una especie de ladrido, breve y agudo, que se repitió tres veces, me sobresaltó.

—¿Es un cazador?

—No —dijo Lili—. Es el zorro. Cuando hace eso, es que está levantando una presa para su hembra: entonces, la avisa...

La vocecita salvaje gritó de nuevo tres veces y pensé en mi libro de historia natural: el elefante *barrita*, el ciervo *brama*, el zorro *gañe*.

Entonces, puesto que era nombrado, aquel grito perdió su potencia nocturna: ese zorro *gañía*, nada más. Había llevado su verbo cien veces en mi cartera: me tranquilicé del todo y ya iba a compartir con Lili mi reconfortante conocimiento cuando, a mi izquierda, en la bruma, una sombra muy alta pasó rápidamente bajo las ramas colgantes.

—Lili —dije en voz baja—, ¡acabo de ver pasar una sombra!

—¿Dónde?

—Allí.

—Estás soñando —dijo—. No se puede ver una sombra de noche...

—¡Te digo que he visto pasar algo!

—¡Será el zorro!

—No... Era más alto... ¿No será tu hermano que va a por los tordos?

—¡Oh, no! Es demasiado temprano... Queda por lo menos una hora de oscuridad...

—¿Pues un cazador furtivo?

—Me extrañaría... Aunque...

Pero se detuvo y miró a su vez hacia el pinar, en silencio.

—¿En qué piensas?

Me respondió con otra pregunta.

—¿Cómo era la sombra?

—Un poco como la sombra de un hombre.

—¿Alto?

—Bueno, estaba lejos... Sí, más bien alto.

—¿Con un abrigo? ¿Un abrigo largo?

—Es que no lo he visto bien. Era como una sombra que se movía y desapareció detrás de un pino o un enebro. ¿Por qué me preguntas eso? ¿Piensas en alguien que tiene un abrigo?



—Podría ser —dijo pensativo—. Yo no lo he visto nunca. Pero mi padre sí.

—¿A quién?

—Al gran Félix.

—¿Es un pastor?

—Sí —dijo—. Un pastor de antiguamente.

—¿Por qué dices de antiguamente?

—Porque pasó antiguamente.

—No lo entiendo.

Se acercó a mí y dijo en voz baja:

—Hace por lo menos cincuenta años que murió. Pero es mejor no hablar de eso, porque puede hacer que vuelva.

Como yo lo miraba estupefacto, me susurró al oído:

—¿Es un fantasma!

Aquella revelación era tan inquietante que, para calmarme, recurrí a mi risa sarcástica y dije en tono de mordaz ironía:

—¿Y tú crees en los fantasmas?

Pareció asustarse y dijo en voz baja:

—¡No hables tan alto! ¡Ya te he dicho que puede hacer que vuelva!

Para complacerlo, bajé el tono.

—¡Pues yo te digo que mi padre, que es un sabio, y mi tío, que es de la Prefectura, dicen que eso son sandeces! ¡Se ríen de los fantasmas! ¡Y yo también me río! Sí, señor, ME RÍO.

—Pues mi padre no se rio porque él lo vio, al fantasma; lo vio cuatro veces.

—¿Tu padre es un buen hombre, pero ni sabe leer!

—No te estoy diciendo que sabe leer. ¡Lo que te digo es que lo ha visto!

—¿Dónde?

—Una noche, mientras dormía en el aprisco de Baptiste, oyó pasos afuera. Y un gran suspiro, como una persona que se muere. Entonces miró por una rendija de la puerta y vio a un pastor muy alto, con su abrigo, su cayado y un sombrero enorme. Todo gris de arriba a abajo.

Por seguir complaciéndolo, susurré:

—¿Igual era un pastor de verdad?

—¡Qué va! La prueba de que era un fantasma es que cuando abrió la puerta, ya no había nada. Ni pastor, ni fantasma, ni NADA.

Era una prueba abrumadora.

—¿Y qué viene a hacer ese fantasma? ¿Qué quiere?

—Parece ser que era muy rico, tenía por lo menos mil ovejas. Unos bandidos lo asesinaron: le clavaron un cuchillo entre los hombros y le robaron un saco grande de monedas de oro. Entonces, vuelve todo el rato para lamentarse y busca su tesoro.

—Pero sabe que no se lo robamos nosotros.

—Es lo que le dijo mi padre.

—¿Habló con él?

—Claro. A la cuarta vez que vino, le habló a través de la puerta. Le dijo: «Oye, Félix, yo soy pastor como tú. Tu tesoro no sé dónde está. Así que no vengas a darme la lata, porque tengo que dormir». Entonces el fantasma no dijo ni una palabra, pero se puso a silbar por lo menos diez minutos. Entonces mi padre se enfadó y le dijo: «Yo respeto a los muertos, pero si sigues así, salgo y te casco cuatro señales de la cruz y seis patadas en el culo».

—¿Le dijo eso?

—Sí, le dijo eso, y lo habría hecho, pero el otro lo entendió: se fue y no volvió más.

Aquella historia era absurda y decidí no creerla: recurrí por tanto a algunas de las palabras favoritas de mi padre.

—Francamente —dije—, me parece una tontería contarme esos prejuicios, que son supersticiones. El fantasma es la imaginación del pueblo. ¡Y las señales de la cruz son el oscurantismo!

—¡Oh, oh! —dijo—. ¡La señal de la cruz para los fantasmas es radical! ¡Nadie puede negarlo! Todo el mundo te dirá que los corta en dos.

Me eché a reír —pero poco— y pregunté:

—¿Y tú, naturalmente, sabes hacer la señal de la cruz?

—¡Pues claro! —dijo.

Y se persignó solemnemente varias veces. Lo imité con una risa burlona. Entonces surgió un zumbido de la oscuridad y recibí un leve golpe, muy seco, en mitad de la frente. No pude reprimir un grito ahogado. Lili se agachó y recogió algo.

—Es un algavaro —dijo.

Lo aplastó con el talón y reemprendió la marcha. Lo seguí, mirando tras de mí de vez en cuando.

Casi estábamos ya bajo el Taoumé y veía claramente el contorno del risco que dominaba el paso subterráneo donde iba a vivir la gran aventura.

Lili se detuvo de pronto.

—¡Se nos ha olvidado una cosa!

Su voz delataba una gran inquietud.

—¿Cuál?

Pero, en lugar de responderme, meneó la cabeza, dejó el saco en las lavandas y comenzó un soliloquio.

—¡Cómo hemos podido olvidarnos! Tendría que haberlo pensado. Pero tú también te has olvidado... ¿Y ahora qué vamos a hacer?

Se sentó en una roca y, sin dejar de menear la cabeza, cruzó los brazos y calló.

Aquella mímica algo teatral me irritó y dije severamente:

—¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loco? ¿Qué se nos ha olvidado?

Me señaló el risco con el dedo y pronunció esta palabra misteriosa:

—El burrial.

—¿Qué dices?

—El burrial.

—¿El qué?

Se crispó y dijo con énfasis:

—¡El que nos quiso sacar los ojos! ¡El Gran Duque! Vive en el techo, seguro que tiene una hembra... ¡Nosotros solo vimos uno, pero te apuesto doce trampas a que hay dos!

Era una noticia aterradora. Por formidable que uno sea, hay momentos en que el destino nos traiciona.

¡Dos burriales! Los vi volar en torno a mi cabeza, con lenguas negras saliendo de sus picos amarillos, los ojos glaucos, las garras curvadas y mil veces más peligrosos a causa de las descripciones que yo había estado haciendo de ellos, descripciones confirmadas por mis pesadillas... Cerré los ojos con todas mis

fuerzas y respiré profundamente.

No, no era posible: más valía la clase del señor Besson, con los cuadrados, los rombos y los deberes del ciudadano.

Lili repetía:

—¡Seguro que hay dos!

Entonces me hice aún más formidable, porque estaba decidido a batirme en retirada cuando llegase el momento. Le respondí fríamente:

—Nosotros también somos dos. ¿No tendrás miedo, por casualidad?

—Sí —dijo—, sí, tengo miedo. Tú no te das cuenta de una cosa. Al búho lo vimos de día: por eso no se movió... Pero la noche es lo suyo: mientras que duermes, vendrán a sacarte los ojos... ¡Un burrial por la noche es peor que un águila!

Pensé que exagerando mi valentía se negaría a seguirme. Respondí gravemente:

—¡Por eso vamos a esperar a que amanezca e iremos a atacarlos! Con el cuchillo puntiagudo en la punta de un palo, yo me encargo de explicar a esos pajarracos que la cueva ha cambiado de inquilinos! Vale ya de charla. ¡Preparémonos!

Pero no me movía. Me miró y se levantó de golpe.

—¡Tienes razón! —dijo con ardor—. ¡Después de todo solo son pájaros! Solo hay que cortar dos buenos enebros. ¡Tallaré el mío pinchudo pinchudo y los ensartaremos como pollos!

Dio cuatro pasos, abrió su navaja de pastor, se agachó para meterse entre la maleza y se puso manos a la obra.

Sentado en la grava al pie de un pino, yo reflexionaba.

Mientras trabajaba, dijo:

—¡Si no quieren salir de su agujero, yo meteré el palo y vas a oír cómo chillan!

Ví que no iba en broma y que estaba decidido a atacar a los «burriales». Él sí que era formidable, y me avergoncé de mi cobardía.

Entonces, llamé al rescate a uno de mis héroes favoritos: Robinson Crusoe... Si, cuando se instaló en su primera cueva, hubiera encontrado a esos dos búhos, ¿qué habría hecho? No era difícil imaginarlo: ¡los habría estrangulado y desplumado, dando gracias a la Providencia, antes de asarlos con un palo de bambú! Si salía huyendo ante aquellas aves, ya no tendría derecho a entrar en una novela de aventuras y los personajes de las ilustraciones, que siempre me habían mirado de frente, volverían la cabeza para no ver a un «corazón de *squaw*».

De hecho, ya no se trataba de búhos reales, animales feroces y poderosos cuyo nombre señalaba su tamaño y su coraje, sino de «burriales», que me parecieron infinitamente menos temibles.

Agarré con mano firme el cuchillo puntiagudo y lo afilé en una piedra.

Quedaba el fantasma. Me repetí la poderosa afirmación de mi padre: LOS FANTASMAS NO EXISTEN. Tras lo cual hice discretamente cinco o seis repeticiones de la señal de la cruz, que los corta en dos.

Lili salió de entre la maleza. Arrastraba dos ramas más largas que él y perfectamente rectas. Me dio una.

Saqué un largo cordel de mi bolsillo y, en el extremo más fino del palo de enebro, até el mango del terrible cuchillo. A mi lado, Lili aguzaba su arma con cuidado, como siafilase un lápiz.

A nuestro alrededor, el alba perforaba la pálida niebla: en una luz difusa, pequeñas nubes de algodón se quedaban colgadas del ramaje de los pinos y en la punta de los matorrales. Hacía frío.

Mis nervios, que me habían mantenido en pie toda la noche, se calmaron de pronto y sentí que el cuello solo me sujetaba la cabeza gracias a un esfuerzo de voluntad. Entonces apoyé un instante la espalda y la nuca contra el tronco de un pino y mi párpados pesados calentaron mis ojos arenosos. Sin duda iba a dormirme cuando, allá, bajo el pinar, oí crujir una rama seca. Llamé a Lili en voz baja.

—¿Has oído?

—¡Es un conejo! —dijo.

—Los conejos no suben a los árboles.

—Es verdad. Entonces puede ser el zorro.

Seguía tallando su rama y añadió:

—¡Eres formidable!

Iba a decirle que su respuesta era absurda cuando allá, entre los troncos negros que empezaban a brillar débilmente, vi una alta silueta: bajo un gran sombrero, envuelto en una larga capa, el pastor pasaba lentamente ante unas pelusas de bruma trasquilada y llevaba, recta entre los hombros, la cruz de un puñal.

Con mano temblorosa, le despaché cuatro o cinco señales de la cruz. Pero en lugar de caerse a trozos, el fantasma se volvió hacia mí, se persignó a su vez, alzó los ojos al cielo con aire desafiante y vino hacia nosotros riendo burlonamente... Quise gritar, pero el miedo se me agarró a la garganta y perdí el conocimiento...

Sentí dos manos que me agarraban por los hombros y ya iba a chillar cuando oí la voz de Lili.

Decía:

—¡Eh! ¡Oye! ¡No es momento de dormir!

Me estaba levantando, porque me había caído de lado.

Balbucí:

—¿Has visto?

—Pues sí —dijo—. ¡He visto que te caías! Menos mal que había todo este tomillo: ¡te habrías podido cortar la cara! ¿Tanto sueño tienes?

—¡Oh! No —dije—. Ya se me ha pasado. ¿No has visto... al fantasma?

—No he visto nada, pero lo he oído otra vez, por allá arriba... Igual es Mond des Parpaillouns... Hay que tener cuidado de que no nos vea... ¡Mira mi pica!

Había descortezado la rama y la madera estaba pulida como el mármol. Me hizo palpar la punta, tan aguda como la de mi cuchillo...

Habían aparecido unas estrellas desteñidas en el borde del cielo, del lado de la Sainte-Baume. Se levantó.

—Estamos listos —dijo—. Pero todavía no hay luz bastante para la batalla de los burriales. Nos da tiempo a pasar por el manantial de Font-Brégnette: llenaremos tus botellas.

Lo seguí entre las lavandas empapadas de rocío.

La Font-Bréguette estaba a la izquierda del Taoumé, bajo un pequeño risco. Un agujero cuadrado, del tamaño de una gaveta de albañil, que no tenía dos palmos de profundidad. Algún cabrero de antaño lo había cavado pacientemente en la roca, en la base de una grieta musgosa, y siempre estaba medio lleno de un agua helada.

Lili tumbó bajo el agua una botella vacía: el gluglú arrulló como una paloma torcaz.

—Aquí vendrás a beber —dijo—. ¡Nunca se seca y da por lo menos diez litros al día!

Tuve una inspiración, que de hecho llevaba un rato buscando. Puse cara de preocupación y dije:

—¿Diez litros? ¿Estás seguro?

—¡Oh, sí! ¡Y lo mismo hasta quince!

Con estupor indignado, exclamé:

—¿Estás de broma?

—¡Qué va! —dijo—. ¡Si te digo quince, puedes creerme!

Entonces grité:

—¿Y qué quieres que haga yo con quince litros de agua?

—¿Tanto vas a beber?

—No, pero ¿para lavarme?

—¡Para lavarse, con un puñado basta!

Solté una risita burlona.

—A ti a lo mejor. ¡Pero yo me tengo que enjabonar de arriba abajo!

—¿Por qué? ¿Estás malo?

—No. Pero tienes que entender que soy de la ciudad, así que estoy todo lleno de microbios. ¡Y con los microbios hay que tener cuidado!

—¿Qué son?

—Una especie de piojos, pero tan pequeños que no se ven. Y entonces, si no me enjabono todos los días, se me van a comer poco a poco y cualquier día me encuentras muerto en la cueva y tendrás que ir a por un pico para enterrarme.

Aquella deplorable perspectiva consternó a mi querido Lili.

—¡Vaya, pues sería terrible!

Con una mala fe infame, lo atacué sin más tardar.

—También es que es culpa tuya. Si no me hubieras asegurado que en la Font-Brégnette había agua de sobra...

Pareció desesperarse.

—¡Pero yo no lo sabía! ¡Yo *micropios* no tengo! ¡No sé ni cómo se llaman en dialecto! ¡Solo me lavo los domingos, como todo el mundo! ¡Y hasta Baptistin dice que no es natural y que trae enfermedades! ¡Y Mond des Parpaillouns no se ha lavado nunca en su vida, tiene más de setenta y mira qué bien está!

—Bueno, bueno, no busques excusas... Ha salido mal y ha salido mal... Es una catástrofe, pero bueno, no lo has hecho aposta... Era el destino... Estaba escrito...

Apoyado en mi lanza, dije solemnemente:

—Adiós. Estoy vencido. Vuelvo a casa.

Subí hacia la meseta: la aurora pintaba franjas rojas en los riscos lejanos del Espíritu Santo.

Cuando hube caminado veinte metros, como él no me seguía, me detuve por miedo a que me perdiese de vista en la débil claridad del alba. Entonces clavé el mango de mi lanza en la grava de la garriga, lo agarré con ambas manos y dejé caer la frente en mis brazos, en la actitud de un guerrero abrumado.

El efecto de aquella maniobra fue inmediato: se acercó a mí corriendo y me abrazó.

—No llores —decía—, no llores...

Me eché a reír.

—¿Llorar? ¿Yo? No, no quiero llorar: ¡quiero morder! Ya está, no hablemos más de ello.

—Dame tus paquetes —dijo—. Como es culpa mía, quiero llevarlos yo.

—¿Y tu saco?

—Lo he dejado allí. Volveré a buscarlo luego. Ahora vamos rápido, antes de que vean tu carta... Seguro que todavía están durmiendo...

Trotó delante de mí. Lo seguí sin decir palabra, pero soltando, de cuando en



cuando, un gran suspiro desesperado.

La casa, de lejos, parecía negra y muerta. Pero al acercarnos, se me encogió el corazón: los postigos del cuarto de mi padre estaban rodeados por una raya de luz.

—¡Te apuesto a que se está vistiendo! —dije.

—Entonces todavía no ha visto nada. ¡Sube rápido!

Me aupó y pude alcanzar la cuerda que había de revelar mi marcha y aseguró mi regreso. Luego me pasó el hatillo.

Por encima de las últimas brumas, una alondra cantó de pronto: amanecía sobre mi derrota.

—Vuelvo a buscar mi saco —dijo— y bajo otra vez.

Mi carta de despedida seguía en su sitio. Quité el alfiler, rompí el papel en mil pedacitos y los tiré, en dos o tres puñados, por la ventana, que cerré sin hacer ruido.

Entonces, en el silencio, oí como una conversación en voz baja: venía del cuarto de mi padre.

Hablaba muy deprisa y como alegremente: me pareció incluso distinguir una risa...

Pues sí, se reía del fin de las vacaciones... Reía, nada más despertar, pensando en encontrar en su cajón sus tristes lápices, su tinta y su tiza...

Oculté mis bártulos bajo la cama: si los descubrían, diría que había querido aligerar los paquetes de mi madre.

Me acosté, avergonzado y muerto de frío... Había tenido miedo, solo era un cobarde, un «corazón de *squaw*». Había mentido a mis padres, había mentido a mi amigo, me había mentido a mí mismo.

En vano, buscaba excusas: sentí que iba a llorar... Entonces me tapé hasta la barbilla temblorosa con la manta y me refugié en el sueño...

Cuando me desperté, entraba la luz del día por el hueco en los postigos y Paul ya no estaba en la cama. Abrí la ventana: llovía. No una hermosa tormenta sonora y violeta, sino una lluvia innombrable, paciente, que caía en gotas de silencio.

Oí de pronto el ruido de una ruedas y vi salir, tras la esquina de la casa, a François delante de su mulo y detrás la carreta cubierta por un paraguas abierto. La tía Rose, envuelta en una manta se cobijaba bajo aquel artefacto. Iba rodeada por nuestras maletas y llevaba a la izquierda al primito y a la derecha a la hermanita. Saqué la conclusión de que mi madre y Paul no habían querido subir al vehículo, que de hecho estaba abarrotado.

El tío Jules lo seguía, bajo otro paraguas; empujaba su bicicleta y los vi alejarse por el triste camino de vuelta.

Encontré a la familia en torno a la mesa: en compañía de Lili, desayunaban con gran apetito.

Mi llegada fue acogida con una pequeña ovación. Mi padre tenía una expresión curiosa.

—Para ser la última noche —dijo riendo—, la pena no te ha impedido dormir.

—¡Ha roncado! —exclamó Paul—. ¡Le tiré un poco del pelo para despertarlo, pero no se enteró!

—Estaba muy cansado —dijo mi padre—. Ahora come, porque son las nueve de la mañana y no llegaremos a casa hasta la una de la tarde, aun con la ayuda del ómnibus del domingo.

Engullí las tostadas. Ante Lili, me avergonzaba mi fracaso y solo lo miraba de reojo.

Como no sabía qué decir, pregunté:

—¿Por qué se han ido ya los otros?

—Porque François debe llevar sus verduras a Quatre-Saisons antes de las diez —dijo mi madre—. La tía Rose nos esperará en lo de Durbec, en el ómnibus.

Salimos bajo la lluvia, con las capas puestas. Lili, tapado con un saco, insistió

en acompañarnos. Pequeños arroyos corrían por las roderas, todos los ruidos estaban amortiguados, no nos cruzamos con nadie.

A la entrada del pueblo, ante el portalón verde, el ómnibus esperaba.

La tía Rose ya estaba sentada dentro con los niños, en medio de una multitud de campesinos endomingados.

Era un largo coche verde y de su techo colgaban unas pequeñas cortinas de lona adornadas con una franja de flecos. Los dos caballos piafaban y el cochero, bajo una capa gris y un sombrero de hule, tocaba el olifante para llamar a los rezagados.

Nos despedimos de Lili delante de los viajeros.

Mi madre le dio un beso, lo que hizo que volviera a sonrojarse, y luego fue el turno de Paul. Cuando yo le estrechaba la mano virilmente, vi que tenía lágrimas en los ojos y hacía una ligera mueca con la boca. Mi padre se adelantó.

—¡Vamos —dijo—, no irás a llorar como un bebé delante de toda esta gente que os está mirando!

Pero Lili agachaba la cabeza debajo del saco y rascaba la tierra con la punta del zapato. Yo también tenía ganas de llorar.

—Hay que entender —dijo mi padre— que en la vida no hay solo diversiones. ¡Yo también querría quedarme aquí y vivir en la colina! ¡Incluso en una cueva! ¡Incluso solo, como un ermitaño! Pero no siempre se puede hacer lo que uno quiere.

La alusión a un ermitaño me sorprendió, pero entendí que era una idea muy natural, puesto que yo mismo la había tenido. Continuó:

—El próximo mes de junio, Marcel se va a presentar a un examen muy importante y tendrá mucho que hacer este año, sobre todo en ortografía. Escribe *angustiar* con hache y apuesto a que no sabría escribir *ermitaño*.

Sentí que me sonrojaba, pero mi inquietud solo duró un segundo: no podía haber leído la carta, puesto que yo la encontré en su sitio. Y, por otra parte, si la hubiera leído se habría hablado mucho al respecto a mi regreso. De hecho, continuó con naturalidad:

—Por tanto, tiene que aplicarse mucho. Si es serio, si progresa adecuadamente, volveremos en Navidad, en carnaval y en Semana Santa. ¡Hala, no lloréis delante de todo el mundo y daos la mano, como los cazadores que sois! Adiós, pequeño Lili. No olvides que poco a poco te acercas al certificado de estudios y que un campesino instruido vale por dos o por tres.

Sin duda iba a continuar con su homilía cuando el cochero tocó el cuerno con tono imperioso e hizo restallar dos veces el látigo. Subimos a toda prisa.

La última banqueta, que da la espalda a los caballos, estaba vacía: como mi madre y Paul se mareaban cuando iban a contramarcha, la familia se acomodó en medio de los campesinos, mientras que yo iba a sentarme en la parte de atrás, solo.

Soltaron el freno y partimos al trote.

Seguía lloviendo.

Con los hombros encogidos, como replegado en mí mismo, mordisqueaba un tallo de menta; mi mano, en el bolsillo, agarraba una trampa que había perdido su valor asesino, pero se convertía en un objeto sagrado, una reliquia, una promesa... A lo lejos se alzaba, eterna, la masa del Taoumé bienamado que dominaba el círculo de las colinas tras el velo de la lluvia. Yo pensaba en el serbal torcido bajo el risco de Baume-Sourne, en las gotas tintineantes de Font-Bréguette, en las tres moscas vibrantes en el valle de Precatori... Pensaba en la alfombra de tomillo de la Pondrane, en los terebintos repletos de pájaros, en la piedra de la música, en la dulce lavanda de la grava de las garrigas...

A cada lado del camino estrecho, dos muros de piedras desnudas de los que colgaban parietarias empapadas huían sin fin bajo la lluvia.

La alta tartana crujía, las llantas de hierro aplastaban la grava, el trote de los caballos sonaba sobre las piedras, la cuerda del látigo restallaba sordamente, como un pequeño petardo mojado...

Me llevaban lejos de mi patria y suaves gotas de lluvia lloraban por mí sobre mi rostro... No partía hacia un destino, con el pecho y la frente: solitario, en una desesperación incommunicable, al son acompasado de los cascos, me hundía en el futuro a reculones, como la reina Brunilda, largamente arrastrada por las piedras, con su rubio cabello trenzado en la cola de un caballo.

Volví a la escuela sin la menor alegría: los plátanos del patio empezaban a perder sus hojas amarillas y cada mañana el bedel las quemaba en montoncitos, al pie del gran muro gris... Por la ventana del aula veía, en lugar de los pinares, una triste hilera de puertas de retretes...

Entré en el cuarto curso de primaria, en la clase del señor Besson.

Era joven, alto, flaco, ya calvo, y no podía estirar el índice de la mano derecha, que le quedaba siempre como un gancho.

Me hizo una gran acogida, pero me preocupó mucho diciéndome que mi vida entera dependía de mis estudios de aquel año y que se vería obligado a «apretarme las tuercas», porque yo era «su» candidato para el concurso de las «becas» del instituto. En aquel temible torneo, la enseñanza «primaria» iba a enfrentarse con la enseñanza «secundaria».

Al principio me sentí lleno de confianza, porque la palabra *secundaria* significaba, para mí, «de segunda clase» y, por consiguiente, «fácil».

No tardé en darme cuenta de que mi padre y sus colegas no compartían esa opinión y de que mi candidatura comprometía el honor de toda la escuela.

Aquel estado mayor «tomó las riendas del asunto», al modo de una brigada de la Policía Judicial, cuyos inspectores se relevan para el interrogatorio de un sospechoso.

El señor Besson, que me daba clase seis horas al día, dirigía la investigación y centralizaba las informaciones.

Tuve que ir al colegio los JUEVES POR LA MAÑANA, a las nueve.

El señor Suzanne, maestro venerado del curso superior cuya pedagogía era infalible, me esperaba en su aula vacía para intrigarme con problemas suplementarios: los trenes se alcanzaban, los ciclistas se cruzaban y un padre, que tenía siete veces la edad de su hijo, veía menguar su ventaja con el paso de los años. Sobre las once, el señor Bonafé venía a controlar mis «análisis lógicos» y me traía otros nuevos, que sin duda sería incapaz de volver a hacer hoy en día.

Entre semana, el señor Arnaud (que durante un tiempo pensó en entrar en Correos) me obligaba a recorrer el patio dando vueltas con él, durante el recreo, y me salmodiaba letanías de subprefecturas (a las que nunca he ido y que mi memoria afortunadamente ha desechado).

Además, el señor Mortier, que tenía una bonita barba rubia y llevaba un anillo de oro en el meñique, a veces confiaba a sus alumnos a mi padre, durante el estudio de la tarde, para llevarme a su aula vacía y hacerme mil preguntas sobre la historia de Francia. Esa ciencia me interesaba, en la medida en que era novelesca: «¡Baja la cabeza, sicambrio orgulloso!», el cómico episodio de Rollón, la jaula de hierro del cardenal de la Balue, la sopa de cuervos de la retirada de Rusia y ese botón de polaina tan eficaz que su ausencia nos hizo perder la guerra del 70.<sup>14</sup>

Mi padre se había reservado la vigilancia de la ortografía y me administraba, cada mañana, antes del café con leche, un dictado de seis líneas, con cada frase minada como una playa de desembarco.

Dichoso quien haya encontrado el tesoro que se halla enterrado bajo el haya. –

El cocinero que ralla las zanahorias lleva un delantal de rayas. – Fuimos a ver quién podría haber venido...

Yo trabajaba con valentía, pero muy a menudo el tesoro y el cocinero se esfumaban, porque yo oía crepitar a las cigarras y, en lugar del ramaje desnudo de los plátanos del patio, veía una sangrienta puesta de sol sobre Tête-Rouge: mi querido Lili bajaba la cuesta de La Badauque, silbando, con las manos en los bolsillos y un collar de hortelanos y un cinturón de tordos...

En clase, cuando el señor Besson, con la punta de una larga regla, seguía en el mapa mural los meandros de algún río inútil, la gran higuera del aprisco de Baptiste surgía lentamente de la pared; por encima de la masa de hojas esmaltadas se alzaba la alta rama muerta y, en la punta, justo en la punta, blanca y negra, una urraca.

Entonces, un dolor dulcísimo ensanchaba mi corazón de niño y, mientras la voz lejana recitaba nombres de afluentes, yo trataba de medir la eternidad que me separaba de la Navidad. Contaba los días, las horas, luego descontaba el tiempo de sueño y, por la ventana, a través de la leve bruma de la mañana de invierno, miraba el péndulo de la escuela: la aguja larga avanzaba a sacudidas y yo veía caer los pequeños minutos como hormigas decapitadas.

Por la tarde, a la luz de la lámpara, «hacía los deberes» sin decir palabra. Apenas me quedaba tiempo para ocuparme de Paul. Sin embargo, se estaba

volviendo interesante, porque tenía un compañero de clase que era un pozo de sabiduría: nos traía casi cada tarde alguna broma escatológica o juegos de palabras delirantes que le hacían morir de risa. Ya apenas teníamos tiempo para hablar, como no fuera durante la operación familiar de la que éramos responsables dos veces al día y que se llamaba poner la mesa.

Mi querida mamá se asustaba de verme inclinado tanto tiempo sobre mis deberes y la sesión del jueves por la mañana le parecía un invento bárbaro: me cuidaba como a un convaleciente y preparaba para mí comidas deliciosas, desgraciadamente precedidas por una gran cucharada de aceite de hígado de bacalao.

En resumidas cuentas, «iba aguantando» y mis progresos complacían tanto a mi padre que me parecieron menos dolorosos.

<sup>14</sup> «Baja la cabeza, sicambrio orgulloso, adora lo que has quemado, quema lo que has adorado». Frase posiblemente apócrifa pronunciada por san Remigio, entonces obispo de Reims, cuando administró el bautismo en 496 a Clodoveo, rey de los francos.

El «cómic episodio» se produjo en 911, fecha de la firma del tratado de Saint-Clair-sur-Epte entre el rey de Francia Carlos III el Simple y el caudillo vikingo Rollón, en virtud del cual Rollón aceptó rendir pleitesía al soberano y convertirse al cristianismo a cambio de la mano de su hija Gisela y de una buena porción de tierra en Neustria. Los obispos que asistían al encuentro consideraban que Rollón debía besar el pie de Carlos, algo a lo que él se negó. Propuso a cambio que uno de sus hombres lo hiciera en su nombre. Al ejecutar la orden, el representante agarró el pie del rey con tanto ímpetu que lo hizo caer sentado al suelo, entre las carcajadas de los presentes.

Jean de la Balue (1421-1491), consejero de Luis XI, fue acusado de traición por el rey y encerrado en una jaula, donde permaneció encadenado durante once años.

En 1870, Francia declara la guerra a Prusia. Cuando el presidente Adolphe Thiers se pronuncia en contra de la movilización advirtiéndole que el Ejército francés no está preparado, el mariscal Le Bœuf replica que «aunque la guerra durase dos años, no faltaría ni un botón de polaina a nuestros soldados». Poco después, el Ejército francés capitula, por falta no de botones de polaina, sino de municiones.



Un día, al volver de la escuela a mediodía, tras una sesión suplementaria de análisis gramaticales, el pequeño Paul, asomado al pasamanos, gritó en la escalera sonora:

—¡Te han escrito una carta de Correos! ¡Lleva un sello!

Subí las escaleras de dos en dos y la baranda vibrante sonó como un arpa de bronce.

Sobre la mesa, junto a mi plato, un sobre amarillo llevaba mi nombre trazado con letra desigual en una línea torcida.

—Apuesto —dijo mi padre— a que son noticias de tu amigo Lili.

No conseguía abrir el sobre y desgarré una a una las cuatro esquinas: mi padre lo cogió y, con la punta del cuchillo, cortó el borde con una habilidad de cirujano.

De su interior cayeron en primer lugar una hoja de salvia y una violeta seca.

En tres hojas de un cuaderno escolar, con una letra grande cuyas líneas ondulantes rodeaban manchas de tinta, Lili me hablaba:

¡O colega!

cojo la Pluma para dezirte que los tordos no an benido este año. nada pero esque nada, asta los darnagas se an ido. como Tú. no he cojido ni Dós. ni perdigones tampoco. ya ni boi no bale la pena. es mejor Trabajar en la Escuela y aprender hortografia porque si no... no puede ser. ni halúas ay. son pequeñas, los pajaros no las quieren. Es una Pena, que Suerte tienes de no estar aquí es un Desastre. tengo ganas que bengas. Y que bengan los pajaros, y los perdigones y los Tordos para navidá. Además, me an robado doze Trampas y por lo menos cincuenta tordos. Yo sé quien a sido. las mejores trampas. Es el de Alloch, el Cojo. Acuerdate que me acordaré. y además ace frío, con mistral. todos los días cuando boi de caza me yelo los Piés. por suerte yevo bufanda. pero te hecho de menos. batistin está contento: coje treinta tordos al día. con Liga. antesdealler, dies ortelanos, y el Savado doce alirojos. con Liga. antesdealler e ido a tête Rouge, quería escuchar la Piedra. se me conjeló la horeja. Ila no quiere cantar

solo Llorá. Ila no tengo mas noticias. saludos a Todos. te mando una oja de salvia para tí y una bioleta para tu madre. tu amigo para siempre Lili.

mi dirección. Los Bellons Por Lavalantine Francia.

ace tres días que te escribo por que sigo por la noche. mi Madre esta contenta, se cre que ago los Deveres. En mi Cuaderno. Luego arranco la oja. Un rallo a estropiziado el Pino grande de Lagarète. Solo queda el Tronco y puntyagudo como un silvato. dios te vendiga. te hecho de menos. mi dirección: los Bélons porlavalantine. Francia. el cartero se llama Fernan, todo el mundo lo conoze, no se puede equibocar. me conoze muy Bien. yo tanvién.

tu amigo para siempre. Lili.

No fue fácil descifrar aquella letra que la ortografía no ayudaba a aclarar. Pero mi padre, gran especialista, lo consiguió después de varios tanteos. Después dijo:

—¡Menos mal que le quedan tres años para preparar el certificado de estudios!

Luego añadió mirando a mi madre:

—Este niño tiene una gran corazón y una auténtica delicadeza.

Al fin, se volvió hacia mí.

—Guarda esta carta. Ya la entenderás más adelante.

La cogí, la doblé, me la metí en el bolsillo y no respondí nada: había entendido mucho antes que él.

A la mañana siguiente, al salir de la escuela, fui al estanco y compré una preciosa hoja de papel de cartas. Tenía los bordes calados de encaje y estaba decorada, arriba a la izquierda, con una golondrina impresa en relieve con un telegrama en el pico. El sobre, grueso y satinado, llevaba un marco de nomeolvides.

El jueves por la tarde compuse largamente el borrador de mi respuesta. Ya no sé los términos exactos, pero recuerdo el sentido general.

Primeramente lo compadecía, a causa de la desaparición de los tordos, y le pedía que felicitase a Baptistin, que sabía cazarlos con liga durante su ausencia. Después le hablaba de mis tareas escolares, de los atentos cuidados que recibía y de la satisfacción de mis maestros. Tras aquel párrafo tan poco modesto, le anuncié que Navidad quedaba a treinta y dos días en el futuro, pero que para entonces aún seríamos lo bastante jóvenes como para correr por las colinas, y le prometí hecatombes de tordos y hortelanos. Por último, tras haber dado noticias de la familia —que me parecía estar en plena prosperidad— le rogué que presentase mis condolencias al pino «estropiciado» de La Garette y que transmitiese mi más cordial consuelo a la piedra «desolada». Terminé con palabras de ferviente amistad, que jamás me habría atrevido a decirle a la cara.

Releí dos veces mi prosa y corregí algún detalle; después, armado con una pluma nueva, la copié con un papel secante bajo la mano y la lengua entre los dientes.

Mi caligrafía era cuidada y mi ortografía perfecta, porque comprobé en el *Petit Larousse* ciertas palabras dudosas. Más tarde enseñé mi obra a mi padre: me hizo añadir algunas tildes y tachar una hache inútil, pero me felicitó y declaró que era una carta preciosa, lo que llenó de orgullo a mi querido pequeño Paul.

Por la noche, en la cama, releí el mensaje de Lili y su ortografía me pareció tan cómica que no pude evitar reírme de ella... Pero de pronto comprendí que tantos errores y torpezas eran el fruto de largas horas de aplicación y de un gran esfuerzo de amistad: entonces, me levanté en silencio, descalzo, encendí la

lámpara de petróleo y llevé mi propia carta, mi cuaderno y mi tintero a la mesa de la cocina. Toda la familia dormía: solo oía la musiquita del hilillo de agua que caía en la cuba de cinc, encima del fregadero.

Empecé arrancando, de un golpe seco, tres páginas del cuaderno: obtuve así el dentado irregular que deseaba. Entonces, con una pluma vieja, copié mi carta demasiado bonita, suprimiendo la frase ingeniosa que se burlaba de su tierna mentira. Suprimí de paso las tildes paternas y añadí algunas faltas de ortografía, que elegí entre las suyas: los *ortelanos*, las *notizias*, *batistin*, *trenta* y *navidá*. Por último, cuidé de dar color a mi texto con unas cuantas mayúsculas inopinadas. Aquel delicado trabajo duró dos horas y sentí que me vencía el sueño... Sin embargo, releí su carta y después la mía. Me pareció que estaba bien, pero que aún le faltaba algo: entonces, con el mango de mi pluma, extraje una gruesa gota de tinta y, sobre mi elegante firma, dejé caer esa lágrima negra. Estalló como un sol.

Los últimos treinta y dos días del trimestre, alargados por la lluvia y por el viento de otoño, me parecieron interminables, pero la paciencia del péndulo acabó con ellos.

Una tarde de diciembre, al salir de la escuela —donde el señor Mortier me había retenido un cuarto de hora extra en medio de los reyes holgazanes—, el corazón me dio un vuelco al entrar en el comedor.

En una maleta de cartón, mi madre apilaba prendas de lana.

En la mesa, que la lámpara del techo iluminaba a toda mecha, las piezas desmontadas de la escopeta de mi padre se extendían en torno a un platillo lleno de aceite.

Yo sabía que íbamos a marcharnos dentro de seis días, pero siempre me había esforzado por no imaginar aquella marcha, para conservar la sangre fría. La vista de aquellos preparativos, de aquella actividad que ya formaba parte de las vacaciones, me causó una emoción tan grande que se me llenaron los ojos de lágrimas. Dejé la cartera en una silla y corrí a encerrarme en el retrete, para llorar riéndome a gusto.

Salí al cabo de cinco minutos, algo más tranquilo pero con el corazón acelerado. Mi padre colocaba las pletinas de la escopeta y mi madre probaba, en la cabeza de Paul, un pasamontañas tejido.

Con voz un poco ahogada, pregunté:

—¿Nos iremos aunque llueva?

—Tenemos nueve días de vacaciones —dijo mi padre—. Y aunque llueva, nos iremos.

—¿Y si hay rayos? —dijo Paul.

—Nunca hay rayos en invierno.

—¿Por qué?

Mi padre respondió categóricamente:

—Porque no. Pero claro, si la lluvia es demasiado fuerte, esperaremos a la

mañana siguiente.

—¿Y si es una lluvia normal?

—¡Entonces —dijo mi padre—, nos haremos muy delgados, caminaremos deprisa, cerrando los ojos, y pasaremos entre las gotas!

El jueves por la tarde, mi madre nos llevó a casa de la tía Rose, para saber qué había decidido. Fue una gran decepción: declaró que no podía «subir a la casona», a causa del primo Pierre, que cobraba una importancia totalmente injustificada. Aquel tragabiberones empezaba a babear sonidos informes, a los que ella respondía palabras de verdad para hacernos creer que había dicho algo. Era un espectáculo lamentable.

Además, ante mi madre maravillada, levantó los labios del animalito y, enseñándonos en su encía un grano de arroz, afirmó que era un diente y que, a causa de ese diente, temía por él el viento, la lluvia, la humedad y sobre todo la falta de gas.

Probamos con algunas zalamerías, pero sin resultado. Tuvimos que rendirnos a la evidencia: ya no había tía Rose.

Pero quedaban, no obstante, ciertos rastros cazadores del tío Jules: declaró que vendría cada mañana, en bicicleta, para tirar a los tordos y que volvería antes de la noche. Lo dijo gallardamente, pero vi que habría preferido quedarse con nosotros. Entonces, por primera vez, comprendí que las personas mayores nunca hacen lo que les gusta y que son tontas.

Al bajar las escalera, en penumbra, Paul sacó la conclusión de aquel desastre y dijo, con voz ecuánime:

—Yo, cuando tenga hijos, se los regalaré a alguien.

El viernes por la mañana, mi padre fue a hacer su última «vigilancia» a la escuela, donde los alumnos que quedaban golpeaban el suelo con los pies en el patio, que parecía más grande. Desde hacía algunos días, el frío era intenso: en el armario de la cocina, la botella de aceite de oliva parecía llena de algodón, lo que me permitió explicar a Paul que en el Polo Norte «era así todas las mañanas».

Pero nuestra madre había desbaratado anticipadamente la súbita agresión del invierno. Nos ensacó a uno tras otro en varios calzones, jerséis, mamelucos, camisas y cazadoras superpuestas y, bajo el «pasamontañas» que nos cubría las orejas, parecíamos cazadores de focas.

Me embelesó la belleza de aquel equipamiento, pero más adelante descubrí sus inconvenientes. Había tantos botones, corchetes, presillas e imperdibles que el gran problema era hacer pis sin mancharse: Paul no lo consiguió nunca.

De la hermanita no se veía más que una naricita roja saliendo de una especie de edredón ambulante. Mi madre, con un gorro, un cuello y un manguito de piel (de conejo, naturalmente), se parecía a las lindas patinadores canadienses que se deslizaban en el calendario de Correos y, como el frío coloreaba sus mejillas, estaba más guapa que nunca.

A las once llegó Joseph. Ya se había puesto —para admiración de sus colegas— una chaqueta de caza nueva, más sencilla que la del tío Jules, con menos bolsillos, pero más bonita, porque era de un gris azulado que resaltaba los botones de cobre decorados con una cabeza de perro.

Tras un desayuno puramente formal, cada cual preparó sus «paquetes».

Mi madre había previsto que en el pueblo, acabado el verano, la «Panadería–Estanco–Ultramarinos–Mercería–Alimentación» solo podría proporcionarnos el pan, la harina, la mostaza, la sal y algunos garbanzos: verdaderos perdigones vegetales que había que ablandar mediante baños de tres días antes de cocerlos en un agua cenicienta.

Por eso nos llevamos una considerable cantidad de provisiones.

Aquella abundancia (que incluía un salchichón de gran lujo, puesto que estaba entero y llevaba un anillo de oro) iba encerrada en cuadrados de tela atados por las cuatro esquinas. Había tres, bastante pesados: yo confeccioné un cuarto, hinchado con algodón, cajas vacías y bolas de papel arrugado, para orgullo del pequeño Paul.

Pero eso no era todo: como la fortuna familiar nunca nos permitió poseer dos ejemplares de cada utensilio, no quedaba ninguno en la Quinta-Nueva.

Así que mi padre amontonó, en una mochila grande, el material indispensable: los cazos, el colador, la sartén de freír, la sartén de asar castañas, el embudo, el rallador, la cafetera y su molinillo, la olla, los vasos, las cucharas y los tenedores. Todo ello fue ahogado en un mar de castañas, que debían llenar los vacíos y asegurar el silencio de la hojalata.

La carga fue acoplada a la espalda de mi padre y partimos hacia la Estación del Este.

Aquella «estación» no era más que el término subterráneo de un tranvía y su propio nombre era una patraña. El este, en aquel caso, no era China, ni Asia Menor, ni siquiera Tolón: era Aubagne, donde acababan modestamente los raíles del este, bajo unos plátanos occidentales.

Sin embargo, la estación me dejó impresionado, a causa del túnel que allí empezaba. Se hundía en la oscuridad, aún negro por el antiguo humo de un tranvía de vapor que, bajo una chimenea en forma de embudo, había sido, como todo lo es, el último grito del progreso. Pero el progreso nunca calla y había dado otro último grito, que era el «tranvía eléctrico».

Lo esperamos, hacinados entre barreras de tubos de hierro, en medio de una larga fila que los recién llegados no alargaban, sino comprimían.

Todavía hoy sigo viendo a Joseph, con la barbilla echada hacia delante, los hombros hacia atrás por el peso de los tirantes de la mochila, apoyándose como un obispo en una escoba con las cerdas hacia arriba...

Anunciado por el chirrido de las ruedas en las curvas, el tranvía parpadeante surgió al fin de la oscuridad y se detuvo frente a nosotros.

Un empleado con gorra abrió la portilla y la estampida nos arrastró.

Mi madre, movida por dos señoras magníficas, se encontró sentada en buen sitio sin haber hecho nada para merecerlo. Nosotros, los hombres, nos quedamos



de pie en la plataforma trasera, a causa del volumen de nuestros paquetes. Mi padre caló la mochila contra el tabique y, desde el comienzo del viaje, el embudo y la sartén —pese a las sordas castañas— tocaron indiscretamente una especie de ángelus.

El túnel, vagamente iluminado por lamparitas dentro de unos nichos, solo estaba compuesto por curvas y giros: tras un cuarto de hora de chirridos y traqueteos, salimos de las entrañas de la tierra, justo a principio del bulevar Chave, a apenas trescientos metros de nuestro punto de partida... Mi padre nos explicó que aquella obra singular se había empezado por ambos extremos, pero que los equipos excavadores, tras un largo y sinuoso paseo subterráneo, se habían encontrado por pura casualidad.

El viaje al aire libre fue rápido y agradable y me sorprendí al ver a mi padre prepararse para bajar del vehículo: no había reconocido La Barasse.

En la gran ciudad, las únicas marcas del invierno eran el zumbido de la estufa, la bufanda, la capa y aquel farolero que apretaba la perilla a la hora de la merienda, pero las afueras, que ahora parecían un dibujo a pluma, me mostraron el auténtico rostro de la estación.

Bajo un solecito de invierno, pálido y tonsurado como un monje, nos reencontramos con el camino de las vacaciones. Era mucho más ancho: diciembre, peón caminero nocturno, había quemado la maleza y despejado el pie de los muros. El blando polvo del verano, esa harina mineral en la que un simple pisotón bien dado puede levantar nubes tan bellas, estaba ahora petrificado y el relieve de las roderas endurecidas se quebraba en motas a nuestro paso. En lo alto de los muros, las higueras enflaquecidas alzaban las ramas de sus esqueletos y las clemátides colgaban como pedazos negros de cordel. Ni cigarras, ni saltamontes, ni lagartijas roqueras. Ni un sonido, ni un movimiento. Solo los olivos de las vacaciones conservaban todas sus hojas, pero vi que temblaban y no tenían ganas de hablar.

Sin embargo, gracias a nuestro equipamiento y al peso de los paquetes, no teníamos frío y avanzábamos a buen paso por aquel camino nuevo. Sin detenernos, merendamos con gran apetito y el viaje se hizo más corto. Pero cuando empezaba a distinguir, en lo alto, el cono de la gran Tête-Rouge, el sol desapareció de pronto. No en una puesta de gloria triunfal, bajo estratos de púrpura y escarlata, sino como si se deslizara furtiva y quizás inconscientemente bajo unas nubes grises sin forma ni relieve. La luz bajó, el cielo algodonoso se

hizo pesado y se posó como una tapadera en la cresta de las colinas, cuyo golfo ya nos rodeaba.

Mientras caminaba, pensaba en mi querido Lili. ¿Dónde estaba? No llegaríamos a la casona antes de que oscureciera. ¿Quizás nos lo encontraríamos en la Quinta-Nueva, sentado en la piedra del umbral, junto a una bandolera llena de tordos? ¿O tal vez estaba en camino para venir a mi encuentro?

No me atrevía a esperarlo, a causa de la hora y del frío, porque, en el crepúsculo violeta, un polvo de agua helada había empezado a caer lentamente. Entonces, a través de la llovizna, vi brillar la pequeña llama de la primera farola de petróleo: al pie de la cuesta, anunciaba el pueblo.

En el círculo de luz amarilla que temblaba sobre el camino mojado, distinguí la sombra de una capucha...

Corrí hacia él, él corrió hacia mí. Me detuve a dos pasos... Él se detuvo también y, como un hombre, me tendió la mano. La estreché virilmente, sin decir palabra.

Estaba rojo de placer y de emoción. Yo debía de estarlo más que él.

—¿Nos esperabas?

—No —dijo—. Venía a ver a Durbec.

Me señaló el portalón verde.

—¿Para qué?

—Me había prometido darme alúas. Hay un montón en un sauce, justo al borde de su prado.

—¿Te las ha dado?

—No. No estaba en casa... Entonces esperé un poco, por si volvía... Creo que ha ido a los Camoins.

Pero en aquel momento se abrió el portalón y salió un mulo pequeño. Arrastraba una carreta con los faroles encendidos y era Durbec quien llevaba las riendas. Al pasar, nos gritó:

—¡A las buenas tardes!

Lili se puso rojo y corrió bruscamente hacia mi madre, para aliviarla de sus paquetes.

Entonces no hice más preguntas. Era feliz porque sabía que me había mentido: sí, había venido a esperarme, en la grisalla de Navidad, bajo aquella fina lluvia fría cuyas gotas brillantes se quedaban enganchadas a sus largas pestañas. Había bajado de los Bellons, mi hermanito de las colinas... Llevaba horas allí, se habría

quedado hasta la noche cerrada con la esperanza de ver aparecer, por la curva del camino reluciente, la capucha puntiaguda de su amigo.

El primer día, el de Nochebuena, no fue un auténtico día de caza: hubo que ayudar a mi madre a ordenar la casa, poner «burletes» en las ventanas (que silbaban músicas glaciales) y traer, del pinar vecino, una gran cosecha de leña. Sin embargo, pese a tanta ocupación, sacamos tiempo para poner algunas trampas al pie de los olivos, en el lastón helado pero constelado de aceitunas negras.

Lili había conseguido guardar unas alúas en una cajita, donde se alimentaban de papel secante: servidas en medio de los olivos, sedujeron a una docena de tordos que cayeron de la rama al espetón para completar el festín de Nochebuena que tuvo lugar esa misma noche, pues celebramos la gran cena «de los trece postres»<sup>15</sup> ante un brasero chispeante.

Lili —nuestro invitado de honor— observó todos mis gestos y se esforzó por imitar al caballero que creía que era yo.

En un rincón del comedor, un pequeño pino, convertido en abeto para la circunstancia: de sus ramas colgaban una docena de trampas nuevas, un cuchillo de caza, una polvorera, un trenecito, hilo de latón para hacer lazos, bastones de caramelo, una pistola de juguete, toda clase de riquezas. Lili abría los ojos de par en par y no decía palabra, inmóvil como un conejo asustado.

Fue una velada memorable: yo nunca había vivido una tan larga. Me inflé de dátiles, de fruta confitada y de nata montada; Lili me secundó tan bien que hacia la medianoche constaté que respiraba entrecortadamente y se quedaba con la boca abierta durante minutos enteros. Tres veces mi madre nos propuso ir a dormir. Tres veces nos negamos, porque aún quedaban pasas, que comíamos no con placer auténtico, sino a causa del lujo que representaban.

Sobre la una de la madrugada, mi padre declaró que «estos niños iban a reventar» y se levantó.

En ese mismo instante creí oír a lo lejos los gritos de ratón de la bicicleta del tío Jules, pero era la una de la madrugada y hacía un frío de muerte. Que viniera me pareció totalmente improbable y creía haber soñado cuando mi madre aguzó el oído y dijo con sorpresa:

—¡Joseph, ahí está Jules! ¿No habrá pasado algo?

Mi padre escuchó a su vez: los chirridos se aproximaban.

—Es él —dijo—. Pero no te preocupes: ¡si hubiera «pasado algo» no habría venido hasta aquí!

Se levantó y abrió la puerta de par en par: distinguimos la silueta de un oso enorme que desataba las correas del portaequipajes. El tío entró con un abrigo de pelo largo completado por cuatro vueltas de bufanda y dejó un paquete grande sobre la mesa diciendo:

—¡Feliz Navidad! —mientras se desenrollaba la bufanda.

Abrí el paquete en seguida: más juguetes, más trampas, una gran bolsa de *marrons glacés* y una botella de licor.

Mi padre frunció el ceño: luego examinó la etiqueta, que brillaba con varios colores, y pareció serenarse.

—Esto —dijo— es un licor honrado. Es vino, sí, pero vino cocido: es decir que, al cocerlo, le han quitado el alcohol.

Nos sirvió dos dedos a cada uno y la fiesta continuó, mientras mi madre se llevaba a Paul dormido.

—Nos alegramos de que hayas venido —dijo mi padre—, pero no te esperábamos... ¿Así que has abandonado a Rose y al bebé?

—Querido Joseph —dijo el tío—, no podía llevarlos a la Misa del Gallo, a la que no he faltado desde mi infancia. Y, por otra parte, no habría sido razonable volver a casa a la una de la madrugada, arriesgándome a despertarlos. Así que decidí oír misa en la iglesia de La Treille y venir a celebrar con vosotros el nacimiento del Salvador.

Me pareció que había tenido una gran idea, porque ya estaba yo desenvolviendo los *marrons glacés*, ante la mirada de Lili, que nunca los había visto.

—La misa —dijo el tío— ha sido preciosa. Había un belén inmenso, la iglesia estaba cubierta de romeros en flor y los niños han cantado admirables villancicos provenzales del siglo XIV. ¡Es una lástima que no hayas venido!

—Habría ido por pura curiosidad —dijo mi padre—, y opino que la gente que va a las iglesias por la música y el espectáculo no respeta la fe de los demás.

—Qué bonito sentimiento —dijo el tío—. De todas forma, aunque no hayas venido, has estado presente igual.

Y se frotó las manos alegremente.

—¿Y cómo es que estaba? —preguntó mi padre con un tono un poco irónico.

—¡Estabas con toda tu familia, porque he rezado mucho por vosotros!

Ante aquel anuncio imprevisto, Joseph no supo qué responder, pero mi madre sonrió con mucho afecto mientras el tío se frotaba las manos cada vez más rápido.

—¿Y qué favor le has pedido al Todopoderoso? —dijo por fin Joseph.

—El mejor de todos: le he suplicado que no te prive más de su presencia y que te mande la fe.

El tío había hablado con gran fervor y sus ojos brillaban de ternura.

Mi padre, que masticaba con un placer evidente tres o cuatro castañas a la vez, se tomó el tiempo de acabar aquel bocado, lo tragó de golpe y dijo con voz algo velada:

—Yo no creo, ya lo sabes, que el creador del universo se digne a ocuparse de los microbios que somos, pero tu oración es una hermosa prueba de tu amistad y te lo agradezco.

Entonces se levantó para estrecharle la mano. El tío se levantó también, se miraron sonriendo y el tío dijo:

—¡Feliz Navidad, mi querido Joseph!

Los niños no saben nada de la auténtica amistad. Solo tienen compis o cómplices y cambian de amigos al cambiar de escuela, o de clase, o incluso de pupitre. Aquella noche, aquella Nochebuena, sentí una emoción nueva: la llama del fuego se estremeció y vi que alzaba el vuelo, en el humo ligero, un pájaro azul con cabeza de oro.

Cuando por fin hubo que irse a dormir, yo ya no tenía sueño. Era demasiado tarde. Pensaba charlar con Lili, para quien mi madre había puesto un jergón en mi cuarto, pero se había «pasado» con el vino cocido, que mi padre no conocía bien, y se durmió sin fuerzas para desvestirse.

Acostado bocarriba, con las manos bajo la nuca y los ojos abiertos de par en par en la oscuridad, evoqué las imágenes de aquella cena de fiesta, iluminada por la bondad del tío Jules, cuando me invadió una gran inquietud: acababa de pensar en la historia del soldado Édouard Trinquette que mi padre había contado un día a la mesa.

El tal Trinquette, que era primo del señor Besson, hacía en aquella época el servicio militar en Tarascón. El papá Trinquette, que era viudo, adoraba a su hijo único y se preocupaba mucho por cómo le iría. Pues bien, un día descubrió, con

regocijo, que el coronel del regimiento era precisamente su mejor amigo de la infancia... Empuñó al momento su mejor pluma y le escribió una larga carta, llena de emotivos recuerdos, para recomendarle a su hijo, individuo de élite y único consuelo de su vejez.

El coronel —fiel amigo— hizo llamar *ipso facto* a Édouard Trinquette para asegurarle su benevolencia: pero el soldado adjunto vino a informarle —en posición de firmes— de que el individuo de élite se había marchado desde hacía ocho días con permiso extraordinario para asistir al funeral de su anciano padre, consolar a su madre afligida y solucionar delicadas cuestiones de herencia con sus cuatro hermanos y hermanas.

El coronel a punto estuvo de perecer de una apoplejía y los gendarmes se pusieron a buscar al farsante.

Como Tarascón es una ciudad pequeña donde la gente habla sin hacerse de rogar, lo descubrieron aquella misma noche en el hotel Los Tres Emperadores, donde él era el número cuatro, pues vivía escondido en la habitación de una criada pelirroja que lo alimentaba a expensas de la cocina. Los gendarmes aparecieron en el primer tercio de un paté de tordo y el soldado Édouard Trinquette, cubierto de cadenas, fue llevado al cuartel, donde el coronel lo encerró durante tres semanas en un calabozo lleno de ratas.

Eso es lo que puede ocurrir cuando se recomienda a alguien que no te ha pedido nada.

Desde luego, yo sabía que Dios no existía, pero no estaba totalmente seguro. Había montones de personas que iban a misa, y hasta personas muy serias. El propio tío le hablaba a menudo, y sin embargo el tío no estaba loco.

Tras muchas reflexiones, llegué a la conclusión, muy poco racional, de que Dios, que no existía para nosotros, ciertamente existía para otros: como el rey de Inglaterra, que solo existe para los ingleses.

Pero, entonces, el tío había sido muy imprudente atrayendo su atención hacia nosotros: aquel dios, si examinaba nuestro caso —e igual era lo que estaba haciendo entonces mismo—, seguro que se enfurecería como el coronel y, en lugar de mandarnos la fe, temía que nos lanzara tres o cuatro rayos que hicieran que la casa se nos cayera encima. Sin embargo, como oía a través del tabique los ronquidos apacibles y confiados del tío Jules, me calmé pensando que el dios que veneraba seguramente no le haría semejante jugarreta y que podía dormir tranquilo, al menos aquella noche: cosa que hice inmediatamente.

Nos perdimos la caza al día siguiente, porque los cazadores se fueron sin nosotros: nos despertamos a mediodía y desayunamos *aïgo bouldo*, es decir unos dientes de ajo hervidos en agua, y pasamos una tarde lastimera, junto al fuego, mientras el pequeño Paul, a quien su hipersomnia había preservado de nuestros excesos, mordisqueaba los últimos *marrons glacés* y se burlaba de nosotros, llamándonos «zopencos». Pero la segunda noche reparó el desastre y la caza de invierno comenzó de verdad.

Aquellos ocho días de Navidad pasaron como un sueño. Pero nada fue igual que en el verano: estábamos en otra región.

Por la mañana, a las seis, todavía era de noche. Me levantaba tiritando y bajaba a encender el fuego. Después preparaba el café que había molido la víspera, para no despertar a mi madre. Entretanto, mi padre se afeitaba. Al cabo de un momento, oíamos chirriar a lo lejos la bicicleta del tío Jules, puntual como un tren de cercanías: tenía la nariz roja como una fresa, llevaba trocitos de hielo en el bigote y se frotaba las manos vigorosamente, como un hombre muy satisfecho.

Desayunábamos frente al fuego, hablando en voz baja.

Después, los pasos de Lili resonaban en el camino endurecido.

Le servía una taza grande de café, que al principio rechazaba diciendo:

—Ya lo he tomado. —Cosa que no era verdad. Luego salíamos los cuatro, antes de que amaneciera.

En el cielo de terciopelo violeta las estrellas brillaban, incontables. Ya no eran las dulces estrellas del verano. Destellaban con dureza, claras y frías, cristalizadas por la helada de la noche... Por encima de la Tête-Rouge, que se vislumbraba en las sombras, un gran planeta colgaba como un farol, tan cercano que uno creía ver el espacio detrás de él. Ni un ruido, ni un murmullo, y en el silencio helado nuestros pasos resonaban sobre las duras piedras de Navidad.

Las perdices se habían vuelto desconfiadas y la nueva sensibilidad de los ecos las protegía de nuestra llegada. Sin embargo, los cazadores mataron cuatro liebres, algunas becardas y buena cantidad de conejos. En cuanto a nuestras trampas, nos dieron tordos y alondras con tal regularidad que aquel triunfo cotidiano dejó de ser algo inesperado.

Tuve sin embargo la alegría y el orgullo de rematar un busardo tan grande como un paraguas visto de perfil: desde el fondo del barranco de Lancelot, mi padre lo

hizo caer de una nube. Tumbado de espaldas, con las garras en alto, el ave asesina me miraba acercarme. Sus ojos amarillos brillaban con odio y amenaza. Me complací imaginando que era el busardo que casi había querido sacarme los ojos y lo maté ferozmente a pedradas.

Volvíamos de la caza a la caída de la noche: tumbados (bocabajo) frente al gran fuego de madera resinosa, echábamos partidas de damas, de dominó, de la oca —mientras mi padre tocaba la flauta—, y a veces el bingo reunía a toda la familia.

A partir de las seis y media, el espetón giraba y la grasa rojiza de los tordos tiernos ablandaba las gruesas tostadas de pan de pueblo...

Grandes y hermosos días, que me parecían inmensos por la mañana, pero que encontré tan cortos cuando llegó la hora de la marcha...

La última noche, cerrando las maletas, como mi madre me veía tan triste, dijo:

—Joseph, tenemos que venir todos los sábados.

—Cuando tengamos tranvía —dijo mi padre—, tal vez sea posible. Pero de momento...

—Cuando tengamos tranvía los niños llevarán bigote. Míralos: nunca han tenido tan buena cara y yo nunca he comido con tanto apetito.

—Ya lo veo —dijo mi padre pensativo—. ¡Pero el viaje dura cuatro horas! Llegaríamos el sábado a las ocho y tendríamos que irnos el domingo por la tarde.

—¿Por qué no el lunes por la mañana?

—Porque tengo que estar en la escuela a las ocho en punto, ya lo sabes.

—Tengo una idea.

—¿Cuál?

—Ya lo verás.

Mi padre pareció sorprendido. Reflexionó un instante y dijo:

—Ya sé lo que estás pensando.

—No —dijo mi madre—. No lo sabes. Pero no me hagas más preguntas. Es mi secreto. Y solo lo sabrás si sale bien.

—De acuerdo —dijo mi padre—. Esperaremos.



<sup>15</sup> Los *calenos* o trece postres son un surtido de dulces y frutos secos que se sirven tradicionalmente tras la cena de Nochebuena en Provenza.

No era una mala idea.

A menudo se encontraba en el mercado con la esposa del señor director: era una persona alta y guapa, que llevaba un largo collar de oro y un reloj de oro en su cinturón de seda plisada.

Mi madre, tímida y menuda, la saludaba discretamente de lejos. Pero como por sus hijos era capaz de todo, empezó enfatizando el saludo, se acercó poco a poco y acabó rozando la mano de la señora directora en un cesto de patatas. Esta, que tenía buen corazón, le desaconsejó la compra de aquellos tubérculos, que declaró dañados por la helada, y la condujo hasta otra verdulera. Dos días después, hacían la compra juntas y, a la semana siguiente, la señora directora la invitó a ir a su casa a tomar una tisana inglesa que llamaban té.

Joseph ignoraba todo de aquella conquista y se sorprendió mucho cuando leyó, en el tablón de anuncios, una decisión del señor director: aquel jefe omnipotente había decretado, por un súbito capricho, que en adelante mi padre estaría encargado de la vigilancia el jueves por la mañana pero, a cambio, los profesores de canto y de gimnasia se encargarían de sus alumnos el lunes por la mañana, lo que le dejaba libre hasta la una y media.

Como los hombres no entienden nada de los tejemanejes femeninos, nunca habría descubierto la verdad si el señor Arnaud —que sabía siempre todo porque conocía muy bien a la criada del señor director— no lo hubiera informado durante un recreo.

Entonces se le plantearon dos problemas: primeramente, ¿debía dar las gracias a su jefe? Declaró a la mesa que no lo haría, porque eso significaría reconocer que el señor director habría alterado «el horario» de una escuela pública para comodidad de un maestro.

—Sin embargo —decía perplejo—, habría que encontrar algo...

—No te preocupes, ya lo he pensado —dijo mi madre sonriendo.

—¿Qué piensas hacer?

—He mandado un ramo de rosas a la señora directora.

—¡Oh, oh! —dijo él sorprendido—. No sé yo si ese gesto no resultará... demasiado familiar... O igual demasiado pretencioso... Evidentemente, parece muy simpática... Pero me pregunto cómo se lo va a tomar...

—Se lo ha tomado muy bien. ¡Me ha dicho incluso que era «un amor»!

Mi padre abrió los ojos de par en par.

—¿Has hablado con ella?

—¡Pues claro! —dijo mi madre riendo—. Vamos al mercado juntas todos los días, y me llama Augustine.

Entonces él se quitó las gafas, las frotó vigorosamente con el borde del mantel y volvió a ponérselas para mirarla con estupor, y ese fue el segundo problema. Hubo que contarle todo detalladamente, desde lo del cesto de patatas... Al final, meneó la cabeza en silencio, varias veces. Luego, ante toda la familia, dijo con una admiración escandalizada:

—¡Tiene el talento de la intriga!

Así fue como casi todos los sábados, a partir de carnaval, pudimos «subir a las colinas».

El barro de febrero chapoteó y nos salpicó los pies. Después, en el mes de abril, surgió la alta vegetación por encima de los muros y en algunas zonas cruzaba sus arcos sobre nuestras cabezas. El paseo era precioso, pero de veras demasiado largo.

Con nuestro cargamento habitual y las cortas pausas a la sombra, el viaje duraba cuatro horas. Cuando por fin llegábamos a la «casona», estábamos agotados. Mi madre sobre todo, que a veces llevaba a la hermanita dormida en brazos, parecía exhausta... A causa de su palidez y sus ojeras a menudo renuncié al hermoso domingo de las garrigas. Me quejaba de una punzada en el costado, o de un horrible dolor de cabeza, e iba a acostarme pronto. Pero cuando tenía los ojos cerrados, en la oscuridad de mi pequeño cuarto, la querida colina venía hasta mí y me dormía bajo un olivo, entre el perfume de las lavandas perdidas...

Un hermoso sábado de abril, sobre las cinco, nuestra caravana caminaba fatigada pero alegre entre los dos muros de piedra dorada. A treinta metros por delante, se abrió una puertecita. Un hombre salió y cerró la puerta con llave.

Cuando llegábamos a su altura, miró de pronto a mi padre y exclamó:

—¡Señor Joseph!

Llevaba un uniforme oscuro con botones de cobre y una gorra como la de los hombres del ferrocarril. Tenía un bigotito negro y grandes ojos marrones que brillaban de placer.

Mi padre lo miró a su vez, se echó a reír y dijo:

—¡Bouzigue! Pero ¿qué haces aquí?

—¿Yo? Hago mi trabajo, señor Joseph. Soy piquero del canal, ¡y es gracias a usted, se lo aseguro! ¡Se esforzó mucho por mi certificado de estudios! Soy piquero desde hace siete años.

—¿Piquero? —dijo mi padre—. ¿Y qué picas?

—¡Ja, ja! —dijo Bouzigue, triunfante—. ¡Por fin le puedo enseñar yo algo! Piquero quiere decir que soy el encargado de vigilar el canal...

—¿Con un pico? —preguntó Paul.

—¡Qué va! —dijo Bouzigue guiñando el ojo inexplicablemente—. Con una gran llave T —la mostró colgada del cinturón— y esta libreta negra. Abro y cierro las compuertas, controlo el caudal... Si veo una grieta en el margen, o un depósito de fango, o una pasarela que amenaza con caerse, lo apunto y, por la noche, hago un informe. Si veo flotar un perro muerto, lo pesco, y si sorprendo a gente tirando sus aguas sucias o bañándose en el canal, les abro un expediente.

—¡Je, je! —dijo mi padre—. ¡Eres un personaje oficial!

Bouzigue volvió a guiñar el ojo y rio satisfecho.

—Y, además —dijo mi padre—, no es fatigoso.

—¡Oh, no! —dijo Bouzigue—. No son trabajos forzados.

Adoptó de pronto un tono lastimero, como si fuera a llorar.

—Dígame usted, con lo bueno que soy, ¿quién me iba a condenar a trabajos forzados? ¡Nunca he hecho nada malo, salvo por la ortografía! Pero, señor Joseph, veo que la familia ha crecido: la señora Joseph sigue igual de delgada, pero tan encantadora como siempre.

Luego me puso la mano en la cabeza y preguntó:

—¿Y dónde van así, con todo este cargamento?

—Pues mira —dijo mi padre con cierto orgullo—, subimos a nuestra casa de campo para pasar el domingo.

—¡Oh, oh! —dijo Bouzigue encantado—. ¿Se ha hecho rico?

—No exactamente —dijo mi padre—. Pero es verdad que ahora enseño en cuarto y mi salario ha aumentado considerablemente.

—Pues qué bien —dijo Bouzigue—. Me alegro muchísimo. ¡Hala, deme algunos paquetes, que los acompaño!

Me quitó de las manos el saco, los tres kilos de jabón, y aligeró a mi hermano de la bolsa que contenía el azúcar y los fideos.

—Eres muy amable, Bouzigue —dijo mi padre—. Pero no sabes que vamos muy lejos.

—Apuesto a que van hasta las Accates.

—Más lejos.

—Entonces, ¿a los Camoins?

—Más lejos.

Bouzigue abrió los ojos como platos.

—¿No me diga que van a La Treille?

—Cruzamos el pueblo —dijo mi padre—, pero vamos más lejos todavía.

—¡Pero si después de La Treille ya no hay nada!

—Sí —dijo mi padre—, ¡están los Bellons!

—¡Caray! —dijo Bouzigue consternado—. Por allí no pasa el canal, ni pasará nunca. ¿Dónde cogen el agua?

—En la cisterna y en el pozo.

Bouzigue se echó la gorra hacia atrás para poder rascarse mejor la cabeza y nos miró a los cuatro.

—¿Y dónde bajan del tranvía?

—En La Barasse.

—¡Ay, pobres!

Hizo un rápido cálculo mental.

—¡Son por lo menos ocho kilómetros a pie!

—Nueve —dijo mi madre.

—¿Y lo hacen a menudo?

—Casi todos los sábados.

—¡Ay, pobres! —repitió.

—Desde luego, es un poco largo —dijo mi padre—. Pero una vez allí, vale la pena.

—Para mí —dijo Bouzigue solemnemente— la pena no vale nunca. Pero ¡tengo una idea! Hoy no van a hacer nueve kilómetros. Van a venir conmigo y seguiremos el margen del canal, que cruza en línea recta todas estas propiedades. ¡En media hora llegaremos a La Treille!

Se sacó del bolsillo una llave brillante, nos llevó hasta la puerta que acababa de cerrar y la abrió.

—Sígueme —dijo.

Entró. Pero mi padre se detuvo en el umbral.

—Bouzigue, ¿está seguro de que esto es legal?

—¿Qué quiere decir?

—Estás en posesión de esa llave y tienes derecho a entrar en propiedad privada a causa de tus funciones oficiales. Pero ¿crees que está permitido que vayamos nosotros?

—¿Y quién lo va a saber?

—¿Lo ves? —dijo mi padre—. Puesto que esperas que nadie nos vea, reconoces tu culpabilidad.

—Pero ¿qué mal hacemos? —dijo Bouzigue—. Me he encontrado con mi maestro y estoy orgulloso de enseñarle el lugar donde trabajo.

—Podría salirte caro. Si tus jefes se enteran...

Bouzigue guiñó el ojo dos o tres veces, misteriosamente. Después, encogió los hombros un par de veces y meneó la cabeza con una risita burlona. Al fin, habló:

—Ya que lo quiere saber, voy a decirle una cosa: si hubiera el menor problema, yo me ocupo de arreglarlo todo, ¡porque mi hermana está casada (de la mano izquierda) con un consejero general!

Aquella frase me pareció al principio misteriosa, pero de pronto vi a aquella hermana zurda salir del Ayuntamiento del brazo de un general con uniforme de gala que le daba valiosos consejos.

Como mi padre aún vacilaba, Bouzigue añadió:

—Y, además, fue ella quien hizo nombrar a Bistagne, el subdirector del Canal, y si Bistagne se atreve a criticarme, lo deja seco de un almohadazo.

Al momento sentí gran admiración por aquella mujer valerosa, capaz de abatir a los enemigos de su hermano sin herirlos. Sin duda mi padre compartía mi sentimiento, porque seguimos a Bouzigue por propiedad ajena.

El canal corría en lo alto de un pequeño terraplén, entre dos setos de matas y arbustos que emergían entre una maleza de romeros, hinojos, clemátides y jaras.

Bouzigue nos explicó que aquella vegetación desordenada era infinitamente valiosa, porque retenía la tierra del terraplén, y los propietarios tenían prohibido tocarla.

El lecho de cemento solo tenía tres metros de ancho y el agua transparente reflejaba las nubes blancas del cielo de abril.

Entre el margen y el seto florido, seguíamos en fila india un estrecho sendero.

—Este es mi canal —dijo Bouzigue—. ¿Qué les parece?

—Es muy bonito —dijo mi padre.

—Sí, es muy bonito, pero se está haciendo viejo... Mire esos márgenes... Hay grietas de arriba abajo... Así perdemos mucha agua, porque en algunas zonas es un colador.

Aquella palabra impactó a mi hermano Paul, que la repitió varias veces.

Cuando llegamos junto a una pasarela, Bouzigue dijo con orgullo:

—Esto lo renovaron el año pasado. Lo mandé arreglar yo, con cemento submarino.

Mi padre examinó el margen, que parecía totalmente nuevo.

—Pues hay una grieta —dijo.

Bouzigue, bruscamente inquieto, se inclinó hacia el agua.

—¿Dónde?

Mi padre señaló una finísima línea gris, que rascó con la uña. Se desprendieron unas escamas. Él las deshizo entre sus dedos y las examinó un instante.

—Esto no es cemento submarino —dijo—. Por otra parte, la proporción de arena es demasiado alta.

Bouzigue abrió los ojos como platos.

—¿Qué? —dijo—. ¿Está seguro?

—Completamente. Mi padre trabajaba en la construcción y entiendo del tema.

—¡Oh, oh! —dijo Bouzigue—. ¡Voy a ponerlo en mi informe y le van a cantar las cuarenta al contratista!

—Si no sellas esa grieta, dentro de un mes tendrá cuatro dedos de ancho...

—¡Es un colador! —dijo Paul.

—Lo van a arreglar —dijo Bouzigue.

Separó un trozo del revestimiento, lo guardó en una hoja doblada de su libreta y reemprendió la marcha.

Atravesamos cuatro propiedades inmensas.

En la primera, unos parterres de flores rodeaban un castillo con torrecillas. En torno a los parterres, había viñas y vergeles.

—Este —dijo Bouzigue— es el castillo de un noble. Debe de estar enfermo, porque nunca no lo veo.

—Si ese aristócrata nos encontrara en su casa —dijo mi padre—, podría disgustarle. A mí no me gustan mucho los nobles.

Las lecciones del Instituto eran imborrables. Sin embargo, a lo largo de sus lecturas, se había congraciado con ciertos aristócratas: Du Guesclin, Bayard, La Tour d'Auvergne, el caballero de Assas y, sobre todo, Enrique IV, porque galopaba a cuatro patas para divertir a sus nietos. Pero, de forma general, seguía considerando a los «nobles» como personas insolentes y crueles, lo cual quedaba demostrado por el hecho de que les hubiesen cortado la cabeza. Las desgracias nunca inspiran confianza y el horror de las grandes masacres afea incluso a las víctimas.

—Es un conde —dijo Bouzigue—. No se habla mal de él por aquí.

—Quizás sea —dijo mi padre— porque no lo conocen. Pero seguro que tiene contratado a algún esbirro.

—Tiene un granjero y un guardés. El granjero es un buen anciano y el guardés no es joven. Es un gigante. Me he encontrado con él varias veces, pero no me habla. Hola y adiós.

Llegamos sin incidente ante una segunda puerta. El canal cruzaba la tapia bajo un arco pequeño, con largas parietarias que colgaban hasta arrastrarse por la superficie del agua. Bouzigue abrió la cerradura y vimos una selva virgen.

—Este —dijo— es el castillo de la bella durmiente. Los postigos siempre están cerrados, nunca he visto a nadie. Pueden ustedes cantar y gritar, no hay ningún peligro.

Un bosque de madroños y terebintos había invadido los campos abandonados.



Un parque de pinos centenarios rodeaba una inmensa construcción cuadrada, que parecía inaccesible porque bajo los árboles altos crecían en hileras apretadas retamas espinosas (los tojos de las colinas). A mi hermano Paul le impactó la idea de que la bella durmiese tras aquellos postigos cerrados y que, gracias a Bouzigue, fuéramos los únicos en saberlo.

Hubo otra tapia y otra puerta: atravesamos las tierras de un tercer castillo.

—Este es el del notario —dijo—. Miren: siempre está cerrado, salvo en el mes de agosto. Solo hay una familia de campesinos. Suelo encontrarme con el abuelo, es el que cuida esos hermosos ciruelos. Está sordo como una tapia, pero es muy amable... Siempre me habla de la guerra del setenta y quiere recuperar Alsacia y Lorena.

—Es un buen francés —dijo mi padre.

—Eso sí —dijo Bouzigue—. Qué pena que esté chocho.

No nos cruzamos con nadie, pero vimos a lo lejos, a través del seto, la mitad inferior y posterior de un campesino que escardaba un campo de tomates.

Luego Bouzigue abrió una puerta más: estaba perforada en un muro de piedra tallada que tenía por lo menos cuatro metros de alto. La parte superior estaba provista de cascos de botella cortantes, que daban una nefasta impresión de la generosidad del propietario.

—Este —dijo Bouzigue— es el más grande y el más hermoso. Pero el propietario vive en París y nunca hay nadie, solo el guardés... ¡Miren, miren!

A través del seto, vimos dos altas torres que flanqueaban la fachada de un castillo de diez pisos por lo menos. Todas las ventanas estaban cerradas, salvo las de algunas buhardillas bajo el tejado de pizarra.

—Allá arriba —dijo Bouzigue— está el apartamento del guardés... Es para vigilar a los merodeadores, que vienen a saquear el vergel...

—Igual ahora mismo —dijo mi padre— nos observa.

—No creo. Mira sobre todo el vergel, que está del otro lado.

—¿También es amigo tuyo?

—No exactamente. Es un antiguo soldado adjunto.

—No siempre tienen buen carácter.

—Este es como los demás. Pero siempre está borracho como una cuba y tiene una pata chula. Si nos llegase a ver —y sería algo extraordinario— basta con que caminen a paso gimnástico y sería incapaz de alcanzarlos, ¡ni siquiera con su perro!

Mi madre, inquieta, preguntó:

—¿Tiene un perro?

—Sí —dijo Bouzigue—, un perro enorme, pero tiene por lo menos veinte años, es tuerto y casi no puede moverse: su amo tiene que llevarlo con una cadena. Les aseguro que no hay ningún peligro. Pero, para que se queden tranquilos, voy a ir a echar un ojo. ¡Espérenme detrás de ese arbusto!

Había una larga brecha en el seto protector. Bouzigue avanzó, con parsimonia, y se detuvo justo en medio del espacio peligroso. Con las manos en los bolsillos, la gorra echada hacia atrás, observó largo rato el castillo y después el vergel.

Esperábamos, apiñados como ovejas, al abrigo del madroño. Mi madre estaba pálida y respiraba rápido. Mi hermano Paul había dejado de comerse el azúcar que sisaba en su paquete. Mi padre, con el rostro tendido hacia delante, miraba entre las ramas.

Al fin, Bouzigue dijo:

—¡Vía libre! ¡Vengan! Pero agáchense —añadió.

Mi padre, doblado en dos y con los paquetes rozando el suelo, avanzó primero.

Mi hermano Paul iba hecho un cuatro, como el centenario del pueblo, y desapareció literalmente entre la hierba. Pasé a mi vez, apretando los fideos contra mi corazón horizontal. Por último mi madre, poco habituada a los ejercicios gimnásticos, avanzó torpemente, con la cabeza gacha, los hombros encogidos, como una sonámbula en una cornisa. Pese a las enaguas y al corsé de ballenas, estaba muy flaca...

Dos veces más hubo que repetir aquella maniobra. Por fin llegamos a la tapia. Bouzigue abrió la portezuela y de pronto nos hallamos frente al café de Quatre-Saisons.

¡Qué feliz, qué admirable sorpresa!

—¡No puede ser! —dijo mi madre embelesada.

—¡Pues así es! —dijo Bouzigue—. ¡Hemos recortado todo el desvío del camino!

Mi padre había sacado del bolsillo su reloj de plata.

—Acabamos de hacer en veinticuatro minutos un recorrido que habitualmente nos lleva dos horas cuarenta y cinco.

—¡Ya se lo dije! —exclamó Bouzigue—. Esta llave corre más que un automóvil.

Pensé que exageraba un poco, porque acababa de ver, en un periódico, bajo la fotografía del coche Panhard, esta frase prodigiosa: «El automóvil que recorre un *kilómetro en un minuto*».

—Ya se lo dije —repetía Bouzigue—. ¡Es muy sencillo! ¡Y ahora —añadió— vamos a tomar algo!

Entró audazmente en la terraza del pequeño café, donde los plátanos habían sacado sus primeras hojas.

El dueño, un hombre alto y fuerte con un tupido bigote rojizo, nos acomodó en torno a una mesa de hierro y trajo una botella de vino blanco. ¿Qué iba a hacer mi padre? ¿Rechazar la generosa invitación de Bouzigue, o beber vino blanco ante nuestra mirada estupefacta?

—Señor —dijo al dueño—, ¿no tiene un poco de agua de Vichy?

El dueño, perplejo, lo miró un momento y al fin dijo:

—Si insiste, debo de tener en la bodega.

—¡Oh, oh! —dijo Bouzigue con gran inquietud—. ¿Le duele el hígado?

—No —dijo mi padre—. Pero prefiero mezclar el vino blanco con agua con gas. Queda una especie de champán de sabor muy agradable.

Admiré aquel genial invento que permitía disminuir la dosis de veneno mezclándolo con un agua saludable que se compra en las farmacias. Pero Bouzigue bebió uno tras otro, sin la menor inquietud aparente, dos vasos de vino blanco puro.

Entretanto, mi madre seguía extasiándose con la brevedad del viaje.

—Pues bien, señora Joseph —dijo Bouzigue con una gran sonrisa—, va a

permitirme usted que le haga un regalo.

Con un guiño malicioso, se sacó del bolsillo la llave de plata.

—Tenga, señora Joseph. Se la regalo.

—¿Para qué? —preguntó mi padre.

—¡Para ganar dos horas todos los sábados y otras dos el lunes por la mañana!  
Tome. Tengo otra.

Exhibió una segunda llave.

Pero mi padre negó con la cabeza, lentamente y tres veces seguidas.

—No —dijo—. No, no puede ser.

Mi madre dejó la llave en la mesa.

—¿Y eso por qué? —dijo Bouzigue.

—Porque yo también soy funcionario. ¡Ya veo la cara del señor inspector de la Academia si se llega a enterar de que uno de sus maestros, provisto de una llave falsa, se pasea fraudulentamente por propiedad ajena!

—¡Pero no es falsa! ¡Es una llave de la Administración!

—¡Razón de más! —dijo mi padre—. No tienes derecho a desprenderte de ella.  
Bouzigue se irritó.

—¡Pero nadie le dirá nunca nada! ¿Ha visto cómo ha ido?

—Nadie nos ha dicho nada porque no nos hemos encontrado con nadie. Pero tú mismo has dicho, al cruzar por la Bella Durmiente: «Aquí no hay ningún peligro». ¡Lo que significa que en otro sitio lo hay!

—Pero, buen hombre —exclamó Bouzigue—, ¡cuando he dicho peligro no quería decir catástrofe! Quería decir que quizás, por una tremendísima casualidad, algún cascarrabias podría quejarse al Canal, pero que no pasaría de ahí la cosa, porque está mi hermana. ¡No se olvide de mi hermana!

Yo estaba totalmente de acuerdo con él. Pero mi padre dijo severamente:

—No dudo de las cualidades ni de la influencia de tu hermana, aunque me consterna saber que ejerce tan triste oficio. Pero yo tengo principios.

—¡Ay, ay, ay! —dijo Bouzigue—. ¡Los principios, ay, ay, ay!

Después, con el tono de un adulto que habla a un niño:

—¡Vamos a ver, señor Joseph! ¿Qué principios?

—Me daría vergüenza meterme a escondidas en casa de los demás, y con un propósito estrictamente personal, por interés privado. Me parece que no sería digno de un maestro de escuela que enseña la moral a los niños... Y si este —me puso la mano en el hombro—, si este viera a su padre escabullirse entre la maleza

como un vulgar ratero, ¿qué pensaría?

—Pensaría —dijo— que es más corto.

—Y llevas razón —dijo Bouzigue.

—Escucha, papá —dijo mi madre—, conozco a muchos que no dudarían. Dos horas el sábado por la tarde y dos horas el lunes por la mañana, son cuatro horas que ganamos.

—Prefiero caminar cuatro horas más y conservar mi amor propio.

—Pero es que es una crueldad —dijo Bouzigue, melancólico— hacer caminar a estos niños como si estuvieran en la Legión extranjera. Y con semejantes bártulos, y unas piernas como espaguetis... Y la señora Joseph tampoco está muy lozana.

—La marcha —dijo mi padre— es el deporte más sano de todos.

—Seguramente también sea el más agotador —dijo mi madre con un suspiro.

—Mire —dijo de pronto Bouzigue—, tengo otra idea que lo arregla todo: voy a darle una gorra del Canal. ¡Usted estará delante y, si alguien lo ve de lejos, simplemente lo saluda con la mano y nadie le hará preguntas!

—¡Desde luego —dijo mi padre escandalizado— tienes una mentalidad de exconvicto! ¡Una gorra del Canal en la cabeza de un maestro! ¿No sabes que podríamos acabar en los tribunales?

—¿Y mi hermana? ¡Se olvida usted de mi hermana!

—Harías mejor —dijo mi padre— en no mencionarlo tanto. Te agradezco la oferta, que demuestra tu agradecimiento y tu amistad. Pero me veo obligado a rechazarla. ¡No insistas!

—Vaya por Dios —dijo Bouzigue—. Es una pena...

Se sirvió un gran chorro de vino blanco y siguió, en tono desolado:

—Es una pena para los niños y la señora Joseph... Es una pena para mí, porque creía estar haciéndole un favor. Y sobre todo, *sobre todo*, es una pena para el Canal.

—¿Para el Canal? ¿Qué quieres decir?

—¡Hombre! —exclamó Bouzigue—. Pero ¿no se da cuenta de la importancia de lo que me ha dicho esta mañana sobre el cemento submarino?

—Es verdad —dijo mi madre que adoptó de pronto un aire técnico—. ¡Joseph, no te das cuenta!

—Pero ¿no sabe —dijo Bouzigue con vehemencia— que ese contratista que ha puesto demasiada arena va a tener que devolvernos por lo menos dos mil francos, y lo mismo cinco mil? Porque le voy a hacer un informe, y estará pillado,

el defraudador. ¿Gracias a quién? ¿Gracias a usted!

—Lo he dicho por decir —dijo mi padre—. Pero no estoy totalmente seguro...

—¡Sí, señor! ¡Sí, señor! ¡Está usted seguro! De hecho, lo comprobarán en el laboratorio. Y solo ha pasado una vez y no ha mirado bien, porque estaba preocupado. Pero si pasara dos veces a la semana... ¡Madre mía!

Repitió aquel «¡madre mía!» con un entusiasmo soñador.

—En definitiva —dijo mi padre, pensativo—, ¿supones que mi colaboración clandestina, y gratuita pagaría en cierto modo nuestro paso?

—¡Diez veces, cien veces, mil veces! —dijo Bouzigue—. Y yo —añadió—, si todos los lunes me manda una notita, un pequeño informe, lo copiaré en seguida, añadiendo algunas faltas de ortografía, claro, y se lo enviaré a mis jefes. ¿Se da cuenta del ascenso que me va a conseguir? ¡Un poco de su parte, un poco de la de mi hermana, y en un año seré jefe de sección!

—¡Joseph! —dijo mi madre—. Antes de rechazarlo, deberías reflexionar.

—Es lo que hago.

Bebió un gran trago de su vino blanco con Vichy.

—¡Es un colador! —dijo Paul.

—Si pudiéramos llegar a la casona antes de la siete —dijo mi madre—, sería maravilloso... Y, además —dijo dirigiéndose a Bouzigue—, ¡qué ahorro en los zapatos de los niños!

—¡Ah! Los zapatos —dijo Bouzigue—. Yo también tengo dos niños y los zapatos sé lo que cuestan...

Hubo un largo silencio.

—Es evidente —dijo mi padre al fin— que, si puedo prestar servicio a la comunidad, aunque sea de un modo un poco irregular... Y, por otra parte, si puedo serte de ayuda...

—¡De ayuda! —exclamó Bouzigue—. ¡Es que puede cambiar toda mi carrera!

—No estoy seguro de eso, pero bueno, voy a pensarlo.

Tomó la llave y la miró un momento. Al fin dijo:

—Todavía no sé si voy a utilizarla... Ya veremos la semana que viene...

Pero se la metió en el bolsillo.

El lunes por la mañana, cuando bajamos a la ciudad, mi padre se negó a usar la llave mágica, que miró por un momento, brillante, en la palma de su mano. Después volvió a meterla en el bolsillo diciendo:

—Por una parte, es más fácil bajar que subir y, por otra, no tenemos que llevar provisiones: no vale la pena arriesgarnos esta mañana.

Bajamos entonces por el camino habitual. Pero aquella misma tarde, al salir de la escuela, desapareció durante media hora; cuando regresó, llevaba tres o cuatro libros bajo el brazo. No puedo decir la cantidad exacta, porque no eran más que tacos de papeles impresos, cuyos bordes amarillos y roídos por el tiempo recordaban a los bordados del pantalón de mi abuela.

—Vamos —dijo— a documentarnos.

Esos volúmenes eran, en efecto, tomos desparejados de varias obras que trataban de «Canales y acueductos», de la «Irrigación de las tierras no cultivadas» y de los «Revestimientos impermeables» tal como se concebían en tiempos del señor de Vauban<sup>16</sup>.

—En los libros antiguos —me dijo— es donde se encuentra más sentido común y las recetas más comprobadas.

Extendió sobre la mesa aquellas respetables antiguallas y se puso manos a la obra.

El sábado siguiente, a las cinco, nos encontrábamos ante la primera puerta. Mi padre la abrió con mano firme: estaba en paz con su conciencia, porque no cruzaba aquel umbral prohibido para acortar un camino excesivamente largo, sino para preservar al valioso canal de la ruina y salvar a Marsella de la sequía, que seguramente habría ido seguida por la peste y el cólera morbus.

No obstante, temía a los guardeses. Por eso, tras haberme descargado de mis paquetes, me encargó la función de explorador.

Yo caminaba delante, a ras de seto, aprovechando lo mejor posible el refugio del follaje.

Recorría unos veinte metros, aguzando la vista y el oído. Luego me detenía, escuchaba el silencio... Por fin hacía una señal a mi madre y a mi hermano, que esperaban al abrigo del arbusto más grande. Llegaban entonces corriendo y se acurrucaban detrás de mí. Por último aparecía mi padre, con un cuaderno en la mano. Siempre había que esperarlo un momento, porque tomaba notas muy gravemente.

No nos cruzamos con nadie y el único incidente de la inquietante travesía fue cosa de mi hermano Paul.

Mi madre se fijó en que llevaba una mano dentro del impermeable, como Napoleón.

—¿Te has hecho daño en la mano? —le preguntó en voz baja.

Sin abrir la boca y sin mirarla, él negó con la cabeza.

—Saca la mano de ahí —dijo ella.

Obedeció y vimos que sus dedos apretaban con fuerza el mango del cuchillo puntiagudo que había robado del cajón de la cocina.

—Es para el guardés —dijo fríamente—. Si viene a estrangular a papá, yo paso por detrás y lo mato en el culo.

Mi madre lo felicitó por su valentía y añadió:

—Todavía eres muy pequeño: dámelo.

Devolvió su arma sin protestar, con un sensato consejo.

—Tú eres mayor, pínchalo en el ojo.

Aquel guardés, el del último castillo, era nuestro terror y cruzamos sus tierras temblando. Por suerte, no apareció y, dos horas más tarde, alrededor de la mesa, bendijimos cien veces el nombre de Bouzigue.

Durante la cena no hablamos del guardés ni del perro, pero cuando estuvimos acostados en nuestro pequeño cuarto, tuve una larga conversación con Paul. Estudiamos diversos medios de suprimir al enemigo: el lazo, un foso provisto de diez cuchillos bien afilados, con la punta hacia arriba, o bien lazos de alambre, un puro lleno de pólvora. Paul, que empezaba a leer novelas de aventuras, tuvo la cruel idea de envenenar flechas de junco, metiéndolas —por una grieta— en las tumbas del cementerio del pueblo. Como yo cuestionaba la eficacia del procedimiento, invocó a los indios de Brasil, que guardan el cadáver del abuelo durante varios meses para envenenar la punta de sus armas con los humores hediondos del ancestro.

Me dormí escuchándolo y, en un sueño radiante, vi al guardés, desfigurado por



la explosión del puro, erizado de flechas como un puercoespín, retorcerse horriblemente por efecto del veneno y finalmente caer en el foso donde los diez cuchillos lo atravesaban, mientras Paul, bailando como un trasgo, cantaba ferozmente:

—¡Es un colador!

<sup>16</sup> Sébastien Le Prestre (1633-1707), marqués de Vauban, fue un urbanista, ingeniero hidráulico y arquitecto militar. Participó en la construcción de varios canales en Francia.

Ahora nos era posible ir «a las colinas» todos los sábados, sin excesiva fatiga: nuestra vida se vio transformada.

Mi madre recobraba el color. Paul creció de golpe, como un diablo que sale de la caja. Yo, por mi parte, hinchaba un torso de costillas visibles, pero de pecho ensanchado. A menudo medía el contorno de mis bíceps con el metro de hule y la enormidad de aquellos músculos provocaba la admiración de Paul.

En cuanto a mi padre, cantaba todas las mañanas, afeitándose con una especie de sable, ante un espejito roto colgado de la falleba de la ventana.

Primero, con voz de tenorino:

*Si fuera una culebrilla,  
oh, felicidad sin par...*

O, adoptando de pronto una formidable voz de bajo:

*Recuerda el pasado, cuando al amparo de los ángeles,  
cobijando tu dicha,  
venías a su templo cantando sus alabanzas  
a adorar al Señor...*

Tarareaba por la escalera y a veces incluso por la calle.

Pero aquel buen humor, que duraba toda la semana, no pasaba del amanecer del sábado: porque desde el despertar, invocaba su coraje para entrar en la ilegalidad.

Dos acontecimientos de gran importancia marcaron aquel periodo.

Un hermoso sábado de mayo, cuando los días se hacen más largos y los almendros parecen cargados de nieve, cruzábamos —sin el menor ruido— las

tierras del «noble». Cuando llegábamos a la mitad de la finca, nuestros temores disminuyeron, porque el seto protector se hacía más frondoso. Yo caminaba delante, a paso ligero, aun con el peso de la lejía, el detergente y una silla en piezas sueltas atadas con un cordel.

Manchas de sol vibraban en el agua serena del canal. Tras mis talones, Paul canturreaba...

Pero de pronto me quedé helado, con el corazón desbocado en el pecho.

A veinte metros de mí, una alta silueta acababa de surgir del seto y, de una zancada, se plantó en medio del sendero.

El hombre nos miraba venir. Era muy grande, tenía la barba blanca. Llevaba un sombrero de mosquetero, una larga chaqueta de terciopelo gris, y se apoyaba en un bastón.

Oí a mi padre que decía, con voz ahogada:

—¡No tengas miedo! ¡Avanza!

Avancé valientemente.

Al acercarme al peligro, vi el rostro del desconocido.

Una larga cicatriz rosa, saliendo desde el sombrero, iba a perderse en su barba, rozando al pasar la comisura de su ojo derecho, cuyo párpado cerrado estaba plano.

Aquella máscara me causó tal impresión que me paré en saco. Mi padre me adelantó.

Llevaba el sombrero en una mano, su libreta de «experto» en la otra.

—Buenos días, señor —dijo.

—Buenos días —dijo el desconocido, con voz grave y metálica—. Los estaba esperando.

En aquel momento, mi madre dejó escapar una especie de grito ahogado. Seguí su mirada y mi angustia aumentó por el descubrimiento de un guardés con botones dorados que se había quedado junto al seto.

Era aún más alto que su amo y su rostro enorme estaba ornado por dos pares de bigotes pelirrojos: uno bajo la nariz, el otro por encima de los ojos, que eran azules y bordeados por pestañas rojas.

Permanecía a tres pasos del caracortada y nos miraba con una especie de sonrisa cruel.

—¿Señor, tengo —dijo mi padre— el honor de estar hablando con el propietario de este castillo?

—En efecto —dijo el desconocido—. Y, desde hace varias semanas, veo de lejos sus tejemanejes todos los sábados, pese a las precauciones que toman para ocultarse.

—Es decir que —empezó mi padre— ... uno de mis amigos, piquero del canal...

—Lo sé —dijo el «noble»—. No he venido antes a interrumpir su paso porque un ataque de gota me ha tenido tres meses postrado en un diván. Pero he ordenado que aten a los perros el sábado por la tarde y el lunes por la mañana.

En un primer momento no lo entendí. Mi padre tragó saliva, mi madre dio un paso adelante.

—He llamado esta mañana al piquero del canal que se llama Boutique, creo...

—Bouzigue —dijo mi padre—. Es uno de mis antiguos alumnos, porque soy maestro en la escuela pública, y...

—Lo sé —dijo el anciano—. El tal Boutique me lo ha contado todo. La cabaña en la colina, la línea de tranvía demasiado corta, el camino demasiado largo, los niños y los paquetes... Y, a propósito —dijo dando un paso hacia mi madre—, esta señora va demasiado cargada.

Se inclinó ante ella, como un caballero que solicita el honor de un baile, y añadió:

—¿Me permite?

Dicho lo cual, con una autoridad soberana, le quitó de las manos los dos pañuelos atados. Luego, volviéndose hacia el guardés:

—Wladimir —dijo—, coge los paquetes de los niños.

En un abrir y cerrar de ojos, el gigante reunió en sus manos enormes los sacos, las bandoleras y el fardo que representaba una silla. Luego nos dio la espalda y se arrodilló de pronto.

—¡Sube! —dijo a Paul.

Con una intrépida audacia, Paul cogió carrerilla, saltó y se vio encaramado al cuello del tierno espantapájaros que partió al galope con un relincho prodigioso.

Mi madre tenía los ojos llenos de lágrimas y mi padre ni podía hablar.

—Vamos —dijo el noble—, no se retrasen.

—Señor —dijo al fin mi padre—, no sé cómo agradecersele y estoy conmovido, conmovido de veras...

—Ya lo veo —dijo bruscamente el viejo—, y me encanta esa pureza de sentimientos... Pero tampoco es tanto lo que ofrezco. Pasan por mi terreno muy

modestamente y sin hacer estragos. Yo no me opongo: ¡tampoco es para tanto! ¿Cómo se llama esta niña tan guapa?

Se acercó a la hermanita, que mi madre llevaba en brazos, pero ella empezó a chillar y se tapó la cara con las manos.

—Anda —dijo mi madre—, hazle una sonrisa al señor...

—¡No, no! —gritaba ella—. ¡Es muy feo! ¡Oh, no!

—Tiene razón —dijo el anciano riendo, cosa que lo volvió más feo todavía—, siempre se me olvida la cicatriz: fue el último golpe de lanza de un ulano, en un campo de lúpulo en Alsacia, hace cerca de treinta y cinco años. Pero la niña es demasiado joven para apreciar las virtudes militares. Pase delante, señora, y dígame que me ha arañado un gato: ¡por lo menos sacará una lección de prudencia!

Nos acompañó a lo largo del sendero charlando con mi padre.

Yo caminaba delante de ellos y veía a lo lejos la cabeza rubia del pequeño Paul: corría por encima del seto y los bucles dorados flotaban al sol.

Cuando llegamos a la puerta de salida, nos lo encontramos sentado en los paquetes: comía manzanas reinetas que el gigante le iba pelando.

Hubo que despedirse de nuestros benefactores. El conde estrechó la mano de mi padre y le dio su tarjeta diciendo:

—Si estuviera ausente, esto le servirá de pase con el conserje. Es inútil que sigan los márgenes: le ruego que llame a la verja del parque y cruce la propiedad por el sendero central. Es mucho más corto que el camino del canal.

Luego, para mi sorpresa, se detuvo a dos pasos de mi madre y la saludó como habría hecho con una reina. Al fin, se acercó a ella e inclinándose con gran elegancia y dignidad le besó la mano.

Ella le respondió esbozando una reverencia de niña pequeña y ya corría, sonrojada, a refugiarse junto a mi padre cuando un rayo de oro pasó entre ellos: Paul se lanzaba hacia el viejo caballero y, agarrando la gran mano morena, la besó apasionadamente.

Por la noche, a la mesa, una vez servida la sopa a la luz de la lámpara portátil, mi madre dijo:

—Joseph, enséñanos la tarjeta que te ha dado.

Él le tendió el brístol y ella leyó en voz alta:

Conde Jean de X...

Coronel del Primer Regimiento de Coraceros

Calló un instante, como turbada.

—Pero, entonces... —dijo.

—Sí —dijo mi padre—. Es el de Reichshoffen.<sup>17</sup>

<sup>17</sup> En esta batalla de la guerra franco-prusiana que tuvo lugar en agosto de 1870, fueron célebres dos cargas de los coraceros. No evitaron la derrota francesa, pero el heroísmo de los combatientes fue ampliamente utilizado por el Estado francés con fines propagandísticos.



A partir de aquel día memorable, la travesía del primer castillo fue nuestra fiesta del sábado.

El conserje —otro viejo veterano— nos abría el portalón de par en par. Wladimir surgía al instante y arramblaba con nuestro cargamento. Luego íbamos hasta el castillo para saludar al coronel. Nos daba pastillas de regaliz y nos invitó varias veces a merendar. Un día mi padre le llevó un libro (hecho jirones, naturalmente) que había encontrado en el chamarilero: aquellas hojas contenían un relato completo, con planos e ilustraciones, de la batalla de Reichshoffen. El nombre del coronel figuraba en lugar destacado y mi padre, que se creía antimilitarista, había estado largo rato afilando tres lápices para rodear con un recuadro tricolor las páginas donde el autor ensalzaba la bravura del «primer regimiento de coraceros».

El viejo soldado se interesó mucho, sobre todo porque desaprobaba el relato del historiador —un «civil que nunca había puesto el culo en una silla de montar»—, y empezó de inmediato la redacción de una memoria para restablecer la verdad.

Cada sábado, al acompañarnos por sus jardines, cogía al pasar un ramo de grandes rosas rojas, cuya especie había creado y a las que llamaba «las rosas del rey». Quitaba las espinas con unas tijeritas de plata y, cuando nos separábamos, regalaba esas flores a mi madre, que nunca podía evitar sonrojarse. No se las dejaba a nadie y, el lunes por la mañana, las llevaba a la ciudad. Durante toda la semana, brillaban en un velador, inclinadas sobre el borde de un jarrón de arcilla blanca en un rincón del comedor, y nuestra casa republicana quedaba como ennoblecida por las rosas del rey.

El castillo de la bella durmiente nunca nos había asustado. Mi padre decía que tenía ganas de quedarse allí a pasar las vacaciones. Mi madre, sin embargo, temía que estuviera encantado.

Paul y yo habíamos intentado varias veces abrir un postigo de la planta baja,

para ver a los señores inmóviles en torno a la bella dormida. Pero las tablas de roble eran demasiado gruesas para mi navaja de hojalata.

Sin embargo, pegando el ojo a una grieta, Paul vio un día claramente a un cocinero inmenso rodeado por ocho pinches: estaban todos congelados ante un jabalí ensartado. Cuando miré a mi vez no pude distinguir nada. Pero la escena que me había descrito correspondía con tal exactitud a una ilustración de Valvérane<sup>18</sup> (artista bien informado) que me pareció sentir de pronto un antiguo olor a asado y el extraño perfume de un humo frío cuyo misterio me turbó.

El tercer castillo, el del notario, nos reservaba otra alerta y otra sorpresa.

Un día, cuando cruzábamos sin darnos prisa un claro del seto, nos espantó una voz potente y furiosa. Gritaba:

—¡Eh! ¡Allí! ¿Dónde van?

Vimos a un campesino de unos cuarenta años que corría hacia nosotros blandiendo una horca. Tenía una espesa melena rizada y un grueso bigote negro, erizado como el de un gato.

Mi padre, muy impresionado, fingía no haberlo visto y redactaba una nota en el cuaderno protector, pero el hombre estaba animado por un furor verdadero y llegaba al galope: la mano de mi madre tembló en la mía y Paul, aterrorizado, se metió en un arbusto.

Aquel asesino se detuvo de pronto a cuatro pasos. Alzando su horca, con los dientes hacia el cielo, tan alto como pudo, clavó el mango en el suelo. Después, agitando violentamente los brazos abiertos, se acercó a mi padre dando sacudidas con la cabeza. Sin embargo, de su boca espumeante salían estas palabras floridas:

—No se preocupen. Los dueños nos miran. Están en la ventana del primer piso. Espero que el viejo la espiche pronto, pero aún le quedan seis meses.

Después, con los puños en las caderas y el busto inclinado hacia delante, habló pegado a la cara de mi padre, que retrocedía paso a paso.

—Mientras vean esas ventanas abiertas, no pasen por la orilla. Pasen por abajo, del otro lado, por las tomateras. Deme su libreta, porque quiere que le pida sus papeles y tome nota de su nombre y su dirección.

Arrancó el cuaderno de las manos de mi padre que decía, con cierta inquietud:

—Me llamo...

—Se llama usted Victor Esménard, calle de la República, ochenta y dos. Ahora, váyanse corriendo, para hacer efecto.

Con el brazo tendido, el índice estirado, nos mostraba, con aire salvaje, el camino a la libertad. Mientras huíamos a paso gimnástico, hizo bocina con las manos y gritó:

—¡Y no vuelvan por aquí, porque la próxima vez los echo a tiros!

Cuando estuvimos a salvo, del otro lado de la tapia, hicimos una breve pausa para felicitarnos y reírnos a gusto. Mi padre, que se había quitado las gafas para enjugarse el sudor de la frente, se puso a moralizar.

—Así es el pueblo: sus defectos proceden de su ignorancia. Pero su corazón es más bueno que el pan y tiene la generosidad de los niños.

Paul y yo danzábamos al sol y cantábamos con alegría satánica:

—¡Va a espicharla! ¡Va a espicharla!

A partir de aquel día, el hombre de la horca, que se llamaba Dominique, nos recibió calurosamente.

Pasábamos siempre bajo la orilla, bordeando el campo, y encontrábamos a Dominique en plena faena.

Cavaba en la viña, binaba las patatas o ataba los tomates.

Mi padre decía, con un guiño cómplice:

—Saludos de la familia Esménard.

Dominique también guiñaba el ojo y reía largamente de la broma semanal. Luego exclamaba:

—¡Saludos, Victor Esménard!

Y mi padre reía a su vez y toda la familia daba gritos de alegría.

Mi madre le regalaba entonces un paquete de tabaco para su pipa, regalo mortal que él aceptaba con descaro. Luego Paul preguntaba:

—¿Ya está espichado?

—Todavía no —decía Dominique—. ¡Pero no creo que tarde! ¡Está en Vichy, ya no bebe más que agua mineral!

Añadía:

—Allí, debajo de la higuera, hay una cestita de ciruelas para ustedes... Pero no se olviden de devolverme la cesta...

Otras veces eran tomates o cebollas, y nos íbamos en fila india, pisando por la hierba nuestras sombras que alargaba el sol poniente.

Pero aún quedaba el castillo del borracho y del moloso enfermo.

Cuando llegábamos ante aquella puerta cerrada, primero guardábamos silencio.

Después mi padre miraba por el agujero de la cerradura, largo rato. Luego

sacaba del bolsillo la bureta de la máquina de coser e inyectaba unas gotas de aceite. Por último, introducía la llave sin el menor ruido y la giraba lentamente.

Entonces empujaba la puerta con mano prudente y como si temiera una explosión. Cuando estaba entreabierta, metía la cabeza por la abertura y escuchaba, exploraba con la mirada las tierras prohibidas. Al fin, entraba. Lo seguíamos en silencio y cerraba la puerta sin ruido. Nos quedaba lo más duro por hacer.

Nunca nos habíamos encontrado a nadie, pero el perro enfermo nos atormentaba.

Yo pensaba: «Debe de estar rabioso, porque los perros no tienen otras enfermedades». Paul me decía:

—Yo no tengo miedo. ¡Mira!

Me mostraba un puñado de terrones de azúcar que se proponía lanzar al monstruo para mantenerlo ocupado mientras papá estrangulaba al guardés. Me habló de ello con mucha seguridad, pero caminaba de puntillas. Mi madre, por momentos, se detenía muy pálida, arrugando la nariz, con la mano en el corazón. Mi padre, que adoptaba un aire alegre para darse valentía, trataba en voz baja de hacer que entrase en razón:

—¡Augustine, no seas ridícula! Te mueres de miedo pero no conoces a ese hombre.

—¡Conozco su reputación!

—¡Que no siempre es merecida!

—¡El coronel nos dijo el otro día que era un bruto!

—Bruto es, desde luego, porque el desgraciado se da a la bebida. Pero es raro que un borracho sea malo. Y, además, si te digo lo que pienso, estoy seguro de que ya nos ha visto varias veces y no nos ha dicho nada, porque le da lo mismo. Sus amos siempre están fuera y no le hacemos daño ninguno. ¿Para qué iba a perseguirnos, con una pata chula y un perro enfermo?

—Tengo miedo —decía mi madre—. Será una tontería, pero tengo miedo.

—Bueno —decía mi padre—, si sigues con esas niñerías, yo voy al castillo y simplemente le pido permiso.

—¡No, no, Joseph! Te lo suplico... Ya se me pasa. Solo son nervios. Ya se me pasa...

Yo la miraba, muy pálida, encogida contra los rosales salvajes sin sentir sus espinas. Después respiraba profundamente y decía con una sonrisa:

—¡Ya está, ya se me ha pasado! ¡Vámonos!  
Nos íbamos y todo salía estupendamente.

<sup>18</sup> Louis Denis-Valérane (1870-1943) fue un ilustrador y pintor provenzal.

El mes de junio fue un mes sin domingos: me pareció transcurrir entre dos altas murallas, y aquel largo corredor de prisión estaba cerrado, al extremo, por una gruesa puerta de hierro, la puerta de las becas.

Fue el mes de los «repasos generales», que hice con entusiasmo, no por amor a la ciencia, sino alentado por la vanidad de ser el campeón que iba a defender el honor de la escuela del camino de los Cartujos.

Aquella vanidad no tardó en convertirse en afectación. Durante los recreos, daba vueltas, yo solo, a lo largo de los muros del patio. Grave, con la mirada perdida, farfullando, «repasaba» ante la mirada de mis compañeros, que no se atrevían a acercarse al pensador, y si algún intrépido me dirigía la palabra, yo fingía caer desde lo alto de la ciencia y bajaba una mirada doliente hacia el inoportuno, inmediatamente amonestado en voz baja por los «seguidores» del campeón.

Aquella comedia que interpretaba con sinceridad de actor no resultó inútil: a veces, cuando se hacen los héroes, los farsantes se convierten en héroes de verdad. Mis progresos sorprendieron a mis maestros y cuando llegó el día del examen —cuello alto, corbata de lazo, mejilla pálida y pelo repeinado— salí del paso con dignidad.

El señor director —que tenía contactos en el jurado— nos informó de que mi redacción había «destacado mucho», mi dictado era «perfecto» y mi caligrafía había sido muy apreciada.

Por desgracia, no había sabido resolver el segundo problema, que trataba de aleaciones.

Su «enunciado» había sido redactado con tanta sutileza que ninguno de los doscientos candidatos lo había entendido, salvo un tal Oliva, que obtuvo el primer puesto: yo solo el segundo.

No me regañaron, pero fue una decepción que se tradujo en indignación general cuando el señor director, en el patio en medio de sus maestros, leyó en voz alta el

enunciado fatídico: dijo —sí, lo dijo delante de mí— que, a primera vista, *él mismo* no entendía nada.

El señor Besson afirmó que era un problema de diploma de secundaria, el señor Suzanne opinó que el redactor de aquel enigma seguramente nunca hubiera hablado con un niño y el señor Arnaud, que era joven y vigoroso, declaró que se veía en él la astucia complicada y el sutil engaño de los «secundarios». Concluyó que una mente honesta sería incapaz de entenderlo y acabó felicitándome por no haberlo comprendido.

Sin embargo, la indignación general se calmó cuando se supo que el tal Oliva no era un traidor, puesto que también venía de una escuela primaria, la de la calle de Lodi, que era hermana de la nuestra. La idea de que los dos primeros fueran «de los nuestros» transformó en éxito mi fracaso.

Por mi parte, estaba profundamente decepcionado y traté mezquinamente de deshonar el triunfo del temible Oliva diciendo que un chico que manipulase tan bien las aleaciones solo podía ser hijo de un falsificador de moneda.

Aquella hipótesis vengadora y novelesca fue aceptada por Paul con fraternal alegría y le propuse extenderla por toda la escuela: sin la menor duda lo habría llevado a cabo si no hubiera olvidado pensar en ello, porque me di cuenta de pronto, deslumbrado como al salir de un túnel, de que estábamos a las puertas de las vacaciones de verano.

Entonces Oliva, el enunciado, el director, la secundaria, todo desapareció sin dejar rastro: volví a reír y a soñar, mientras preparaba —temblando de alegría e impaciencia— la MARCHA.

Pero había una pequeña sombra en la escena: el tío Jules y la tía Rose no vendrían con nosotros. Habría un gran vacío en la casa y yo temía que nuestro equipo de caza quedase decapitado por la ausencia del animador. Ausencia por otra parte muy poco justificada por un viaje al Rosellón, con el único propósito de mostrar al primo Pierre a la familia de vinateros, que lo esperaba (decían) con gran impaciencia.

«El hijo de viejo» se había convertido en un bebé muy gordo, que se reía de todo, hasta de un chichón, y que empezaba a hablar de verdad. Como todavía no se había decidido sobre la pronunciación de las erres, señalé a la tía Rose que era muy peligroso llevarlo a casa de unos desconocidos que le impondrían por sorpresa el terrible acento de Perpiñán.

Ella me tranquilizó con la promesa formal de volver, antes del 1 de agosto, a



nuestra querida Quinta-Nueva.

Por fin llegamos al 30 de julio, víspera solemne del acontecimiento.

Hice grandes esfuerzos por dormir, pero me resultó imposible encontrar el sueño, que tan bien suprime las horas inútiles: pude sin embargo aprovecharlas viviendo por anticipado algunos episodios de la espléndida epopeya que iba a empezar al día siguiente. Estaba seguro de que sería aún más hermoso que el año anterior, porque yo era mayor y más fuerte y porque conocía el secreto de las colinas, y una gran ternura me embargaba al pensar que mi querido Lili tampoco estaría durmiendo.

La mañana siguiente se dedicó a poner la casa en orden, pues quedaría abandonada durante dos meses, y me enviaron al «droguero» para comprar esas bolas de naftalina que encontramos en los bolsillos cuando llega el primer frío.

Después, dimos los últimos toques al equipaje, que mi madre llevaba días preparando, porque era casi una mudanza... Varias veces había declarado que sería indispensable recurrir al mulo de François, pero mi padre, que al principio callaba, acabó revelando la verdad: nuestras finanzas habían sufrido por las numerosas compras que debían garantizar el confort de las vacaciones y un nuevo gasto de cuatro francos podía suponer una peligrosa ruptura del equilibrio.

—Y, por otra parte —dijo—, somos cuatro, porque Paul ya tiene fuerza para cargar por lo menos con tres kilos...

—¡Cuatro! —gritó Paul, sonrojado de orgullo.

—¡Y yo —dije con entusiasmo— puedo llevar por lo menos diez!

—Pero, Joseph —se lamentaba mi madre—, ¡mira! ¡Mira esos paquetes, esos fardos, esas maletas! ¿Los has visto? ¿Los ves?

Entonces mi padre, con los ojos entrecerrados, los brazos tendidos hacia una aparición, se puso a cantar con voz melodiosa:

*Al cerrar los ojos veo allí a lo lejos  
una casita blanca*

*en lo profundo del bosque...*

Tras una comida rápida, el volumen y el peso de nuestro cargamento fueron tan hábilmente repartidos que partimos sin dejar nada atrás.

Yo llevaba dos bandoleras: una contenía bloques de jabón, la otra latas de conserva y charcutería variada.

Debajo de cada brazo, un fardo atado cuidadosamente: eran mantas, sábanas, fundas de almohada, toallas. En el centro de aquellos tejidos protectores, mi madre había metido los objetos frágiles.

Bajo el brazo izquierdo, dos pantallas de quinqué y una pequeña bailarina de escayola, desnuda, con la pierna en alto.

Bajo el brazo derecho, un salero gigante de cristal de Venecia (1,50 fr. en la tienda de nuestro amigo chamarilero) y un despertador de gran tamaño (2,50 fr.) que debía tocar potentemente el ángelus de los cazadores. Como habíamos olvidado pararlo, yo oía a través de las mantas su tictac de hojalata.

Po último, llevaba los bolsillos llenos de cajas de cerillas y bolsitas de papel que contenían pimienta, nuez moscada, clavos de olor, hilo, agujas, botones, cordones de zapatos y dos tinteros lacrados.

Colgamos a la espalda de Paul una cartera vieja llena de cajas de azúcar y coronada por una almohada enrollada en un chal: por detrás no se le veía la cabeza.

En la mano izquierda, una bolsa de red, bastante ligera pero de un volumen considerable: eran provisiones de tila, verbena, manzanilla y hierba de San Juan. Su mano derecha quedó libre, con miras al remolque de la hermanita, que apretaba una muñeca contra su pecho.

Mi madre había tenido la intención de llevar ella misma dos maletas de polipiel que contenían nuestro servicio de plata (que era de estaño) y unos platos de loza. Pesaban mucho y decidí intervenir. Me guardé en los bolsillos la mitad de los tenedores, metí las cucharas en la bolsa de Paul y seis platos en mis bandoleras. Ella ni se dio cuenta.

La mochila, prodigiosamente hinchada y toda bolsillos en relieve, pesaba sin duda más que yo.

Primero la subimos a la mesa. Luego mi padre dio un paso adelante y se colocó de espaldas a la mesa. Ya tenía las caderas ampliamente ensanchadas por un cinturón de bandoleras de las que sobresalían mangos de herramientas, cuellos de

botellas y tallos de puerros. En dos tiempos, se arrodilló.

Entonces volcamos aquel cargamento sobre sus hombros. El pequeño Paul, con la boca abierta, los puños crispados y el cuello encogido entre los omóplatos, observaba la terrible empresa en la que creía perder a su padre. Pero Joseph no fue aplastado: lo oímos atar los tirantes de cuero y la mochila, primero muy lentamente, se levantó. En el gran silencio, crujó una rodilla, después la otra y Joseph, formidable, se puso en pie.

Respiró profundamente, levantó los hombros dos o tres veces para colocar las correas y echó a andar por el comedor.

—Perfecto —dijo sencillamente. Después, sin la menor vacilación, fue a recoger las dos grandes maletas: estaban tan llenas que había sido necesario reforzarles los flancos con unas cuerdas que les daban tres vueltas. Su peso tensó visiblemente sus brazos, que parecieron alargarse: utilizó muy juiciosamente aquella tensión para encajar, debajo de sus axilas, a un lado su escopeta de caza (en el estuche raído de polipiel) y al otro el catalejo de marino que debía de haber sufrido las tempestades del cabo de Hornos, porque oíamos tintinear sus lentes como cascabeles.

Fue bastante difícil subir a la plataforma trasera del tranvía. Tampoco resultó fácil bajar y aún recuerdo a aquel empleado que tensaba con mano impaciente el cordón de cuero de la campanilla, durante nuestro laborioso desembarco.

Sin embargo, estábamos muy contentos y nuestras fuerzas se duplicaban ante la perspectiva soleada de la inmensidad de las vacaciones. Pero, visto de lejos, nuestro cortejo era tan patético que algunos transeúntes nos ofrecieron su ayuda: mi padre la rechazó riendo y salió al galope para demostrar que sus fuerzas superaban ampliamente el peso de sus bártulos...

No obstante, un jovial carretero que llevaba una mudanza vino a coger sin decir palabra las dos maletas de mi madre y las colgó bajo su carreta, donde se columpiaron en cadencia hasta la reja del coronel.

Wladimir, que parecía esperarnos, empezó regalando a mi madre las rosas rojas rituales y nos dijo que su amo estaba postrado a causa de un nuevo ataque de gota, pero que no tardaría en sorprendernos con una visita a la Quinta-Nueva, lo que nos llenó de alegría, de orgullo y de confusión. Después se apoderó de todos los paquetes y los fardos que no estaban atados a su portador y nos precedió

hasta la puerta de Dominique, después de la Bella Durmiente.

La tercera travesía se nos hizo larga: Dominique no estaba y vimos todas las ventanas cerradas.

Hicimos una pausa bajo la higuera grande: mi padre, dando la espalda al pozo, apoyó la mochila en el brocal y, metiendo la mano por debajo de las correas, se frotó largamente los hombros. Partimos revitalizados.

Al fin llegamos ante la puerta negra, puerta de la inquietud y la libertad.

Hicimos una nueva pausa, en silencio, preparándonos para el esfuerzo supremo.

—Joseph —dijo de pronto mi madre muy pálida—, ¡tengo un presentimiento!

Mi padre se echó a reír.

—¡Yo también! —dijo—. ¡Tengo el presentimiento de que vamos a pasar unas magníficas vacaciones! ¡Tengo el presentimiento de que vamos a comer unas brochetas estupendas de tordos, *darnagas* y perdices! ¡Tengo el presentimiento de que los niños van a coger tres kilos cada uno! ¡Hala, vamos! ¡Adelante! No nos han dicho nada en seis meses, ¿por qué iban a decirnos algo hoy?

Inyectó la gota de aceite, hizo el tejemaneje habitual, abrió la puerta de par en par y se agachó para que pasara su cargamento.

—¡Marcel —me dijo—, dame tus paquetes y ve de avanzadilla! Para tranquilizar a tu madre, hay que tomar todas las precauciones posibles. Ve con cuidado.

Me lancé como un siux por el sendero de la guerra, bien protegido por el seto, e inspeccioné la zona.

Nada. Todas las ventanas del castillo estaban cerradas, incluso las del apartamento del guardés.

Llamé a la tropa, que esperaba mis órdenes:

—¡Venid rápido! —dije en voz baja—. ¡El guardés no está!

Mi padre avanzó, miró la fachada lejana y dijo:

—¡Pues es verdad!

—¿Cómo lo sabes? —dijo mi madre.

—Después de todo, es natural que ese hombre salga a veces del castillo. Está solo, habrá salido a comprar provisiones.

—Pues a mí me preocupa que las ventanas estén cerradas. Puede estar escondido detrás de los postigos y observarnos por un agujero.

—Vamos a ver —dijo mi padre—. Tienes una imaginación enfermiza. Pero, en fin, para que te quedes tranquila, vamos a jugar a los indios comanches «a cuyo paso ni se estremece la hierba alta de las praderas».

Caminamos con extremada prudencia y sensata lentitud. Mi padre, aplastado bajo el peso de su carga, transpiraba horriblemente. Paul se detuvo para enrollar un puñado de hierba en el cordel de su paquete, que le cortaba los dedos. La hermanita, asustada, estaba tan muda como su muñeca.

De cuando en cuando, poniendo su índice minúsculo ante la boca, decía con una sonrisa: «Chi... i... is...», con ojos de conejo acorralado. La palidez muda de mi madre me encogía el corazón, pero veía a lo lejos, por encima de los árboles, la cumbre azul de la Tête-Ronde, donde iría a poner mis trampas antes de caer la noche, al son de un grillo solitario, y sabía que al pie de La Treille Lili me esperaba, con aire indiferente, pero cargado de noticias, proyectos y amistad.

La larga travesía transcurrió sin obstáculos, aunque no sin angustia, y llegamos ante la última puerta, la puerta mágica que iba a abrirse a las vacaciones.

Mi padre se volvió hacia mi madre, riendo.

—¿Y bien? ¿Tu presentimiento?

—Abre rápido, te lo suplico... Rápido... Rápido...

—No te pongas nerviosa —dijo él—. ¡Ya ves que se acabó!

Hizo girar la llave en la cerradura y tiró. La puerta resistió. Él dijo de pronto con voz ahogada:

—¡Han puesto una cadena y un candado!

—¡Lo sabía! —dijo mi madre—. ¿No puedes arrancarlo?

Miré y vi que la cadena pasaba por dos cáncamos: uno estaba atornillado a la puerta, el otro al marco, cuya madera me pareció podrida.

—¡Sí —dije—, podemos arrancarlo!

Pero mi padre me agarró la muñeca y dijo en voz baja:

—¡Infeliz! ¡Eso sería una efracción!

—¡Una efracción! —gritó de pronto una voz ronca—. ¡Sí, señor, una efracción! ¡Y puede costarle tres meses de cárcel!

De un matorral, junto a la puerta, salió un hombre de estatura media, pero enorme. Llevaba un uniforme verde y un quepis. De su cinturón colgaba un estuche de cuero negro del que sobresalía la culata de un revólver de ordenanza. Sujetaba con una cadena a un perro horrendo, el perro al que tanto tiempo habíamos temido.

Era un ternero con cabeza de bulldog.

En su pelaje corto de un amarillo sucio, la alopecia sembraba grandes manchas rosadas que parecían mapas de geografía. Su pata trasera izquierda permanecía en el aire, agitada por sacudidas convulsivas, sus bellos gruesos colgaban largamente, prolongados por hilos de baba, y a ambos lados del horrible hocico se alzaban dos colmillos, para asesinar a los inocentes. Por último, el monstruo

tenía un ojo lechoso, pero el otro, enormemente abierto, brillaba amarillo y amenazador, mientras de su nariz viscosa salía a intervalos un ronquido sibilante.

El rostro del hombre era igualmente terrible. Su nariz estaba salpicada de agujeros, como una fresa; su bigote, blancuzco de un lado, era rojizo del otro, y sus párpados inferiores estaban franjeados por pequeñas anchoas velludas.

Mi madre gimió con angustia y escondió la cara en los rosales temblorosos. La hermanita se echó a llorar. Mi padre, lívido, no se movía. Paul se escondía detrás de él y yo tragaba saliva.

El hombre nos miraba sin hablar, oíamos el estertor del moloso.

—Señor... —dijo mi padre.

—¿Qué están haciendo aquí? —gritó de pronto el salvaje—. ¿Quién les ha dado permiso para entrar en las tierras del señor barón? ¿Son invitados, acaso, o parientes suyos?

Nos miraba a uno tras otro, con sus ojos saltones y brillantes.

Cada vez que hablaba, le temblaba la barriga, levantando el revólver. Dio un paso hacia mi padre.

—Para empezar, ¿cómo se llama usted?

Yo dije de pronto:

—Victor Esménard.

—Calla —dijo Joseph—. No es momento de bromas.

Con mucho esfuerzo, a causa de los paquetes, sacó su cartera y le tendió su tarjeta.

La bestia la miró y dijo, volviéndose hacia mí:

—¡Mira qué bien enseñado! ¡Ya sabe dar un nombre falso!

Volvió a mirar la tarjeta y exclamó:

—¡Maestro de escuela pública! Es el colmo. ¡Un maestro que entra a escondidas en propiedad ajena! ¡Un maestro! Aunque igual ni siquiera es verdad. Cuando los niños dan nombres falsos, el padre bien puede dar una tarjeta falsa.

Joseph por fin recuperó la palabra y emprendió un largo alegato. Habló de la «casona» (que llamó, para la ocasión, la cabaña), de la salud de sus hijos, de las largas caminatas que agotaban a mi madre, de la severidad del señor inspector de la Academia... Fue sincero y conmovedor, pero lastimoso. Me ardían las mejillas y me consumía la rabia. Sin duda comprendió mis sentimientos, porque me dijo, en su desazón:

—No te quedes aquí. Ve a jugar con tu hermano.



—¿A jugar a qué? —rugió el guardés—. ¿A robarme las ciruelas? No te muevas —me dijo—. ¡A ver si aprendes!

Luego, volviéndose hacia mi padre:

—¿Y qué es esa llave? ¿La ha fabricado usted?

—No —dijo mi padre débilmente.

La bestia examinó la llave, vio en ella no sé qué marca y exclamó:

—¡Es una llave de la Administración! ¿La ha robado?

—Comprenderá usted que no.

—¿Entonces?

Nos miraba burlón. Mi padre vaciló y luego dijo valerosamente:

—Me la he encontrado.

El otro rio más aún.

—Se la ha encontrado por el camino y ha entendido usted solo que abría las puertas del canal... ¿Quién se la ha dado?

—No se lo puedo decir.

—¡Ja, ja! ¡Se niega a decírmelo! Tomo nota y lo pondré en mi informe y la persona que le haya prestado la llave no podrá volver a cruzar esta propiedad.

—No —dijo mi padre con vehemencia—. ¡No lo hará! No va a destrozar la carrera de un hombre que, por amabilidad, por pura amistad...

—¿Es un funcionario que no tiene conciencia! —gritó el guardés—. Lo he visto diez veces robarme los higos...

—Se equivoca usted —dijo mi padre—, ¡es perfectamente honrado!

—¿Cosa que ha dejado clara —se burló el guardés— dándole la llave de un servicio público!

—Hay algo que usted ignora —dijo mi padre— y es que lo ha hecho por el bien del canal. Tengo ciertos conocimientos sobre cementos y morteros que me permiten contribuir, en cierta medida, al mantenimiento de esta gran obra. Mire usted mismo esta libreta.

El guardés la cogió y le echó un vistazo.

—Entonces, ¿afirma que está aquí en calidad de experto?

—En cierta medida —dijo mi padre.

—¿Y esos —dijo señalándonos— también son expertos? Nunca he visto expertos de esa edad. Yo lo que veo, en todo caso, porque está escrito en esta libreta, es que pasan fraudulentamente por aquí todos los sábados desde hace seis meses. ¡Es una prueba magnífica!

Se metió la libreta en el bolsillo.

—Y, ahora, ábrame usted todos esos paquetes.

—No —dijo mi padre—. Son mis enseres personales.

—¿Se niega? Tenga cuidado. Soy guardia jurado.

Mi padre reflexionó un momento, luego bajó la mochila y la abrió.

—Si hubiera persistido en su negativa, habría ido a buscar a los gendarmes.

Hubo que abrir las maletas, vaciar las bandoleras, desenrollar los fardos, y aquella exposición duró cerca de un cuarto de hora. Al fin, todos nuestros pobres tesoros quedaron esparcidos por la hierba en cuesta del terraplén, como los premios de la caseta de tiro de una verbena... El salero centelleaba, la pequeña bailarina levantaba la pierna y el gran despertador, fiel contable de la marcha de los astros, anunciaba imparcialmente las cuatro y diez hasta a la bestia imbécil que lo miraba con aire desconfiado.

La revisión fue larga y minuciosa.

La abundancia de comida excitó los celos de aquella panza.

—¡Parece —dijo con aire suspicaz— el robo de una tienda de ultramarinos!

Después examinó la ropa, las mantas, con la severidad de un aduanero español.

—¡Y ahora —dijo— la escopeta!

Reservaba lo mejor para el final. Mientras abría el estuche dislocado, preguntó:

—¿Está cargada?

—No —dijo mi padre.

—Tiene usted suerte.

El guardés dio la vuelta al cañón y lo pegó a su ojo, como un telescopio.

—Está limpio —dijo—. Mejor para usted.

Cerró el arma con un chasquido de ratonera y añadió:

—Con esta clase de arma, es fácil fallar tirando a una perdiz, pero es posible abatir a un guardés. Un guardés confiado...

Nos miró turbiamente: vi entonces con claridad una estupidez sin fondo. Más adelante, en el instituto, cuando por primera vez leí el verso de Baudelaire: «La estupidez con testuz de toro», pensé en él. Solo le faltaban los cuernos. Pero espero, en honor de las mujeres, que los hubiera llevado.

Adoptó de pronto un aire afable y dijo:

—¿Dónde están los cartuchos?

—Todavía no tengo —dijo mi padre—. No los preparo hasta la víspera de la apertura; a causa de los niños, no me gusta tener cartuchos cargados en casa.

—Por supuesto —dijo el guardés mirándome severamente—. ¡Cuando uno sabe dar un nombre falso y muestra aptitudes para la efracción, solo le falta una escopeta cargada!

Me enorgulleció aquella apreciación. Llevaba diez minutos pensando en tirarme a su cinturón para arrancarle el revólver y matarlo exquisitamente. Juro que, de no haber sido por miedo a que aquel perro enorme me devorase, podría haberlo intentado.

Devolvió la escopeta a mi padre y echó una mirada circular a nuestros despojos esparcidos.

—¡No sabía —dijo con aire suspicaz— qué se cobrara tanto en la enseñanza!

Mi padre ganaba ciento cincuenta francos al mes. Pero aprovechó la réplica y dijo:

—Por eso me gustaría seguir en ella.

—Si lo revocan —dijo el guardés—, será usted el responsable. ¡No es cosa mía! Ahora van a cargar con sus paquetes y a irse por donde han venido. Yo voy a escribir el informe, que lo tengo calentito. ¡Hala, vamos, mastodonte!

Tiró de la cadena y arrastró al monstruo, que volvía la mirada hacia nosotros con gruñidos desesperados, como si lamentase no habernos degollado.

En aquel momento el timbre del despertador estalló como unos fuegos artificiales: mi madre, con un grito débil, cayó sentada en el suelo. Me abalancé hacia ella; se desmayó en mis brazos. El guardés, que había bajado el terraplén, se volvió y observó la escena. Se echó a reír y dijo, jovial:

—¡Buen intento, pero no cuela!

Y se alejó con paso inseguro, tirando del animal que se le parecía.

Mi madre volvió en sí en seguida. Mientras Joseph la friccionaba, las lágrimas y los besos de sus niños actuaron con tanta rapidez como las mejores sales inglesas.

Entonces nos dimos cuenta de que la hermanita había desaparecido. Se había escondido en unas zarzas, como un ratón espantado; no respondía a nuestras llamadas y permanecía inmóvil de rodillas, tapándose los ojos con las manos.

Después volvimos a hacer los paquetes, colocando un poco al azar el salchichón, los jabones, el grifo, y mi padre hablaba en voz baja:

—¡Qué débil es uno cuando no lleva razón! Ese guardés es un cerdo inmundo y

un cobarde de la peor calaña. Pero tiene la ley de su lado y yo era presa de mi impostura. Todo era culpable, por mi parte: mi mujer, mis hijos, mi llave... Las vacaciones empiezan mal. No sé siquiera si terminarán...

—Joseph —dijo mi madre, reavivada de pronto—, tampoco es el fin del mundo.

Mi padre dijo entonces esta frase sibilina:

—Mientras sea maestro, estamos de vacaciones. Pero si dentro de ocho días ya no lo fuera, estaría en paro...

Y ajustó a sus hombros las correas de la mochila.

El regreso fue lúgubre. Habíamos vuelto a atar los paquetes a toda prisa y se iban cayendo diversos objetos. Yo caminaba el último y recogí de la hierba un peine, un tarro de mostaza, una lima, una espumadera, un cepillo de dientes.

De vez en cuando, mi madre decía en voz baja:

—Lo sabía.

—No —decía mi padre disgustado—. No lo sabías, pero lo temías. Y tenías razón al temerlo, pero podía haber pasado en cualquier momento. No hay misterios ni presentimientos, sino simple estupidez por mi parte y crueldad por parte de ese imbécil.

Y repetía sin cesar:

—Qué débil es uno cuando no lleva razón.

La vida me ha enseñado que se equivocaba, y que uno es débil cuando es puro.

Llegamos ante la primera puerta del camino de vuelta y una nueva catástrofe nos cayó encima. Joseph, como de costumbre, había cerrado muy cuidadosamente todas las puertas a nuestro paso. Pero la llave, la llave de las vacaciones y de nuestras desgracias, el despiadado guardés se la había metido en el bolsillo...

Joseph dejó los paquetes en el suelo y examinó el muro: era infranqueable, a causa de su altura y de los crueles culos de botella que destellaban en lo alto...

Tuvimos un momento de desesperación...

Entonces mi padre abrió uno de los bolsillos de su mochila y sacó una pinza de mecánico. Tenía el rostro sombrío, pero decidido, y lo mirábamos en silencio, porque sentíamos oscuramente que iba a cargar con graves responsabilidades.

En efecto, bajó del terraplén, entró en la viña y cortó fríamente, sin prisa, un pedazo del alambre que sostenía los pámpanos, con el que fabricó una especie de ganchito. Su rostro mostraba claramente la resolución y la rebeldía de quien ya no tiene nada que perder y cuyo deshonor es tan grande que nada podría aumentarlo.

Se acercó a la puerta, metió el gancho en la cerradura, cerró los ojos y se

encorvó para acercar la oreja a los tintineos culpables de su herramienta... Era la primera vez que veía a un ladrón manos a la obra, ¡y el criminal era mi padre!

Al fin, después de tres docenas de clics inútiles, cuando Joseph ya empezaba a ponerse nervioso, hubo un clac brutal y alegre y la puerta violada nos abrió paso.

Habíamos cruzado corriendo delante de él.

—¡No he terminado! —dijo—. ¡Hay que cerrarla!

Trabajó unos minutos más y el pestillo volvió a chasquear.

Entonces Joseph se puso en pie y su rostro crispado por fin sonrió, como si aquella vuelta al orden borrara para siempre su culpabilidad.

Partimos intrépidamente hacia la siguiente puerta, pero como esta se abría a la amabilidad de Dominique, la mano paterna ya no tembló y la cerradura fue forzada con elegancia: me pareció incluso que Joseph estaba muy orgulloso de su habilidad de ladrón, porque nos hizo un guiño alegre, agravado por una sonrisita cínica. Luego dijo:

—Estimo que estábamos en estado de legítima defensa. El guardés tenía derecho a acusarnos, pero no a encerrarnos... Vamos a contárselo a Dominique: confío en su criterio.

Pero los postigos de la granja seguían cerrados... Sin duda estaba en el pueblo, jugando a la petanca. En la finca del coronel, nos encontramos con Wladimir. Escuchó el relato de mi padre —relato convenientemente condensado— y dijo:

—De buena gana iría a ver a ese hombre. Pero solo he hablado con él tres veces en mi vida, y las tres le he pegado. Si voy, le vuelvo a pegar. Entonces, será mejor hablar con mi coronel. Por desgracia, está en la clínica. Sí, me había prohibido que se lo dijera, pero ahora se lo digo. Lo han operado. Mañana por la mañana voy a verlo y, si se encuentra bien, se lo diré... Pero no sé si podrá hacer algo...

—¡Pero —dijo mi padre— el propietario también es noble! Es un barón...

—¡Pues resulta que no! —dijo Wladimir—. Mi coronel dice que no es verdad y que se llama Canasson. Por lo visto es un rico comerciante de carne... Un día, al salir de misa, en La Valentine, el otro vino a presentarse diciendo: «Soy el barón de Acates» y el señor conde dijo: «Creía que era el barón de Filete». El otro se marchó sin decir palabra.

—Entonces —dijo Joseph—, no tengo esperanza.

—Bueno, bueno —dijo Wladimir—, no hay que venirse abajo. Vengan a beber algo. ¡Sí, hombre, sí! ¡Les sentará bien!

Obligó a mi padre y a mi madre a beber un vasito de aguardiente de orujo, que tragarón heroicamente como un remedio, y trajo para Paul y para mí crema de cacao, mientras la hermanita bebía alegremente una taza de leche.

Marchamos físicamente revitalizados, pero muy afligidos. Mi padre, muy entonado por dos tragos de alcohol y bajo la influencia de la mochila, caminaba con paso militar, pero tenía la mirada sombría en su rostro inmóvil.

Mi madre me pareció ligera como un pajarillo. Paul y yo tirábamos de la hermanita, cuyos pequeños brazos, como desmembrados, nos mantenían en el buen camino. Hubo que tomar el inmenso desvío y, durante todo aquel camino, nadie pronunció palabra.

Lili, en su impaciencia, no había podido quedarse en su puesto, al pie de La Treille. Había venido a buscarnos y nos lo encontramos en La Croix.

Me estrechó la mano, dio un beso a Paul y luego, sonrojándose, cogió los paquetes de mi madre. Estaba feliz, pero de pronto pareció inquietarse y me preguntó en voz baja:

—¿Qué pasa?

Le indiqué con un gesto que callara y ralenticé el paso para dejar que se distanciara mi padre, que caminaba como en un sueño.

Entonces, a media voz, le conté la tragedia. No pareció darle gran importancia, pero cuando llegué a lo del expediente, palideció y se detuvo, consternado.

—¿Lo escribió en su libreta?

—Ha dicho que lo iba a hacer y seguro que lo ha hecho.

Silbó entre los dientes, largo rato. El expediente, para la gente de su pueblo, era el deshonor y la ruina. A un gendarme de Aubagne lo había matado en la colina un campesino, porque iba a abrirle un expediente.

—Pues vaya —dijo Lili consternado—. ¡Pues vaya!

Echó a andar de nuevo, con la cabeza gacha. Y, de cuando en cuando, volvía hacia mí un rostro desolado.

Cuando cruzábamos el pueblo, al pasar ante el buzón, me dijo de pronto:

—¿Y si se lo contamos al cartero? Debe de conocerlo, al guardés. Y además, también tiene quepis.

En su mente, era el signo del poder y pensaba que, entre quepis, quizás pudieran arreglarse las cosas. Añadió:

—Yo hablaré con él mañana por la mañana.

Ayudamos a mi padre a deshacer todos los paquetes. Estaba sombrío y

carraspeaba de cuando en cuando. Mi madre preparaba en silencio la papilla de la hermanita, mientras Lili encendía el fuego bajo la olla del llar.

Salí para mirar el jardín. Paul ya estaba en un olivo y cantaban cigarras en todos sus bolsillos, pero la belleza de la tarde me encogió el corazón: de tantas alegrías que me había prometido, nada quedaba.

Lili vino conmigo y dijo en voz baja:

—Tengo que contárselo a mi padre.

Lo vi marchar, con las manos en los bolsillos, por la viña de Orgnon.

Entré en casa y encendí la lámpara de petróleo (el mechero Matador) porque nadie había pensado en ello. Mi padre, pese al calor que hacía, se había sentado junto al fuego y miraba danzar las llamas. La sopa no tardó en empezar a hervir y la tortilla crepitó. Paul vino a ayudarme a poner la mesa. Ejecutamos aquella operación ritual con gran aplicación, para mostrar a nuestros padres que no todo estaba perdido, pero solo hablábamos en voz baja, como si hubiera un muerto en la casa.

Durante la cena, mi padre se puso de pronto a charlar alegremente. Nos describió la escena con gracia, hizo un retrato cómico del guardés, de nuestros bienes esparcidos por la hierba y del perro que tenía ganas de comerse el salchichón. Paul reía a carcajadas, pero yo vi que mi padre se esforzaba por nosotros y tuve ganas de llorar.



La cena fue rápidamente despachada y subimos a acostarnos.

Los padres se habían quedado abajo, para terminar de guardar las provisiones.

Pero no los oía moverse: solo un murmullo de voces ahogadas.

Al cabo de un cuarto de hora, vi que Paul se había dormido: descalzo, bajé la escalera sin ruido y escuché su conversación.

—Joseph, estás exagerando, no seas ridículo. Tampoco van a guillotinar te.

—Desde luego que no —decía mi padre—. Pero no conoces al inspector de la Academia. Transmitirá el expediente al rector y la cosa podría llegar hasta la revocación.

—¡Vamos! No es para tanto.

—Quizás, pero ciertamente basta para imponer una sanción a un maestro. Y, para mí, una sanción equivale a una revocación porque dimitiré. No se queda uno en la universidad bajo el peso de una sanción.

—¿Cómo? —dijo mi madre estupefacta—. ¿Renunciarías a tu pensión?

Se hablaba mucho de la pensión, y como de una complicada operación de magia que transforma a un maestro de escuela en rentista. La pensión era la gran palabra, la palabra maestra. Pero, aquella noche, no surtió efecto y mi padre encogió los hombros tristemente.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé, voy a pensarlo.

—Podrías ser profesor particular. El señor Vernet vive muy bien dando clases.

—Sí, pero a él no lo han sancionado. Se jubiló con pensión proporcional después de una brillante carrera... ¡Pero yo! ¡Si los padres de mis alumnos supieran que he tenido una sanción, me echarían al momento!

Yo estaba consternado por aquella argumentación, que me parecía irrefutable. ¿Qué iba a hacer? No tardó en decirlo.

—Voy a ir a ver a Raspagnetto, que tiene un buen negocio de patatas. Íbamos juntos a la escuela. Un día me dijo: «A ti se te daba bien el cálculo. Y mis

negocios han crecido tanto que me haría falta un hombre como tú». A él podría explicarle el asunto y no me despreciaría.

Bendije inmediatamente el nombre de Raspagnetto. No lo conocía, pero lo vi claramente: un buen gigante de bigote negro, perdido —como yo— en sus multiplicaciones y entregando a mi padre la llave de un cajón lleno de oro.

—No siempre se puede contar con los amigos.

—Lo sé. Pero Raspagnetto me debe mucho. Le soplé el problema en el certificado de estudios. Y quiero que te quedes tranquila. No te lo había dicho nunca, pero he comprado obligaciones del ferrocarril: tengo por valor de setecientos ochenta francos. Están en el atlas Vidal-Lablache.

—¡No puede ser! —dijo mi madre—. Entonces, ¿te andas con secretos?

—Pues sí. Era para una emergencia, una operación, una enfermedad... ¡Lo hice con buena intención! No quiero que creas...

—No pidas disculpas —dijo ella—, porque yo he hecho lo mismo. Pero yo solo tengo doscientos diez francos. Es lo que he podido ahorrar de los cinco francos que me das todos los días.

Hice la suma: setecientos ochenta y doscientos diez, eran novecientos noventa francos. Pensé que tenía siete francos en mi hucha y sabía, a pesar del secretismo de Paul, que él poseía por lo menos cuatro francos. En total eran mil y un francos.

Me quedé tranquilo y tuve ganas de acercarme para decir que no hace falta buscar trabajo cuando se tienen más de mil francos.

Pero me vencía el sueño. Subí la escalera a cuatro patas y me dormí en seguida.

A la mañana siguiente, no vi a mi padre: estaba en la ciudad. Supuse que había ido a ver a su amigo de las patatas, cuyo nombre había olvidado. Mi madre, mientras ordenaba la casa, cantaba.

Lili llegó muy tarde, sobre las nueve.

Me anunció que se lo había contado todo a su padre, que había declarado:

—A ese guardés lo conozco. Fue el que denunció a Mond des Parpaillouns a los de la recaudación, porque había escondido cuatro tordos en su bombín. Le hicieron pagar cuatro francos. Si alguna vez viene a las colinas, no tardará en recibir el tiro de escopeta que le debemos.

Aquella noticia era reconfortante, pero el tiro llegaría demasiado tarde.

—¿Has hablado con el cartero?

Lili pareció incómodo.

—Sí —dijo—. Y eso que ya lo sabía, porque había visto al guardés esta mañana.

—¿Dónde?

—En el castillo. Había ido a llevar unas cartas.

—¿Y qué le dijo?

—Todo.

Hizo un esfuerzo por añadir:

—Estaba escribiendo el expediente.

Era una noticia terrible.

—Entonces, el cartero le dijo que no lo hiciera, entonces el guardés le dijo: «¡Vaya si lo voy a hacer!», y entonces el cartero le dijo: «¿Por qué?», y entonces el guardés le dijo que los maestros siempre están de vacaciones, y entonces el cartero le dijo que tu padre era el de las bartavelas y entonces el guardés le dijo: «¿Y eso a mí que me importa?», y luego siguió con el expediente y el cartero dijo que se veía que estaba disfrutando.

Aquel informe me consternó.

Lili sacó entonces de su bolsa dos hermosas salchichas rosadas, lo que al principio me sorprendió, pero me aclaró en seguida:

—Son salchichas envenenadas. Las fabrica mi padre para ponerlas alrededor del gallinero, por la noche, a causa de los zorros. Si quieres, esta noche iremos a tirarlas por encima del muro del castillo...

—¿Quieres envenenar a su perro?

—Y lo mismo a él también —dijo Lili con dulzura—. He elegido las más hermosas, para que le entren ganas. Con que se coma un solo bocado, se queda tieso.

Era una idea deliciosa, que me hizo reír de placer. Pero la muerte del guardés, que solo se haría efectiva dos días después (si teníamos suerte y él no), no impediría que el expediente llegara a su destino... Con todo, decidimos ir a tirar aquella misma noche las salchichas de la venganza.

Mientras tanto, fuimos a poner las trampas al valle de Rapon y luego, hasta mediodía, en los árboles pelados de un vergel abandonado, cogimos serbas y almendras verdes.

La primera ronda de las trampas nos dio seis colirrojos y un gran mirlo de Córcega.

Sobre la mesa de la cocina, extendí los pájaros, vacié nuestras bandoleras y dije, como de pasada:

—Con la caza, las almendras, las serbas, los espárragos salvajes, las setas, una familia pobre podría vivir todo el año.

Mi madre sonrió con ternura y vino a darme un beso en la frente, con los brazos abiertos, porque sus manos estaban llenas de espuma de jabón.

—¡No te preocupes, tontorrón! Aún no hemos llegado a eso.

Lili comió con nosotros y se sentó —honor supremo— en el sitio de mi padre, que no volvería hasta la noche.

Yo hablé de la vida campesina, declaré que si fuera mi padre, me haría agricultor. Lili —que en mi opinión sabía mucho de eso— ensalzó la sobriedad y la fecundidad del garbanzo, que no necesita agua, ni abono, ni siquiera tierra, y vive del aire, y la sorprendente celeridad de la judía precoz.

—¡Haces un agujero, metes la judía en el fondo, la tapas con tierra y sales corriendo! Si no, te pillan.

Añadió mirando a mi madre:

—Es un poco exagerado, claro; pero quiero decir que crece muy deprisa.

A las dos, volvimos a salir de expedición, acompañados por Paul, especialista en la extracción de caracoles escondidos en los huecos de los muros viejos o los tocones de olivo. Trabajamos sin descanso, durante tres horas, amontonando provisiones para enfrentarnos a la ruina inminente. Nos marchamos sobre las seis, cargados con almendras, caracoles, endrinas, hermosas ciruelas azules robadas en casa del abogado Étienne y una bandolera llena de albaricoques casi maduros, cogidos en un árbol que se obstinaba, desde hacía cincuenta años, en florecer en las ruinas solitarias de una granja abandonada.

Me alegraba llevar la ofrenda de aquel botín a mi madre, cuando vi que no estaba sola; estaba sentada en la terraza, frente a mi padre que bebía a chorro, sujetando el gallo de tierra porosa por encima de su cara alzada hacia el cielo.

Corrí hacia él.

Parecía agotado y sus zapatos estaban cubiertos de polvo. Nos besó con cariño, acarició la mejilla de Lili y sentó a la hermanita en sus rodillas. Luego habló a mi madre, como si no estuviéramos allí.

—He ido a casa de Bouzigue. No estaba. Le he dejado una nota, para anunciarle la catástrofe. Después he ido a la clínica, me he encontrado con Wladimir. Han operado al coronel, no se permiten visitas. Dentro de cuatro o cinco días podremos hablar con él. Será demasiado tarde.

—¿Has visto al inspector de la Academia?

—No —dijo mi padre—. Pero he visto a su secretaria.

—¿Se lo has dicho?

—No. Creía que iba a informarme y me ha anunciado que me pasaban a tercero.

Rio amargamente.

—¿Cuánto más habrías ganado?

—Veintidós francos al mes.

Ante la enormidad de aquel importe, mi madre hizo una pequeña mueca, como si fuera a llorar.

—¡Y, además —añadió—, me ha anunciado que me iban a dar las palmas!

—¡Pero, Joseph —exclamó mi madre—, no se puede revocar a un funcionario que tiene las palmas académicas!

—Siempre se puede excluir de la promoción a un funcionario que va a ser

sancionado...

Suspiró profundamente y fue a sentarse en una silla, con las manos en las rodillas y la cabeza gacha. El pequeño Paul se echó a llorar en alto.

En aquel momento, Lili dijo en voz baja:

—¿Quién viene por allí?

Al final del camino blanco, en lo alto del Collet, vi una silueta oscura que bajaba hacia nosotros a zancadas.

Grité:

—¡Es el señor Bouzigue!

Eché a correr: Lili me siguió.

Nos encontramos con el piquero a medio camino, pero vi que miraba a nuestra espalda. Mi padre y mi madre habían venido corriendo detrás de nosotros. Bouzigue sonreía. Se metió la mano en el bolsillo.

—¡Tenga —dijo—, para usted!

Tendió a mi padre la libreta negra que el guardés había confiscado. Mi madre dejó escapar un suspiro que era casi un grito.

—¿Se la ha dado? —dijo.

—¡Dado, no! —dijo Bouzigue—. Me la ha cambiado por el expediente que le había abierto.

—¿Y su informe? —preguntó mi padre con voz un poco ronca.

—Hecho confeti —dijo Bouzigue—. Había escrito cinco páginas. Hice con él un puñado de confeti y lo tiré al canal... Ahora mismo —añadió con aire pensativo y como si la cosa no tuviera mayor importancia— debe de estar a la altura de Saint-Loup, lo mismo incluso en La Pomme... ¡Así que vamos a beber algo!

Guiñó el ojo dos o tres veces, puso los brazos en jarras y se echó a reír. ¡Qué guapo estaba! Entonces, oí dos mil cigarras y, en los rastrojos encantados, el primer grillo de las vacaciones que limaba una barra de plata.

No teníamos vino en casa y mi madre no quería tocar las botellas sagradas del tío Jules, pero guardaba en el armario de su habitación una botellas de Pernod para uso de los visitantes alcohólicos.

Bajo la higuera, Bouzigue se sirvió generosamente y nos contó su entrevista con el enemigo.

—En cuanto leí su nota esta mañana, fui a buscar refuerzos: Binucci, que es piquero como yo, y Fénestrelle, el encargado de las instalaciones. Fuimos al castillo. Cuando quise abrir la famosa puerta (¡gracias, Dios mío!), vi que no había quitado la cadena, ni el candado. Entonces dimos la vuelta hasta la verja grande y toqué la campana como un sacristán. Al cabo de unos cinco minutos,

llegó furioso.

»—Oiga, ¿qué forma es esa de tocar la campana? ¿Está usted loco? ¡Precisamente usted! —me dijo al abrir la puerta.

»—¿Yo por qué?

»—Porque tenemos un asuntillo pendiente y tengo que decirle cuatro cosas.

»—Pues me las dirá después, porque yo, lo que tengo que decirle es solo una cosa, aunque sean dos palabras. Y la cosa es: expediente formal.

»Entonces abrió los ojos como platos. Sí, los dos, hasta el del tic.

»—Vayamos primero al lugar concreto —dijo Fénestrelle—. Hay que constatar el asunto, hacerle confesar, confiscar la cadena y el candado.

»—¿Qué? —dijo el guardés estupefacto.

»—No grite —le dije—. ¡Nos está asustando!

»Y entramos. Va y me dice:

»—¡De este candado le voy a hablar yo!

»—¿Lo ha puesto usted?

»—Sí, yo mismo. ¿Y sabe por qué?

»—No. Y no necesito saberlo para abrirle un expediente.

»—Artículo ochenta y dos del reglamento —dijo Fénestrelle.

»Miraba nuestras tres gorras y empezaba a asustarse. Entonces, Binucci dijo con tono conciliador:

»—Bueno, bueno, no tenga miedo. Tampoco va a ir a la cárcel. Será una sanción, nada más. Unos doscientos francos de multa.

»Entonces digo secamente:

»—Será lo que tenga que ser. Yo lo que voy a buscar son pruebas.

»Y allá que me voy hacia la puerta del canal. Los otros me siguen, y el guardés cojeando.

»Mientras yo arrancaba la cadena, estaba rojo como un rascaculos. Saco la libreta y digo:

»—Apellidos, nombre, lugar de nacimiento.

»Me dice:

»—¡No irá usted a hacer eso!

»—Pero usted —dice Fénestrelle— ¿por qué quiere impedirnos el paso?

»—No es por ustedes —dice el guardés.

»Yo digo:

»—¡Claro que no, no es por estos señores, es por mí! ¡Ya sé qué me tiene



atravesado! ¡Bueno, pues yo también lo tengo atravesado a usted y por eso pienso ir hasta el final!

»—¿Qué final? —me dice.

»—Ha querido hacerme perder el puesto: ¡bueno, pues le estará bien empleado si pierde el suyo! ¡Cuando su jefe reciba los papeles de los tribunales, cuando tenga que ir al *Palacio de Justicia*, igual entiende que es mejor cambiar de guardés y espero que el próximo sea más civilizado que usted!

»Amigos, estaba aturdido. Continúo:

»—Apellidos, nombre y lugar de nacimiento.

»—¡Pero le juro que no era por usted! ¡Era para pillar a una gente que cruza la finca con una llave falsa!

»Entonces pongo cara de malo y digo:

»—¡Oh, oh! ¿Una llave falsa? Binucci, ¿has oído? ¡Una llave falsa!

»—Mire, aquí está.

»Y se la saca del bolsillo. En seguida la cojo y digo a Fénestrelle:

»—Guárdala, abriremos una investigación, porque es un asunto que afecta al Canal. ¿Y pilló usted a esa gente?

»—Por supuesto —me dice—. ¡Tenga, mire la libreta que le confisqué al individuo, mi informe para su administración y el expediente!

»Y me da su libreta y dos informes de varias páginas, donde contaba toda la historia.

»Empiezo a leer sus garabatos y, de pronto, le digo:

»—¡Infeliz! ¡Pobre infeliz! ¡En un informe oficial reconoce que ha puesto una cadena y un candado! ¿Es que no sabe que en la época del buen rey Luis XIV lo habrían mandado a galeras?

»Binucci dice:

»—¡No es un suicidio, pero poco le falta!

»El guardés era patético. Ya no parecía un rascaculos, parecía una acelga. Me dice:

»—Entonces, ¿qué va usted a hacer?

»Meneo la cabeza varias veces, mordiéndome el labio. Consulto a Fénestrelle, a Binucci y a mi conciencia. Él esperaba, con cara de pocos amigos, pero asustado. Por fin le digo:

»—Escuche: es la primera vez, pero que sea la última... No se hable más. Y usted, sobre todo no le diga nada a nadie, si es que aprecia el quepis.

»Con lo cual, rompo sus informes y me meto la libreta en el bolsillo, con la cadena y el candado. ¡Pensé que, en el campo, podrían servirle a usted!

Y dejó el botín en la mesa.

Estábamos exultantes y Bouzigue aceptó quedarse a cenar con nosotros.

Mientras desdoblaba la servilleta, declaró:

—Es agua pasada. Sin embargo, igual sería mejor no volver a pasar por allí.

—Ni se me ocurriría —dijo mi padre.

Mi madre, que sacaba los pajaritos del espetón, dijo en voz baja:

—Aunque nos dieran permiso, nunca me atrevería a volver a ese lugar. Creo que me desmayaría.

Lili se despidió y mi madre le dio un beso: se le pusieron las orejas tan rojas como la cresta de un gallo y salió corriendo del comedor. Tuve que correr tras él para decirle que lo esperaba a la mañana siguiente, al alba: me dijo «sí» con la cabeza y huyó en la noche de verano.

La cena fue muy alegre. Cuando mi madre se disculpó por no ofrecerle vino, Bouzigue declaró:

—No pasa nada. Seguiré con el Pernod.

Mi padre aventuró, con cierta timidez:

—No quiero que creas que voy a echar de menos ese licor que vas a beber. Pero no sé si, para tu salud...

—¡La salud! —exclamó Bouzigue—. ¡Pero, querido señor Joseph, si es lo menos malo! Aquí beben agua del depósito. ¿Sabe lo que hay dentro?

—Agua del cielo —dijo mi padre—. Agua destilada por el sol.

—Le apuesto —dijo Bouzigue— a que en su depósito encuentro una decena de arañas negras, dos o tres lagartos y por lo menos dos sapos... ¡El agua de depósito es esencia de pis de sapo! ¡Mientras que el Pernod lo neutraliza todo!

Mi padre no insistió.

Durante la cena, contó detalladamente nuestra aventura, a lo que Bouzigue respondió con un nuevo relato de su hazaña. Luego mi padre añadió nuevos detalles, para destacar la ferocidad de la que había hecho gala el guardés, a lo cual Bouzigue respondió enfatizando el espanto y la humildad de aquel malhechor, aterrorizado por las Tres Gorras. Cuando llegaron a la cuarta versión de aquellos cantos amobeos, mi padre nos reveló que el guardés había estado a punto de matarnos allí mismo y Bouzigue nos retrató al monstruo arrastrándose de rodillas, con el rostro cubierto de lágrimas y pidiendo «perdón» con voz de niño.

Después del flan, la isla flotante y las galletas, Bouzigue, con aire inspirado, comenzó el relato de las hazañas de su hermana.

Empezó comparando la vida con un torrente que hay que cruzar saltando de roca en roca, tras haber «calculado bien el impulso».

Félicienne, decía, se había casado primeramente con un jugador de petanca «profesional» que a menudo la dejaba sola para ir a ganar competiciones, y fue

entonces cuando aprendí la palabra *cornudo*. De allí había saltado a la roca siguiente, que tenía forma de jefe de cocheras del tranvía, luego a un papelero de la calle de Rome, después a un florista de la Canebière, que estaba en el Consejo Municipal, y finalmente al consejero general. En aquel momento meditaba sobre un nuevo salto, que la llevaría a la otra orilla, en brazos del señor prefecto.

Mi madre escuchó con interés el relato de aquel recorrido, pero parecía un poco sorprendida. Dijo de pronto:

—Pero ¿tan tontos son los hombres?

—¡Ja, ja! —dijo Bouzigue—. ¡No son tontos, pero ella sabe manejarlos!

Añadió que, en realidad, «la inteligencia no lo era todo» y que «tenía una soberbia delantera» y que había que verla para creerla. Sacó entonces su cartera para enseñar una foto que anunció como «muy chusca».

Paul y yo abrimos los ojos como platos, pero en el momento mismo en que sacaba el interesante documento, mi madre nos cogió de la mano y nos condujo a nuestra habitación.

La abundancia de la cena, la alegría que me causaba la derrota del guardés y el misterio de aquella fotografía perturbaron mi descanso. Tuve un sueño incoherente: una mujer joven, desnuda como una estatua, cruzaba el canal de un solo salto y caía sobre un general que se parecía a mi padre y que estallaba con estrépito.

Me desperté algo aturdido y oí a través del suelo la voz paterna. Decía:

—¡Me vas a permitir que lamente que, en este mundo, se recompense el vicio tan a menudo!

La voz de Bouzigue, que se había vuelto extrañamente nasal, le respondía:

—Joseph, Joseph, puedes conmigo...

El tiempo pasa y hace girar la rueda de la vida como el agua la de los molinos.

Cinco años más tarde, yo caminaba detrás de un coche negro, con las ruedas tan altas que veía los cascos de los caballos. Iba vestido de negro y la mano del pequeño Paul apretaba la mía con todas sus fuerzas. Se llevaban a nuestra madre para siempre.

De aquel terrible día no tengo más recuerdos, como si mis quince años se hubieran negado a admitir la fuerza de una pena que podía matarme. Durante años, hasta la edad adulta, nunca tuvimos el valor de hablar de ella.

Después, el pequeño Paul se hizo muy grande. Me sacaba una cabeza y llevaba una barba corta, una barba de seda dorada. Por las colinas de l'Étoile, que nunca quiso dejar, llevaba su rebaño de cabras. Por la noche, hacía quesos con tamices de juncos trenzados y, en la grava de las garrigas, dormía enrollado en su gran abrigo: fue el último cabrero de Virgilio. Pero, a los treinta años, en una clínica, murió. En la mesilla de noche tenía su armónica.

Mi querido Lili no lo acompañó conmigo al pequeño cementerio de La Treille, porque lo esperaba allí desde hacía años, bajo un cuadrado de siemprevivas: en 1917, en un negro bosque del norte, una bala en la frente había segado su joven vida y había caído bajo la lluvia, entre las matas de unas plantas heladas cuyos nombres no conocía...

Así es la vida de los hombres. Algunas alegrías, pronto borradas por penas inolvidables.

No hace falta decírselo a los niños.

Otros diez años más tarde, fundé en Marsella una compañía cinematográfica. El éxito coronó la empresa y entonces tuve la ambición de construir, bajo el cielo de Provenza, la Ciudad del Cine. Un «agente inmobiliario» se puso manos a la obra, en busca de una «propiedad» suficientemente grande para acoger aquel hermoso proyecto.

Encontró lo que buscaba cuando yo estaba en París y me informó de su descubrimiento por teléfono. Pero me dijo al mismo tiempo que había que cerrar la venta en unas horas, pues había otros compradores.

Su entusiasmo era grande y yo lo sabía honrado: compré aquella propiedad sin haberla visto.

Ocho días después, una pequeña caravana de coches salió de los estudios del Prado. Llevaba a los hombres de sonido, a los operarios de cámara, a los técnicos de laboratorio. Íbamos a tomar posesión de la tierra prometida y, durante el viaje, todo el mundo hablaba a la vez.

Cruzamos una verja altísima que ya estaba abierta de par en par.

Al fondo de un sendero de plátanos centenarios, el cortejo se detuvo ante un castillo. No era un monumento histórico, sino la inmensa residencia de una gran burgués del Segundo Imperio: debía de haber estado muy orgulloso de las cuatro torres octogonales y los treinta balcones de piedra esculpida que adornaban cada fachada...

En seguida bajamos a las praderas, donde yo tenía intención de construir los estudios.

Encontré allí a unos hombres que desplegaban cadenas de agrimensor, a otros que clavaban jalones pintados de blanco, y contemplaba con orgullo el nacimiento de una gran empresa cuando vi, a lo lejos, en lo alto de un terraplén, un seto de arbustos... Me quedé sin aliento y, sin saber por qué, eché a correr como loco a través de la pradera y del tiempo.

Sí, allí era. Era el canal de mi infancia, con sus espinos, sus clemátides, sus

escaramujos repletos de flores blancas, sus zarzas que escondían las garras bajo las gordas moras granulosas...

A lo largo del sendero de hierba, el agua corría sin ruido, eterna, y los saltamontes de antaño, como salpicaduras, brincaban en círculo a mi paso. Volví a recorrer lentamente el camino de las vacaciones y unas sombras queridas caminaban junto a mí.

Al verlo a través del seto, por encima de los plátanos lejanos, reconocí el horrible castillo, el del miedo, el del miedo de mi madre.

Esperé, durante un par de segundos, encontrarme con el guardés y con el perro. Pero treinta años habían devorado mi venganza porque los malos mueren también.

Seguí la orilla: seguía siendo «un colador», pero el pequeño Paul ya no estaba allí para reírse, con sus hermosos dientes de leche...

Una voz me llamó a lo lejos: me escondí detrás del seto y avancé sin ruido, lentamente, como antaño...

Al fin vi la muralla: más allá de los cascos en lo alto, el mes de junio danzaba en las colinas azules, pero al pie del muro, junto al canal, estaba la horrible puerta negra, la que no había querido abrirse a las vacaciones, la puerta del Padre Humillado...

En un impulso de rabia ciega, agarré con las dos manos una piedra muy grande y, alzándola primero al cielo, la arrojé contra las tablas podridas que se derrumbaron sobre el pasado.

Me pareció que respiraba mejor, que había conjurado el maleficio.

Pero entre los brazos de un escaramujo, bajo racimos de rosas blancas y al otro lado del tiempo, había desde hacía años una jovencísima mujer morena que seguía apretando contra su pecho las rosas rojas del coronel. Oía los gritos del guardés y el ronco aliento del perro. Lívida, temblorosa y por siempre inconsolable, no sabía que estaba en casa de su hijo.

## Vida de Marcel Pagnol

Marcel Pagnol nació el 28 de febrero de 1895 en Aubagne.

Su padre, Joseph, nacido en 1869, era maestro, y su madre, Augustine Lansot, nacida en 1873, costurera.

Se casaron en 1889.

1898: nacimiento del pequeño Paul, su hermano.

1902: nacimiento de Germaine, su hermana.

En 1903 Marcel pasa sus primeras vacaciones en La Treille, no lejos de Aubagne.

1904: su padre obtiene un puesto en Marsella y la familia se muda.

1909: nacimiento de René, el «hermanito».

1910: muerte de Augustine.

Marcel cursará todos sus estudios secundarios en Marsella, en el Instituto Thiers. Los terminará con un Diploma de Letras (inglés) en la Universidad de Aix-en-Provence.

Con varios condiscípulos, fundó *Fortunio*, revista literaria que se convertiría en *Les Cahiers du Sud*.

En 1915 obtiene el puesto de profesor adjunto en Tarascón.

Tras haber enseñado en distintos establecimientos escolares en Pamiers y en Aix, será profesor adjunto y tutor de externado en Marsella, de 1920 a 1922.

En 1923 obtiene un puesto en París, en el Instituto Condorcet.

Escribe obras de teatro: *Les Marchands de gloire* (con Paul Nivoix) y *Jazz*, que será su primer éxito (Montecarlo y más adelante Théâtre des Arts, París, 1926).

En 1928, con la creación de *Topaze* (Variétés), alcanza la fama y comienza verdaderamente su carrera de autor dramático.

Poco después llegará *Marius* (Théâtre de Paris, 1929), otro gran éxito para el que cuenta, por primera vez, con Raimu, que será el inolvidable César de la Trilogía.



Raimu será hasta su muerte (1946) su amigo y su actor preferido.

1931: sir Alexander Korda rueda *Marius* en colaboración con Marcel Pagnol. Para Marcel Pagnol, esa primera película coincide con el inicio del cine sonoro y el de su larga carrera cinematográfica, que terminará en 1954 con *Les lettres de mon moulin*.

Habrá firmado veintiuna películas entre 1931 y 1954.

En 1945 se casa con Jacqueline Bouvier, a quien confiará varios papeles, en especial el de *Manon des sources* (1952).

En 1946 es elegido para la Academia francesa. Ese mismo año nace su hijo Frédéric.

En 1955 se representa *Judas* en el Théâtre de Paris.

En 1956, *Fabien* en el Bouffes-Parisiens.

En 1957, publicación de los dos primeros tomos de los *Souvenirs d'enfance*: *La Gloire de mon père* y *Le Château de ma mère* [publicados en español como *La gloria de mi padre* y *El castillo de mi madre*].

En 1960, tercer volumen de los *Souvenirs*: *Le Temps des secrets* (publicado en español como *La edad de los secretos*).

En 1963: *L'eau des collines*, compuesto por *Jean de Florette* y *Manon des sources* [publicado en español como *El agua de las colinas*, compuesto por *Jean de Florette* y *La hija de los manantiales*].

Por último, en 1964, *Le masque de fer*.

El 18 de abril de 1974 Marcel Pagnol muere en París.

En 1977, publicación póstuma del cuarto tomo de los *Souvenirs d'enfance*: *Le Temps des amours*.

## Bibliografía

- 1926 *Les marchands de gloire*. En colaboración con Paul Nivoix, París, L'Illustration.
- 1927 *Jazz*. Obra en cuatro actos, París, L'Illustration. Fasquelle, 1954.
- 1931 *Topaze*. Obra en cuatro actos, París, Fasquelle.
- Marius*. Obra en cuatro actos y seis cuadros, París, Fasquelle.
- 1932 *Fanny*. Obra en tres actos y cuatro cuadros, París, Fasquelle.
- Pirouettes*. París, Fasquelle (Bibliothèque Charpentier).
- 1933 *Jofroi*. Película de Marcel Pagnol basada en *Jofroi de la Maussan*, de Jean Giono.
- 1935 *Merlusse*. Texto original preparado para la pantalla, Petite Illustration, París, Fasquelle, 1936.
- 1936 *Cigalon*. París, Fasquelle (precedido por *Merlusse*).
- 1937 *César*. Comedia en dos partes y diez cuadros, París, Fasquelle.
- Regain*. Película de Marcel Pagnol basada en la novela de Jean Giono (Colección Les Films qu'on peut lire). París-Marsella, Marcel Pagnol.
- 1938 *La Femme du boulanger*. Película de Marcel Pagnol basada en *Jean le Bleu*, de Jean Giono [publicado en español como *Juan Azul*]. París-Marsella, Marcel Pagnol. Fasquelle, 1959.
- Le Schpountz*. Colección Les films qu'on peut lire. París-Marsella, Marcel Pagnol. Fasquelle, 1959.
- 1941 *La fille du puisatier*. Película, París, Fasquelle.
- 1946 *Le Premier Amour*. París, Éditions de la Renaissance. Ilustraciones de Pierre Lafaux.
- 1947 *Notes sur le rire*. París, Nagel.
- Discurso de recepción en la Academia francesa*, el 27 de marzo. París, Fasquelle.
- 1948 *La Belle Meunière*. Guion y diálogos sobre melodías de Franz Schubert (Colección Les Maîtres du cinéma), París, Éditions Self.

1949 *Critique des critiques*. París, Nagel.

1953 *Angèle*. París, Fasquelle.

*Manon des sources*. Producción de Montecarlo.

1954 *Trois lettres de mon moulin*. Adaptación y diálogos de la película basada en la obra de Alphonse Daudet [*Cartas desde mi molino*]. París, Flammarion.

1955 *Judas*. Obra en cinco actos, Montecarlo, Pastorelly.

1956 *Fabien*. Comedia en cuatro actos, París, Théâtre 2, avenida Matignon.

1957 *Souvenirs d'enfance*. Tomo I: *La Gloire de mon père*. Montecarlo, Pastorelly (publicado en español como *Memorias* (vol. 1). *La gloria de mi padre*).

1958 *Souvenirs d'enfance*. Tomo II: *Le Château de ma mère*. Montecarlo, Pastorelly (publicado en español como *Memorias* (vol. 2). *El castillo de mi madre*).

1959 *Discurso de recepción de Marcel Achard en la Academia francesa y respuesta de Marcel Pagnol*, 3 de diciembre de 1959, París, Firmin Didot.

1960 *Souvenirs d'enfance*. Tomo III: *Le Temps des secrets*. Montecarlo, Pastorelly (publicado en español como *Memorias* (vol. 3). *La edad de los secretos*).

1962 *L'Eau des collines*. Tomo I: *Jean de Florette*. París, Éditions de Provence (publicado en español como *El agua de las colinas. Jean de Florette*).

1963 *L'Eau des collines*. Tomo II: *Manon des sources*. París, Éditions de Provence (publicado en español como *El agua de las colinas. La hija de los manantiales*).

1964 *Le Masque de fer*. París, Éditions de Provence.

1970 *La Prière aux étoiles, Catulle, Cinématurgie de Paris, Jofroi, Naïs*. París, Obras completas, Club de l'Honnête Homme.

1973 *Le Secret du Masque de fer*. París, Éditions de Provence.

1977 *Le Rosier de Madame Husson, Les Secrets de Dieu*. París, Obras completas, Club de l'Honnête Homme.

*Souvenirs d'enfance*. Tomo IV: *Le Temps des amours* (póstumo), París, Julliard.

1981 *Confidences*. París, Julliard.

1984 *La Petite Fille aux yeux sombres*. París, Julliard.

## Filmografía

- 1931 *Marius* (dirección de A. Korda-Pagnol).  
1932 *Topaze* (dirección de Louis Gasnier).  
*Fanny* (dirección de Marc Allégret, supervisado por Marcel Pagnol).  
1933 *Jofroy* (basado en *Jofroy de la Maussan*, de Jean Giono).  
1934 *Angèle* (basado en *Un des Baumugnes*, de Jean Giono).  
*L'Article 330* (basado en la obra de Courteline).  
1935 *Merlusse*.  
*Cigalon*.  
1936 *Topaze* (segunda versión).  
*César*.  
1937 *Regain* (basado en la novela de Jean Giono).  
1938 *Le Schpountz*.  
1938 *La Femme du boulanger* (basado en *Juan Azul*, de Jean Giono).  
1940 *La Fille du puisatier*.  
1941 *La Prière aux étoiles* (inacabado).  
1945 *Naïs* (guion adaptado de *Naïs Micoulin*, de Émile Zola).  
1948 *La Belle Meunière* (color Roux Color).  
1950 *Le Rosier de Madame Husson* (guion adaptado del relato de Guy de Maupassant, dirección de Jean Boyer).  
*Topaze* (tercera versión).  
1952 *Manon des sources*.  
1953 *Carnaval* (guion adaptado de *Dardamelle* de Émile Mazaud, dirección de Henri Verneuil).  
1953-1954 *Les Lettres de mon moulin* (basado en *Cartas desde mi molino*, de Alphonse Daudet).  
1967 *Le Curé de Cucugnan* (medio metraje basado en el relato de Alphonse Daudet).

# Índice

Portadilla	1
Créditos	2
Índice	3
Dedicatoria	4
LA GLORIA DE MI PADRE	5
EL CASTILLO DE MI MADRE	158
Vida de Marcel Pagnol	307
Bibliografía	309
Filmografía	311